

LECTURAS Y APUNTES LITERARIOS I

6a. Edición

Los Griegos



Lydia Solís Ortegón
Cecilia Nieto de Rangel
Homero Fdo. Villarreal A.

PA260
S6
1980

03221-1510

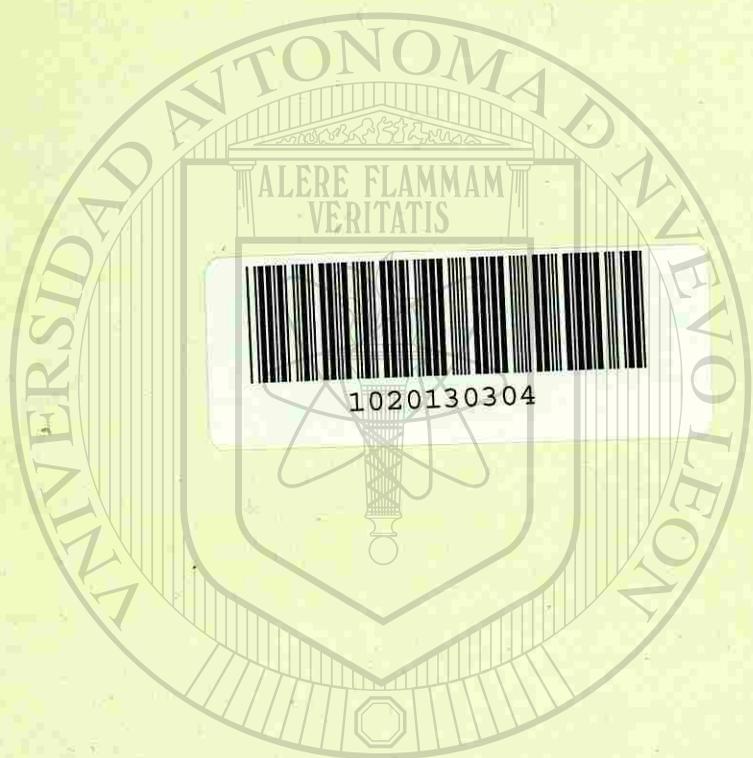
DATOS GENERALES DEL PROGRAMA DE ESTUDIO

9250
22
0871

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

PREPARATORIA NUMERO 1

PROGRAMA DE ESTUDIO



UANL Los Griegos

SEMESTRE 1
HORAS POR SEMANA 3

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

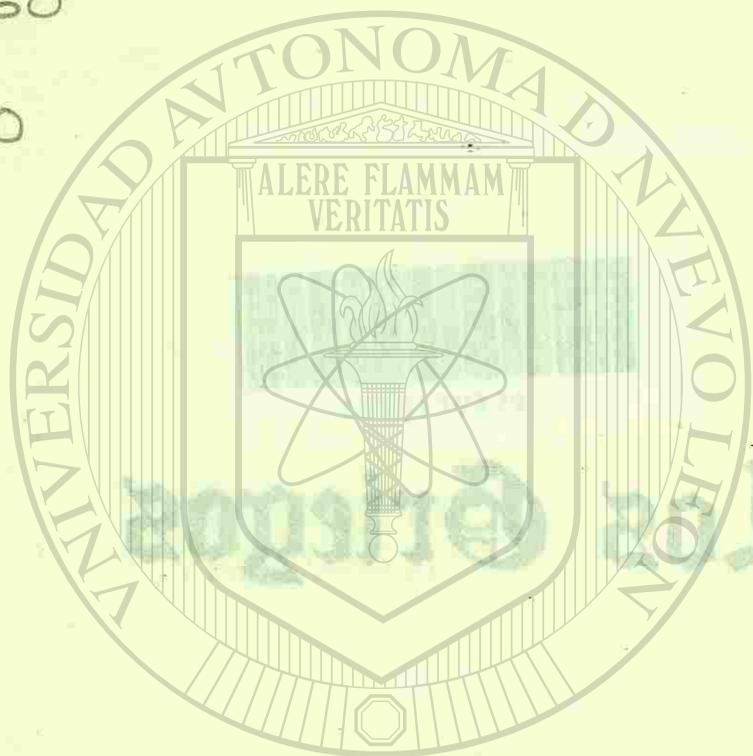
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Estos apuntes han sido realizados como una aportación al taller de Lecturas Literarias, de acuerdo con el programa del primer semestre.



0134-16360

PA260
56
1980



DATOS GENERALES DEL PROGRAMA DE ESTUDIO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

PREPARATORIA NUMERÓ 1

PROGRAMA DE ESTUDIO

MATERIA:

TALLER DE LECTURAS LITERARIAS 1

SEMESTRE 1

HORAS POR SEMANA : 3

SEMESTRE: AGOSTO-ENERO

MONTERREY, N.L.

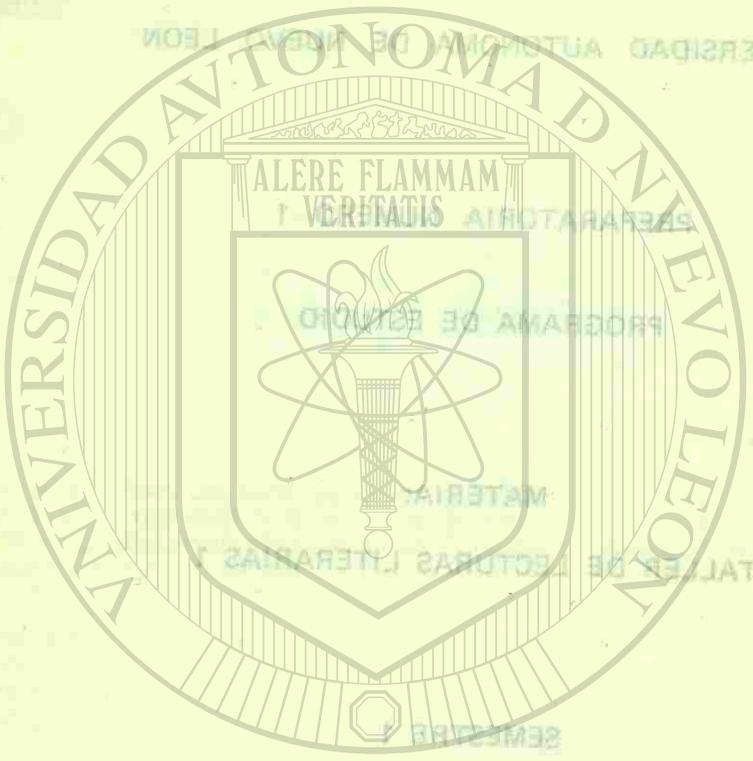


FONDO
UNIVERSITARIO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DATOS GENERALES DEL PROGRAMA DE ESTUDIO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Programa de Estudios

Programa de estudio: es la descripción de un conjunto de actividades de enseñanza-aprendizaje que se realizarán en un curso de estudio con el propósito de alcanzar una serie de objetivos de aprendizaje previamente determinados.

Es la selección adecuada de los objetivos de aprendizaje, la selección de la metodología de enseñanza, la selección de los recursos pedagógicos y la selección de las formas de evaluación que se utilizarán para constatar el aprendizaje de los alumnos.

Importancia del Programa

MENSAJE

Al abrir las páginas iniciales de estos apuntes, comenzarás a recorrer un camino que te conducirá a la transformación positiva y creadora de tu actual conducta. Lo más importante es que serás tú mismo quien realizando las actividades que se te indican en cada unidad, logres cada uno de los objetivos marcados de antemano.

Los maestros que formamos el Taller de Lecturas Literarias hemos seleccionado para este semestre siete temas en los que primeramente conocerás la importancia de la Literatura y comentarás con tus compañeros las ideas más significativas de las obras literarias Griegas y sus principales representantes.

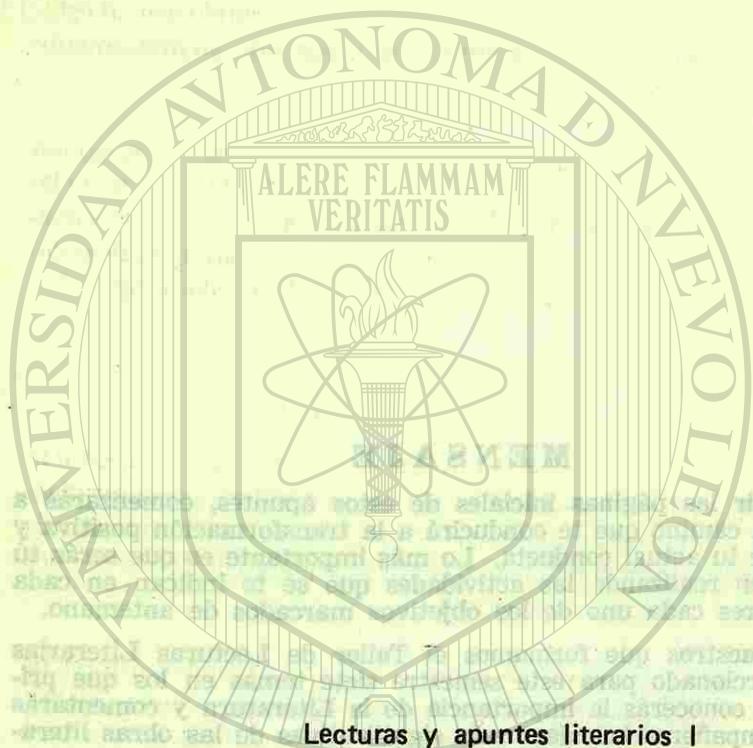
Homero en la poesía épica y Esquipo, Sófocles y Eurípides en la dramática te darán un concepto más o menos real de la Grecia antigua.

Siendo tú en la comunidad educativa el elemento más importante para nosotros, maestros, te deseamos suerte en el semestre que hoy empiezas.

Durante todo el curso, antes de comenzar cada unidad pregúntate si realmente has alcanzado cada objetivo. Calificate tú mismo. Sé sincero y honesto.

¡Adelante!

Distribución: Librería del Maestro
1987



Lecturas y apuntes literarios I

Autores: Lydia Solís Ortegón
Cecilia Nieto de Rangel
Homero Fdo. Villarreal Alanís

Revisión: Homero Fdo. Villarreal Alanís

Apuntes Mecanográficos: José S. Villarreal Alanís

Creatividad: Bertha Laura Rangel

Dibujos: Irma Martínez Subealdea

Cuidado de la edición: Los autores

Impresión: 1a. Edición Enero 1977
2a. Edición Enero 1978
3a. Edición Septiembre 1978
4a. Edición Septiembre 1979
5a. Edición Septiembre 1980

Distribución: Librería del Maestro

Programa Definición:

+ Programa de estudio: es la descripción de un conjunto de actividades de enseñanza, estructurados de tal forma que conduzcan al estudiante a alcanzar una serie de objetivos de aprendizaje previamente determinados.

Es la selección adecuada de los objetivos de aprendizaje; la selección de la secuencia óptima en que se deberán ir alcanzando; las actividades pedagógicas, los métodos de enseñanza y los recursos pedagógicos que se consideren eficientes para ello, y las formas de evaluación que se utilizarán para constatar el aprendizaje de los alumnos.

Importancia del Programa:

Debido a las grandes fallas de estructuración técnica que presentan los programas que ahora hemos analizado, consideramos conveniente que el profesionista interesado en el tema, conozca un punto de vista diferente y didáctico para elaborar programas en forma técnica y secuencial como lo hace Ibarrola.

Después de hacer un estudio comparativo entre grandes autores de programaciones por objetivos, tales como: Bloom, Tyler, Mager, Grounlound e Ibarrola hemos escogido a esta última autora para presentar nuestro programa.

Agregamos que es una problemática que concierne a diversos profesionistas, puesto que la elaboración de programaciones exactas, más técnicas y bien estructuradas, repercute en los objetivos que se logren.

El deseo constante de superación de todo profesionista, lo lleva a la búsqueda de nuevos horizontes que iluminen el camino que responde a sus inquietudes. En este campo tan amplio, nosotros como catedráticos universitarios, con el afán de lograr superar una situación anómala que priva en las programaciones que se usan en las escuelas

preparatorias, nos hemos forjado la meta de diseñar el programa de Taller de Lecturas Literarias 1, tomando como base los fundamentos y bases teóricas de María de Ibarrola.

Dadas las exigencias de la Pedagogía actual y las fallas que presentan los diversos programas que se manejan en las escuelas preparatorias, hemos tenido la inquietud de tratar de diseñar el programa de Taller de Lecturas Literarias 1, cuyo tema está presentado en forma un tanto confusa y pretendemos realizarlo en una manera técnica, de acuerdo al criterio de Ibarrola.

El programa que estamos trabajando únicamente se refiere a la Literatura griega que es la temática que abarca el Taller de Lecturas Literarias 1 y presenta algunos conceptos de preceptiva literaria que son indispensables para que el alumno asimile en forma positiva los objetivos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIDAD I
Objetivo General: Empezar el conocimiento de la literatura griega y conocer algunos elementos que la constituyen.

- Objetivos Específicos:
- 1.1 Conocer que las palabras griegas son obras en las que el hombre ha alcanzado la belleza en su máxima expresión.
 - 1.2 Utilizar a la literatura como un arte que expresa la belleza en palabras que se leen en la escuela.
 - 1.3 Captar que el fondo es el fundamento de una obra literaria y la forma, la estructura externa de la misma.
 - 1.4 Conocer que los géneros literarios son clasificaciones artísticas que se diferencian por su forma y las especies son subclases literarias.

- Actividades del Maestro y los Alumnos:
- 1.1.1 Conocer los elementos que constituyen la literatura griega.
 - 1.1.2 Realizar un postguio general del tema.
 - 1.1.3 Realizar un postguio general del tema.
 - 1.1.4 Investigar el tema.
 - 1.1.5 Detectar el conocimiento que el alumno tiene sobre el tema.
 - 1.1.6 Confeccionar un álbum con muestras gráficas de cada una de las palabras griegas.
 - 1.2.1 Describir los elementos que utilizan cada uno de los géneros literarios.
 - 1.2.2 Investigar la definición, fines y elementos que integran la literatura griega.
 - 1.2.3 Presentar un informe escrito sobre el tema.
 - 1.2.4 Realizar un postguio general del tema.
 - 1.2.5 Presentar un informe escrito sobre el tema.
 - 1.2.6 Realizar un postguio general del tema.
 - 1.2.7 Realizar un postguio general del tema.
 - 1.2.8 Realizar un postguio general del tema.
 - 1.2.9 Realizar un postguio general del tema.
 - 1.2.10 Realizar un postguio general del tema.
 - 1.3.1 Realizar un postguio general del tema.
 - 1.3.2 Realizar un postguio general del tema.
 - 1.3.3 Realizar un postguio general del tema.
 - 1.3.4 Realizar un postguio general del tema.
 - 1.3.5 Realizar un postguio general del tema.
 - 1.3.6 Realizar un postguio general del tema.
 - 1.3.7 Realizar un postguio general del tema.
 - 1.3.8 Realizar un postguio general del tema.
 - 1.3.9 Realizar un postguio general del tema.
 - 1.3.10 Realizar un postguio general del tema.
 - 1.4.1 Realizar un postguio general del tema.
 - 1.4.2 Realizar un postguio general del tema.
 - 1.4.3 Realizar un postguio general del tema.
 - 1.4.4 Realizar un postguio general del tema.
 - 1.4.5 Realizar un postguio general del tema.
 - 1.4.6 Realizar un postguio general del tema.
 - 1.4.7 Realizar un postguio general del tema.
 - 1.4.8 Realizar un postguio general del tema.
 - 1.4.9 Realizar un postguio general del tema.
 - 1.4.10 Realizar un postguio general del tema.

preparatorias, nos hemos forjado la meta de diseñar el programa de Taller de Lecturas Literarias 1, tomando como base los fundamentos y bases teóricas de María de Ibarrola.

Dadas las exigencias de la Pedagogía actual y las fallas que presentan los diversos programas que se manejan en las escuelas preparatorias, hemos tenido la inquietud de tratar de diseñar el programa de Taller de Lecturas Literarias 1, cuyo tema está presentado en forma un tanto confusa y pretendemos realizarlo en una manera técnica, de acuerdo al criterio de Ibarrola.

El programa que estamos trabajando únicamente se refiere a la Literatura griega que es la temática que abarca el Taller de Lecturas Literarias 1 y presenta algunos conceptos de preceptiva literaria que son indispensables para que el alumno asimile en forma positiva los objetivos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIDAD I
Objetivo General: Empezar el conocimiento de la literatura griega y conocer algunos elementos que la constituyen.

- Objetivos Específicos:
- 1.1 Conocer que las palabras griegas que el hombre ha alcanzado la belleza en su máximo y mínimo expresión.
 - 1.2 Utilizar a la literatura como un arte que expresa la belleza en palabras que se escriben.
 - 1.3 Captar que el fondo es el argumento de una obra literaria y la forma, la estructura externa de la misma.
 - 1.4 Conocer que los géneros literarios son clasificaciones que se hacen de acuerdo a la forma y las especies son subclases de los géneros.

Actividades del Maestro y los Alumnos

- 1.1.1 Conocer los elementos que constituyen la literatura griega.
- 1.1.2 Realizar un postguio general del tema.
- 1.1.3 Realizar un postguio general del tema.
- 1.1.4 Investigar el tema.
- 1.1.5 Detectar el conocimiento que el alumno tiene de la literatura griega.
- 1.1.6 Confeccionar un álbum con muestras gráficas de cada una de las palabras griegas.
- 1.2.1 Describir los elementos que utilizan cada uno de los géneros literarios.
- 1.2.2 Investigar la definición, fines y elementos que integran la literatura griega.
- 1.2.3 Presentar un postguio general del tema.
- 1.2.4 Realizar un postguio general del tema.
- 1.2.5 Confeccionar un álbum con muestras gráficas de cada una de las palabras griegas.
- 1.3.1 Realizar un postguio general del tema.
- 1.3.2 Realizar un postguio general del tema.
- 1.3.3 Diferenciar el verso y la prosa.
- 1.4.1 Investigar el tema.
- 1.4.2 Analizar la investigación efectuada a través de un artículo.
- 1.4.3 Identificar los géneros y especies literarios en varias obras leídas en forma extracurricular.

UNIDAD I

Objetivo General: Enriquecer el conocimiento de la obra literaria dentro de las demás artes y conocer algunos elementos que la constituyen.

Objetivos Específicos:

- 1.1 Conocer que las bellas artes son obras en las que el hombre ha alcanzado la belleza en su máxima expresión.
- 1.2 Ubicar a la literatura como un arte que expresa la belleza en mediante la palabra oral o escrita.
- 1.3 Captar que el fondo es el argumento de una obra literaria y la forma, la estructura interna y externa de la misma.
- 1.4 Conocer que los Géneros Literarios son clasificaciones amplias en que se ubica una obra literaria y las especies son subclasificaciones.

Actividades del Maestro y los Alumnos:

- 1.1.1 Conocer los datos generales de cada alumno a través de una técnica de presentación.
- 1.1.2 Presentar una visión global de los objetivos del curso.
- 1.1.3 Realizar un bosquejo general del tema: Bellas Artes mediante una exposición oral del maestro.
- 1.1.4 Investigar el tema: Clasificación de las Bellas Artes en una biblioteca de la localidad.
- 1.1.5 Detectar el conocimiento obtenido de la investigación realizada a través de un debate.
- 1.1.6 Confeccionar un álbum con muestras gráficas de cada una de las bellas artes.
- 1.2.1 Describir los elementos que utilizan cada una de las Bellas Artes a través de una técnica de corrillos.
- 1.2.2 Investigar la definición, fines y elementos que integran la Literatura, mediante equipos de trabajo.
- 1.2.3 Presentar un trabajo escrito sobre el tema investigado.
- 1.3.1 Detectar los elementos que integran a la Literatura, según la investigación realizada con anterioridad, mediante un Phillips 6-6
- 1.3.2 Distinguir el fondo y la forma en algunos fragmentos literarios seleccionados en clase.
- 1.3.3 Diferenciar el verso y la prosa en algunos trozos literarios leídos en forma coral.
- 1.4.1 Investigar el tema: Los géneros y especies literarios por tríadas.
- 1.4.2 Analizar la investigación efectuada a través de un corrillo.
- 1.4.3 Identificar los géneros y especies literarios en varias obras leídas en forma extraescolar.

Evaluación:

Se evaluarán los objetivos:

1.1.5 – 1.1.6 – 1.2.4 – 1.3.2 – 1.3.3 – 1.4.3

Además se aplicará un examen objetivo que incluya los objetivos de la unidad.

UNIDAD II

Objetivo General: Obtener un panorama general del hombre griego, su religión, mito y diferentes dialectos en que fueron escritas sus obras.

Objetivos Específicos:

- 2.1 Ubicar al hombre griego comparándolo con el hombre actual.
- 2.2 Advertir la creación del mundo a través de la teogonía griega, conociendo sus cambios religiosos.
- 2.3 Conocer el nombre de los dialectos griegos en que fueron escritos los textos griegos.
- 2.4 Comprender el esquema-resumen de los períodos griegos y géneros literarios.

Actividades del maestro y de los alumnos:

- 2.1.1 Comentar diversas opiniones acerca de la concepción del hombre, por parte del maestro.
- 2.1.2 Investigar la opinión de Sócrates acerca de hombre mediante tríadas.
- 2.1.3 Analizar los diversos enfoques de Sócrates respecto a la opinión del hombre mediante un Phillips 6-6.
- 2.1.4 Investigar las bases de la civilización occidental, por parte de un equipo determinado.
- 2.1.5 Exponer el tema investigado en una clase oral.
- 2.1.6 Detectar la influencia del pueblo griego sobre la cultura occidental a través de un corrillo.
- 2.2.1 Investigar el campo de acción de los dioses griegos mediante equipos.
- 2.2.2 Dramatizar alguna acción específica en donde intervengan los dioses griegos, en el aula.
- 2.2.3 Comentar la influencia de los dioses sobre la humanidad mediante un corrillo.
- 2.2.4 Investigar las dos posturas filosóficas del período arcaico por equipos de trabajo.
- 2.2.5 Presentar el tema investigado en forma escrita.
- 2.2.6 Ubicar de cada postura filosófica, sus características esenciales, mediante un cuadro de comparación realizado entre Maestro y alumnos en el pizarrón.
- 2.2.7 Determinar la idea de mito, de las investigaciones realizadas por equipos de dos.

- 2.3.1 Investigar el tema: Los diversos dialectos griegos, individualmente.
- 2.3.2 Comentar el tema investigado mediante parejas.
- 2.3.3 Realizar un esquema de los dialectos griegos por parejas.
- 2.3.4 Presentar su esquema ante el grupo.
- 2.3.5 Determinar un modelo general del grupo, sobre el esquema de los dialectos griegos.

- 2.4.1 Investigar los períodos griegos en su libro de texto, individualmente.
- 2.4.2 Presentar del tema investigado, un bosquejo escrito.
- 2.4.3 Detectar los géneros literarios de la investigación efectuada, en algunos trozos literarios.
- 2.4.4 Identificar características de los géneros y períodos griegos en algunos escritores de la época, individualmente.

Evaluación:

Se evaluarán los objetivos

2.1.2 - 2.1.5 - 2.1.6 - 2.2.2 - 2.2.5 - 2.2.6 - 2.3.4 - 2.4.7

Objetivo General: Ampliar el conocimiento que sobre la Literatura épica griega tiene el alumno a través de Homero y su obra: La Ilíada.

Objetivos Específicos:

- 3.1 Distinguir quiénes eran los poetas cultos y populares de la antigua Grecia.
- 3.2 Conocer los datos biográficos de Homero, como poeta iniciador de la épica griega y su obra literaria.
- 3.3 Captar los antecedentes históricos y legendarios en que se basa la Ilíada.
- 3.4 Comprender el contenido general de la Ilíada determinando la situación humana interna dentro del poema.

Actividades del Maestro y del alumno:

- 3.1.1 Investigar el tema de los Aedas y Rapsodas, por dúos.
- 3.1.2 Comentar el tema investigado mediante una técnica de foro.
- 3.1.3 Establecer las diferencias pertinentes entre los aedas y los rapsodas mediante opiniones vertidas por equipos de dos.

- 3.2.1 Leer parte de la vida de Homero, en sus textos, en el aula.
- 3.2.2 Investigar diversas concepciones tradicionales sobre la vida de Homero.
- 3.2.3 Exponer lo investigado en forma oral por equipos específicos.
- 3.2.4 Comentar las obras cumbres de Homero a través de datos obtenidos de la investigación efectuada.
- 3.2.5 Distinguir los personajes Homéricos, de los trabajados por otros autores, en una mesa redonda.
- 3.2.6 Citar otras obras atribuidas a Homero en forma oral y personal.

- 3.3.1 Investigar el fondo histórico de la Ilíada en una biblioteca de la localidad.
- 3.3.2 Exponer el tema investigado mediante materiales especiales por parte de dos equipos del grupo.
- 3.3.3 Representar algunos pasajes dramáticos de la Ilíada por parte de tres equipos.

- 3.4.1 Leer la obra la Ilíada por equipos de tres personas.
- 3.4.2 Identificar los personajes principales y sus características esenciales en forma oral.
- 3.4.3 Escribir de la rapsoda primera de la Ilíada, un resumen a manera de argumento en equipos de tres elementos.
- 3.4.4 Detectar el ambiente físico y sobrenatural de la obra, a través de un foro.
- 3.4.5 Examinar el contenido de la Ilíada por equipos de cinco personas.
- 3.4.6 Presentar un escrito del tema investigado.

Evaluación:

Entregar un Análisis Literario sencillo, que contenga los siguientes aspectos. (Sobre la Obra de La Ilíada)

- a) Antecedentes de la Obra.
- b) Datos del autor
- c) Síntesis del Argumento.
- d) Personajes principales y secundarios.
- e) Opinión de la obra.

UNIDAD IV

Objetivo General: Analizar el origen, partes y desarrollo del teatro griego, distinguiendo los elementos que constituyen la obra dramática.

Objetivos Específicos:

- 4.1 Conocer el origen del teatro griego a partir del ditirambo y de las fiestas dionisiacas.
- 4.2 Ubicar las partes que constituyen el teatro griego como base del teatro actual.
- 4.3 Comprender cómo se llevaba a cabo el desarrollo de la tragedia en Grecia.
- 4.4 Explicar los elementos que constituyen el esquema de un análisis literario.

Actividades del Maestro y de los alumnos:

- 4.1.1 Investigar el tema: origen del teatro griego, en alguna enciclopedia actualizada, por equipos de tres alumnos.
- 4.1.2 Observar de qué festividad surge el teatro griego, analizando las conclusiones del tema en una mesa redonda.
- 4.1.3 Deducir cómo se inició el diálogo en la obra dramática, según los comentarios más importantes de la dinámica anterior.
- 4.2.1 Descubrir las partes elementales que estructuran un teatro griego, en forma individual, observando gráficas y maquetas.
- 4.2.2 Analizar postales y fotografías de teatros griegos antiguos para observar dimensión y distribución, dentro del salón de clases.
- 4.3.1 Exponer el concepto personal que sobre tragedia tiene cada quien, ante el grupo.
- 4.3.2 Observar los pasos a seguir en la tragedia griega, destacando en una lectura de comprensión que distribuirá el maestro.
- 4.3.3 Descubrir la función que realiza el coro en la tragedia, según la lectura anterior.
- 4.4.1 Expresar lo que entiende por tema, argumento, trama, como conclusión de un corrillo organizado.
- 4.4.2 Distinguir tiempo, espacio y psicología de los personajes en una obra literaria, después de una exposición del maestro y de un análisis del equipo de trabajo.
- 4.4.3 Bosquejar un análisis literario con los elementos estudiados en clase, por equipos de tres

Evaluación:

Se evaluarán los objetivos:

4.2.1 – 4.3.1 – 4.4.1 4.4.3

Presentarán un álbum literario con dibujos, postales y fotografías que ilustren el tema de la unidad.

Entregar un análisis completo, con los elementos que ya se conocen, tomando en cuenta la lectura de una tragedia griega.

UNIDADES V – VI – VII.

Objetivo General: Advertir el clímax de la tragedia griega en la obra de Esquilo, Sófocles y Eurípides.

Objetivos Específicos:

- 5.1 Apreciar los aspectos más relevantes de las vidas de Esquilo, Sófocles y Eurípides.
- 5.2 Comprobar la grandeza literaria que desarrollaron estos tres trágicos en la Grecia antigua.
- 5.3 Conocer la importancia de los antecedentes legendarios de la Orestíada, de Edipo y de Medea.
- 5.4 Captar el contenido y enfoque de los personajes en las obras: Agamenón, Edipo Rey y Medea.

Actividades del Maestro y de los alumnos:

- 5.1.1 Considerar los elementos más importantes de la vida de Esquilo y sus triunfos escénicos, investigando en forma individual y exponiéndolo a la manera de un panel.
- 5.1.2 Distinguir los datos biográficos, la actividad y honores que se le brindaron a Sófocles, investigándolo por equipo y presentándolo en un debate.
- 5.1.3 Mencionar los datos de la vida de Eurípides, comparándolo con los otros dos trágicos, presentando los contenidos investigados a través de una asamblea.
- 5.2.1 Comprender el por qué de los temas religiosos utilizados por Esquilo en todas sus obras, realizando una lectura especial en la biblioteca.
- 5.2.2 Observar las innovaciones en la tragedia de Sófocles, diferenciando el tipo de obra de ese autor de las de Esquilo, todo esto realizando lecturas de comprensión en forma profunda.
- 5.2.3 Deducir a quien estaba dirigido el tema de las obras de Eurípides, realizando lecturas silenciosas y exteriorizándolo mediante un corrillo.
- 5.3.1 Leer la leyenda en que se basó Esquilo, haciendo la genealogía de Orestes y Electra para luego exponerlo en mesa redonda.
- 5.3.2 Interpretar la leyenda de Edipo, observando la suerte que los dioses o el destino ofrecen al hombre, en forma individual.
- 5.3.3 Describir a los argonautas como protagonistas de la leyenda en que se basa Eurípides, llegando a conclusiones claras dentro de un estado mayor.

- 5.4.1 Realizar la lectura denotativa y connotativa de Agamenón, destacando el tema, argumento y asunto del texto leído, todo esto dentro de un seminario.
- 5.4.2 Analizar la obra: Edipo Rey, dándole vida a los personajes de Sófocles, mediante la técnica de la escenificación y participando todo el grupo.
- 5.4.3 Obtener el argumento general de Medea, observando el aspecto físico y psicológico de los personajes, a través de una lectura, primero individual y luego coral.

Evaluación:

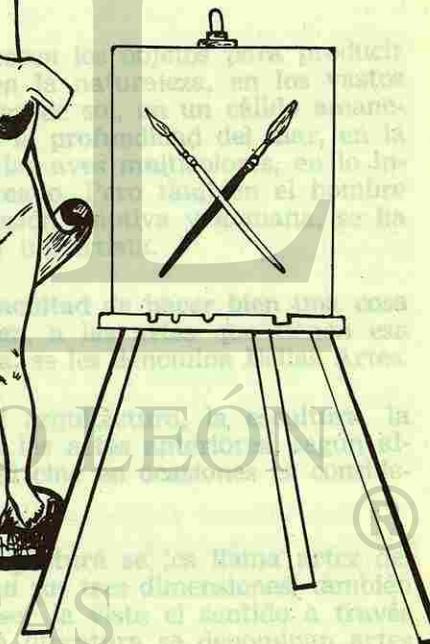
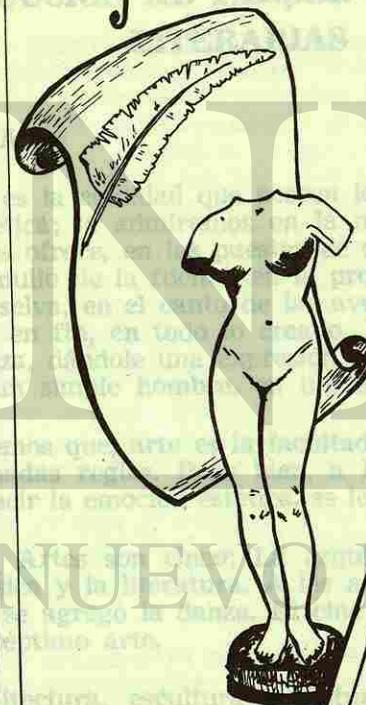
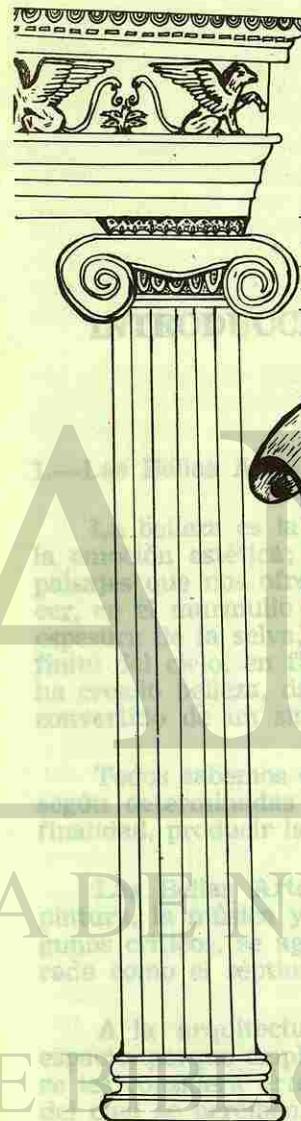
Se evaluarán los objetivos:

5.1.3 – 5.3.1 – 5.3.3. – 5.4.2

Se elegirá una de las tres obras para presentar una síntesis del argumento.

Se representará cualquiera de estas obras en forma sencilla pero con cierta técnica teatral.

Unidad I



**INTRODUCCION AL TALLER DE LECTURAS
LITERARIAS**

- 5.4.1 Realizar la lectura denotativa y connotativa de Agamenón, destacando el tema, argumento y asunto del texto leído, todo esto dentro de un seminario.
- 5.4.2 Analizar la obra: Edipo Rey, dándole vida a los personajes de Sófocles, mediante la técnica de la escenificación y participando todo el grupo.
- 5.4.3 Obtener el argumento general de Medea, observando el aspecto físico y psicológico de los personajes, a través de una lectura, primero individual y luego coral.

Evaluación:

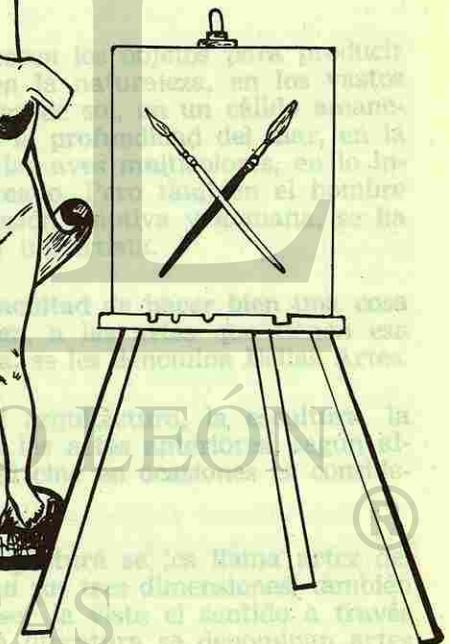
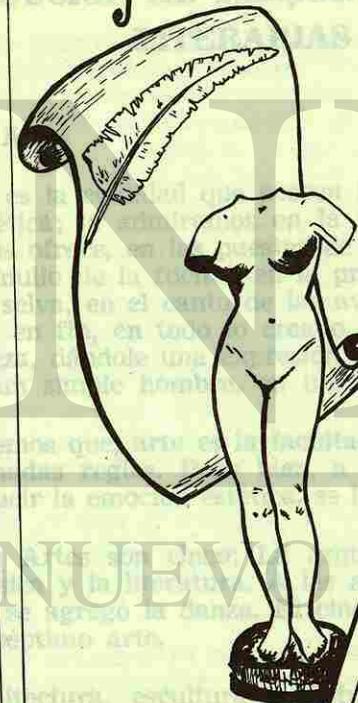
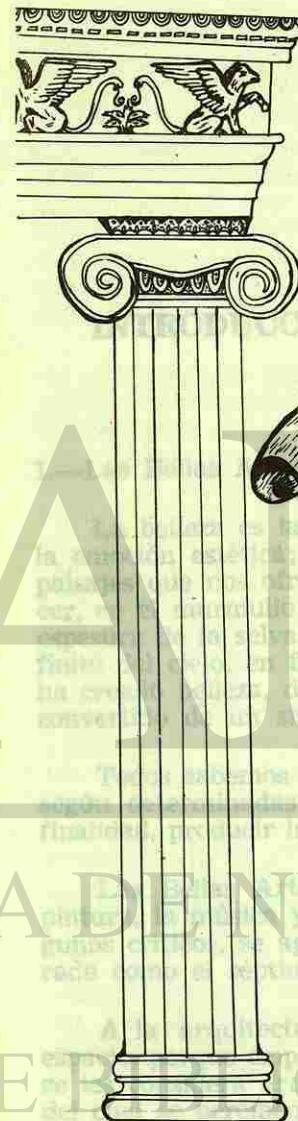
Se evaluarán los objetivos:

5.1.3 – 5.3.1 – 5.3.3. – 5.4.2

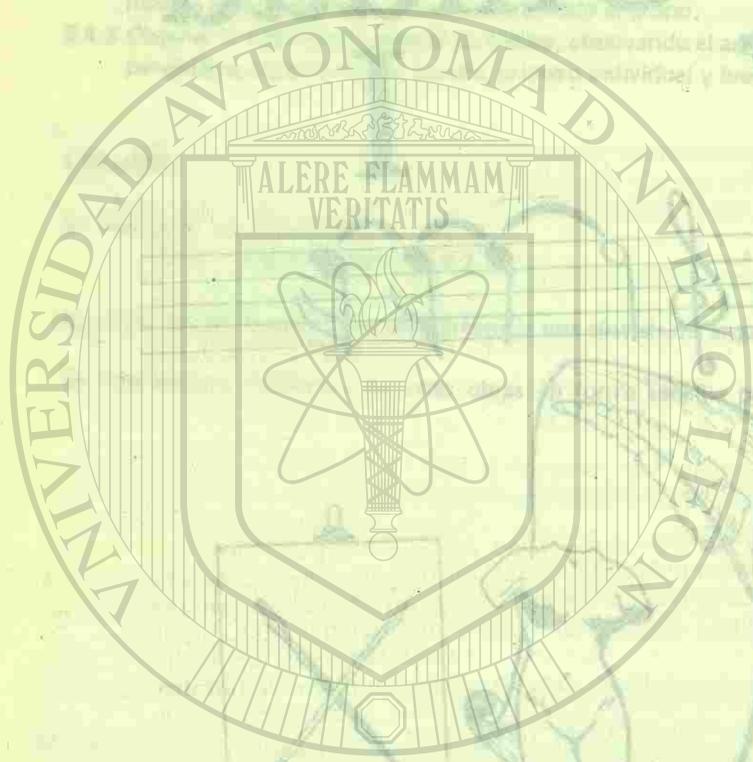
Se elegirá una de las tres obras para presentar una síntesis del argumento.

Se representará cualquiera de estas obras en forma sencilla pero con cierta técnica teatral.

Unidad I



**INTRODUCCION AL TALLER DE LECTURAS
LITERARIAS**



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

INTRODUCCION AL TALLER DE LECTURAS LITERARIAS

de comentar otros autores, consultar la opinión de personas eruditas, etc. En el arte, la belleza es una cualidad que se encuentra en la naturaleza y en las obras de arte. La belleza es una cualidad que se encuentra en la naturaleza y en las obras de arte. La belleza es una cualidad que se encuentra en la naturaleza y en las obras de arte.

INTRODUCCION AL TALLER DE LECTURAS LITERARIAS

1.—Las Bellas Artes

La belleza es la cualidad que poseen los objetos para producir la emoción estética; la admiramos en la naturaleza, en los vastos paisajes que nos ofrece, en las puestas de sol, en un cálido amanecer, en el murmullo de la fuente, en la profundidad del mar, en la espesura de la selva, en el canto de las aves multicolores, en lo infinito del cielo, en fin, en todo lo creado. Pero también el hombre ha creado belleza, dándole una expresión emotiva y humana, se ha convertido de un simple hombre, en un artista.

Todos sabemos que, arte es la facultad de hacer bien una cosa según determinadas reglas. Pues bien, a las artes que tienen esa finalidad, producir la emoción estética, se les denomina Bellas Artes.

Las Bellas Artes son cinco: La arquitectura, la escultura, la pintura, la música y la literatura. A las artes anteriores, según algunos críticos, se agregó la danza. El cine en ocasiones es considerado como el séptimo arte.

A la arquitectura, escultura y pintura se les llama artes del espacio, porque emplean la materia en sus tres dimensiones, también se les considera artes visuales, por ser la vista el sentido a través del cual se perciben. La música y la literatura se denominan artes del tiempo, pues requieren para su ejecución de una cierta duración; un principio, un medio y un fin, que acontecen en el tiempo, a éstas se les clasifica como artes auditivas, en virtud de que es el oído el órgano que percibe las formas creadas por el artista. La danza y el cine son artes mixtas y al mismo tiempo artes de movimiento.

La arquitectura realiza la belleza utilizando la piedra, el vidrio, el concreto armado, la madera, etc. La escultura manifiesta la vida mediante volúmenes o masas solamente valiéndose del mármol, yeso, arcilla, metales, etc. La pintura representa lo bello valiéndose del color, del dibujo y de la perspectiva. La música combina acertadamente las notas de la escala reproduciendo sonidos armoniosos. La literatura tiene solamente un material: la palabra, hablada o escrita, pero únicamente la palabra. La literatura encierra dentro de sí todas las artes, ya que la palabra es más duradera que la piedra, más pintoresca que el color mismo, esculpe magistralmente a los personajes de una obra de teatro, es más resistente que la arquitectura y tan armoniosa y dulce como el sonido, por eso se le llama el arte de la palabra.

2.—Literatura

Proviene de litterae —letra— se le ha definido como la bella arte que expresa su contenido por medio de la palabra; tiene por objeto exteriorizar el mundo íntimo del hombre y dar a conocer el mundo que lo rodea. Es la expresión de la cultura del pueblo que la produce. Por sus objetivos y contenidos, la literatura no difiere mucho de las demás artes, más, por sus recursos, es sin duda la más humana. Múltiples son los fines que persigue la literatura; divierte y enseña; analiza, critica e interpreta los hechos reales e imaginarios; enardece y sublimiza, deprime o eleva, inventa y recuerda, pero lo esencial es que este arte unido con la música y la danza nos presenta a los hombres de todos los pueblos, de todos los siglos, de todas las razas, hermanados, tomados de la mano, logrando lo imposible; acercar al hombre a ese ser tan desconocido, que es el hombre mismo.

3.—Fondo y Forma

De igual manera que en el conjunto de nuestro ser distinguimos alma y cuerpo o en la superficie de una hoja encontramos haz y envés, así localizamos en toda obra literaria dos elementos: Fondo y Forma.

Hay quienes atribuyen exclusiva importancia al fondo, pensamiento o contenido y no falta quien defienda lo contrario, pero recordemos que los extremos son peligrosos, sobre todo en elementos que son compañeros inseparables en todo escrito. Sinteticemos diciendo aquella máxima "mente sana en cuerpo sano" y deduzcamos que deben existir "temas positivos y claros en lenguajes bellos y floridos".

Los argumentos brotan en la mente de poetas y escritores después de meditar bien el asunto que se va a tratar, leer lo que sobre

él comentan otros autores, consultar la opinión de personas eruditas; todo esto aunado al talento, sensibilidad y creatividad del mismo autor, nos da los bellos contenidos que leemos y que enriquecen nuestra sabiduría.

En toda obra literaria existe un contenido nuclear, directo, más importante, y además, otros fondos subyacentes que, o son sugeridos intencionalmente por el autor o les son impuestos desde afuera, sin su consentimiento, por la época en que vive, por la clase social a la que pertenece, por su ambiente geográfico, por sus tendencias instintivas, por algunas deformaciones o perturbaciones fisiológicas, etc.

Hasta donde sea posible nuestros fondos o contenidos deben ser, si nosotros fuéramos escritores, claros, verdaderos, naturales, nuevos en lo posible, sólidos, oportunos, delicados, ingeniosos, sutiles, profundos, bellos y sublimes.

Obtenida la idea de que fondo o contenido es todo lo que el hombre propone comunicar a los que lo escuchan o leen, diremos que la forma es el plan y distribución del pensamiento mismo (forma interna) y su expresión por medio del lenguaje (forma externa).

Para obtener una buena forma interna, el autor debe dominar totalmente el asunto, exponerlo de un modo íntegro y preciso, dándole a cada parte su importancia y enlazando todas sus ideas bajo la dependencia de un tema o principio general. En cuanto a la forma externa de la obra literaria, se debe tener mucho esmero, pues ésta es como el barniz para los ricos muebles, como el pulimento para las piedras preciosas, ya que del buen empleo del lenguaje depende el realce de una obra o su vulgaridad total. Si tomamos en cuenta la sucesión de sonidos y pausas y la distribución de los acentos dominantes, con el fin de lograr cierto efecto acústico llamado ritmo, encontraremos dos formas literarias: el verso y la prosa.

El verso exige, aparte de un ritmo regular, un número preciso de sílabas, una terminación igual o parecida de los versos y pausas o descansos necesarios en medio del verso. (Ritmo, Metro, Rima y Pausa).

La prosa en cambio es la forma natural del lenguaje, posee un ritmo y metro irregulares, fluidos y libres, determinados por los movimientos respiratorios.

El fondo y la forma corresponden a la característica biplánica del signo lingüístico. El fondo sería el plano del contenido y la forma, el plano de la expresión.

4.—Géneros Literarios

Al realizar un análisis minucioso de las obras maestras de la literatura, advertimos que a pesar de estar escritas por diferentes autores, en distintas épocas y países, en variadas lenguas y con temas tan disímiles, existen en ocasiones grandes semejanzas, rasgos que son familiares entre una obra y otra; esto ha favorecido al hombre pues de esta manera puede clasificar lo que lee; sería el caos el leer desordenadamente, desconociendo lo sustancial de la lectura. Es, pues, precisamente esas características comunes, de acuerdo con un mismo punto de vista localizadas en la obra literaria a lo que nosotros llamamos géneros.

El concepto "género" es demasiado amplio, agrupa a conjuntos menores a los que llamamos especies. Así como en la Botánica hay ramas y subramas, en la Zoología, familias y subfamilias, en la Sociología, clases, subclases e infraclases, así en la Literatura existen géneros, especies e individuos.

Podemos decir que los géneros literarios utilizados por el autor dependen directamente de las formas metódicas, es decir del procedimiento que se emplea para presentar el contenido psíquico que se quiere comunicar. Si el escritor se propone narrar sucesos, describir el mundo exterior o tratar hechos heroicos excluyéndose de la obra, la forma metódica sería "extrapersonal u objetiva" y el género "épico o narrativo"; en caso de que el autor se incluya en la obra, nos hable de su propia vida o intente explicar sus sentimientos, la forma sería "personal o subjetiva" y el género "lírico o emotivo"; puede ser que el literato exponga sus ideas a través de personajes creados por él mismo, dialogando entre sí, esta forma metódica se llama "pluripersonal o dialogada" y el género literario se le denomina "dramático o teatral", por último en caso de que el autor se proponga en la obra, enseñar, demostrar, criticar, analizar o informar sobre un tema determinado, la forma sería "expositiva o didáctica" y el género utilizado lleva el mismo nombre "didáctico o expositivo".

Por último comentaremos que no existen formas metódicas ni géneros literarios puros, el poeta o el prosista se valen de varios recursos al realizar su obra, de ahí que se hable de formas y de géneros mixtos, aclarando que si a una obra se le considera en tal o cual género o forma, se debe a los elementos que predominan, los que más se utilizan.

A continuación incluimos un ejemplo de una clasificación de obras literarias.

- 1.—Individuo = Prometeo encadenado de Esquilo
- 2.—Especie = Tragedia clásica griega
- 3.—Género = Dramático o teatral y su forma pluripersonal o dialogada.

FICHAS DE CONTROL DE LA UNIDAD I

Ficha No. 1

Instrucciones.—Después de que leas detenidamente el tema No. 1 de esta unidad, intenta contestar el siguiente ejercicio.

- 1.— ¿A qué llamamos belleza? _____

- 2.— ¿En qué se convierte un hombre al crear la belleza? _____

- 3.— ¿Qué entiendes por Arte? _____

- 4.— Menciona las Bellas Artes _____

- 5.— ¿A qué artes se les llama acústicas? _____

- 6.— ¿Qué artes son consideradas mixtas? _____

- 7.— ¿Qué material utiliza la escultura para manifestarse? _____

- 8.— ¿Cómo representa lo bello la pintura? _____

- 9.— ¿Cómo se ha considerado al cine? _____

- 10.— De todos los materiales utilizados en las diferentes artes, ¿Cuál es el más duradero, pintoresco, resistente y armonioso? _____

Ficha No. 2

Instrucciones.—Analiza cuidadosamente el tema No. 2 y da respuesta a las siguientes preguntas. Subraya la idea correcta.

- 1.— La voz latina "litterae" significa:
a) letra b) signo c) palabra
- 2.— Arte bello que expresa su contenido por medio de la palabra:
a) Música b) Literatura c) Pintura
- 3.— Comparando a las demás artes con la Literatura, ésta se considera como:
a) la más importante b) la más simple c) la más humana
- 4.— Son algunos de los fines que persigue la Literatura:
a) Elevar la destreza física y mental b) Robustecer el espíritu de servicio c) divertir y enseñar a la humanidad
- 5.— El fin esencial que persigue la Literatura:
a) Acercar al hombre con el hombre mismo b) Interpretar los hechos reales c) Criticar la época en que se vive

8

Ficha No. 3

Instrucciones.—Investiga en tu ficha de contenido (tema No. 3) y da respuesta relacionando ambas columnas.

- 1.— Es también llamado pensamiento o contenido. subyacentes ()
- 2.— Contenidos que acompañan a la idea nuclear, son de menos importancia. forma interna ()
- 3.— Se le llama así al plan y distribución del pensamiento humano. fondo ()
- 4.— Es la expresión que se realiza por medio del lenguaje. verso ()
- 5.— Este exige aparte de un ritmo regular, metro, rima y pausa. forma externa ()
- 6.— Gracias a qué surgen los argumentos en la mente de un poeta. prosa ()
- 7.— Contenido directo que es acompañado por otros contenidos menos importantes. nuclear ()
- 8.— Característica del fondo o contenido. claros sólidos y sutiles ()
- 9.— Forma natural de un lenguaje, posee ritmo y metro irregulares. fondo y forma ()
- 10.— Corresponden al plano del contenido y al plano de la expresión. talento del mismo autor ()

9

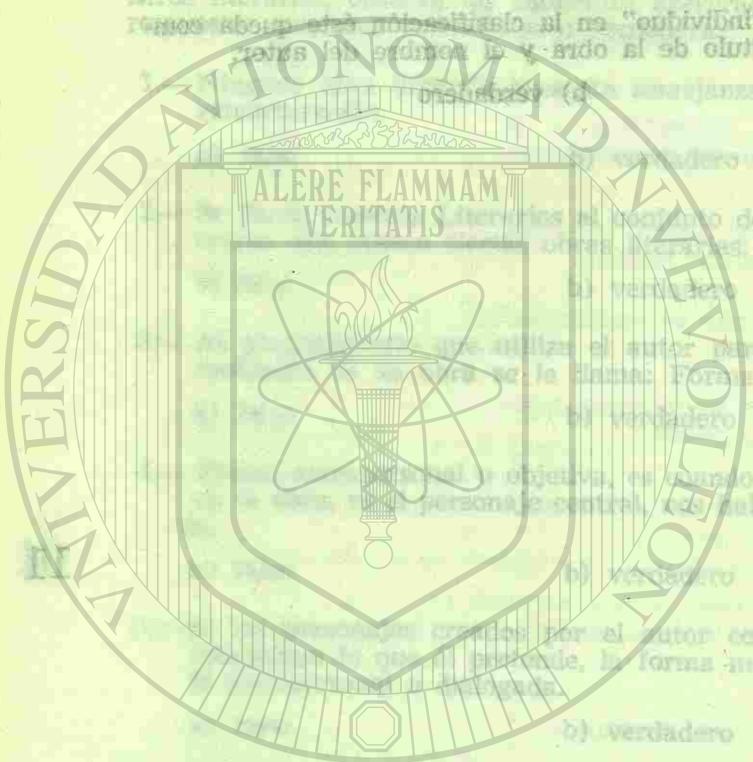
Ficha No. 4

Instrucciones.—Después de que comentes con tu equipo los géneros literarios, observa las siguientes aseveraciones y subraya la respuesta, aceptando si es falsa o verdadera.

- 1.— Ninguna obra literaria presenta semejanza en su contenido o estructuración.
a) falso b) verdadero
- 2.— Se llama Géneros Literarios al conjunto de características comunes que poseen ciertas obras literarias.
a) falso b) verdadero
- 3.— Al procedimiento que utiliza el autor para dar a conocer el contenido de su obra se le llama: Forma metódica.
a) falso b) verdadero
- 4.— Forma extrapersonal u objetiva, es cuando el autor se incluye en la obra, es el personaje central, nos habla de su propia vida.
a) falso b) verdadero
- 5.— Si los personajes creados por el autor conversan entre sí y comunican lo que él pretende, la forma metódica utilizada es la pluripersonal o dialogada.
a) falso b) verdadero
- 6.— Si el autor trata de enseñar, criticar, analizar, dar un conocimiento, llegar a un concepto, la forma metódica sería expositiva o didáctica.
a) falso b) verdadero
- 7.— La forma personal o subjetiva es cuando el autor narra lo que sucede a su derredor, describe hechos heroicos y se excluye totalmente de la obra.
a) falso b) verdadero
- 8.— No existen obras literarias puras, las formas metódicas y los géneros literarios se conjugan y se convierten en elementos mixtos.
a) falso b) verdadero

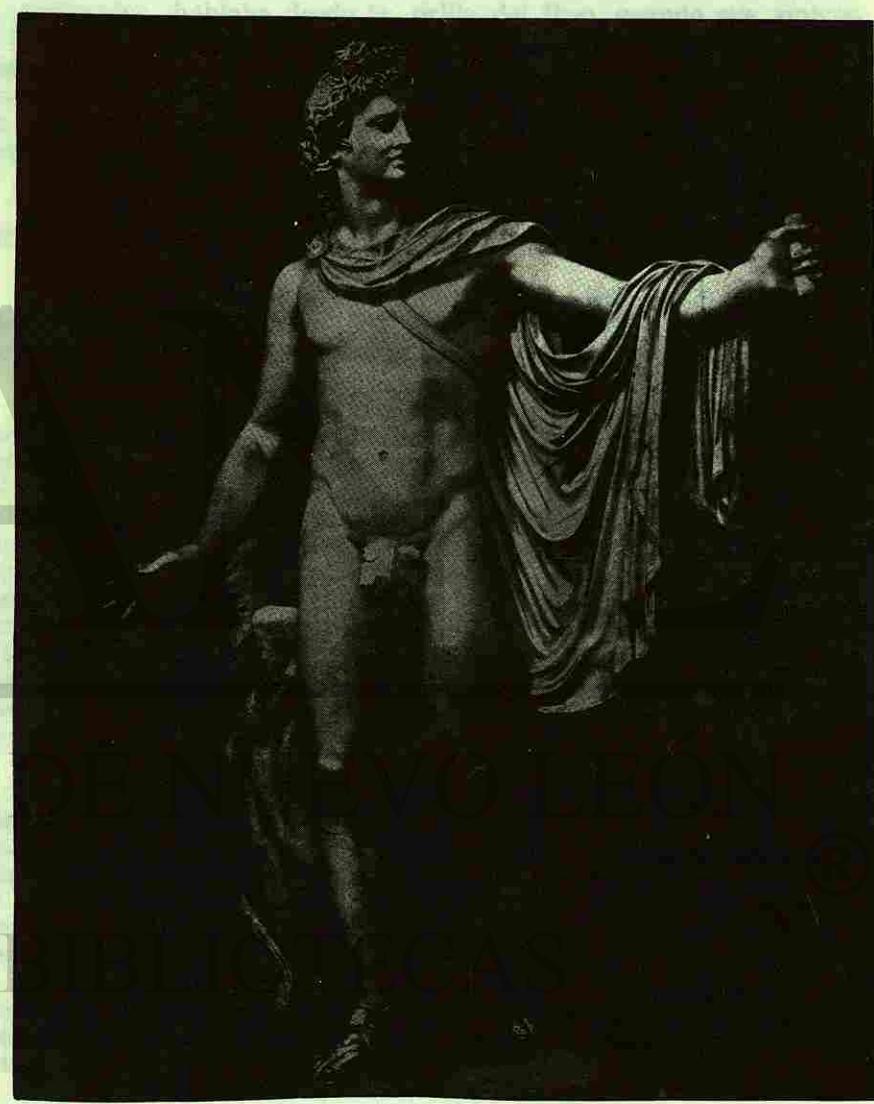
- 9.— Cuando una obra está escrita dentro de varios géneros literarios, se escoge cualquiera de ellos y así se clasifica.
a) falso b) verdadero
- 10.— Al hablar del "individuo" en la clasificación éste queda compuesto por el título de la obra y el nombre del autor.
a) falso b) verdadero

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

Unidad II



15

EL MILAGRO GRIEGO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

EL MILAGRO GRIEGO

TEMA No. 1.—EL HOMBRE GRIEGO

Fue Sócrates el filósofo griego quien dijo que la **sabiduría** es enfrentarse serena, valerosa e inteligentemente con los problemas de la vida y con justo discernimiento de su importancia.

“Sócrates hablaba desde la orilla del Iliso cuando sus amigos le instaban a solicitar una gracia de las deidades. Dadme la belleza necesaria a mi alma y que mi interior y exterior formen siempre una sola unidad armónica. Que estime yo al sabio como rico y que no posea nunca más oro que aquel que el hombre sobrio y sólo él pueda llevar consigo”.

Este era el pensamiento helénico el tema principal y la verdadera tónica de todo lo que el mundo griego encierra.

Fueron los griegos amos del escenario histórico durante muy poco tiempo, pero el “milagro” estriba precisamente que en este corto periodo glorioso realizaron asuntos extraordinarios.

El arte de Creta, el del mar Egeo y el de las colonias egeas del continente griego duraron alrededor de 1,500 años. Pero el más antiguo de los templos griegos fue construido a mediados del siglo VII A.C. y a mediados del siglo IV A.C. después de la destrucción de Atenas por sus rivales los espartanos, finalizó este corto periodo. Por consiguiente todo cuanto realizaron los griegos lo hicieron en menos de 300 años. Si reflexionamos que durante este tiempo cimentaron la base de la civilización occidental, no sólo dentro del terreno político y de la ciencia, sino también el de las artes en el más amplio sentido de la palabra, entonces nos daremos cuenta de que esos antiguos helenos, ellos jamás usaron la palabra “griegos” que era de invención romana, deben haber constituido un pueblo de extraordinaria inteligencia.

A esa inteligencia se unía una vitalidad extraordinaria; eran capaces de las expresiones más exageradas de devoción y de entusiasmo. Estaban poseídos de una arrogancia casi divina; se acercaban a la naturaleza y le arrancaban sus secretos y sin duda alguna se consideraban el principio y el fin de toda creación. Nunca hicieron nada a medias. Si eran héroes, lo eran de tal forma que los poetas les cantaban hasta transformarlos casi en dioses. Contrariamente, si se les antojaba ser malvados, representaban exactamente esa postura y se daban de lleno a conseguir un nombre famoso como el más notorio y pérfido que ha aparecido en el escenario de la historia.

Donde quiera que pusieron su inteligencia al servicio de cual-

quier determinada tarea, lo hicieron entregándose en cuerpo y alma y de este modo dieron al mundo algo enteramente nuevo: una profunda fe en la dignidad del hombre.

Ese fue el hombre griego y su postura ante la vida.

Señalaremos como centros de interés para estudiar el mundo helénico tres momentos de la vida de este pueblo: Epoca Arcáica, Epoca Clásica, Epoca Helenística. Sólo estudiaremos el mundo arcáico y el ático.

Con el mundo Arcáico conoceremos los dos puntos claves de la religión helénica.

Delfos es el gran santuario aristocrático del período arcáico. Los nobles van a la cabeza y el pueblo en la base. Así el principio delfico es la limitación de las posibilidades humanas.

En cambio el movimiento dionisiaco es de profunda raigambre popular mientras Apolo y Delfos señalan que entre el hombre y Dios existe un abismo.

Dionisos promete con una postura sentimental la liberación de las cadenas del cuerpo y la consiguiente unión con Dios. El dionisismo es una religión salvadora.

16

Señalamos estas dos posturas religiosas porque a través de nuestro estudio veremos las obras de los trágicos Sófocles y Esquilo, continuadores ambos de la gran tradición "aristocrática" arcáica en cuya obra se mezcla con la trama "El pecado original del hombre (la Hybris)" ya que en esas obras hay un complejo sentimiento de culpabilidad humana ante Dios y toda Hybris engendra un castigo.

TEMA No. 2.—RELIGION Y MITO

Los dioses de la mitología griega son representados por figuras humanas portadoras de sus atributos. Sus relaciones entre sí y sus pasiones son semejantes a las de los hombres y en muchas ocasiones entran con éstos en alianzas de amor y de protectora amistad o los persiguen con odio implacable. Pero el real simbolismo profundo de estas divinidades lo componen: las grandes fuerzas manifiestas en la naturaleza (los elementos y los fenómenos) asimismo los misterios de la vida y de la muerte y los sentimientos y pasiones del alma humana.

URANO.—Realmente a éste debería corresponder el título de "Padre de los Dioses" y no a Zeus. Personifica el cielo (el espacio) y es hijo de Erebo y la noche. De su unión con la Tierra (Gea), surgen: Cronos, Océano, Tetis, Rea, Titán, los Gigantes y los Ciclopes.

Cronos se propuso arrebatarle el poder, lo sorprende, hiere y mutila alevosamente. De la sangre que brotó de la herida nacieron: los Keres, las Furias, las Parcas, las Gorgonas, una de ellas se le representa con la cabeza llena de serpientes, tiene el poder de paralizar al hombre: Son las malas ideas. Se llama Medusa.

GEA.—Es la Tierra (la materia inerte). Los romanos la llamaban: TELO (TELLUS).

CRONOS.—Simboliza el tiempo, dentro del que todo se crea y se destruye. Hijo de Urano y de Gea; había destronado a su padre (El espacio) y para que sus hijos no le hicieran sufrir la misma suerte los devoraba al nacer; pero Rea valiéndose de una artimaña logró salvar a Júpiter, Neptuno, Plutón y Juno.

REA.—Diosa de la naturaleza activa, hija de Urano y Gea.

TITAN.—Hijo de Urano y Gea y hermano primogénito de Saturno, a quien se dio sus derechos de primogenitura a condición de que matara a todos sus hijos; pero sabedor de que Rea los conservaba secretamente, hizo la guerra a su hermano y ya se creía vencedor cuando Júpiter, despidiendo rayos lo precipitó al Tártaro, con todos los suyos.

TITANES.—Hijos de Titán sepultados bajo montañas rugen y lanzan humo en su cólera haciendo temblar la tierra (Los Volcanes).

NEREO.—Simboliza el mar (la esencia de las aguas).

17

NUMENES.—Los grandes Númenes o Dioses del paganismo eran doce: Zeus o Júpiter, Poseidón o Neptuno, Efestos o Vulcano, Hermes o Mercurio, Ares o Marte, Febo o Apolo, (seis Varones), Hera o Juno, Demeter o Ceres, Hestia o Vesta, Palas Atena o Minerva, Artemisa o Diana y Afrodita o Venus (seis Mujeres).

ZEUS.—Padre de los Dioses, simboliza las fuerzas y las esencias celestes. Dios del rayo, del trueno y de la lluvia, esposo de Juno.

POSEIDON.—Dios de las Aguas.

HEFESTOS.—Dios del fuego y del metal.

HERMES.—Dios de la elocuencia, el comercio.

ARES.—Dios de la guerra.

FEBO.—Dios del día, de la poesía, la música y de las artes. Padre de las musas.

HERA.—Reyna del Empíreo y del Olimpo, hija de Saturno y de Rea esposa de Júpiter, diosa de la luz y del matrimonio.

HESTIA.—Hija de Saturno y Rea, diosa de la castidad y de la virtud, simboliza la esencia del fuego.

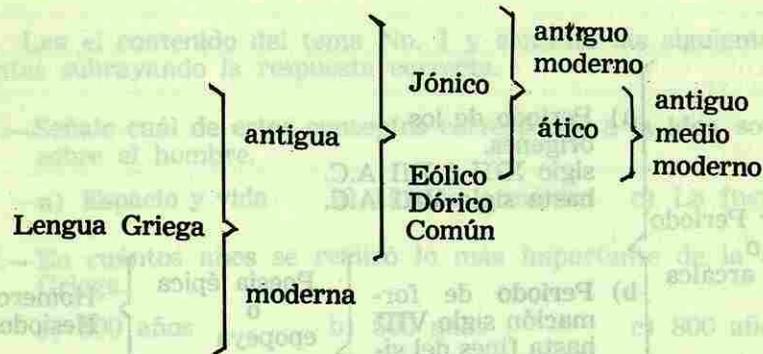
PALAS.—Diosa de la inteligencia, la sabiduría y las artes, nació ya armada, de la cabeza de Júpiter. Simboliza la mente universal.

DIANA.—Diosa de la caza.

AFRODITA.—Diosa de la belleza, del amor de la procreación, del mar, de la navegación y de la vida universal. Nació de la espuma de las olas de donde tomó su nombre.

La palabra mitología en las lenguas modernas significa una relación de historias legendarias con fundamento más o menos histórico. Viene de la voz griega MYTHOS.

TEMA No. 3.—LA LENGUA GRIEGA



El dialecto jónico se habló en el Asia Menor, se caracteriza por su dulzura. Se divide en: jónico antiguo, jónico moderno y ático.

En el jónico antiguo escribieron Homero y Hesíodo.

El jónico moderno abarca desde las primeras obras en prosa hasta Herodoto e Hipócrates.

El ático recibe su nombre de la región que tenía Atenas por capital, está dividido en:

Atico antiguo.—Escribieron los trágicos griegos Esquilo, Sófocles y Eurípides.

Atico medio.—Pertencen a este dialecto las obras del filósofo Platón y las del historiador Jenofonte.

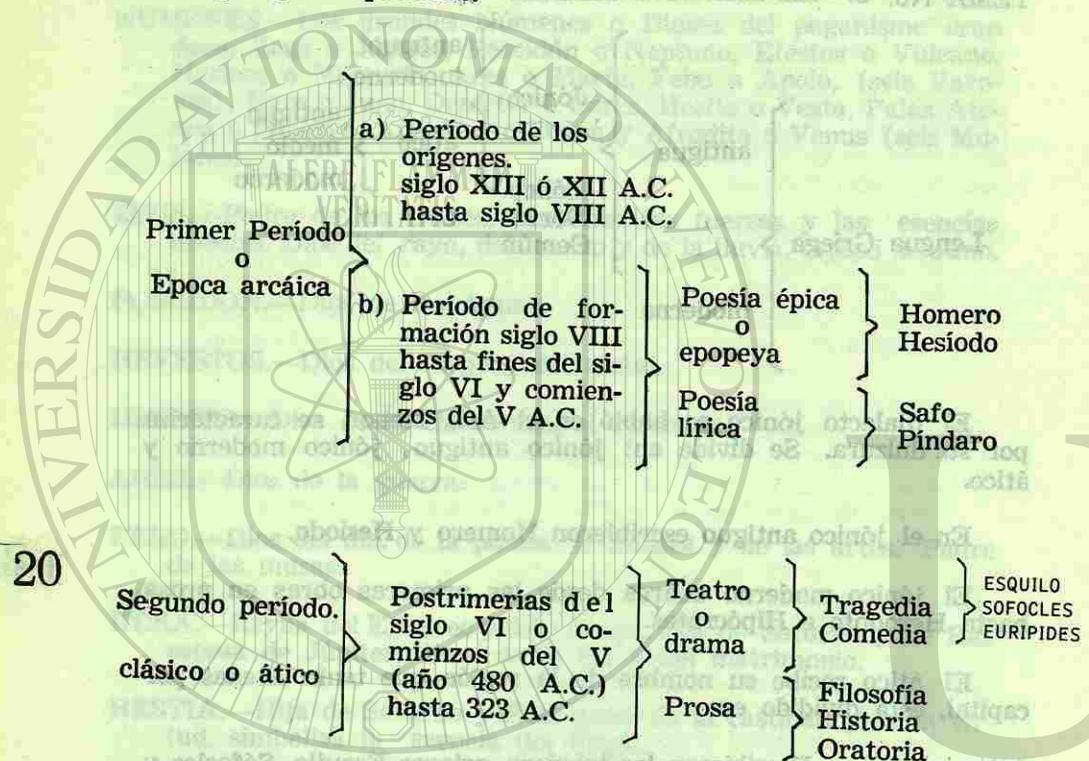
Atico moderno.—Escribió en esta lengua Aristóteles así como Demóstenes y Lisias.

En el dialecto eólico escribieron los poetas Alceo y Safo.

El dialecto dórico se habló en Corinto, Creta, Peloponeso y Megara. En este dialecto se escribieron las obras de Píndaro y las poesías de Teócrito.

TEMA No. 4.—PERIODO LITERARIO GRIEGO

De los períodos literarios Griegos sólo trabajaremos con el primero y segundo períodos.



FICHAS DE CONTROL DE LA UNIDAD II

Ficha No. I

I.—INSTRUCCIONES

Lea el contenido del tema No. 1 y conteste las siguientes preguntas subrayando la respuesta correcta.

- 1.—Señale cuál de estos conceptos corresponde a la idea socrática sobre el hombre.
a) Espacio y vida — b) Unidad armónica — c) La fuerza
- 2.—En cuántos años se realizó lo más importante de la cultura Griega.
a) 300 años — b) 500 años — c) 800 años
- 3.—Una de las características del hombre griego fue:
a) La arrogancia — b) La honradez — c) La timidez
- 4.—A quiénes transformaban casi en dioses.
a) Héroes — b) Los poderosos — c) Los políticos
- 5.—Los griegos dieron al mundo algo nuevo.
a) Fe en la dignidad del hombre — b) Ideas materialistas
c) Conocimientos ecológicos
- 6.—El arte de Creta, el del mar Egeo y el de las colonias duraron:
a) 1,000 años — b) 1,500 — c) 500
- 7.—¿Cuándo fue construido el más antiguo de los templos griegos?
a) Siglos VII A.C. — b) Siglo I A.C. — c) Siglo V A.C.
- 8.—Los griegos sentaron las bases de la civilización:
a) islámica — b) hindú — c) occidental
- 9.—Los griegos utilizaban para referirse a sí mismos la palabra:
a) cretenses — b) helenos — c) milenos
- 10.—El pueblo griego se consideraba:
a) héroes — b) poetas — c) principio y fin de toda creación.

6.—El dialecto Jónico se hablaba en: _____

7.—Se caracteriza por: _____

8.—El ático recibe su nombre de la región cuya capital es: _____

9.—El historiador Jenofonte escribió en: _____

10.—El dialecto dórico se habló en: _____

II.—Escribe breves datos biográficos de alguno de los siguientes poetas griegos:

Alceo, Safo o Píndaro. _____

Ficha No. 4

I.—Instrucciones: Completa las siguientes preguntas:

1.—La Epoca arcaica está dividida en dos grandes períodos; señálos: _____

2.—En los siglos XIII o XII A.C. hasta el VIII pertenece el período: _____

3.—En el Siglo VIII A.C. hasta fines del Siglo VI A.C. y comienzos del Siglo V A.C. pertenece el período: _____

4.—La poesía épica y la poesía Lírica pertenece al período: _____

5.—¿Qué géneros literarios utilizan Homero y Hesíodo? _____

6.—Safo y Píndaro escribieron: _____

7.—El Segundo Período Clásico se desarrolló en el siglo: _____

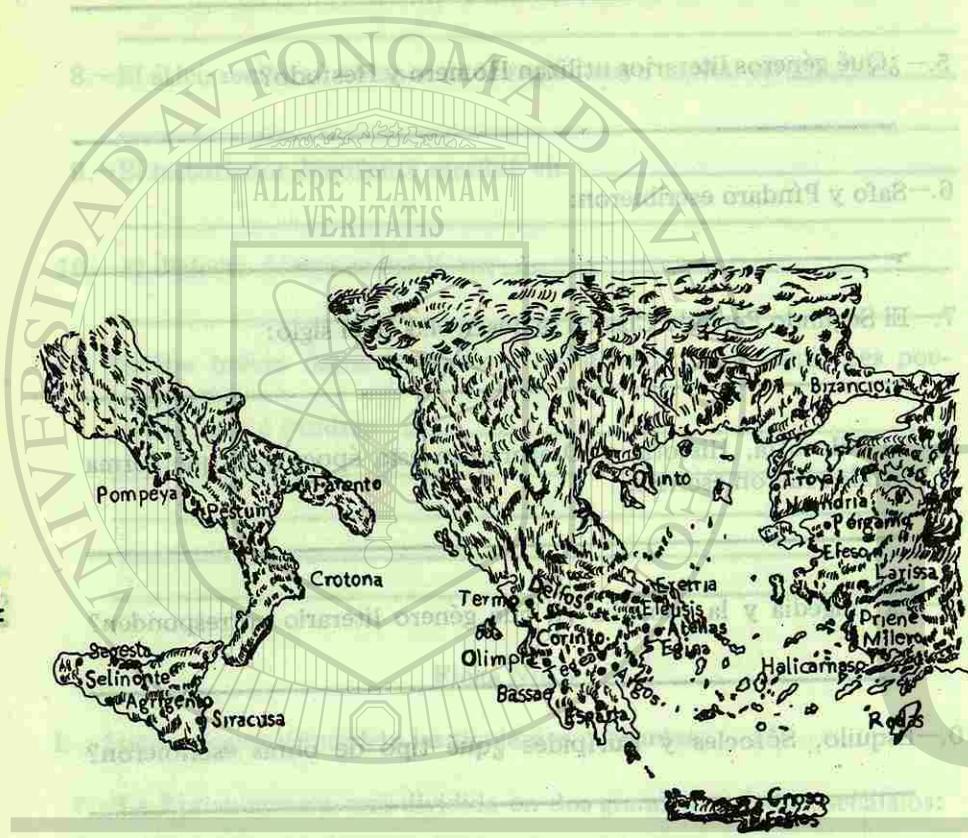
8.—La Filosofía, Historia y Oratoria en esta época ¿en qué forma rítmica fueron escritas? _____

9.—La tragedia y la comedia ¿a qué género literario corresponden? _____

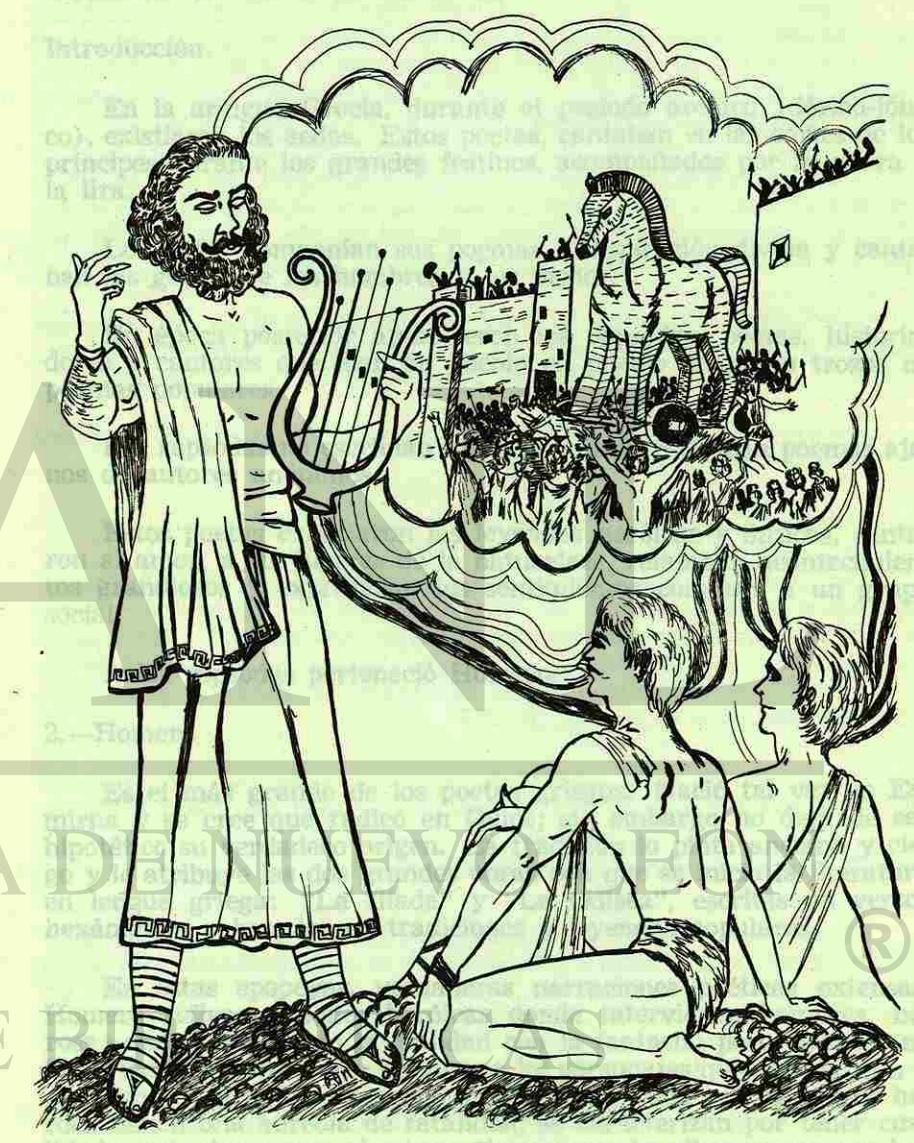
10.—Esquilo, Sófocles y Eurípides ¿qué tipo de obras escribieron? _____

II.—Instrucciones: Desarrolla un pequeño resumen sobre los períodos literarios y sus escritores. _____

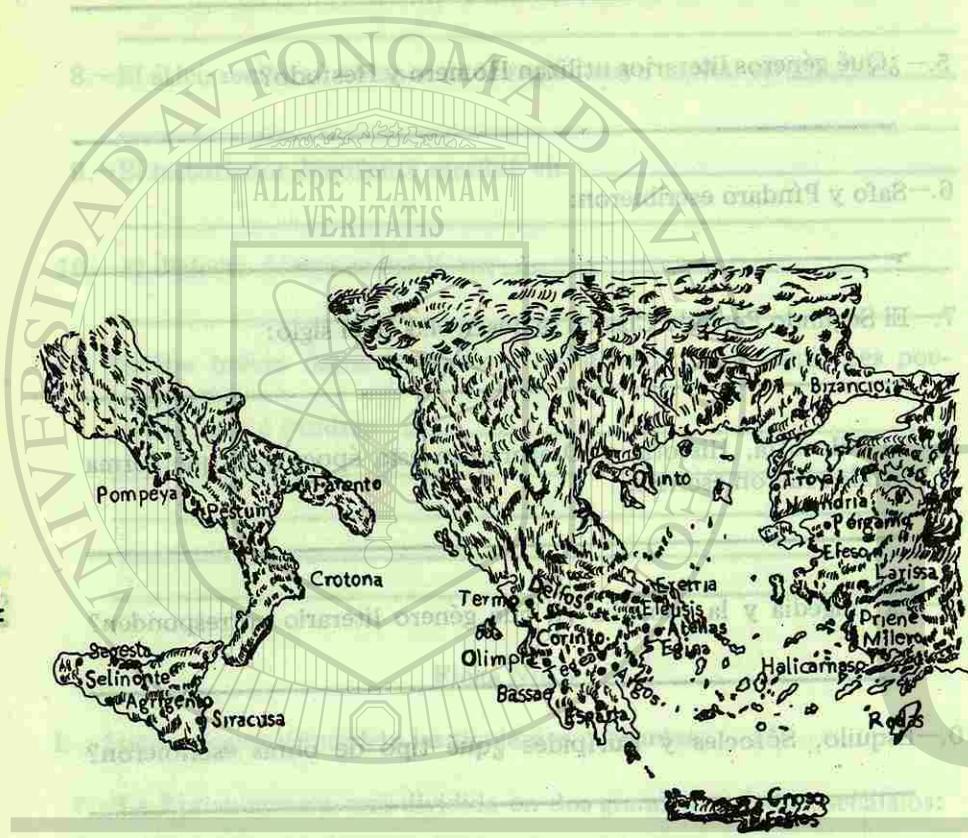
LA EPICA GRIEGA. HOMERO



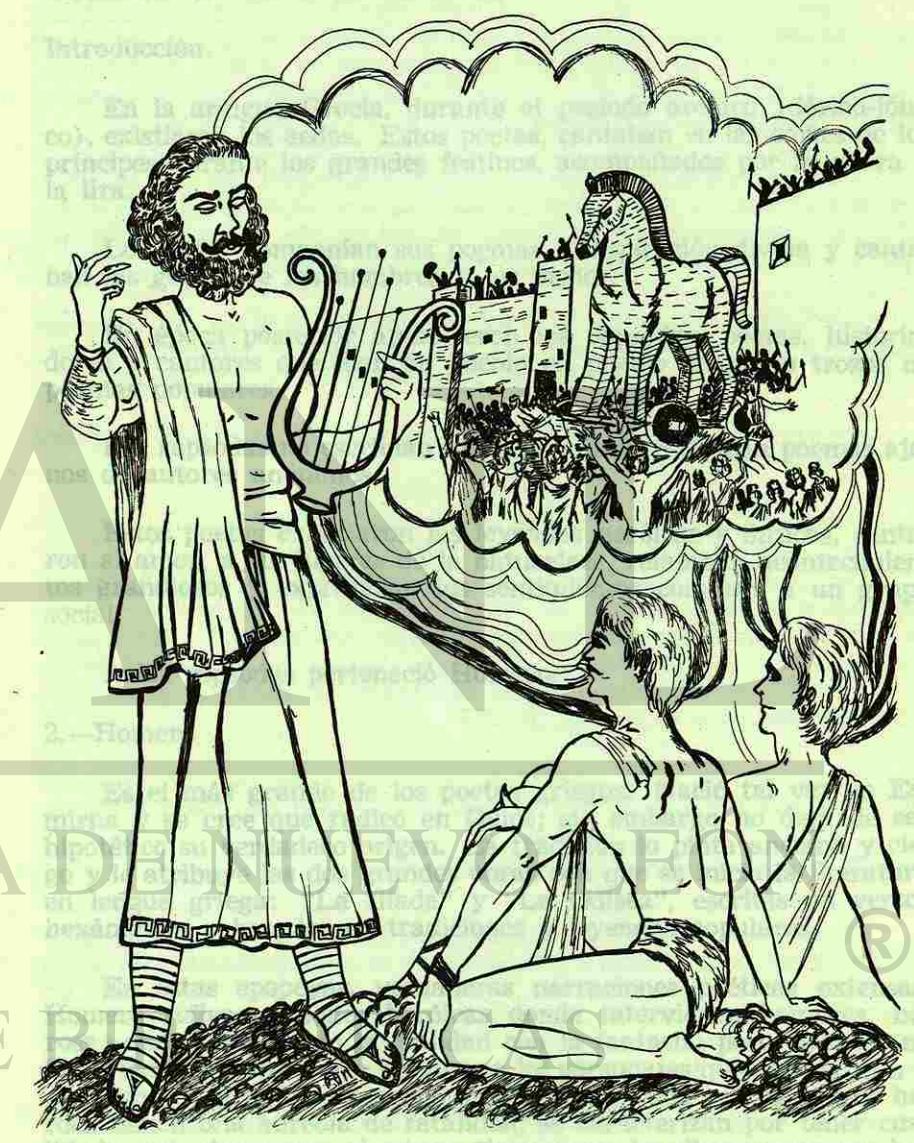
Unidad III



LA EPICA GRIEGA. HOMERO



Unidad III



LA EPICA GRIEGA. HOMERO



UNIDAD III

POESIA EPICA

ILIADA

HOMERO (s VIII ó VII A. de C.)

Introducción.

En la antigua Grecia, durante el periodo arcaico (dórico-jónico), existieron los aedas. Estos poetas, cantaban en las cortes de los príncipes durante los grandes festines, acompañados por la cítara y la lira.

Los aedas componían sus poemas a inspiración divina y cantaban las gestas de los hombres y los dioses.

En época posterior aparecieron los rapsodas, poetas, historiadores y cantores que iban de pueblo en pueblo cantando trozos de poemas populares.

Los rapsodas no escribían sus cantos, sino recitaban poemas ajenos de autores anónimos.

Estos poetas exhaltaron las leyendas heroicas y míticas, cantaron al amor, a las fuerzas de la naturaleza, relataban acontecimientos grandiosos y expresaban los sentimientos comunes a un grupo social.

A los rapsodas perteneció Homero.

2.—Homero

Es el más grande de los poetas griegos. Nació tal vez en Esmirna y se cree que radicó en Quios; sin embargo no deja de ser hipotético su verdadero origen. La tradición lo pinta anciano y ciego y le atribuye las dos grandes obras con que se inicia la literatura en lengua griega: "La Iliada" y "La Odisea", escritas en versos hexámetros y basadas en tradiciones y leyendas populares.

En estas epopeyas, verdaderas narraciones poéticas extensas, Homero refiere acciones heroicas donde intervienen hombres, héroes y dioses mezclando la realidad con la fantasía; pero el autor no interviene, sino que hace dialogar a los personajes quienes platican y discuten con grandes discursos dichos en un tono solemne. Los héroes tienen una aureola de fatalidad, se caracterizan por tener cualidades sobrehumanas, al mismo tiempo que los dioses aparecen hu-

manizados; pero hombres y dioses, con sus pasiones y sus defectos, están limitados por el destino (moira) que es una fuerza que rige la vida de los hombres, no así la de los dioses ya que éstos son inmortales.

Algunos de los héroes homéricos que pasaron a ser símbolos son: Aquiles, héroe valiente y orgulloso; Héctor, esposo y padre con un gran sentido de responsabilidad para con su patria; Andrómaca, esposa ejemplar; Patroclo, amigo fiel; Agamenón, jefe soberbio y Paris, bello ofensor del honor.

Homero, en sus obras, nos describe las acciones, los vestidos, las armaduras, la naturaleza; utiliza epítetos, comparaciones y metáforas describiendo un ambiente extraordinario y maravilloso que nos revela la civilización griega en los tiempos heróicos.

La Odisea nos narra el peregrinaje del ingenioso Ulises en su regreso a su patria Itaca; después de destruir la ciudad de Troya, donde lo esperaba su fiel esposa Penélope y su hijo Telémaco.

Otras obras atribuidas a Homero son el Margites, la Batracomiomaquia y los himnos a Apolo.

3.—Antecedentes históricos y poéticos de la Iliada

Los poemas homéricos tienen un fondo histórico real, ya que se inventaron necesariamente al entonar los poetas los cantos guerreros en alguna de las últimas expediciones marítimas de los aqueos (antepasados de los griegos), a Troya, ciudad situada al norte de Asia Menor, cuyas ruinas fueron puestas al descubierto por el arqueólogo Schliemann el año de 1873.

De la historia de la guerra de Troya cantada por los rapsodas surgió la leyenda y de la leyenda nació La Iliada del poeta Homero.

El Juicio de Paris. Leyenda Troyana.

La voluntad de Zeus se puso de manifiesto al decretar la guerra de Troya para aliviar el problema de la sobrepoblación del mundo. Todo sucedió en una boda; Zeus casó a la diosa Tetis con un mortal llamado Peleo, a esta boda asistieron todos los dioses del Olimpo, pero Eris, la diosa de la Discordia, no fue invitada y ofendida arrojó una manzana dorada con una inscripción: "a la más hermosa". La manzana se la disputaron las diosas Hera, Atenea y Afrodita, quienes solicitaron la intervención de Zeus. El padre de los dioses escogió como juez a Paris, joven apuesto y hermoso, hijo de Príamo, rey de Troya.

Paris fue abandonado por sus padres, pues los oráculos les habían anunciado que el niño traería la destrucción de Troya. El joven príncipe, criado por pastores, apacentaba sus ovejas cuando se le presentaron las tres diosas: Hera le ofreció el imperio sobre los pueblos; Palas Atenea la victoria en las guerras; y Afrodita, a la mujer más bella del mundo.

Paris entregó la manzana a Afrodita.

La mujer más hermosa del mundo era Helena, casada con Menelao, rey de Esparta. Paris fue a Troya, siendo reconocido por sus padres, después Afrodita hizo ir a Paris a la corte de Menelao quien le brindó hospitalidad. Paris sedujo a Helena y juntos huyeron a Troya.

Menelao enfurecido, buscó apoyo en su hermano Agamenón, rey de Micenas y de Argos, juntos buscaron aliados y organizaron una expedición para recobrar a Helena y declarar la guerra a Príamo. Guerra que duró diez años.

4.—La Iliada

La Iliada (de Ilión, nombre griego de Troya), narra en veinticuatro rapsodias o cantos, lo acontecido en 51 días del décimo año de la guerra de Troya; siendo el leitmotiv el deseo de Zeus y el tema es la "Cólera de Aquiles" con que se inicia este poema.

CANTO PRIMERO

PESTE. COLERA

1 Canta, oh diosa, la cólera del Pelida Aquiles; cólera funesta que causó infinitos males a los aqueos y precipitó al Orco muchas almas valerosas de héroes, a quienes hizo presa de perros y pasto de aves —cumplíase la voluntad de Júpiter— desde que se separaron disputando el Atrida, rey de hombres, y el divino Aquiles.

8 ¿Cuál de los dioses promovió entre ellos la contienda para que pelearan? El hijo de Júpiter y de Latona. Airado con el rey, suscitó en el ejército maligna peste y los hombres perecían por el ultraje que el Atrida infiriera al sacerdote Crises. Este, deseando redimir a su hija, habíase presentado en las veleras naves aqueas con un inmenso rescate y las ínfulas del flechador Apolo, que pendían del áureo cetro, en la mano; y a todos los aqueos, y particularmente a los dos Atridas, caudillos de pueblos, así les suplicaba:

17 “Atridas y demás aqueos de hermosas grebas! Los dioses, que poseen olímpicos palacios, os permitan destruir la ciudad de Priamo y regresar felizmente a la patria. Poned en libertad a mi hija y recibid el rescate, venerando al hijo de Júpiter, al flechador Apolo”.

22 Todos los aqueos aprobaron a voces que se respetase al sacerdote y se admitiera el espléndido rescate; mas el Atrida Agamenón, a quien no plugo el acuerdo, le mandó enhoramala con amenazador lenguaje:

26 “Que yo no te encuentre, anciano, cerca de las cóncavas naves, ya porque demores tu partida, ya porque vuelvas luego; pues quizás no te valgan el cetro y las ínfulas del dios. A aquélla no la soltaré; antes le sobrevendrá la vejez en mi casa, en Argos, lejos de su patria, trabajando en el telar y compartiendo mi lecho. Pero ve-te; no me irrites, para que puedas irte sano y salvo”.

33 Así dijo. El anciano sintió temor y obedeció el mandato. Sin desplegar los labios, fuése por la orilla del estruendoso mar; y en tanto se alejaba, dirigía muchos ruegos al soberano Apolo, hijo de Latona, la de hermosa cabellera:

37 “Oyeme, tú que llevas arco de plata, proteges a Crisa y a la divina Cila, e imperas en Tenedos poderosamente! ¡Oh Esmintio! Si alguna vez adorné tu gracioso templo o quemé en tu honor pingües muslos de toros o de cabras, cúmpleme este voto: ¡Paguen los dánaos mis lágrimas con tus flechas!”

43 Tal fue su plegaria. Oyóla Febo Apolo, e irritado en su corazón, descendió de las cumbres del Olimpo con el arco y el cerrado carcaj en los hombros; las saetas resonaron sobre la espalda del enojado dios, cuando comenzó a moverse. Iba parecido a la noche. Sentóse lejos de las naves, tiró una flecha, y el arco de plata dio un terrible chasquido. Al principio el dios disparaba contra los muslos y los ágiles perros; mas luego dirigió sus mortíferas saetas a los hombres, y continuamente ardian muchas piras de cadáveres.

53 Durante nueve días volaron por el ejército las flechas del dios. En el décimo, Aquiles convocó al pueblo a junta: se lo puso en el corazón Juno, la diosa de los niveos brazos, que se interesaba por los dánaos, a quienes veía morir. Acudieron éstos y, una vez reunidos, Aquiles, el de los pies ligeros, se levantó y dijo:

59 “Atrida! Creo que tendremos que volver atrás, yendo otra vez errantes, si escapamos de la muerte; pues si no, la guerra y la peste unidas acabarán con los aqueos. Mas, ea, consultemos a un adivino, sacerdote o intérprete de sueños —también el sueño procede de Júpiter—, para que nos diga por qué se irritó tanto Febo Apolo: si está quejoso con motivo de algún voto o hecatombe, y si queriendo en su obsequio grasa de corderos y de cabras escogidas, querra apartar de nosotros la peste”.

68 Cuando así hubo hablado, se sentó. Levantóse Calcas Testórida, el mejor de los augures —conocía lo presente, lo futuro y lo pasado, y había guiado las naves aqueas hasta Ilión por medio del arte adivinatoria que le diera Febo Apolo—, y benévolo les arengó diciendo:

74 “Oh Aquiles, caro a Júpiter! Mándasme explicar la cólera del dios, del flechador Apolo. Pues bien, hablaré; pero antes declara y jura que estás pronto a defenderme de palabra y de obra, pues temo irritar a un varón que goza de gran poder entre los argivos todos y es obedecido por los aqueos. Un rey es más poderoso que el inferior contra quien se enoja; y si en el mismo día refrena su ira, guarda luego rencor hasta que logra ejecutarlo en el pecho de aquél. Di tú si me salvarás”.

84 Respondióle Aquiles, el de los pies ligeros: “Manifiesta, deponiendo todo temor, el vaticinio que sabes; pues, ¡por Apolo, caro a Júpiter, a quien tú, oh Calcas, invocas siempre que revelas los oráculos a los dánaos!, ninguno de ellos pondrá en ti sus pesadas manos, junto a las cóncavas naves, mientras yo viva y vea la luz acá en la tierra, aunque hablases de Agamenón, que al presente blasona de ser el más poderoso de los aqueos todos”.

92 Entonces cobró ánimo y dijo el eximio vate: "No está el dios quejoso con motivo de algún voto o hecatombe, sino a causa del ultraje que Agamenón ha inferido al sacerdote, a quien no devolvió la hija ni admitió el rescate. Por esto el Flechador nos causó males y todavía nos causará otros. Y no libraré a los dánaos de la odiosa peste, hasta que sea restituida a su padre, sin premio ni rescate, la moza de ojos vivos, e inmoemos en Crisa una sacra hecatombe. Cuando así le hayamos aplacado renacerá nuestra esperanza".

101 Dichas estas palabras, se sentó. Levantóse al punto el poderoso héroe Agamenón Atrida, afligido, con las negras entrañas llenas de cólera y los ojos parecidos al relumbrante fuego; y encarando a Calcas la torva vista, exclamó:

106 "¡Adivino de males! Jamás me has anunciado nada grato. Siempre te complaces en profetizar desgracias y nunca dijiste ni ejecutaste cosa buena. Y ahora, vaticinando ante los dánaos, afirmas que el Flechador les envía calamidades, porque no quise admitir el espléndido rescate de la joven Criseida, a quien deseaba tener en mi casa. La prefiero, ciertamente, a Clitemnestra, mi legítima esposa, porque no le es inferior ni en el talle, ni en el natural, ni en inteligencia, ni en destreza. Pero, aun así y todo, consiento en devolverla, si esto es lo mejor; quiero que el pueblo se salve, no que perezca. Pero preparadme pronto otra recompensa, para que no sea yo el único argivo que se quede sin tenerla; lo cual no parecería decoroso. Ved todos que se me va de las manos la que me había correspondido".

121 Replicóle el divino Aquiles el de los pies ligeros: "¡Atrida gloriosísimo, el más codicioso de todos! ¿Cómo pueden darte otra recompensa los magnánimos aqueos? No sé que existan en parte alguna cosas de la comunidad, pues las del saqueo de las ciudades están repartidas, y no es conveniente obligar a los hombres a que nuevamente las junten. Entrega ahora esa joven al dios, y los aqueos te pagaremos el triple o el cuádruple, si Júpiter nos permite tomar la bien murada ciudad de Troya".

130 Díjole en respuesta el rey Agamenón: "Aunque seas valiente, deiforme Aquiles, no ocultes tu pensamiento, pues ni podrás burlarme ni persuadirme. ¿Acaso quieres, para conservar tu recompensa, que me quede sin la mía, y por esto me aconsejas que la devuelva? Pues, si los magnánimos aqueos me dan otra conforme a mi deseo para que sea equivalente... Y si no me la dieran, yo mismo me apoderaré de la tuya o de la de Ajax, o me llevaré la de Ulises, y montará en cólera aquel a quien me llegue. Mas sobre esto

deliberaremos otro día. Ahora, ea, botemos una negra nave al mar divino, reunamos los convenientes remeros, embarquemos víctimas para una hecatombe y a la misma Criseida, la de hermosas mejillas, y sea capitán cualquiera de los jefes: Ajax, Idomeneo, el divino Ulises o tú, Pelida, el más portentoso de los hombres, para que aplaques al Flechador con sacrificios".

148 Mirándole con torva faz, exclamó Aquiles, el de los pies ligeros: "¡Ah imprudente y codicioso! ¿Cómo puede estar dispuesto a obedecer tus órdenes ni un aqueo siquiera, para emprender la marcha o para combatir valerosamente con otros hombres? No he venido a pelear obligado por los belicosos teucros, pues en nada se me hicieron culpables —no se llevaron nunca mis vacas ni más caballos, ni destruyeron jamás la cosecha en la fértil Ptía, criadora de hombres, porque muchas umbrías montañas y el ruidoso mar nos separan—, sino que te seguimos a ti, grandísimo insolente, para darte el gusto de vengaros de los troyanos a Menelao y a ti, cara de perro. No fijas en esto la atención, ni por ello te preocupas y aún me amenazas con quitarme la recompensa que por mis grandes fatigas me dieron los aqueos. Jamás el botín que obtengo iguala al tuyo cuando éstos entran a saco una populosa ciudad: aunque la parte más pesada de la impetuosa guerra la sostienen mis manos, tu recompensa, al hacerse el reparto, es mucho mayor, y yo vuelvo a mis naves, teniéndola pequeña, pero grata, después de haberme cansado en el combate. Ahora me iré a Ptía, pues lo mejor es regresar a la patria en las cóncavas naves: no pienso permanecer aquí sin honra para proporcionarte ganancia y riqueza".

172 Contestó el rey de hombres Agamenón: "Huye, pues, si tu ánimo a ello te incita; no te ruego que por mí te quedes; otros hay a mi lado que me honrarán, y especialmente el pródigo Júpiter. Me eres más odioso que ningún otro de los reyes, alumnos de Jove, porque siempre te han gustado las riñas, luchas y peleas. Si es grande tu fuerza, un dios te la dio. Vete a la patria, llevándote las naves y los compañeros, y reina sobre los mirmidones; no me cuido de que estés irritado, ni por ello me preocupo, pero te haré una amenaza: Puesto que Febo Apolo me quita a Criseida, la mandaré en mi nave con mis amigos; y encaminándome yo mismo a tu tienda, me llevaré a Briseida, la de hermosas mejillas, tu recompensa, para que sepas cuanto más poderoso soy y otro tema decir que es mi igual y compararse conmigo".

188 Tal dijo. Acongójese el Pelida, y dentro del velludo pecho su corazón discurrió dos cosas: o, desnudando la aguda espada que llevaba junto al muslo, abrirse paso y matar al Atrida, o calmar su cólera y reprimir su furor. Mientras tales pensamientos revolvía en su mente y en su corazón y sacaba de la vaina la gran espada, vino

Minerva del cielo: enviola Juno, la diosa de los niveos brazos, que amaba cordialmente a entrambos y por ellos se preocupaba. Púsose detrás del Pelida y le tiró de la blonda cabellera, apareciéndose a él tan sólo; de los demás, ninguno la veía. Aquiles, sorprendido, volvióse y al instante conoció a Palas Minerva, cuyos ojos centelleaban de un modo terrible. Y hablando con ella, pronunció estas aladas palabras:

202 “¿Por qué, hija de Júpiter, que lleva la égida, has venido nuevamente? ¿Acaso para presenciar el ultraje que me infiere Agamenón, hijo de Atreo? Pues te diré lo que me figuro que va a ocurrir: Por su insolencia perderá pronto la vida”.

206 Díjole Minerva, la diosa de los brillantes ojos: “Vengo del cielo para apaciguar tu cólera, si obedecieres; y me envía Juno, la diosa de los niveos brazos, que os ama cordialmente a entrambos y por vosotros se preocupa. Ea, cesa de disputar, no desenvaines la espada e injúriale de palabra como te parezca. Lo que voy a decir se cumplirá: Por este ultraje se te ofrecerán un día triples y espléndidos presentes. Domínate y obedéceos”.

215 Contestó Aquiles, el de los pies ligeros: “Preciso es, oh diosa, hacer lo que mandáis, aunque el corazón esté muy irritado. Obrar así es lo mejor. Quien a los dioses obedece, es por ellos muy atendido”.

219 Dijo; y, puesta la robusta mano en el argénteo puño, envainó la enorme espada y no desobedeció la orden de Minerva. La diosa regresó al Olimpo, al palacio en que mora Júpiter, que lleva la égida, entre las demás deidades.

223 El hijo de Peleo, no amainando en su ira, denostó nuevamente al Atrida con injuriosas voces: “¿Borracho, que tienes cara de perro y corazón de ciervo! Jamás te atreviste a tomar las armas con la gente del pueblo para combatir, ni a ponerte en emboscada con los más valientes aqueos; ambas cosas te parecen la muerte. Es, sin duda, mucho mejor arrebatar los dones, en el vasto campamento de los aqueos, a quien te contradiga. Rey devorador de tu pueblo, porque mandas a hombres abyectos...; en otro caso, Atrida, éste fuera tu último ultraje. Otra cosa voy a decirte y sobre ella prestaré un gran juramento: Sí, por este cetro, que ya no producirá hojas ni ramos, pues dejó el tronco en la montaña; ni reverdecerá, porque el bronce lo despojó de las hojas y de la corteza, y ahora lo empuñan los aqueos que administran justicia y guardan las leyes de Júpiter (grande será por ti este juramento). Algún día los aqui-

vos todos echarán de menos a Aquiles, y tú, aunque te aflijas, no podrás socorrerles cuando sucumban y perezcan a manos de Héctor, matador de hombres. Entonces desgarrarás tu corazón, pesaroso por no haber honrado al mejor de los aqueos”.

245 Así se expresó el Pelida; y tirando a tierra el cetro tachonado con clavos de oro, tomó asiento. El Atrida, en el opuesto lado, iba enfureciéndose. Pero levantóse Néstor, suave en el hablar, elocuente orador de los pilios, de cuya boca las palabras fluían más dulces que la miel —había visto parecer dos generaciones de hombres de voz articulada que nacieron y se criaron con él en la divina Pilos y reinaba sobre la tercera—, y benévolo les arengó diciendo:

254 “¡Oh dioses! ¿Qué motivo de pesar tan grande para la tierra aquea! Alegraríanse Príamo y sus hijos, y regocijaríanse los demás troyanos en su corazón, si oyeran las palabras con que disputáis vosotros, los primeros de los dánaos lo mismo en el consejo que en el combate. Pero dejaos convencer, ya que ambos sois más jóvenes que yo. En otro tiempo traté con hombres aún más esforzados que vosotros, y jamás me desdijeron. No he visto todavía ni veré hombre como Piritoo, Driante, pastor de pueblos; Ceneo, Exadio, Polifemo, igual a un dios, y Teseo Egida, que parecía un inmortal. Criáronse éstos los más fuertes de los hombres; muy fuertes eran y con otros muy fuertes combatieron: con los montaraces Centauros, a quienes exterminaron de un modo estupendo. Y yo estuve en su compañía —habiendo acudido desde Pilos, desde lejos, desde esa apartada tierra, porque ellos mismos me llamaron—, y combatí según mis fuerzas. Con tales hombres no pelearía ninguno de los mortales que hoy pueblan la tierra; no obstante lo cual, seguían mis consejos y escuchaban mis palabras. Prestadme también vosotros obediencia, que es lo mejor que podéis hacer. Ni tú, aunque seas valiente, le quites la moza, sino déjasela, puesto que se la dieron en recompensa los magnánimos aqueos; ni tú, Pelida, quieras altercar de igual a igual con el rey, pues jamás obtuvo honra como la suya ningún otro soberano que usara cetro y a quien Júpiter diera gloria. Si tú eres más esforzado, es porque una diosa te dio a luz; pero éste es más poderoso, porque reina sobre mayor número de hombres. Atrida, apacigua tu cólera; yo te suplico que depongas la ira contra Aquiles, que es para todos los aqueos un fuerte antemural en el pernicioso combate”.

285 Respondióle el rey Agamenón: “Sí, anciano, oportuno es cuanto acabas de decir. Pero este hombre quiere sobreponerse a todos los demás; a todos quiere dominar, a todos gobernar, a todos dar órdenes, que alguien, creo, se negará a obedecer. Si los sempiternos dioses le hicieron belicoso, ¿le permiten por esto proferir injurias?”

292 Interrumpiéndole, exclamó el divino Aquiles: "Cobarde y vil podría llamarse si cediera en todo lo que dices; manda a otros, no me des órdenes, pues yo no pienso obedecerte. Otra cosa te diré que fijarás en la memoria: No he de combatir con estas manos por la moza, ni contigo, ni con otro alguno, pues al fin me quitás lo que me disteis; pero de lo demás que tengo cabe a la veloz nave negra, nada podrías llevarte tomándolo contra mi voluntad. Y si no, ea, inténtalo, para que éstos se enteren también; presto tu negruzca sangre correría en torno de mi lanza".

304 Después de altercar así con encontradas razones, se levantaron y disolvieron la junta que cerca de las naves aqueas se celebraba. El hijo de Peleo fue hacia sus tiendas y sus bien proporcionados bajeles con Patroclo y otros amigos. El Atrida botó al mar una velera nave, escogió veinte remeros, cargó las víctimas de la hecatombe, para el dios, y conduciendo a Criseida, la de hermosas mejillas, la embarcó también; fue capitán el ingenioso Ulises.

312 Así que se hubieron embarcado, empezaron a navegar por la líquida llanura. El Atrida mandó que los hombres se purificaran, y ellos hicieron ilustraciones, echando al mar las impurezas, y sacrificaron en la playa hecatombes perfectas de toros y de cabras en honor de Apolo. El vapor de la grasa llegaba al cielo, enroscándose alrededor del humo.

318 En tales cosas ocupábase el ejército. Agamenón no olvidó la amenaza que en la contienda hiciera a Aquiles, y dijo a Taltibio y Euríabates, sus heraldos y diligentes servidores: "Id a la tienda del Pelida Aquiles, y asiendo de la mano a Briseida, la de hermosas mejillas, traedla acá; y si no os la diere, iré yo con otros a quitársela y todavía le será más duro".

326 Hablándoles de tal suerte y con altaneras voces, los despidió. Contra su voluntad fuéronse los heraldos por la orilla del estéril mar, llegaron a las tiendas y naves de los mirmidones, y hallaron al rey cerca de su tienda y de su negra nave. Aquiles, al verlos, no se alegró. Ellos se turbaron, y haciendo una reverencia, paráronse sin decir ni preguntar nada. Pero el héroe lo comprendió todo y dijo:

334 "¡Salud, heraldos, mensajeros de Júpiter y de los hombres! Acercaos; pues para mí no sois vosotros los culpables, sino Agamenón, que os envía por la joven Briseida. ¡Ea, Patroclo, de jovial linaje! Saca la moza y entrégala para que se la lleven. Sed ambos testigos ante los bienaventurados dioses, ante los mortales hombres y ante ese rey cruel, si alguna vez tienen los demás necesidad de mí

para librarse de funestas calamidades; porque él tiene el corazón poseído de furor y no sabe pensar a la vez en lo futuro y en lo pasado, a fin de que los aqueos se salven combatiendo junto a las naves".

345 De tal modo habló. Patroclo, obedeciendo a su amigo, sacó de la tienda a Briseida, la de hermosas mejillas, y la entregó para que se la llevaran. Partieron los heraldos hacia las naves aqueas, y la mujer iba con ellos de mala gana. Aquiles rompió en llanto, alejóse de los compañeros, y sentándose a orillas del espumoso mar con los ojos clavados en el ponto inmenso y las manos extendidas, dirigió a su madre muchos ruegos: "¡Madre! Ya que me pariste de corta vida, el olímpico Júpiter altisonante debía honrarme y no lo hace en modo alguno. El poderoso Agamenón Atrida me ha ultrajado, pues tiene mi recompensa, que él mismo me arrebató".

357 Así dijo llorando. Oyóle la veneranda madre desde el fondo del mar, donde se hallaba a la vera del padre anciano, e inmediatamente emergió, como niebla, de las espumosas ondas, sentóse al lado de aquél, que lloraba, acaricióle con la mano y le habló de esta manera:

362 "¡Hijo! ¿Por qué lloras? ¿Qué pesar te ha llegado al alma? Habla; no me ocultes lo que piensas, para que ambos lo sepamos".

364 Dando profundos suspiros, contestó Aquiles, el de los pies ligeros: "Lo sabes. ¿A qué referirte lo que ya conoces? Fuimos a Tebas, la sagrada ciudad de Eetión; la saqueamos, y el botín que trajimos se lo distribuyeron equitativamente los aqueos, separando para el Atrida a Criseida, la de hermosas mejillas. Luego, Crises, sacerdote del flechador Apolo, queriendo redimir a su hija, se presentó en las veleras naves aqueas con inmenso rescate y las ínfulas del flechador Apolo, que pendían del áureo cetro, en la mano; y suplicó a todos los aqueos, y particularmente a los dos Atridas, caudillos de pueblos. Todos los aqueos aprobaron a voces que se respetase al sacerdote y se admitiera el espléndido rescate; mas el Atrida Agamenón, a quien no plugo el acuerdo, le mandó enhoramala con amenazador lenguaje. El anciano se fue irritado; y Apolo, accediendo a sus ruegos, pues le era muy querido, tiró a los argivos funesta saeta: morían los hombres unos en pos de otros, y las flechas del dios volaban por todas partes en el vasto campamento de los aqueos. Un sabio adivino nos explicó el vaticinio del Flechador, y yo fui el primero en aconsejar que se aplacara al dios. El Atrida encendióse en ira; y levantándose, me dirigió una amenaza que ya se ha cumplido. A aquélla, los aqueos de ojos vivos la conducen a Crisa en

velera nave con presentes para el dios; y a la hija de Briseo que los aqueos me dieron, unos heraldos se la han llevado ahora mismo de mi tienda. Tú, si puedes, socorre a tu buen hijo; ve al Olimpo y ruega a Júpiter, si alguna vez llevaste consuelo a su corazón con palabras o con obras. Muchas veces, hallándonos en el palacio de mi padre, oí que te gloriabas de haber evitado, tú sola entre los inmortales, una afrentosa desgracia al Saturnio, que amontona las sombrías nubes, cuando quisieron atarle otros dioses olímpicos, Juno, Neptuno y Palas Minerva. Tú, oh diosa, acudiste y le libraste de las ataduras, llamando al espacioso Olimpo al centimano a quien los dioses nombran Briareo y todos los hombres Egeón, el cual es superior en fuerza a su mismo padre, y se sentó entonces al lado de Júpiter, ufano de su gloria; temieronle los bienaventurados dioses y desistieron de su propósito. Recuérdaselo, siéntate junto a él, y abraza sus rodillas: quizá decida favorecer a los teucros y acorrarlar a los aqueos, que serán muertos entre las popas, cerca del mar; para que todos disfruten de su rey y comprenda el poderoso Agamenón Atrida la falta que ha cometido no honrando al mejor de los aqueos”.

413 Respondióle Tetis, derramando lágrimas: “¡Ay hijo mío! ¿Por qué te he criado, si en hora aciaga te di a luz? ¡Ojalá estuvieras en las naves sin llanto ni pena, ya que tu vida ha de ser corta, de no larga duración! Ahora eres juntamente de breve vida y el más infortunado de todos. Con hado funeste te parí en el palacio. Yo misma iré al nevado Olimpo y hablaré a Júpiter, que se complace en lanzar rayos, por si se deja convencer. Tú quédate en las naves de ligero andar, conserva la cólera contra los aqueos y abstente por completo de combatir. Ayer fuese Júpiter al Océano, al país de los probos etíopes, para asistir a un banquete, y todos los dioses le siguieron. De aquí a doce días volverá al Olimpo. Entonces acudiré a la morada de Júpiter, sustentada en bronce; le abrazaré las rodillas, y espero que lograré persuadirle”.

428 Dichas estas palabras partió, dejando a Aquiles con el corazón irritado a causa de la mujer de bella cintura que violentamente y contra su voluntad le habían arrebatado.

430 En tanto, Ulises llegaba a Crisa con las víctimas para la sacra hecatombe. Cuando arribaron al profundo puerto, amainaron las velas, guardándolas en la negra nave; abatieron por medio de cuerdas el mástil hasta la crujía; y llevaron el buque, a fuerza de remos, al fondeadero. Echaron anclas y ataron las amarras, saltaron a la playa, desembarcaron las víctimas de la hecatombe para el flechador Apolo y Criseida salió de la nave que atraviesa el ponto. El ingenioso Ulises llevó la moza al altar y, poniéndola en manos de su padre, dijo:

442 “¡Oh Crises! Enviame el rey de hombres Agamenón a traerte su hija y ofrecer en favor de los dánaos una sagrada hecatombe a Apolo, para que aplaquemos a este dios que tan deplorables males ha causado a los aqueos”.

446 Dijo, y puso en sus manos la hija amada, que aquél recibió con alegría. Acto continuo, ordenaron la sacra hecatombe en torno del bien construido altar, laváronse las manos y tomaron harina con sal. Y Crises oró en alta voz y con las manos levantadas.

451 “¡Oyeme, tú que llevas arto de plata, proteges a Crisa y a la divina Cila e imperas en Téneo poderosamente! Me escuchaste cuando te supliqué, y para honrarme, oprimiste duramente al ejército aqueo; pues ahora cúmpleme este voto: ¡Aleja ya de los dánaos la abominable peste!”

457 Tal fue su plegaria, y Febo Apolo le oyó. Hecha la rogativa y esparcida la harina con sal, cogieron las víctimas por la cabeza, que tiraron hacia atrás, y las degollaron y desollaron; en seguida cortaron los muslos, y después de cubrirlos con doble capa de grasa y de carne cruda en pedacitos, el anciano los puso sobre leña encendida y los roció de negro vino. Cerca de él, unos jóvenes tenían en las manos asadores de cinco puntas. Quemados los muslos, probaron las entrañas; y descuartizando lo demás, atravesáronlo con pinchos, lo asaron cuidadosamente y lo retiraron del fuego. Terminada la faena y dispuesto el banquete, comieron, y nadie careció de su respectiva porción. Cuando hubieron satisfecho el deseo de comer y de beber, los mancebos llenaron las crateras y distribuyeron el vino a todos los presentes después de haber ofrecido en copas las primicias. Y durante el día los aqueos aplacaron al dios con el canto, entonando un hermoso peán al flechador Apolo, que les oía con el corazón complacido.

475 Cuando el sol se puso y sobrevino la noche, durmieron cabe a las amarras del buque. Mas, así que apareció la hija de la mañana, la Aurora de rosados dedos, hiciéronse a la mar para volver al espacioso campamento aqueo, y el flechador Apolo les envió próspero viento. Izaron el mástil, descogieron las velas, que hinchó el viento, y las purpúreas ondas resonaban en torno de la quilla mientras la nave corría siguiendo su rumbo. Una vez llegados al vasto campamento de los aquivos, sacaron la negra nave a tierra firme y la pusieron en alto sobre la arena, sosteniéndola con grandes maderos. Y luego se dispersaron por las tiendas y los bajeles.

488 El hijo de Peleo y descendiente de Jove, Aquiles, el de los

pies ligeros, seguía irritado en las veleras naves, y ni frecuentaba las juntas donde los varones cobran fama, ni cooperaba a la guerra; sino que consumía su corazón, permaneciendo en los bajeles, y echaba de menos la gritería y el combate.

493 Cuando, después de aquel día, apareció la duodécima aurora, los sempiternos dioses volvieron al Olimpo con Júpiter a la cabeza. Tetis no olvidó entonces el encargo de su hijo: saliendo de entre las olas del mar, subió muy de mañana al gran cielo y al Olimpo, y halló al longividente Saturnio sentado aparte de los demás dioses en la más alta de las muchas cumbres del monte. Acomodóse junto a él, abrazó sus rodillas con la mano izquierda, tocóle la barba con la diestra y dirigió esta súplica al soberano Jove Saturnio:

503 “¡Padre Júpiter! Si alguna vez te fui útil entre los inmortales con palabras u obras, cúmpleme este voto: Honra a mi hijo, el héroe de más breve vida, pues el rey de hombres Agamenón le ha ultrajado, arrebatándole la recompensa que todavía retiene. Vén-gale tú, próvido Júpiter Olímpico, concediendo la victoria a los teucros hasta que los aqueos den satisfacción a mi hijo y le colmen de honores”.

511 De tal suerte habló Júpiter, que amontona las nubes, nada contestó, guardando silencio un buen rato. Pero Tetis, que seguía como cuando abrazó sus rodillas, le suplicó de nuevo:

514 “Prométemelo claramente, asintiendo, o niégamelo —pues en ti no cabe el temor— para que sepa cuán despreciada soy entre todas las deidades”.

517 Júpiter, que amontona las nubes, respondió afligidísimo: “¡Funestas acciones! Pues harás que me malquiste con Juno cuando me zahiera con injuriosas palabras. Sin motivo me riñe siempre ante los inmortales dioses, porque dice que en las batallas favorezco a los teucros. Pero ahora vete, no sea que Juno advierta algo; yo me cuidaré de que esto se cumpla. Y si lo deseas, te haré con la cabeza la señal de asentimiento para que tengas confianza. Este es el signo más seguro, irrevocable y veraz para los inmortales; y no deja de efectuarse aquello a que asiento con la cabeza”.

528 Dijo el Saturnio, y bajó las negras cejas en señal de asentimiento; los divinos cabellos se agitaron en la cabeza del soberano inmortal, y a su influjo estremecióse el dilatado Olimpo.

531 Después de deliberar así, se separaron; ella saltó al pro-

fundo mar desde el resplandeciente Olimpo, y Jove volvió a su palacio. Los dioses se levantaron al ver a su padre, y ninguno aguardó a que llegase, sino que todos salieron a su encuentro. Sentóse Júpiter en el trono; y Juno, que, por haberlo visto, no ignoraba que Tetis, la de argentados pies, hija del anciano del mar, con él departiera, dirigió en seguida injuriosas palabras a Jove Saturnio:

540 “¿Cuál de las deidades, oh doloso, ha conversado contigo? Siempre te es grato, cuando estás lejos de mí, pensar y resolver algo clandestinamente, y jamás te has dignado decirme una sola palabra de lo que acuerdas”.

544 Respondió el padre de los hombres y de los dioses: “¡Juno! No esperes conocer todas mis decisiones, pues te resultará difícil aun siendo mi esposa. Lo que pueda decirse, ningún dios ni hombre lo sabrá antes que tú; pero lo que quiera resolver sin contar con los dioses, no lo preguntes ni procures averiguarlo”.

551 Replicó Juno veneranda, la de los grandes ojos: “¡Terribilísimo Saturnio, qué palabras proferiste! No será mucho lo que te haya preguntado o querido averiguar, puesto que muy tranquilo meditas cuanto te place. Mas ahora mucho recela mi corazón que te haya seducido Tetis, la de los argentados pies, hija del anciano del mar. Al amanecer el día sentóse cerca de ti y abrazó tus rodillas; y pienso que le habrás prometido, asintiendo, honrar a Aquiles y causar gran matanza junto a las naves aqueas”.

560 Contestó Júpiter, que amontona las nubes: “¡Ah desdichada! Siempre sospechas y de ti no me oculto. Nada, empero, podrás conseguir sino alejarte de mi corazón; lo cual todavía te será más duro. Si es cierto lo que sospechas, así debe de serme grato. Pero, siéntate en silencio; obedece mis palabras. No sea que no te valgan cuantos dioses hay en el Olimpo, si acercándome te pongo encima las invictas manos”.

568 Tal dijo. Juno veneranda, la de los grandes ojos, temió; y refrenando el coraje, sentóse en silencio. Indignáronse en el palacio de Jove los dioses celestiales. Y Vulcano, el ilustre artífice, comenzó a arengarles para consolar a su madre Juno, la de los níveos brazos:

573 “Funesto e insoportable será lo que ocurra, si vosotros disputáis así por los mortales y promovéis alborotos entre los dioses; ni siquiera en el banquete se hallará placer alguno, porque prevalece lo peor. Yo aconsejo a mi madre, aunque ya ella tiene juicio,

que obsequie al padre querido, para que éste no vuelva a reñirla y a turbarnos el festín. Pues si el Olímpico fulminador quiere echarnos del asiento... nos aventaja mucho en poder. Pero halágale con palabras cariñosas y pronto el Olímpico nos será propicio”.

584 De este modo habló, y tomando una copa doble, ofreciéndole a su madre, diciendo: “Sufre, madre mía, y sopórtalo todo aunque estés afligida; que a ti, tan querida, no te vean mis ojos apaleada, sin que pueda socorrerte, porque es difícil contrarrestar al Olímpico. Ya otra vez que te quise defender, me asió por el pie y me arrojó de los divinos umbrales. Todo el día fui rodando y a la puesta del sol caí en Lemnos. Un poco de vida me quedaba y los sinties me recogieron tan pronto como hube caído”.

595 Así dijo. Sonrióse Juno, la diosa de los niveos brazos; y sonriente aún, tomó la copa doble que su hijo le presentaba. Vulcano se puso a escanciar dulce néctar para las otras deidades, sacándolo de la cratera; y una risa inextinguible se alzó entre los bienaventurados dioses al ver con qué afán les servía en el palacio.

601 Todo el día, hasta la puesta del sol, celebraron el festín; y nadie careció de su respectiva porción, ni faltó la hermosa cítara que tañía Apolo, ni las Musas, que con linda voz cantaban alternando.

605 Mas, cuando la fúlgida luz del sol llegó al ocaso, los dioses fueron a recogerse a sus respectivos palacios que había construido Vulcano, el ilustre cojo de ambos pies, con sabia inteligencia. Júpiter Olímpico, fulminador, se encaminó al lecho donde acostumbraba dormir cuando el dulce sueño le vencía. Subió y acostóse; y a su lado descansó Juno, la de áureo trono.

FIN DE LA RAPSODIA (1).

De este humano y dramático conflicto entre Agamenón y Aquiles que se suscitó en el campamento griego, se genera el resto de la acción:

Aquiles se retira de la lucha hasta que la ofensa sea reparada. La guerra continúa, los guerreros se alinean inspirados por Atenea que protege a los aqueos. Agamenón, Ajax, Menelao, Diómedes y Ulises comandan a los aqueos (griegos).

Los troyanos inspirados por Zeus, traspasan las murallas y salen a combatir a campo abierto, al mando de Héctor (Hermano de Paris), de Pándaro, Eneas y Sarpedón.

Al encontrarse ambos ejércitos aparece en primera fila entre

los troyanos, Paris, el raptor de Helena, bello y arrogante como un dios, cubierto con una piel de leopardo y luciendo un enorme casco.

Paris reta a Menelao (el esposo ofendido), quien salta del carro como un león hambriento, esgrimiendo sus armas; pero Paris se acobarda y rehuye la pelea, Héctor lo insulta cruelmente, Paris, conmovido le responde que está dispuesto a combatir con Menelao por Helena y sus riquezas.

Héctor comunica a los ejércitos la proposición de su hermano, Menelao acepta con la condición de que Príamo sancione los juramentos. Todos se alegran de que la guerra toque a su fin. Príamo llega al campo de batalla y jura el convenio. Comienza el singular combate. Menelao se lanza contra el troyano desenvainando su espada pero Afrodita interviene salvando a Paris, lo envuelve en una nube y lo lleva junto a Helena.

La victoria es de Menelao, pero un troyano dispara una flecha hiriéndolo y la lucha empieza otra vez, continúa la batalla con intervención de los dioses quienes toman partido: Hera, Atenea y Poseidón están a favor de los aqueos; Afrodita, Ares y Apolo están a favor de los troyanos. Eneas y Afrodita resultan heridos. Héctor va a Troya a ordenar rogativas públicas a la diosa Atenea y se despide de su esposa Andrómaca regresando al combate.

Ajax y Héctor combaten cuerpo a cuerpo, Ajax derriba a Héctor pero Apolo lo levanta no quedando la victoria para ninguno de los contrincantes.

Zeus amenaza a los dioses y les impide participar en la pelea. Los aqueos son derrotados. Diómedes pelea con Héctor, pero Zeus interviene dándole la victoria a éste. Los aqueos se retiran hasta el mar, Agamenón invoca la piedad de Zeus quien condolido le envía un águila a quien los aqueos ofrecen sacrificios, pero el favor dura poco y tienen que refugiarse en las naves.

Llega la noche y los troyanos hacen fogatas. Agamenón convoca el ágora y propone la huida; todos permanecen mudos, pero Diómedes no acepta. Se reaniman de nuevo y Agamenón consiente en devolver a Briseida y ofrecer regalos a Aquiles para convencerlo de que vuelva a la lucha, pero no consigue su reconciliación.

La batalla continúa. Agamenón es herido y Héctor anima a los soldados a luchar. Los troyanos llegan hasta las naves y Héctor alcanza a incendiar una de ellas. Aquiles, a ruegos de Néstor presta a su querido amigo Patroclo su armadura para que se cubra con

ella y asuste a los enemigos. Patroclo hace retroceder a los troyanos y a su empuje hubiera caído Troya, pero interviene Apolo, quien lo hiere por la espalda; Patroclo es muerto por Héctor.

Menelao consigue rescatar el cadáver de Patroclo. La noticia de la muerte de su amigo hace que Aquiles confíe a su madre Tetis su honda pena y decide volver a pelear provisto de una nueva armadura forjada por Hefestos. Apolo incita a Eneas a pelear con Aquiles pero Poseidón lo salva.

El furioso Aquiles esgrimiendo su poderosa lanza persigue a los troyanos y los hace retroceder hasta las márgenes del río Xanto.

Los supervivientes logran refugiarse en las murallas de Troya.

Héctor aguarda a Aquiles bajo los muros, pero al acercarse éste huye espantado. Aquiles lo persigue tres veces alrededor de las murallas. Héctor es muerto por el peleida.

Aquiles incinera el cuerpo de Patroclo y celebra en su honor unos juegos funerarios.

Príamo va a la tienda de Aquiles para pedir los despojos de su hijo, ofreciendo ricos regalos como rescate del cadáver. El infeliz rey de Troya se humilla hasta besar las manos de Aquiles y logra que éste se lo entregue compadecido.

La Iliada termina con los funerales de Héctor pero la guerra no acaba sino hasta la destrucción de Troya por los aqueos.

FICHAS DE CONTROL DE LA UNIDAD III

I.—INSTRUCCIONES:

Lea el contenido de la ficha 1 y conteste las siguientes preguntas:

1.—¿Quiénes cantaban las hazañas de los héroes griegos?

2.—¿A qué época pertenecen los Aedas y los Rapsodas?

3.—¿Qué diferencia encuentras entre los Aedas y los Rapsodas?

4.—¿A cuáles de estos poetas perteneció Homero?

5.—¿Cuál es el tema de sus poemas?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Ficha No. 2

I.—INSTRUCCIONES:

Lea el contenido de la ficha 2 y conteste relacionando ambas columnas:

- 1.— Ciudad donde se cree nació Homero () Dioses.
- 2.— Partes de la Iliada () Epopeya.
- 3.— Epoca de Homero () Rapsodias.
- 4.— Hombres, héroes y dioses () Personajes homéricos.
- 5.— Ilión () Esmirna.
- 6.— Narración poética extensa cuyo asunto se refiere a hechos grandiosos. () Nombre griego de Troya.
- 7.— Fija el día en que ha de morir cada héroe. () Moira o destino.
- 8.— Hermosos e inmortales () Tema de la Odisea.
- 9.— Accidentado regreso de Ulises, a su patria Itaca () Aquiles.
- 10.— Héroe cuyas hazañas se narran en la Iliada () Siglo VIII ó VII A. de C.

46

Ficha No. 3

I.—INSTRUCCIONES:

Lea el contenido de la ficha 3 y conteste marcando con una "x" la respuesta correcta:

- 1.— La epopeya homérica tiene base histórica en:
() Las guerras Médicas.
() Las guerras Púnicas.
() La guerra de Troya.
- 2.— Los motivos poéticos de la expedición de los Aqueos a Troya fueron:
() La expansión territorial.
() Las riquezas.
() El rapto de Helena.
- 3.— Decretó la guerra a Troya para aliviar el problema de la sobrepoblación.
() Zeus.
() Apolo.
() Poseidón.
- 4.— Protagonistas de la leyenda troyana:
() Príamo y Hécuba.
() Héctor y Andrómaca.
() Paris y Helena.
- 5.— Diosa de la Discordia: () Afrodita.
() Hera.
() Eris.

47

Ficha No. 4

I.—INSTRUCCIONES:

Lea el contenido de la ficha 4 y conteste:

A.—Identificando los siguientes personajes homéricos:

Crisés: _____

Agamenón: _____

Ajax: _____

Briseida: _____

Héctor: _____

Paris: _____

Príamo: _____

Menelao: _____

Tetis: _____

Patroclo: _____

B.—Dando respuesta a las siguientes preguntas:

1.—¿Cuál es el tema de la Iliada?

2.—¿Cuánto tiempo dura la acción?

3.—Mencione el nombre de tres personajes divinos que estén a favor de los griegos.

4.—¿Cómo comienza la Rapsodia Primera?

5.—Haga un breve resumen de la Rapsodia Primera.

C.—Instrucciones: De la rapsodia primera responde las siguientes cuestiones:

1.- ¿Qué pretendía Crisés al llegar al campamento griego?

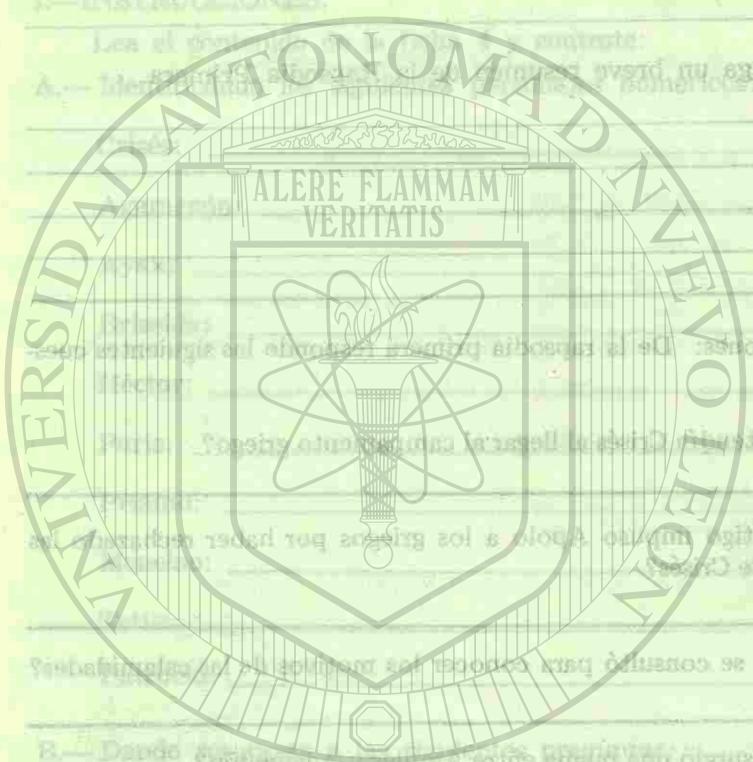
2.- ¿Qué castigo impuso Apolo a los griegos por haber rechazado las súplicas de Crisés?

3.- ¿A quién se consultó para conocer los motivos de las calamidades?

4.- ¿Por qué surgió una pugna entre Aquiles y Agamenón?

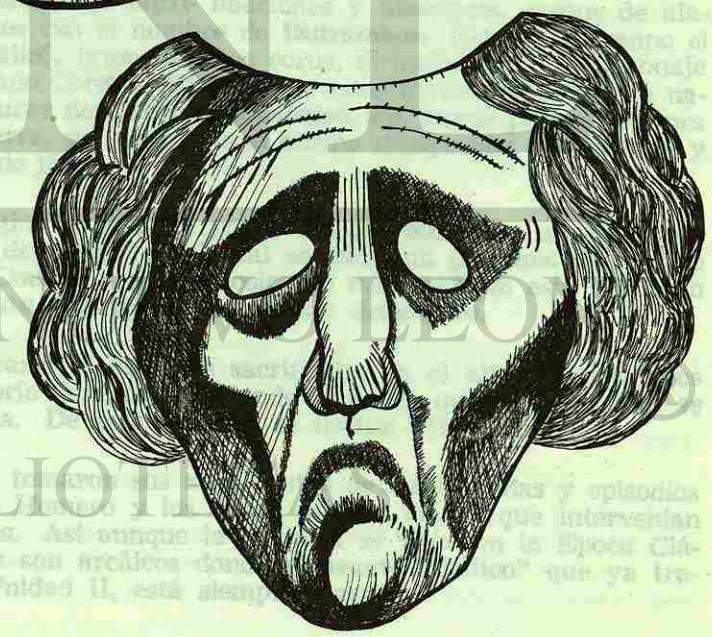
5.- ¿Por qué se retiró Aquiles de la lucha?

D.—Haz un breve resumen de la Iliada a partir de la retirada de Aquiles.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Unidad IV



EL TEATRO GRIEGO

1020130304



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL TEATRO GRIEGO

UNIDAD No. 4

TEMA No. I

"¡Benditos aquellos cuya vida no probó el infortunio!"

Antígona.

El pueblo griego fue afecto a cantar, la música y la poesía fue cultivada por gran número de artistas. Así el género lírico, que es la poesía, se enriqueció con los himnos de triunfo, los poemas de dolor y los cantos donde se narraban leyendas.

El Teatro tuvo su origen en el Atica, en las fiestas celebradas en honor del dios Dionysos o Baco, donde se cantaba y danzaba y hacían poemas para su dios.

Estas primitivas fiestas rituales celebradas en Delfos (ver Glosario) consistían en la reunión de los vendimiadores o recogedores del fruto de la vid ante el altar del dios, al finalizar la época de sus faenas, para entonarle entre libaciones y libaciones, cantos de alabanza conocidos con el nombre de **Ditirambos**. Pasado el tiempo el culto se formalizó, organizándose coros, dirigidos por un personaje principal llamado Corifeo. El fondo de estos himnos se reducía a narrar las aventuras de Dionysos o Dioniso, sus largas peregrinaciones por toda la tierra, sus desdichas al mismo tiempo que sus alegrías y exhaltaciones de júbilo.

Por el siglo VI A.C., el poeta Thespís introdujo un personaje extra, sacado del coro, con el cual se inició un principio de diálogo entre él y el Corifeo y en este coloquio rudimentario está el origen de la Literatura dialogada del género dramático.

Al practicarse el culto se sacrificaba en el altar de Dionysos un macho cabrío (tragos) de donde el canto que a él dirigían se llamó Tragedia. De esta palabra se deriva TRAGEDIA.

Las obras tomaron sus argumentos de las leyendas y episodios mitológicos de Homero y los viejos poemas en los que intervenían dioses y héroes. Así aunque la tragedia se sitúa en la Época Clásica sus temas son arcaicos donde el asunto "delfico" que ya tratamos en la Unidad II, está siempre vigente.

ESTRUCTURA DEL TEATRO

Las laderas de las colinas, como todos sabemos, son motivo para que los sonidos y las voces tengan una repercusión mayor, con este dato, los griegos tomaron como escenario esos mismos lugares convirtiéndolos en teatros al aire libre.

El teatro o lugar donde la acción se representa consistía en un anfiteatro en forma de semicírculo cuyos extremos estaban cerrados por lo que hoy llamamos el foro y en griego se llamaba Logeion. Entre el anfiteatro y el Logeion estaba la Orquesta, lugar destinado a las evoluciones del Coro y al trabajo de los Mimos (actores).

La palabra Mimo se deriva del griego Mimos (imitación) y posteriormente se ha usado como sinónima de actor.

En otra parte del escenario estaba la "Llama sagrada", dedicada a los dioses cuyo aceite puesto en un pebetero ardía constantemente, en algunos otros, o en las representaciones estaba también el oráculo en cuyo recipiente quemaban las yerbas sagradas y cuyas cenizas contenían el mensaje que los dioses enviaban al pueblo a través de su pitonisa, mujer dedicada a estos menesteres que los griegos la consideraban una sacerdotiza.

Esta persona, por medio de concentración profunda o trance, podía interpretar los designios de los dioses y pronosticar los acontecimientos que durante el año siguiente sucederían, como enfermedades, inundaciones, calamidades o año pródigo en abundantes cosechas, riqueza para sus habitantes, honores logrados en el deporte o la poesía. Hubo pitonisas notables, pero la de Delfos fue la más famosa.

A este aparato religioso se le llamaba también Altar. El Skene o Escenario contaba con tres puertas que estaban al fondo por donde salían los actores.

La puerta del medio señalaba el lugar de la acción, las laterales indicaban la ciudad o el campo. Un balcón en la parte superior destinado a los dioses, y abajo, en un foso junto a la orquesta, el lugar destinado a los dioses infernales.

Los actores declamaban los parlamentos de las obras, los sentimientos y el carácter de los personajes eran interpretados en forma elocuente, pero hay que advertir que sus posibilidades eran mucho más limitadas que ahora, ya que los movimientos en escena eran mínimos, prácticamente no los había.

Los actores de tragedias llevaban túnicas largas que lucían con la gracia y apostura de quienes han dedicado horas al embellecimiento de sus cuerpos en el gimnasio. Usaban también un calzado especial llamado Coturno para elevar su estatura gracias a su plataforma.

Las máscaras eran algo especial y tuvieron un proceso enorme, diremos simplemente que fueron hechas de madera, y algunas provistas de una especie de bocina que servía como caja de resonancia.

Algunos investigadores hablan de gorros enormes y otros informan que estas máscaras se alargaban en la parte superior como un especie de triángulo donde pendía la enorme peluca. Vestidos, máscaras y coturnos fueron destinados a hacer aparecer más altos a los actores puesto que era indispensable por las dimensiones del teatro y el contenido dramático de la obra.

La historia de los teatros en Grecia es interesante, desde la adaptación directa de lugares ya existentes a las necesidades de un auditorio, hasta el teatro plenamente desarrollado con su orquesta pavimentada, su arquitectónica escena y su vasta construcción de graderías de piedra ricamente ornamentada.

De los teatros en el siglo V A.C., no hay muchos datos, pero en cambio, de los que corresponde al siglo IV se encuentran ejemplos en todas las ciudades importantes de Grecia. Algunos se conservan mejor que otros, y salvo en el caso de los adornos, la forma básica es la misma en todos.

De los teatros más conocidos bastará mencionar los de Siracusa y Segesta en Sicilia, el de Atenas con capacidad para 15,000 espectadores, el Epidauro, Argos y Delfos en Grecia Continental, y el de Asos, Pérgamo y Priene en Asia Menor.

El teatro de Epidauro se conserva todavía en buen estado y puede servir de modelo para medir el sentido estético y la soberbia grandeza del espíritu helenístico.

El pensamiento sócratico se cumple al solicitar a sus dioses "Unidad Armónica": un bello lugar para una obra majestuosa.

TEMA No. 3.—ESTRUCTURA DE LA TRAGEDIA GRIEGA

ESTRUCTURA DE LA TRAGEDIA.

El espectáculo se iniciaba con el sonido de trompeta. El Prólogo era recitado por uno o dos actores, en él se anunciaba en forma breve la temática de la obra así como la época y el lugar donde se desarrollaba la acción. La base del espectáculo está en "cómo" se desenvolvía lo que ellos conocían por leyenda, que era recreado a su vez por el autor de la tragedia.

Entraban inmediatamente el Coro, solemne y patético ya que son ellos el pasado, el futuro y la conciencia del drama, convirtiéndolos a veces en el narrador, a veces en el pensamiento siempre libre en el tiempo del personaje.

El coro se instalaba junto al altar (Llama Sagrada) y la cadencia de su poesía enmarcaba la expresión del sentimiento expuesto en diferentes momentos.

Venía en forma inmediata el primer episodio, la mímica acompañada y grave así como el decorado y las voces del Coro, producían en el espectador un efecto impactante. Continuaba así la representación. Tres episodios casi siempre y el Exodo o retirada del Coro, último en salir de la escena.

La acción era mínima, no así los sentimientos que afloran constantemente como la misericordia, el odio o el terror por medio de palabras bellamente expresadas.

Así la Tragedia viene a constituir una obra extraordinaria, capaz de infundir lástima y terror, en que intervienen personajes ilustres o heroicos; se utiliza estilo y tonos elevados y desenlace generalmente funesto.

Podemos estudiar las obras de los trágicos desde diferentes puntos de vista como el psicológico, religioso, filosófico, así como el político, social, etc.

Los principales exponentes griegos son: Esquilo, Sófocles y Eurípides.

56

53 a la 56 15

TEMA No. 4.—ELEMENTOS DEL CONTENIDO DE LA OBRA LITERARIA

Para el estudio de la Obra Literaria damos a continuación una manera o forma de hacerlo que facilitará el entendimiento de la misma.

TEMA

El tema es la idea o ideas que sirven al autor para desarrollar lo que constituye la acción; puede ser infinitamente variado desde el histórico o social hasta el psicológico o amoroso, rodeado de intriga de pasión o de misterio.

ACCION

Es el desarrollo de los hechos con una secuencia lógica hasta su culminación. Todo en la acción tiene un fin común: El desenlace. En las obras tradicionales, hasta el siglo pasado se seguía lo que la preceptiva literaria marca como: exposición, nudo y desenlace.

ARGUMENTO

Sumario para dar breve noticia del asunto de la obra literaria o de cada una de las partes en que esta dividida.

RELACION TEMPORAL

Es el tiempo o época en que se desarrolla la acción. Tiempo objetivo es la duración convencional, lo que se puede medir dentro de la acción.

Cuando el personaje está pensando y estos pensamientos son narrados por el autor, ahí el tiempo es subjetivo, ya que puede estar en el futuro, en el pasado o el presente sin que el tiempo objetivo, el del reloj pase, se mueva. Puede el personaje evocar toda una vida mientras toma tranquilamente el chocolate.

RELACION ESPACIAL

El espacio o relación espacial es el lugar o lugares donde se desarrolla la acción.

PERSONAJE

El conocimiento completo del personaje o personajes se da a través de la descripción corporal y la descripción psicológica del mismo.

57

FICHAS DE CONTROL DE LA IV UNIDAD

FICHA No. 1

I.—INSTRUCCIONES:

Lea el contenido de la Unidad No. 4 y conteste las siguientes preguntas, subrayando la respuesta correcta.

- 1.— Señala en cuál de estas ciudades se inició el Teatro.
a) Argos b) Delfos c) Atenas
- 2.— En el siglo VI A.C., un poeta introdujo un personaje sacado del Coro, su nombre era:
a) Arquiloco b) Thespis c) Anacreonte
- 3.— En honor de qué dios se celebraron las fiestas donde nació el teatro:
a) Zeus b) Dionysos c) Apolo
- 4.— Cómo se le llamaba al director del Coro.
a) Coreógrafo b) Corifeo c) Corinto
- 5.— Los argumentos de las tragedias fueron tomadas de:
a) Tradiciones b) Leyendas c) Historias noveladas
- 6.— El pueblo griego fue afecto a:
a) obedecer b) cantar c) navegar
- 7.— El género lírico es:
a) oratoria b) poesía c) danza
- 8.— A los cantos de alabanza se les llamaba:
a) Soneto b) Romance c) Ditirambo
- 9.— En esos cantos se recordaban las aventuras del Dios:
a) Apolo b) Dioniso c) Zeus
- 10.— Aunque la tragedia está situada en la Epoca Clásica, sus temas son:
a) arcaicos b) antiguos c) modernos

58

II.— Escribe con tus propias palabras una Leyenda griega que encontrarás en las próximas lecturas.

FICHA No. 2

I.—INSTRUCCIONES:

Después de leer el contenido del siguiente tema de esta Unidad, responde relacionando ambas columnas.

- | | |
|--|---------------|
| 1.— Lugar donde la acción se representaba y que actualmente llamamos Foro. | () Actores |
| 2.— Lugar donde estaba el Coro. | () Arcaica |
| 3.— Eran los Mimos. | () Oráculo |
| 4.— La palabra griega Mimo significa: | () Coturnos |
| 5.— Los temas de las tragedias están situadas en la época: | () Logeión |
| 6.— Dentro del Foro había un recipiente donde ardían yerbas sagradas, su nombre era: | () Imitación |
| 7.— El vestido que usaban los actores se llamaba: | () Túnica |
| 8.— Los zapatos con plataforma que usaban en el teatro llevaban por nombre: | () Pitonisa |
| 9.— Los actores tapaban su rostro con: | () Orquesta |
| 10.— Mujer que adivinaba el porvenir. | () Máscara |

59

II.- Instrucciones: Subraya las respuestas correctas.

- 1.— Los sonidos y las voces tienen mayor repercusión en:
a) las playas b) los bosques c) las laderas
- 2.— Los griegos convirtieron esos lugares en:
a) Gimnasios b) Teatros c) Templos
- 3.— Los anfiteatros tenían forma de:
a) Semicírculo b) cuadrado c) redondo
- 4.— La palabra Mímo se deriva del griego Mimos y su traducción es:
a) canto b) imitación c) método
- 5.— Al escenario se le llamaba:
a) Foro b) Estrado c) Skene

FICHA No. 3

60

I.— INSTRUCCIONES:

Estudie minuciosamente el tema No. 3 y conteste en forma breve las siguientes preguntas.

- 1.— ¿Qué instrumento musical se utilizaba al iniciarse la Tragedia Griega?

- 2.— Los actores trágicos recitaban en forma patética y solemne sus:

- 3.— Lo que hoy llamamos acto en una representación teatral en las Tragedias se les nombra:

- 4.— La salida final del Coro se llamaba:

- 5.— Los máximos representantes de la Tragedia son:

Ficha No. 3

- 6.— La acción de los personajes era: _____

- 7.— Los sentimientos afloraban constantemente en las tragedias como:

- 8.— Intervienen personajes: _____

- 9.— Se utiliza estilo y tonos: _____

- 10.— El desenlace es generalmente . . . _____

II.- Escribe una breve biografía de uno de los tres trágicos.

Ficha No. 4

60A

I.- Instrucciones: Responde brevemente las siguientes cuestiones:

- 1.— La Obra literaria está integrada por los siguientes elementos:

- 2.— ¿Cuál es el tema en la obra literaria?

- 3.— En la obra literaria la Acción se integra por: _____

- 4.— ¿Qué es el Argumento? _____

ESQUILO

II.- Instrucciones: Subraya las palabras correctas.

5.- ¿Qué entendemos por Relación Espacial? _____

6.- ¿Y Relación Temporal? _____

7.- Los elementos que nos llevan al conocimiento completo de los personajes son: _____

8.- Tiempo objetivo es: _____

9.- Tiempo subjetivo es: _____

10.- Exposición, Nudo y desenlace pertenecen a: _____

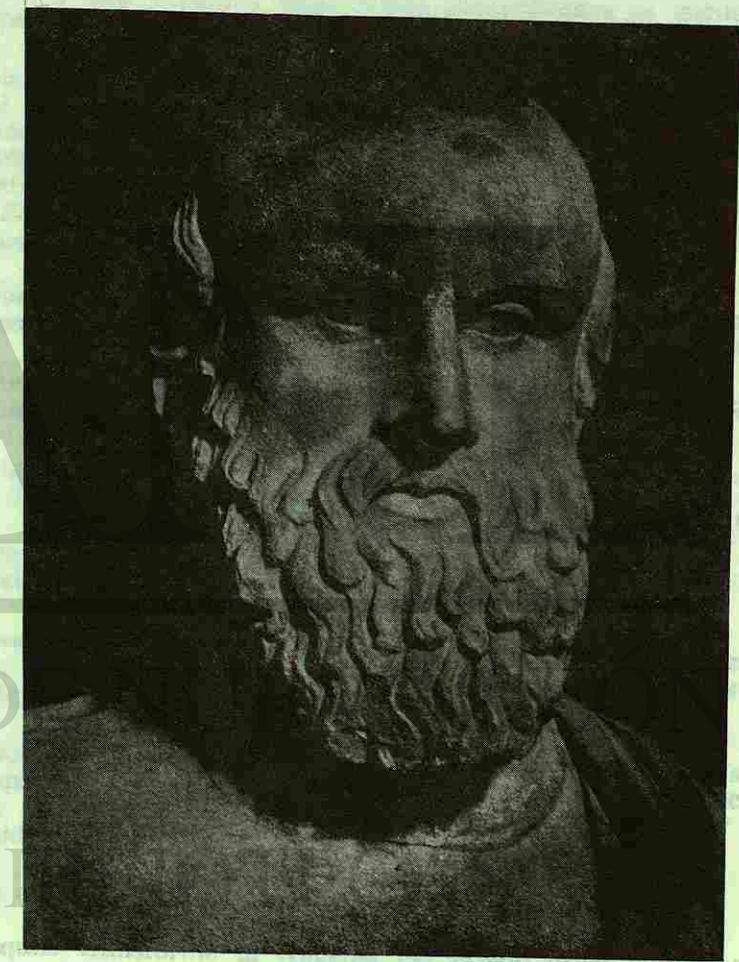
60 B.

II.- Describe en forma breve algún personaje que tu conozcas a través de la lectura de una obra literaria: _____

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA D

DIRECCIÓN GENERAL DE BI

Unidad V



ESQUILO

II.- Instrucciones: Subraya las palabras correctas.

5.- ¿Qué entendemos por Relación Espacial? _____

6.- ¿Y Relación Temporal? _____

7.- Los elementos que nos llevan al conocimiento completo de los personajes son: _____

8.- Tiempo objetivo es: _____

9.- Tiempo subjetivo es: _____

10.- Exposición, Nudo y desenlace pertenecen a: _____

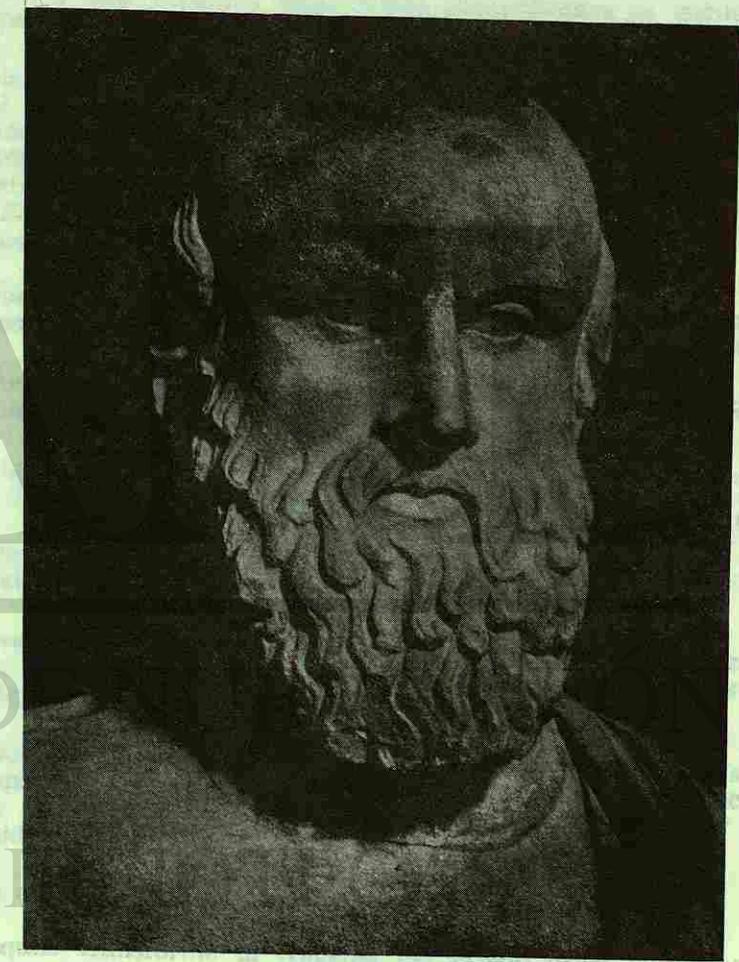
60^B

II.- Describe en forma breve algún personaje que tu conozcas a través de la lectura de una obra literaria: _____

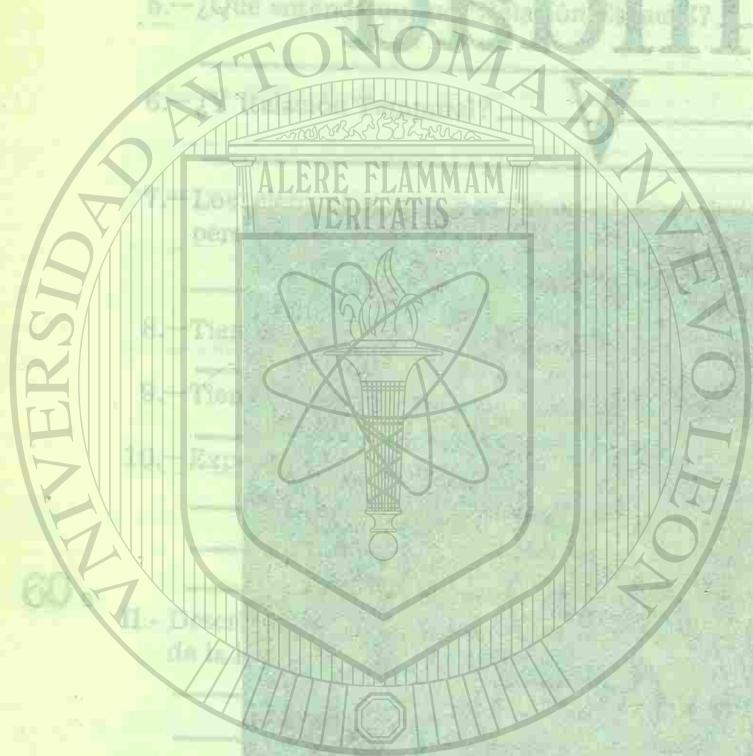
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA D

DIRECCIÓN GENERAL DE BI

Unidad V



ESQUILO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESQUILO

Unidad V

Esquilo.

1.— Vida de Esquilo.

Primer poeta trágico llamado el padre de la tragedia griega. Nació hacia el año 525 A. C., en Eleusis, cerca de Atenas. Fue hijo de una aristocrática familia ateniense. Su padre se llamaba Euforión, tenía un hermano: Cinegiro, que peleó en la batalla de Maratón y una hermana entre cuyos descendientes se encuentran algunos trágicos.

Este epitafio fue escrito para su tumba: "Este monumento cubre al ateniense Esquilo, hijo de Euforión, muerto en las feroces campañas de Gela. De su valor pueden hablar el famoso llano de Maratón y los medos de largas melenas". De esto se deduce que combatió en la batalla de Maratón (480 A. C.) y posiblemente en la de Salamina (490 A. C.) de lo que el poeta se enorgullecía hasta su muerte.

Por unos mármoles de Paros, se sabe que ganó sus primeros triunfos escénicos en los festivales teatrales el año 484 A. de C.

Fue doce veces triunfador en certámenes trágicos y su gloria se extendió por todo el Mediterráneo.

Algunos de sus triunfos fueron: Los Persas, 472 A. de C. Siete contra Tebas 467 A. de C. y la Trilogía de Orestes el año 458 A. de C.

Viajó a Sicilia llamado por Hierón. Hizo de nuevo un viaje retirándose en Gela, donde murió el año 456 A. de C.

Existe una leyenda respecto a su muerte: "Un águila alza en vuelo a una tortuga y al ver la calva de Esquilo supone que es una roca, dejando caer la tortuga que le causa la muerte".

Esquilo escribió 80 ó 90 obras, pero han sobrevivido sólo siete: Las Suplicantes, Los Persas, Siete contra Tebas, Prometeo Encadenado y la Trilogía de Orestes (Agamenón, Las Coéforas y Las Euménides).

2.— Su obra.

Esquilo transformó la tragedia del estado lírico narrativo en que se encontraba a su forma dramática, ya que fue creada para su representación en vivo.

Colocó un segundo actor frente al protagonista y frente al coro con el cual pasó el interés en el espectador, del coro al diálogo. La función del coro era muy importante: enjuiciaba a alguno de los personajes, narraba los acontecimientos fuera de la escena remitiendo al espectador al pasado o al futuro y preparaba el ambiente emocional adecuado.

Esquilo introdujo los mantos, las máscaras y los coturnos.

Compuso trilogías o series de tres tragedias de argumento enlazado (como tres actos). Fue profundamente religioso: Por el pecado, el hombre va hacia su propia destrucción arrastrando con él a seres inocente. El pecado de los padres recae sobre los hijos hasta la 3a. o 4a. generación.

El poeta tomó situaciones y personajes homéricos, exhaltó las divinidades arcaicas pero tenía además las idea de un dios fuera de las limitaciones humanas.

La temática de su obra es la maldad y la culpa heredados, la libertad individual, el pecado, la relación del hombre con dios, la justicia y la política; pero gobierna su tragedia una fuerza irresistible que es el Destino ante el cual, el hombre tiene que enfrentarse.

64

La primera de sus tragedias es Las Suplicantes que formaba parte de una trilogía (las Suplicantes, las Egipcias y las Danaides). Se trata de la leyenda de las 50 hijas de Danao, llegadas a Argos, fugitivas de Egipto, huyendo aterrorizadas ante el matrimonio. En esta obra domina el elemento lírico, siendo el coro el verdadero protagonista. Los Persas, habla del desastre sufrido por Jerjes en la batalla de Salamina y que el autor narra con mucha emotividad y patriotismo. Siete contra Tebas, es parte de una tetralogía de tema tebano. Las otras obras son: Layo, Edipo y una más, la Esfinge, obra satírica semi-humorística. Esta tragedia trata de la lucha fratricida de Eteocles y Polínice cuyo desarrollo se lleva a cabo en los muros de la ciudad situada por los argivos. Prometeo Encadenado es parte de una trilogía, las otras dos piezas son: Prometeo liberado y Prometeo portador del fuego. Prometeo Encadenado es el titán que roba el fuego del cielo para transmitirlo a los mortales. Esquilo contrapone la figura de Zeus, dios poderoso, con la de Prometeo que representa el progreso. El titán recibe el castigo de todos los que intentan liberar de su condición al débil y es sujeto por Zeus a las rocas de la montaña Escitia, mas Prometeo revela su liberación y por no dar a conocer su secreto, es sepultado en las rocas en terrible cataclismo.

La Orestíada es una trilogía compuesta por: Agamenón, las Coéforas y las Euménides. Agamenón muestra al triunfador de la

guerra de Troya que vuelve a su patria donde es asesinado en su propio palacio por su esposa, en complicidad con Egisto, su amante. En las Coéforas, Orestes da muerte a su madre con ayuda de su hermana Electra por orden del oráculo de Delfos. En las Euménides, Orestes, perseguido por las Furias, se refugia en Atenas por consejo de Apolo, comparece ante el tribunal del Areópago y es absuelto por el voto de Atenea que lo libera de las Furias.

3.— Antecedentes legendarios de la Orestíada.

Para esta trilogía, Esquilo tomó el asunto de la leyenda de los Atridas: Atreo, rey de Argos, hijo de Pélope y de Hipodamia, fue padre de Agamenón y de Menelao que por el nombre de éste se les llamó atridas. Atreo odió a su hermano Tiestes, por haber seducido a su mujer Eope y en venganza, mató a los hijos de éste: Tantalos y Flicteno. Ofreció un banquete a su hermano sirviéndole sus propios hijos. Atreo fue muerto por Egisto hijo de Tiestes, amantes después de Clitemnestra. Tanto Egisto como Clitemnestra actúan en la trilogía por motivos personales: Cuando Agamenón (esposo de Clitemnestra) parte para Troya, sacrifica a su hija Ifigenia (salvada por una diosa), para aplacar a los dioses y obtener vientos favorables para las naves.

Toda la acción de la trilogía dependerá del conflicto de grandes fuerzas morales, la fuerza del destino será implacable y los esposos Agamenón y Clitemnestra heredarán la culpa de la maldad de Atreo en (Agamenón); sobre su hijos Electra y Orestes (Coéforas) caerá el pecado y serán llevados al crimen, pero el conflicto se resuelve en las Euménides, donde Esquilo da idea de dioses y hombres que saben perdonar.

Pero lo mejor es que tú leas a Esquilo para que lo puedas comprender. Te deseamos suerte. ¡Adelante!

65

TRILOGIA DE ORESTES

I. AGAMEMNON

Escenario

Plaza de Argos. Al fondo el palacio de Agamemnon.

Personas

Agamemnon, Rey de Argos

Clitemnestra, su esposa

Egisto, el adúltero, consorte de Clitemnestra

Cassandra, vidente

Mensajero, o heraldo

Atalaya

Coro, formado por ancianos de Argos

I. AGAMEMNON

Atalaya.—Pido a los dioses el fin de estos trabajos. Ha tantos años que en este lecho velo. Sobre el techo de los atridas, largamente solitario, a guisa de perro, ya conozco perfectamente el curso de los astros nocturnos y aquellos que marcan a los mortales el invierno y el estío, luminosos príncipes que bañan con su luz los espacios: ya conozco su oriente y su ocaso. Estoy en guardia esperando la señal de la antorcha, el relucir del fuego que nos dé la nueva de que ha caído Troya. Así lo manda el viril corazón esperanzado de una mujer. Y entre tanto, noctívago y bañado por el rocío, yazgo en este lecho que el sueño jamás visita. ¡Qué sueño: en su lugar el temor se haya presente a mis ojos e impide que se cierren mis párpados! Alguna vez intento cantar o tararear un canto para disipar el sueño, pero entonces estallo en gemidos por el infortunio de esta casa. ¡Ya no hay en ella el régimen de antaño...! ¡Oh, si luciera ahora la luciente llama que porta la grata noticia...! (Se ve a lo lejos el brillo de la antorcha.) ¡Salve, luz que rompes las tinieblas, que anuncias un luminoso día y el torbellino de cánticos y danzas de júbilo en Argos, al revelarse la feliz victoria! ¡Ya, ya! Voy a dar a gritos la nueva a la mujer de Agamemnon. Alcese del lecho apresurada y recorra la casa invitando

a la ovación festejosa que cante a dúo con esta antorcha. ¡Cayó Ilión! El fuego mensajero así lo pregona. Yo, yo iré al frente de las danzas para iniciar la fiesta. A mi cuenta las buenas fortunas de mis amos: ahora sí con esta jugada ha hecho el triple seis. ¡Así sea yo tan feliz de estrechar la mano de mi amo cuando regrese a casa...!

En cuanto a lo demás... ¡chitón! Un buey enorme pesa sobre mi lengua. ¡Si este palacio hablara... cómo publicaría los hechos! Yo... a los que lo saben los digo; a los que no lo saben los oculto. (Entra al palacio.)

Coro.—Hace diez años que Menelao, gran adversario de Príamo y junto con él Agamemnon; gemelos tronos y gemetros cetros de Zeus recibidos, alzaron una armada de mil naves, desde esta tierra argiva, cual militar ayuda.

Del fondo de sus pechos se alzaba el clamor de Ares. Eran como buitres que en bandada giran en los aires con agitadas alas en torno de sus nidos, en defensa de sus polluelos y amedrentados por su peligro, temerosos de su pérdida.

Un dios oye en las alturas —¿Es Apolo?, ¿es Pan?, ¿es Zeus?—, la chillante plegaria de los huéspedes del cielo y envía contra los despojadores de las crías a la vengadora Erinis.

Así a los dos hijos de Atreo, el sumo en la potencia, Zeus hospitalario, envía contra Alejandro. Por una mujer que gusta de mudar de hombres hace brotar entre Dánaos y Troyanos guerras múltiples, destructoras de los cuerpos. Cuerpos deshechos, rodillas en tierra, lanzas que vuelan vueltas astillas: tal es el principio de la lucha.

¡Es hoy lo que ser debe! Definir la victoria, toca al Hado. Nadie clamando, haciendo libaciones, o lanzando gemidos, ha de acallar las iras de los númenes airados por la ofrenda que cesó en el hogar.

Pero nosotros, carne envejecida, que ya no puede su deuda pagar, nos quedamos atrás: partió la armada y, cual niños, en báculos sostenidos, ambulando seguimos: tal es la médula que en nosotros rige, cual de pequeños: para Ares impotentes. ¿Qué es un viejo sino un árbol sin frondas? En tres pies apoyado, va por los caminos, tan inerte cual pequeñuelo. Es como un sueño diurno que

Aparece Clitemnestra.

Pero, tú, hija de Tindaro, reina Clitemnestra, ¿qué hay? ¿Qué noticias tienes? ¿Algo has sabido, cuando estás preparando sacrificios! Ya de los dioses todos, lo mismo los de la ciudad que los del alto cielo y los de la inferna región, tienen sus aras cargadas de ofrendas, que alzan su ardiente llama. Al cielo mismo suben en todas partes las llamas de las víctimas, alimentadas por el más puro aceite que de tus palacios ha salido. Dame cuenta de esto, si es que puedes y nosotros tenemos licencia de saberlo. Cura nuestra dolencia: mi pecho está angustiado con muy diversos pensamientos. Hay esperanzas que me alientan, pero hay también congojas que me agobian.

Coro, Est. 1.—¿Señor soy al menos para narrar la partida de varones en la plenitud de la vida. Es la única fuerza que nos dejan los dioses a los viejos: ser capaces del canto!

Diré en qué modo marchó la fuerza de combate de los dos poderosos atridas. Una voluntad sola imperaba en la juventud helénica. Lanza en tistre y adarga en el brazo, exhalando anhelo de venganza, partieron a la tierra de los teucros.

Dos aves agoreras aparecen: una blanca, otra negra, en la altura misma del palacio. Estaban por el lado con que la lanza se blande. Devoraban una grávida liebre..., ¡ay ya no apta para nuevás crías!

¡Lúgubre, lúgubre dí el canto: venza próspera fortuna!

Ant. 1a.—Cuando el agorero de la armada vio esas aves devorando su presa, interpretó al momento a los dos atridas, guías y jefes de la guerrera expedición. Y en estas palabras formuló su oráculo:

“Tras largo tiempo se hará dueña de la ciudad de Príamo la expedición que parte. La Moira va a destruir salvajemente los tesoros acumulados por el pueblo en largos siglos. Pero, eso sí, ciudad, no sea que una divina envidia se anticipe y haga con ceguedad romper las bridas que para Troya estaban destinadas.

Con alma conmovida la casta Artemis está irritada contra los alados canes de su padre Zeus que devoraron a la liebre antes de que diera al mundo su fruto. Ella abomina el festín de las águilas”.

¡Lúgubre, lúgubre dí el canto: venza próspera fortuna!

Est. 2.—La bella diosa protege amable a los implumes polluelos tanto como a los cachorros débiles de los feroces leones y a las tiernas crías de toda agreste fiera, quiere que ya declara el signo que marca el hecho de las aves rapaces: signo feliz a un tiempo y desdichado.

Ant. 2a.—“Y ahora a Pean invoco al lanzador de dardos; que notrame la diosa artes nocivas contra los navíos; que no envíe vientos opuestos, que no en el puerto las haga demorar en tarda espera. Y más que no requiera una nefanda víctima, que nadie comer puede, origen de contiendas que ni el esposo mismo haya de perdonar. Hay un vigilante pérfido al frente de la casa, anheloso de vengar una hija, la Ira ardidosa, que habrá de desbordar sus enconos...”

Tal fue de Calcas el oráculo. Mezcló a los prósperos sucesos los adversos, al ver el presagio que las aves le marcaban.

¡Lúgubre, lúgubre dí el canto: venza próspera fortuna!

Est. 1.—¡Oh Zeus, seas quien fueres, o el nombre con que quieras ser invocado...! ¡Todo pensé, pero numen más alto hallar no pude. El me libere de fatal angustia!

Ant. 1a.—Un dios potente hubo, contodos los ardides de su audacia, y dispuesto a librar todo combate... Pasó su tiempo: hoy apenas dicen que él existió. Vino otro después: también su orgullo halló quien lo venciera... ¡Pero el que Zeus con sacrificios honre, lograr podrá la sapiencia suma!

Est. 2.—Hay para el hombre un firme documento de discreción y por ley se le fija: “En el sufrir está la ciencia.” Gota a gota en el corazón, aun en sueños, va destilando el recuerdo del dolor pasado. ¡Hasta los más reacciones ven llegar la sabiduría! ¡Oh graciosa violencia de los dioses que eficazmente rigen la nave de la vida!

Ant. 2a.—Entonces el mayor de los caudillos de la armada aquella, nunca de los adivinos desdeñoso, plegóse a los embates de la suerte. ¡Fue cuando incapaces de seguir las naves su camino, plegadas ya sus velas, hacen que los aqueos queden aterrados y llenos de hastío, tras consumir los viveres, allá frente a Calcis, bajo el revuelco de las olas de Aúlida!

Est. 3.—Vientos que vienen de Estrimón azotan infaustos, retardantes, importunos, que el hambre traen consigo, los oleajes invasores del navío, el arrastrar de hombres, romper de jarcias y quebrar de maderos, y, en esa dolorosa detención, secan y destrozan

la flor de los argivos. Fue cuando el vate pide otro recurso, más tremendo que la tempestad, alegando que es voluntad de Artemis. Los dos atridas, al oírlo, golpean la tierra con sus regios cayados y son impotentes para retener las lágrimas.

Ant. 3a.—Entonces el mayor de los dos príncipes grita con voz potente: "Pesado y duro es no acatar... , pesado y duro que a la que es de mi hogar rico tesoro, a mi hija, yo mismo ante el altar la inmolé maculando mis manos paternas con los chorros de su sangre virginal... ¿A qué extremo resolverme que no sea un infortunio? ¿He de ser desertor? ¿Dejaré a mis aliados? ¿Si el sacrificio de esta doncella ha de aplacar los vientos ávidos y ardientes en su anhelo... , bien puede ser!

Est. 4.—Vencido por el hado necesario cayó bajo su yugo y su mente mudose: nefando, impio, cruel espíritu lo invade. Formula en su alma decisión osada y tenebrosa. ¡Ay, cuando a los mortales domina la locura persuade a empresas de sacrilega osadía! Tiene el atrevimiento de trocarse en sacrificar de su propia hija. ¿Todo por qué? ¿Para sostener la empresa que va a rescatar a una mujer afrentosa, y para abrir el camino a la flota que va a ello!

Ant. 4a.—¿Sus ruegos, sus clamores a su padre, su misma edad virgínea... , nada fueron para esos capitanes anhelosos de guerra! Invoca él a los dioses, hace seña a los siervos y, cual cabrilla mísera, en sus ropas envuelta, la pone sobre el altar. Ella, renuente, a la tierra tendía, más vuelta al cielo, con mordaza en la boca para que no maldiga a los suyos.

Est. 5a.—Brutal y potente la domina. Rodó por tierra su ropaje azafranado, y con hondas miradas lastimeras parece hablar y suplicar a los que la tienen aferrada, pidiendo compasión. Es una estatua que por hablar se esfuerza... Ella, que en los festines de su padre solía cantar cuando llegaba la libación tercera, doncella de varón no conocida, canta el himno de alabanza en que impetraba larga vida para su padre amado.

Ant. 5a.—Lo que siguió después, ni vi, ni decir quiero. Jamás fue vano el arte de Calcas! La Justicia da instintos a los que han sufrido para que puedan penetrar el porvenir. Cuando el día llegue, todo quedará claro. Evitarlo nadie puede. Déjese realizar a su hora y necio fuera gemir antes de tiempo... Cedan en bien estos oráculos, como es el anhelo de la que se acerca y que para la tierra de Apis es el apoyo y la defensa única.

Sale Clitemnestra.

Coro.—Llego a, vener tu poder, oh Clitemnestra. Que justo es rendir acatamiento a la esposa cuando el esposo está ausente del trono.

¿Tienes acaso nuevas favorables? ¿O es la esperanza de tenerlas la que te ha movido a disponer sacrificios? Gozoso lo supiera yo, pero si guardas silencio, me resigno.

Cl.—Sea la aurora dulce mensajero hija de una noche dulce, como el proverbio dice. La noticia que oirás sobrepasará tus esperanzas. Los argivos han tomado la ciudad de Priamo.

Coro.—¿Cómo dices? ¿No lo entiendo... , es increíble!

Cl.—Que Troya es de los aqueos, ¿no hablo claro?

Coro.—¿La alegría me avasalla, me arranca lágrimas!

Cl.—Bien lo denuncian ya tus ojos mismos que tal es tu sentimiento.

Coro.—Pero, ¿qué segura señal de esto tienes?

Cl.—Hay... , ¿cómo no?... ¿A no ser que un dios me engañe!

Coro.—¿No estás rindiendo culto a los fantasmas de un sueño?

Cl.—De mente adormecida no recibiera las noticias...

Coro.—¿No será el soplo de un rumor inseguro?

Cl.—¿Piensas tú que cual un niño yo discurro?

Coro.—¿Desde cuándo la ciudad fue conquistada?

Cl.—La misma noche de que nació este día.

Coro.—Y, ¿quién tan veloz pudo venir con el mensaje?

Cl.—Efesto. Desde el Ida lanzó su luz radiante. Y en carrera de fuego, una tras otra, fue encendida la fogata mensajera hasta llegar acá. Del Ida al roquedal de Hermes en Lemnos, y desde allí la luz anunciadora llegó hasta el monte Atos, sacro para Zeus, como tercera etapa. Saltó sobre el mar mismo en vigoroso empuje la antorcha reluciente como un sol y su nuncio de gozo alcanzó a llegar a la roca de atalaya de Maquiste. No fue remisa la montaña, que ningún mensajero sabe sucumbir al sueño y envió su nueva a través del Euripo hasta llegar a Mesapio. El que allí estaba en guardia, velozmente acumuló un montón de secas hierbas y les prendió fuego. La resplandeciente llama salvó la llanura de Asopo, cual si fuera luciente luna y fue a despertar en Citerón otro pregón de fuego viajero. El atalaya diligente transmitió el mensaje luminoso prendiendo una hoguera más potente que todas. Transmitida por sobre el lago Gorgopis, la claridad llegó a Egiplanto y movió a los guardias a no retardar la noticia luminosa. Encienden una fogata enorme y lanzan su pregón de llamaradas que va en vuelo rápido a iluminar el remoto promontorio que vigila sobre el estrecho de

Sarónica. Corre la luz y alcanza el monte Aracne, ya en cercanía de Argos, y viene al fin a dar sobre el palacio de los atridas la luz gozosa que nació en el monte Ida. Ese fue el plan que yo fijé a los lampadóforos. Uno trasmite a otro la luz mensajera y obtendrán la victoria el que inició el fuego y el último que ahora nos lo trae. Es la señal que mi esposo me envía de la lejana Troya.

Coro.—A los dioses al punto voy a rendir mis preces. Pero oír estas nuevas y ponderarlas quisiera perpetuamente...; ¡dinos de nuevo la noticia grata!

Cl.—¡El día de hoy los argivos dueños son de Troya! ¡Ya creo oír los clamores que nunca se confunden...! Si en un vaso aceite con vinagre mezclar quisieras, tendrías que afirmar que son enemigos entre sí: el uno del otro se separa siempre. Eso mismo es allí: los vencedores no se pueden confundir con los vencidos. Diversas son sus voces, como son diversos sus destinos. Unos, derribados por tierra, se abrazan a los cuerpos de sus maridos, de sus hermanos, y los niños, de los de sus ancianos padres y, ya ellos mismos esclavos, llorando están la muerte de los seres que amaron. Eso unos: los otros, que en noctívaga carrera anduvieron por la ciudad, acosados ahora por el hambre, se atumultan cerca de donde está lo que la ciudad puede ofrecer para saciarla. Ningún signo de orden, ningún signo de categorías, cada uno como puede, en las casas de Troya se introduce y pone su refugio. La suerte es la que reparte hogares. ¡Libres, al fin, del hielo y del rocío, y de las desdichadas guardias nocturnas, pueden dormir toda la noche, sin brete ni temor...! ¡Ah, pero que respeten y rindan acatamiento a los dioses de la ciudad vencida y sus santuarios... que de no, los conquistadores de hoy serán los conquistados de mañana... ¡No, no culpable anhelo les domine de posesionarse de lo que no deben! ¡No por la sed de la victoria enloquecidos, se abalanzaran a sacrílegos saqueos...! Tienen que desandar la pista y volver a la meta: la parte que ahora hicieron, fue la mitad del curso: deben retornar incólumes a su hogares. Y más aún... si libres de maniobras sacrílegas a sus hogares vuelven... el mal que los muertos hicieron puede brotar de la tierra... y vendrán las desgracias incubadas en la sombra futura, si las de ahora fueron evitadas.

Mujer soy. Esos son mis pensamientos... ¡No, no, que la ventura nos baña! Yo lo mejor, entre lo bueno, escojo.

Coro.—Eres mujer, pero tu pensamiento tiene valor de un pensamiento sabio. Ya tus datos oír: seguros son. Me dispongo a dar culto a los dioses: ¡como fue la amargura, es la alegría!

Coro.—¡Oh Zeus, oh noche amiga, dominadora de tan altas riquezas... Una red irrompible lanzasteis sobre Troya... Nadie, ni

joven ni viejo, podrá evadir la esclavitud. El infortunio a nadie es indulgente. Cautivos son!

A tí mi culto rindo, oh Zeus amparador de los huéspedes, tremendo numen. Tenso su arco tuvo contra Alejandro. No quería herir sin garantía segura... ni fallar el tiro, ni perderse en las nubes, con un inútil vuelvo hacia los astros.

Est. 1.—De Zeus el golpe vino: bueno es llegar hasta la fuente misma: su destino fijolo el mismo Zeus. Hubo quien negar pudo que los dioses intervienen en los hechos humanos de los mortales miserables que huellan sin respeto ninguno las cosas sagradas. ¡Así los impíos hablan! Patente ha quedado a sus negadores: a los que fiados en la opulencia se atreven a negar la majestad divina. La medida mejor es la moderación. Tengamos bienes que no nos sean nocivos y que para el sabio son suficientes... ¡No hay fortaleza que defender pueda a aquel que de sus riquezas embriagado, da un puntapié al altar de la Justicia...! ¡No podrá medrar nunca y será la ruina su destino!

Ant. 1a.—La injusta persuasión le hace violencia con sus malos consejos. Hija, al fin, del principio de locura, y nada hay ya que pueda remediar su desdicha. El mal causado aparece luego; hay funeral brillo que a todos los denuncia. Como moneda que con el roce descubre su falsedad, dando a conocer el metal espurio de que fue hecha, descubre el malo su inútil fondo. Y se muestra cual niño que loco ha perseguido un pájaro que vuela... pero es para su ciudad fuente de males funestos. ¡Qué dios habrá que pueda dar oídos de un hombre que en esos crímenes se aniega y como criminal va a la total aniquilación? Eso hizo Paris: como huésped fue admitido en casa de los atridas y manchó la mesa de su huésped y aun mancilló tu tálamo, hurtándole a la esposa.

Est. 2.—¡Qué deja ella a sus conciudadanos? ¡Turba de broques que entrechocan, de lanzas que se blanden y se rompen, barcas que habrán de armarse...! Y, ¡a Ilión qué lleva? ¡Como dote nupcial la ruina y la muerte! Y así sale por una puerta que jamás debió haber franqueado... Los palatinos agoreros alzaron sus lamentos por la casa: "¡Guay, guay, palacio, palacio y príncipes...! ¡Guay esposa que traiciona su tálamo para seguir los pasos de un amante...!"

Ya está a la vista el humillante silencio que a vituperar no se atreve y que tortura el corazón del marido con el ansia de la que ha pasado los mares y ambula aún por el palacio como la obsesión de un fantasma. El esplendor de las lindas estatuas es ya odiosa al marido: totalmente huyó Afrodita de las cuencas vacías de sus ojos.

Ant. 2a.—La mira en sueños, sí, pero sus apariciones le son dolorosas... fugaces pasan y son vanidad pura... ¡Cuán vano es estrechar con los brazos al ser amado que dicha ofrece en la ficción del sueño! Esa es la amarga desdicha de los domésticos lares; esa y aún peor y más funesta... La Hélide toda de duelo. Ausentes de sus hogares los guerreros, la pesadumbre domina a todos: un incisivo pensamiento acribilla los corazones: cada uno recuerda el semblante amado del que partió... en su lugar regresarán sus urnas funerales y las cenizas yertas dentro de ellas...

Est. 3.—Ares el que trafica, el que hace cambios, y tiene su vuela desde Ilión a los que aman un puñado de cenizas empapado balanza en la contienda para cambiar los cuerpos por cenizas, de en lágrimas, resto final mísero de la pira. ¡Hombre vieron partir: vuelven cenizas escasas y holgadas en la urna! Se alza el llanto en la alabanza de los guerreros: éste que fue valiente y diestro en la contienda, aquél que sucumbió con gloria en una tremenda lucha... y ¡todo por una mujer ajena que nada le tocaba! Hay quienes con recato murmuran silenciosos y un enconado dolor se yergue contra los atridas vengadores. Cuantos hermosos cuerpos quedaron allá en torno de los muros de Troya en su suelo funesto: una tierra enemiga se adueña aun en la muerte de los vencedores.

74 Ant. 3a.—¡Terrible es la murmurante inquina de un pueblo que se siente airado: han de pagarle la deuda de su encono! Estoy en temores presagiando algo misteriosamente oculto: los dioses no despidan de seguir con su mirada a los que mucha sangre han derramado y al fin las negras Erines a quien contra justicia salió prósperamente victorioso, lo aniquilan. ¡Cuán peligrosa es excelsa fama: el rayo de Zeus se descarga sobre las cabezas enhiestas! Lo que juzgo mejor es pasar la vida sencilla, sin envidiar tesoros: nadie ese estado ansía... Nunca ser de ciudades destructor, pero tampoco, estar sujeto a los caprichos de un victorioso.

Coro.—Ya el anuncio del fuego rápido la ciudad invade. Pero, ¿será verdad? ¿No será una ilusión forjada por los dioses?

¡Qué infantil es el hombre: fácilmente se inflama con la esperanza de su dicha...! ¡Un anuncio que el fuego nos trasmite? Y, si las nuevas son contrarias, ¡qué amarga será la decepción! ¡Mujer, mujer, al fin... más aplaude el deseo que la realización! Fácil en creer femineo juicio, con qué celeridad se desliza en fantásticas ilusiones!... y, ¡cuán pronto se deshacen las novedades que andaba pregonando!

Llega Clitemnestra.

Coro.—¡Sabremos ahora todo...! Si es verdad la cadena de antorchas, o si estamos siendo todos juguete de un sueño... Allá por

la playa veo avanzar un heraldo con una rama de olivo que su frente cubre. Sí, el polvo, hermano del fango, me sirve de criterio de certeza. No es ahora un mensaje mudo del fuego: voy a saber la verdad de labios de hombre. Reserva, sin embargo: ¡Habremos de soltar nuestra alegría sin límites? O ¡quizá lo contrario ha sucedido...? Lejos, mal pensamiento... Sea para dicha y bien y corone el éxito ya anunciado. ¡Nadie lo contrario anhele, y si lo hace el fruto de su crimen caiga sobre él!

Llega el heraldo.

Her.—¡Oh tierra de mis padres, oh tierra argiva..., diez años hace que he estado privado de tu luz...! ¡Ah, cuántas frustradas esperanzas, pero esta se ha cumplido! Poder morir y ser sepultado en tierra de Argos..., ¡lo deseaba yo tanto...! ¡Oh, salve patrio suelo; salve luz del sol esplendoroso y tú Zeus soberano, rey de esta región que velas de la tura, y Apolo, dominador de Pito, arquero que ya no reserva para nosotros sus dardos...! Ah, si junto a las riberas del Escamandro pudiste ser para nosotros adverso y belicoso, sé ahora, al menos, salvador y medicador nuestro! También invoco a los dioses todos que esta ciudad protegen y en especial a tí, Hermes, feliz heraldo y amparo de los heraldos. Y a vosotros, semi-dioses que patrocinasteis la partida de la flota..., ¡escapado de la lanza fatal acogedme!

75 Y tú, regio palacio, mansión de mis soberanos, y vosotros, sitios venerados, imágenes divinas que el sol baña..., guardad esos fulgores para dar la bienvenida al rey que regresa después de tan larga ausencia. Viene el príncipe Agamemnon, cual luz en media-noche para nosotros, para vosotros todos. Dadle la alegría del salud, como lo merece. La azada justiciera fue de Zeus, pero el rey fue el autor de la obra de derrumbar los muros de Troya. El desoló su tierra, abatió sus altares, con sus templos y pereció todo el linaje de ese país. ¡Qué yugo ha impuesto al cuello de Troya el rey que regresa, el mayor de los atridas! Es el héroe más digno de honores de cuantos son los mortales que hoy están en el mundo. No podrá Paris jactarse, ni la ciudad misma de que el castigo quedó inferior al crimen. ¡Delinquiró por raptó, delinquiró por robo..., se le fue el botín de las manos y arrastró la ruina a la ciudad y la casa paterna consigo! Doble pena pagaron los hijos de Priamo.

Coro.—Heraldo de los aqueos que están en el frente de combate, bienvenido seas.

Her.—Lo soy, y en qué grado, ¡ya pueden quitarme los dioses la vida!

Coro.—¿El amor del suelo patrio te agobiaba?

Her.—Como que se han bañado de lágrimas mis ojos con el gozo de verlo.

Coro.—El mismo mal que a nosotros os urgía.

Her.—¿Cómo? ¡Enséñame a comprender la palabra enigmática!

Coro.—¡Deseo tenías de quien deseaba veros!

Her.—Dices que esta tierra deseaba al ejército que la deseaba.

Coro.—Tanto que el corazón hacía salir afuera el dolor oculto, lanzando gemidos.

Her.—Y, ¿qué origen tenía un dolor tan amargo?

Coro.—¡Ha tanto tiempo, ay, que tomo el callar como remedio!

Her.—Y, ¿qué? ¿Ausentes los reyes, tenías temor de alguno?

Coro.—Como ha poco decías, también la muerte fuera para mí la mayor gracia.

Her.—¡Ah, bien se ha cumplido! Todo lo que por largo tiempo se prolonga es origen de bienes y de males. ¿Quién, si no son los dioses, está a salvo del infortunio en una duración eterna? ¿Tendría yo que deciros la agobiante fatiga, las noches de desvelo al descampado, los estrechos recodos en que yacer debíamos sobre el duro suelo? ¿A qué hora del día no tenemos motivo de lanzar gemidos y proferir lamentos? Y en el país mismo, peores molestias. Acampados junto a los muros enemigos, del cielo y de la tierra nos llovían males. Rocío de arriba, humedad de abajo, impregnaban nuestras ropas y congelaban nuestros hirsutos cabellos. ¡Y los inviernos duros que matan a las aves, con su nieve insufrible que desde el monte Ida baja. Y el ardiente estío, entorpecedor que, al mediodía hace al mar mismo caer en letargo, rumorante apenas, adormecido en su oleaje! ¡A qué todo esto recapacitar dolorido: todo ha pasado, trabajo y dolor! ¡Si, pasó para siempre: no hay ya medio de que los muertos se levanten! ¿Qué se gana con contar a los muertos y al que está vivo amargarle el alma con la memoria de la infausta fortuna? Lo que yo juzgo debido es decir mil despedidas a las desdichas de la suerte. En cuanto a los argivos que hemos sobrevido del ejército, lo que ganamos sobrepasa a las penas que sufrimos, venciendo la balanza. Demos, entonces, el homenaje de alabanza, a la faz de este luciente sol que vuela sobre tierras y mares: Vencedor de Troya el ejército de Argos ha suspendido estos despojos como una ofrenda votiva a los dioses de la Hélade, digno trofeo de su victoria. Esto debe difundirse y que la ciudad entera celebre a su capitanes en tanto que rinde su veneración a Zeus por la total victoria. Tienes ya todo mi mensaje.

Coro.—Vencido estoy por tus palabras, no lo niego: conocer

bien las cosas en un perpetuo anhelo viviente en los viejos. Estas noticias atañen principalmente a esta palacio y a Clitemnestra, pero también a mí enriquecen.

Clit.—Ya lancé alaridos de regocijo antes, cuando llegó el mensaje de las llamas rompiendo la noche para anunciar la ruina de Ilión. Y entonces, alguno me decía reprendiéndome: “¿Convencida por las hogueras te muestras segura de que Troya ha caído...? ¡Muy de mujeres es echar a volar el pensamiento!” Con tales palabras, se me juzga una ilusa. Y a pesar de eso, yo ordené sacrificios, y según el uso, los gritos de las mujeres resonaron por la ciudad entera, en especial en los templos de los dioses, donde la perfumada llama devoraba ondulante las víctimas. Pero, ¿qué necesidad tengo yo ahora de que tú me hagas mayores relatos? ¡Todo lo conoceré de labios del rey mismo! Ahora es mi deber recibirlo lo mejor que yo pueda. Al venerado esposo que regresa a su hogar. ¡Qué resplandeciente alumbra el sol para una mujer que abre las puertas cuan anchas son para acoger a su esposo que los dioses salvaron en la guerra! Ve, pues y da este mensaje a mi esposo: “Que se apresure a llenar el anhelo ardiente de la ciudad! Que llegue a hallar en su hogar, tal como lo dejó, a una esposa fiel, perra guardiana de su casa: para él adicta y sumisa; feroz para sus enemigos. La misma totalmente, que ni un ápice ha descuidado durante su larga ausencia los tesoros que se le confiaron, ni roto sello alguno de sus reservados. Y en cuanto al placer adulterino, o la ligera sospecha de él, es para mí tan conocido como el arte de teñir el bronce.” Estas palabras jactanciosas plenas de verdad están muy en su sitio en labios de una mujer de alcurnia.

Coro.—Ella habló para tí, si tienes juicio, un discurso muy al caso, para quien tenga sentido de inteligencia. Pero, heraldo, dime: ¿Qué fue de Menelao? Saber quisiera si se conserva incólume, y si también regresa el rey amado a su país.

Her.—¡No pudiera forjar para mis amigos hermosas mentiras: muy poco os durara el fruto...!

Coro.—¿Cómo hacer? ¡Sea dichoso y verdadero lo que puedas contarnos! Una alegría mendaz es deleznable.

Her.—El hombre del ejército de argivos él y su armada se perdieron. Esta es la verdad.

Coro.—¿Partió de Ilión antes de vosotros? ¿Lo separó el huracán en la travesía?

Coro. Est. 1a.—¿Quién fue? ¿Quién, sino un dios que el destino penetra, el que movió nuestra lengua para que le pusieramos un nombre tan exacto a la Helena de la contienda, que defendió el marido con la lanza en la mano? ¡Helena! ¡Fue la perdición ella de las naves, perdición de los pueblos, perdición de los hombres! Pudo abrir las cortinas del tálamo marital, ricas y bellas... pudo huir por los mares, al empuje impetuoso del céfiro... Y en pos de ella se lanzan cazadores armados, con escudos potentes, que sus huellas persiguen. Husmeando van los surcos que las naves dejaron, hasta llegar a las verdes riberas de Simois... ¡Van por la sangrienta venganza de Erinis!

Ant. 1a.—La Ira vengadora en sus irrompibles fallos forjó una alianza de enconos y la empujó hacia Ilión: una alianza de muerte! Iba a vengar la profanación de la mesa hospitalaria y de Zeus que la ampara... Iba a vengar, también, la amarga burla al canto de las nupcias que al desposarse ella, cantaron a una voz alegre sus cuñados...! ¡Ay, la vieja ciudad de Priamo, con dolor tremendo, pudo olvidar el canto de jubilosas bodas, para aprender el himno del dolor y el luto...! Y en su amargura detesta y maldice a Paris, el varón de los funestos amores, y llora sobre los despojos de sus hijos bañados por su sangre.

Est. 2a.—Así fue: hubo un día que crió un hombre amante un cachorrulo de león en su hogar mismo, quitado de los pechos de la madre... En los primeros años de su vido el leoncillo a los niños acariciaba y encantaba a los viejos con sus gracias. ¡Lo tomaban a guisa de un pequeñito, en los brazos mismos, halagüeño y gozoso, lamiendo la mano que le daba su pitanza para acallar el hambre...!

Ant. 2a.—¡Ah, pero con el tiempo descubrió el instinto de sus padres... ¿Lo cuidaron amables al nutrirlos? ¡El se da el lujo de un banquete de ovejas degolladas por sus garras! La casa queda bañada en la sangre, y un doloroso horror invade a los moradores; asco tremendo ante matanza tan funesta. ¡Fue un sacerdote de Ate en la casa criado por permisión divina el que ellos educaron!

Est. 3a.—¡Así así a Ilión llega ella, la fementida! ¡Eso decirlo puedo! Alma serena cual el mar que no turba la brisa más ligera, joya preciosa de una rica mansión, dulce juego de pupilas que son arma que hiere, flor incitante que los corazones al amor induce...! Pero...; cuán pronto, qué cambio: amargo desenlace de una boda: intratable en el modo, insufrible en la vida doméstica... hizo invasión de la casa de Priamo, llevada por Zeus hospitalario, se ha trocado en una de las Erinis que provocan el llanto a los esposos!

Ant. 3a.—Viejo oráculo corre ha mucho tiempo entre los mortales sin cesar repetido: "La dicha humana cuando a colmo llega

Her.—Diste en el blanco cual arquero hábil: largo infortunio lacónico expresas.

Coro.—¿Qué se decía en la flota? ¿Estaba vivo o muerto?

Her.—Nadie lo supo: no hay noticia cierta, ¡el sol lo sabe que la tierra nutre!

Coro.—Dime, ¿cómo fue el torbellino suscitado por los dioses en su cólera sobre la armada? ¿Qué resultado tuvo?

Her.—Un día feliz no debe la lengua con discursos de amargura profanar dolorido. Cada dios tiene su hora de homenaje. Cuando un mensajero viene a la ciudad, con la tristeza en la frente y le reporta la nueva dolorosa de que su ejército quedó destruido; cuando con sus anuncios da a conocer que el pueblo ha recibido una herida común a todos, porque una gran parte de sus guerreros fueron arrebatados a sus hogares, por el doble azote de Ares, que todo lo destruye y ensangrienta, bien está que el heraldo de tan malas nuevas alce un fúnebre himno a dioses de la venganza, las indomables Erinis. Pero yo, que vengo a dar nuevas de saludables hechos, a esta ciudad en que triunfante canta el gozo, ¿cómo pudiera mezclar la dicha con la desgracia y describir la tormenta tremenda que los dioses desataron contra los argivos? ¡Ah: dos enemigos eran, reconciliados nunca: el mar y el fuego! Y ellos pactaron una alianza para destruir la armada de los aqueos. Era la noche: se alzaron las olas enfurecidas para destruirnos. En terrible empuje en los vientos de Tracia las naves entrechocaban unas contra otras. Se incrustaron los espolones de unas en el casco de otras, impelidas por embate del huracán furioso. El, cual pastor funesto, las quebranta, las rompe, las sumerge...; ¡se pierden en la hondura de los mares! Nació la luz del sol al día siguiente: vimos florecer el mar Egeo con un cúmulo de cadáveres de aqueos y con las rotas maderas de los navíos... En cuanto a nosotros, nuestra nave se hallaba intacta... ¿Quién pudo preservarla de la ruina? ¿Quién nos mantuvo incólumes? ¡Cierto, fue un dios, no un hombre! ¡Un dios nos dio la salvación poniendo su mano en el timón seguramente: era la Fortuna Liberadora! Ni nos bañaron las olas, ni se quebró la nave, ni fuimos a chocar contra un escollo. Libres de la muerte en la superficie del mar, dudábamos aún de la fortuna, aunque había resplandecido el día esplendoroso. No podíamos gozar: un dolor nuevo nos llegaba al alma: ¡la armada estaba totalmente deshecha...! ¡Podrá ser que reste algún superviviente...; pensará que todos hemos muerto...; y nosotros de ellos formamos el mismo juicio! ¡Sea lo que mejor pueda! Ten esperanza: el primero que verás regresar será Menelao. ¿Quién sabe? Un rayo de sol lo verá vivo y con los ojos a la luz del día por las artes de Zeus. No quiere el dios acabar con su linaje...; ¡alguna vez ha de retornar al hogar! Oyendo esto ten por cierto que has oído la verdad neta.

se hace fecunda y no muere sin dar hijos: de la feliz fortuna, para su progenie, da semilla de infortunio que jamás se sacia". Yo me aparto de este proverbio: por mi solo pensado formulo: "Un acto impío, el cual padre, va dando vida a muchos más: pero en la casa del justo, la fortuna es siempre procreadora de bellos hijos".

Est. 4a.—Sí, pero la arrogancia enaltecida, cuando envejece, en la casa de los malvados engendra nueva arrogancia al momento en que el Hado lo fija, y la negra Ate, enemiga de los hogares altanera, que nadie domar puede, que nunca va vencida, llena de odiosa crueldad, nace también allí, semejante en todo a su madre.

Ant. 4a.—Y es la justicia lámpara en la ahumada casa de los pobres y da honor a la pureza de su vida. Desvía la mirada de la casa que el oro adorna, puesto por mano mancillada que allí impera. Fija los ojos en él sin tacha: nunca atiende al poder que de mal modo adquirió la riqueza y se gloria de ella: ¡Todo a fin recto rígida encamina!

Sale Agamemnón

Coro.—¡Hurra, oh rey, hijo de Atreo, de Troya destructor...! ¿Con qué palabras saludarte pudiera? ¿Cómo guardar el equilibrio de las alabanzas? ¡Ni excederme en elogios que superen, ni tampoco quedar corto en lo que merece tu grandeza! ¡Cuántos hay que quebrantan lo que es justo, anhelosos más de aparentar que de serlo! Para quien está luchando con sus amarguras todo el mundo está dispuesto a compartirlas: pero en su interior, no hay una mordedura de dolor en sus entrañas! Lo mismo con quien goza... hacen el además de compartir su alegría, y sonríe forzosamente el rostro, por más que nada haya en el pecho!... (alguna) Pero el que es recto y conecedor de sus ovejas, no es fácil de engañar. No lo ilusionan los ojos de aquellos que fingen estar en la misma gama de sus sentimientos, pero solamente halagan con una fementida amistad.

Tú para mí —¿qué gano con negarlo?— cuando dispusiste en aquellos tiempos una flota para ir a rescatar a Helena, fuiste clasificado como un mentecato, incapaz de tener el timón de su propio juicio. Ibas a hacer morir hombres, para devolver a una mujer desvergonzada que por su propio gusto se había ido. Ahora no: no de labios afuera, ni con frías ficciones, sino ardientemente, te doy el parabién: ¡hiciste tu deber! Ya, —si saberlo quieres— sabrás si ha habido entre los que quedaron en custodia de esta casa leales que la guardaron y pérfidos que la perdieron.

Ag.—Justicia es que antes que nada os salude, oh ciudad de Argos y dioses que guardan sus tierras... ¡ellos fueron los que obraron mi regreso! Justiciera venganza de castigo obré en la ciu-

dad de Priamo. Los dioses discutieron y fallaron la causa: ni uno solo faltó para echar en la urna sangrienta su voto: todos en contra de Troya y muerte a sus guerreros. Y en la urna del perdón sólo la mano de la Esperanza puso su voto: ¡la urna quedó vacía! Ya la ciudad cautiva se conoce solamente por el humo que se alza de sus escombros. Las iras de Ate están vivas: Ilión es la que se va disipando en moribundas cenizas de sus tesoros... Los dioses fueron: les debemos gratitud sin límites: el rapto fue duramente castigado y, por una mujer, la ciudad ha quedado reducida a polvo: fue el obrero el monstruo argivo, salido de las entrañas de un caballo con el broquel en los brazos, cuando iban declinando a su ocaso las Pléyades. Recobró su vigor, corrió como un león que husmea la carne fresca de cuerpos regios. Este es el homenaje que debo a los dioses.

En cuanto a tus sentimientos, estoy acorde contigo. Los defenderé siempre: ¡a qué pocos les place admirar sin envidia los triunfos de un amigo! Como un veneno la malevolencia entra en el corazón y con su infección agrava duplicada la carga: el infeliz se siente abrumado por su propio infortunio y la contemplación de la felicidad ajena lo hace gemir. Lo tengo sabido, por eso lo digo: bien conocido tengo el espejo de la amistad; es una vana imagen de sombra la que yo creía sincera adhesión de mis amigos. Hubo uno solo: Ulises. Contra su voluntad se alistó en la empresa. Pero uncido al yugo, fue mi auxilio mejor. ¡Esto digo de él, sea que haya muerto o sea que viva!

Lo que se refiere a la ciudad o a los dioses será tratado en pública asamblea que reuniremos y en ella se discutirán los mejores procederes. Lo bueno, que se afirme; lo malo que se corrija. Si hay que cauterizar, cauterizamos; si hay que cortar, cortaremos: ¡que no avance el contagio!

Ahora pues entro a mi palacio, haré las rituales libaciones a los dioses. Lejos me acompañaron; acá de retorno me han traído.

¡La Victoria siguió mi camino: ella se me mantenga fiel!

Cl.—Ciudadanos de Argos, honorable senado. No tendré vergüenza de explayar mis sentimientos de amor a mi marido. Va muriendo con el tiempo el tímido pudor ante los hombres. Nadie me ha aleccionado: mi vida es la que narrar quiero, en todo el tiempo en que este hombre permaneció en Ilión. ¡Qué dolor a una esposa quedarse sin esposo en la mansión solitaria! Sólo los rumores en su contra la acompañan. ¡Llega un mensajero: malas noticias! ¡Llega otro: noticias peores! ¡Todos gritan infortunios para esta casa! Si este hombre hubiera recibido las heridas que por diferentes conductos se me comunicaban, fuera una pura criba, una red de mallas. Y si hubiera muerto tantas veces como le trajeron la infausta nueva,

podría jactarse de ser un nuevo Gerión tricorpóreo, que tres veces había ido a ser cubierto por el manto de la tierra: una por cada cuerpo que moría. Tales rumores muchas veces me hicieron echar a mi cuello un lazo para cortar mi vida: a la fuerza lo cortaron otros. Esta es la razón de que mi hijo esté ausente, él, dulce prenda de tu amor y el mío, como fuera oportuno. No te admire que Orestes no esté aquí. Lo está educando Estrofió el de Fócide. El mismo me hizo ver con anticipo los dos males que amenazaban: tu peligro de muerte en Ilión, y aquí un brote anárquico del pueblo que derrocará al Consejo. ¡Triste condición es del mortal al que ha caído darles de coces una y muchas veces! Esto que digo no nace de dolo. Y yo, yo... ¡he llorado tanto que las fuentes de mis lágrimas se secaron: ya no puedo llorar: ni una gota me resta! En mis largas noches insomnes se quemaron mis ojos llorando por ti y atisbando sin cesar el silencioso mensaje de las llamas. ¡Cuántas veces en sueño el leve rumor de un mosquito estridente me despertaba y era más grande mi congoja viendo males mayores que los que en sueños había visto!

Ahora todo eso pasó: mi alma ha quedado libre de congojas, ya sin penas puedo proclamarlo: Este hombre es el mastín del establo, el cable salvador del navio, la columna que soporta el alto techo, el hijo único para su padre, la tierra que ansioso anhelaba el navegante e inesperadamente aparece, la luz más hermosa después de la tempestad, la bullidora fuente que ha de saciar la sed al caminante fatigado. Estos, estos son los epítetos que le convienen. ¡Cuán consolador es haber escapado a tantos peligros impuestos por el Hado! Calle la envidia: galardón por haber sufrido tantas penas es la alegría del presente!

Para mí ahora, cabeza amada, baja ya del carro. Pero, no, príncipe, no pongas el pie en el desnudo suelo, ya que ha pisoteado a Ilión... ¿A qué tardáis, esclavos? ¡Tended ya las alfombras que ha de pisar su planta...! Cubra la púrpura todo el trayecto por donde la Justicia lo va a conducir con el honor debido a una mansión que no lo esperaba. Lo demás mi diligencia que no sucumbe al sueño lo va a disponer, con ayuda de los dioses, por los senderos que marca el Destino.

Ag.—Prole de Leda, guardiana de mi hogar: has dado a tus palabras la misma longitud que tuvo mi ausencia. Pero las alabanzas, si las merecemos, han de proceder de ajenos labios. Y a mí no me des el trato que a una mujer se debe, ni me iguales a un rey bárbaro con lujos de molicie y rindiéndote a mí y lanzando gritos. Menos tiendas tapices a mis pasos... suscitarían la envidia. A los di-

ses hay que dar ese honor: yo, mísero mortal no podría ir sin temores hollando esas bordadas telas primorosas. Yo honores de hombre

quiero, no divinos. Mi renombre es mucho más valioso que esas alfombras bordadas y esas telas preciosas. Y el no cometer errores de prudencia es el don más alto de los dioses. Feliz es solamente el que su vida acaba en plácida ventura. Dichoso yo si tal fortuna logro.

Cl.—Sin restricción mental dime.

Ag.—Sábetete que no tuerzo el pensamiento.

Cl.—¿Hiciste acaso voto a los dioses de no hacer tal cosa?

Ag.—Si no hubiera habido un más entendido que lo indicara.

Cl.—¿Qué hubiera hecho Priamo? ¿Tú qué crees?

Ag.—Pienso que hubiera caminado sobre bordadas alfombras...

Cl.—¿Qué temas pues? ¿El dicho de los hombres?

Ag.—¿Qué fuerza tiene la fama que el pueblo nutre!

Cl.—¿El que no es envidiado no es feliz!

Ag.—Tampoco es de mujer armar contienda.

Cl.—Bien les cae a los victoriosos ser vencidos.

Ag.—¿Luego te empeñas en vencerme ahora?

Cl.—Tenlo por cierto... déjame la victoria benigno.

Ag.—¡Sea, pues lo quieres! ¡Pronto, las sandalias desate un siervo: ellas mismas son siervas de los pies que las calzan! ¡Voy a pisar la púrpura: que no haya una deidad hostil que desde lejos contemple con horror esta acción mía! Cómo me abochorna traer detrimento a esta casa hollando con mis pies estas riquezas compradas a precio de oro...!

Esto basta... Oh, recibe benévola a esta extranjera. A quién con suavidad gobierna, los dioses desde lejos lo miran con clemencia. ¿Quién hay que quiera sufrir sobre sus hombros un yugo de esclavo? ¡No tenerlo es el mayor tesoro! (Ofrece una ofrenda). Entre tantas riquezas, esta flor de mi armada, donada por mi ejército es la que aquí ofrezco.

(A Clit.) Me obligaste a hacer tu voluntad: Llegaré al interior de mi palacio hollando púrpuras! (Entra).

Cl.—¡Allí está el mar...! ¿Quién agotarlo puede? Ese mar que alimenta y sin cesar renueva el precioso líquido de que nace la púrpura para nuestros inagotables ansias. ¡Señor, loor a los dioses! Esta casa no sabe qué es pobreza. Todo abundante tiene. Votos hubiera hecho de pisar, de destruir mil y mil tapices de esta clase,

si hubiera sabido que era ese el precio de tu retorno al hogar, oh alma tan amada. Mientras el árbol raíz conserva incólume, su fronda habrá de extenderse para abrigar y refrigerar la vieja mansión contra los ardores caniculares! O también: Tu regreso es para nosotros como el dulce calor primaveral que vuelve al finar los rigores del invierno. Es Zeus que madura la uva en su planta para que sea la dulce bebida del hogar ¡El hombre acabado llegó a sus murallas! Oh Zeus, Zeus que todo lo llevas a perfección, consuma mis deseos: piensa en la obra que debes acabar...! (Entra al palacio. Queda patente la puerta).

Coro Est. 1a.—¿De dónde nace ese temor? ¿Por qué mi corazón présago se repleta de presentimientos? ¡Volando van como aves en torno mío!... Nadie lo manda, nadie lo paga y me siento divino. Esta obsesión... ¡No puedo desecharla, como se echa fuera la ilusión de un sueño! Y seguro no estoy; no hay solidez en mis sentimientos. Domina en mi alma como un rey. ¡Ha tanto tiempo afiancé mi barco en la arenosa playa de Ilión! Las arenas no pudieron impedir su estancia cuando resueltos mis guerreros se lanzaron contra Troya.

Ant. 1a.—Pero ahora miro su regreso. Testigo soy de su victoria. Y mi corazón aún canta dolorido y entona, sin liras, mi lamento. ¡Es el canto fatal de las Erinas! ¡Dulce y amargo a un tiempo, espera la terrible solución! ¡Sale un grito de fondo de las entrañas: ese grito no engaña jamás! Busca justicia, justicia anhela: ¿caerán en el vacío sus esperanzas...?

Est. 2a.—Límite exiguo separa la justicia de la maldad. La locura está cercana (¿de la discreción?) (laguna) El destino del hombre es próspero y va de repente a encallar en un escollo oculto. Un temor sabio al marino domina y lo hace arrojar al mar parte de su riqueza para que no la barca toda naufrague. El hambre se destierra con el amparo de Zeus y la próspera cosecha de los surcos año tras año.

Ant. 2a.—Pero cuando la negra sangre de un hombre cae por tierra una vez sola, ¿qué encantamiento habrá que la haga retornar a las venas? Y aquel sabio que logró sacar del Hades a los muertos fue detenido por Zeus en su camino. Y si el Hado no tuviera fijo para cada uno el propio oficio y deber, ya mi corazón se hubiera anticipado a mi lengua, prodigando al mundo sus secretos. Solloza ahora en la sombra y en el dolor interno refrenado. Nada espera ya en su ardiente hornaza que lo quema!

Cl.—(A la puerta del palacio).—Entra también tú —a ti Casandra hablo—, Clemente Zeus quiso que en este palacio participaras de las sacras abluciones en pie al lado de innumerables esclavas.

Baja del carro. No te muestres altiva. Aun el hijo de Alkmena, según cuentan, vendido fue y se avino a el pan de los esclavos. Feliz destino es, cuando tal suerte toca, hallar amos de una casa envejecida en la opulencia. ¡No, los que sin esperarlo lograron hacer fácil cosecha, son crueles y excesivamente duros con sus esclavos! Tendrás en nuestra casa lo que el deber impone.

Coro.—(A Casandra). ¡Claramente te habló! La suerte te ha atrapado en sus redes. Obedece, si obedecer debes. ¿Serías capaz de ser inobediente?

Cl.—Podrá ser que su lengua sea extraña, habla de golondrina acaso... ya habría entrado a su alma lo que he dicho.

Coro.—Ve en pos de ella: para el estado de las cosas te dice lo mejor. Obedece, deja el asiento de ese carro.

Cl.—Tiempo de sobra para esperar a la puerta no tengo. Ya enfrente del ara están las víctimas dispuestas para la inmolación. Es la que debo hacer por dicha no esperada. Si has de hacer lo que mando, no te demores más. ¿Es que ignoras la lengua y no comprendes qué digo? ¡Habla siquiera con ademán de tu mano!

Coro.—De un intérprete necesita la extranjera, según yo pienso. Tiene aspecto de fiera recién cautivada.

Cl.—¡Loca está y se detiene su mente en malas cavilaciones! ¡Acaba de dejar una ciudad conquistada! ¡No ha sabido llevar el freno, sino hasta que haya desahogado su cólera con sangrienta espuma! No me humillaré más en perder mis palabras! (Entra al palacio).

Coro.—¡Yo no me irritaré: la compadezco! ¡Bah, infortunada: desciende del carro: cede al destino, toma el yugo que aun no conocías!

Cas. Est. 1a.—¡Huh, huh, huh, ya! ¡Dioses... Tierra! ¡Apolo, Apolo!

Coro.—¿Por qué lanzar esos ayes a Loxias? No toca a Loxias treno funerario!

Ant. 1a. Cas.—¡Huh, huh, huh, ya! Dioses... ¡Tierra! ¡Apolo, Apolo!

Coro.—Otra vez... clama al dios. Pero a funestas lamentables voces él no sabe prestar ayuda.

Est. 2a. Cas.—Apolo, Apolo, guía de los caminos: haces gala de tu nombre: destruidor! ¡tú me destruyes por segunda vez... y no te causa pena!

Coro.—¡Ha de pensarse que va a pronosticar sus propios infortunios? ¡En mente esclava perdura aún el don divino!

Ant. 2a. Cas.—Apolo guía, Apolo mi destructor..., ¿a dónde me has guiado? ¿A qué guarida?

Coro.—¡A la casa de los Atridas! Te lo diré, si no lo sabes... y no puedes echarme en cara mentira.

Est. 3a. Cas.—¡Ah, ah... Di mejor que a una casa odiada por los dioses, cómplice de mil crímenes, matadora de su propia raza, devoradora del varón, cabezas descuajadas de su tronco, y un suelo que empapa en sangre!

Coro.—Me parece que la extranjera husmea a guisa de perro: ¡hallado ha la pista: huele ya el crimen que va a descubrir!

Ant. 3a. Cas.—¡Ah, ah... Ya creo a los testimonios... esos niños que lloran degollados... esas carnes que asadas engulle un padre!

Coro.—¡Tu renombre de présaga teníamos bien sabido... no queremos clarividentes!

Est. 4a. Cas.—¡Oh, deidades...! ¿Qué se incubaba allá al fin? ¿Qué enorme dolor? Un mal sin medida se prepara en este palacio: insoportable para los que aman, sin remedio ninguno... ¡Ay el que pudiera remediarlo está muy lejos!

Coro.—De estos vaticinios no tengo atisbo siquiera. Los otros, los conozco: toda la ciudad los grita.

Ant. 4a. Cas.—¡Ay, infeliz...! ¿Es pues consumas? Ya bañas al esposo que comparte tu lecho... ¿cómo decir el fin?... ¡Veloz vendrá! ¡En orgasmo de odio, dos manos una en pos de otra se extienden!

Coro.—Ya nada entiendo: a los enigmas suceden oscurísimos vaticinios: he quedado perplejo!

Est. 5a. Cas.—¡Espanto, espanto...! ¿Qué es eso que se muestra? ¿Es una red traída del Averno?... ¡No, no; es el manto que

le cubría en el lecho, hoy trocado en cómplice del crimen...! ¡Qué la pandilla que esta raza obsede alce en conjuro de alaridos su himno de triunfo ante el abominable crimen.

Coro.—¿A qué la Erina de esta casa evocas con tus gritos? ¡No me causa alegría tu palabra!

Semicoro.—Corre a mi corazón rojiamarilla avenida: tal como la que fluye de las venas de los guerreros que sucumben, bajo el postrer vislumbre de la vida, cuando veloz la muerte se precipita a ellos.

Ant. 5a. Cas.—¡Ah, ah... Mira, mira... Aparta la vaca del toro... Al toro negricorne en la red de un velo lo ha cautivado... ya lo arroja en la tina rebosante, después de haberlo herido...! ¡Ya está: tal es el presagio de la engañosa tina ensangrentada! ¡Ya te lo digo, al fin!

Coro.—No hago alarde de ser penetrador de vaticinios. Pero esto es claro: anuncia un infortunio.

Semicoro.—¿Y cuándo de un presagio para los mortales provino alegre anuncio? El parloteo de los videntes prediciendo sólo desventuras puede poner terror a quien los oye.

Est. 6a. Cas.—¡Ay, ay, mísera; qué son mis desventuras...! ¿Ya mi propia desdicha voy a escanciar en la funesta copa de mi canto...? ¿A dónde me has llevado cuando acá me trajiste? ¡A una infeliz a que muriera...! ¿Si no, a qué?

Coro.—Perdiste el juicio, un divino delirio te domina para entonar tal canto sin concierto... Eres cual ruiñón que nunca cesa de entonar en su canto con gemidos Itis, Itis, y Ay su corazón rebosa siempre de infortunados pensamientos y lamenta su vida saturada de dolores.

Ant. 6a. Cas.—Ay, Ay... con un melodioso ruiñón me mides... Pero él tiene sus alas que los dioses le dieron... llora y es su vida por igual dulce. Y a mí se me reserva la daga de dos filos.

Coro.—¿De dónde tienes el conocimiento de esa loca inquietud y tu delirio? ¿No es vana tu visión de infortunios? Impelida a formular tremendos vaticinios, acaso por los dioses eres forzada a dar tremendas profecías al son de un canto penetrante y agudo ¿De dónde te han venido para que los tengas los confines de un mundo escondido en las tinieblas del futuro?

Est. 7a. Cas.—¡Ay, Bodas, bodas... bodas, perniciosas a los que lo aman, del infausto Paris...! ¡Ay, Escamandro que mi patria debe...! ¡En otro tiempo junto a tus riberas, desdichada de mí, fue nutrida y crecía mi cuerpo...! ¡Ahora... ahora...? ¡Marcho hacia el Cocito, me habrán de oír las riberas del Aqueronte... allá iré a proferir mis vaticinios!

Coro.—¡No es diáfano a la mente lo que has dicho? ¡Un pequeño entenderlo podría! Pero sangriento temor me domina, cual cruel mordedura, cuando escucho las notas desoladas que, con sólo oírlas, me desgarran el alma.

Ant. 7a. Cas.—¡Ay infortunios, ay, de mi ciudad totalmente destruida...! ¡De algo sirvió la multitud de víctimas, que mi padre ofrecía, de sus campos la flor de su grey? ¡Todo fue inútil a salvar los muros! ¡La ciudad de Priamo es polvo bajo el peso del destino... y yo, aunque ardo de divino fuego, muy pronto, ay sí, muy pronto caeré rendida sobre el polvo...!

Coro.—Concorde es todo con lo que antes dijo... Un dios lleno de inquina te abrume y te gobierna para que cantes tus dolientes mortíferos oráculos... ¿Cuál es el final término de esta enigmática predicción? Entenderlo no puedo.

88

Cassandra baja del carro

Cas.—Ya no será el oráculo para ti como una novia que se atreve apenas bajo el velo: va a vencer el sol que nace esplendente. Y su luz ha de difundir un infortunio mayor que todos los anteriores. Voy a aclararlo más y sin enigmas. Oído y me diréis si he oído la pista y voy en pos de los antiguos crímenes. Hay en esta mansión un coro funesto que jamás lo abandona. Canta a una voz, pero su canto es horrible: ¡Ni palabras ni sentencias son gratas! Nunca bueno resuena en sus labios. Bebieron sangre humana y una embriaguez horrenda las domina sin cesar. ¿Quién echarlas pudiera del palacio? ¡Es la banda fatal e insaciable de las Erinas que esta raza infestan! Un himno cantan interminablemente, unidas en vínculo fatal a esta mansión, en el que se repite y se recuerda el crimen primario. Sigue el recuerdo amargo de la funesta profanación del lecho fraternal... ¿Qué dices? ¿Me he engañado? ¿Doy en el blanco cual flechero avezado? ¿Soy una infeliz adivina que va de puerta en puerta vendiendo vaticinios?... Da testimonio, pero jura antes que estoy bien enterada de todos los delitos que pesan sobre esta mansión.

Coro.—¿Y cómo un juramento, por genuino, por firme que se suponga, tendrá poder para remediar los males? Te admiro y te venero: tú nacida allá tras de los mares y en lengua extraña educada puedes hablar de estos hechos, tal como si hubieras sido testigo de ellos y entre nosotros hubieras vivido.

Cas.—¡El vate Apolo me confió tal oficio...!

Coro.—¿Qué? ¿Siendo dios se sintió herido de amores?

Cas.—¡Nunca antes lo dije por pudor!

Coro.—¡El que dichoso es suele ser esquivo!

Cas.—Se lanzó a mi, prendado de mi belleza.

Coro.—Y, ¿qué? ¿A la obra genética, cual ley común, llegasteis?

Cas.—Tras prometerlo, engañé a Loxias.

Coro.—¿Ya el divino entusiasmo poseías del arte?

Cas.—Ya a mis conciudadanos les predecía infortunios.

Coro.—¿Cómo evadiste el odio de Loxias?

Cas.—Desde que lo defraudé, nadie nada me admite como cierto.

Coro.—Para nosotros bien segura y veraz eres.

Cas.—¡Ay, ay... oh, qué horror...! Una vez más me invade y me acomete, y me abrume el trabajo de la adivinación... Son sus preludios y ya me agobian... Ved: Esos niños que están sentados ante el palacio, ¿no simulan fantasmas de sueños?... ¡Niños muertos por sus padres: sus manos llenas están de sus carnes que son sustento de sus seres amados... tremenda y horripilante vianda son sus entrañas que su padre mismo lleva a la boca...! ¡Ya la venganza se incubaba: no falta quien la ejecute! ¡Un león, un león perezoso que en el lecho tendido en la casa esperó el retorno de su amo... el amo también mío, pues él me hizo cautiva! ¡Y él, jefe de la armada, él vencedor de Ilión... no se ha dado cuenta de que la perra aborrecible, que con lengua fementida exultaba en su regreso en un larguísimo discurso, le estaba disponiendo la muerte! ¡A tal osadía llega! ¡Una hembra asesina de un varón...? ¿Qué epíteto, qué nombre hallaré para designarla? ¿Dragón de dos cabezas? ¿Escila que mora entre las rocas y ruina de los navegantes? ¿Madre del Averno que no tiene más anhelo que acabar con los suyos?... ¿Qué alarido de gozo dio la infame... fue el grito del guerrero que ha vencido a su enemigo! ¡Y se creía que era el gozo de ver retornar al hogar a su marido...! Y ahora, ¿qué? ¡Créanme o no me crean, nada me importa! ¡Lo que ha de suceder, sucederá! Pero, tú que muy en breve vas a ser dolorido testigo de los hechos, tendrás que confesar que mis oráculos eran en sumo grado veraces.

Coro.—¡Del funesto festín de Tiestes has hablado, en que comió las carnes de sus hijos! ¡Lo he entendido, y el terror me ha domi-

89

nado! ¡Nada de imágenes: la verdad desnuda! Pero cuando oí lo demás, mi mente perdió el camino y corre sin rumbo.

Cas.—Lo que digo es que vas a ver la muerte de Agamemnon.

Coro.—¡O dices venturas, o haces dormir tu lengua, desdichada!

Cas.—Y nadie hay que remedie mi palabra.

Coro.—No, si tal es el fallo del destino... ¡Pero que no sea!

Cas.—Haz votos, ora... ¡Ellos urden la muerte!

Coro.—¿De qué hombre tal crimen se origina?

Cas.—Lejos andas de comprender mis vaticinios.

Coro.—No alcanzo a percibir la trama de quien ha de ejecutarlo.

Cas.—¡Y con todo yo hablo la lengua de la Hélade!

Coro.—También en griego son los oráculos de Pitia y no por eso son menos oscuros.

90

Cas.—¡Ay, ay, horror...! ¡Qué fuego es este? Me invade y me domina. ¡Ay, ay, horror...! ¡Oh Licio Apolo... ay de mí, ay de mí...! ¡Ella, bípeda leona, que con el lobo yacía, ausente el león, me va a matar a mí desdichada! Ya en una copa mezcla dos venenos: el de su venganza y el del pago que me ha de dar a mí. Y aguja el puñal para asesinar a su marido por haberme traído a mí... ¡A qué seguir portando estas irrisorias insignias? ¡Este cayado y estas ínfulas que mi cuello cercan? Yo las destruyo antes de ser yo misma destruida (obra de acuerdo con lo que va diciendo). ¡Al suelo, al suelo caed... tened ese pago... que yo os vea en el polvo! ¡A ser riqueza de otra más mísera que yo! Vedlo, es Apolo mismo quien de esta veste de agorera me despoja... ¡cuándo por fin? ¡Después de haber hecho que yo fuera mofa de amigos y enemigos, bajo esta ropa infausta...! ¡Y todo sin provecho! Me llamaban vaga, como a una pobre que anda diciendo la suerte a otros, mendiga, muerta de hambre... Y todo soporté. Y él, el vidente me hizo, me ha lanzado a este destino, me ha arrojado a la muerte. En lugar del altar de mi padre que me separaba me está reservado el tajón de un carnicero: quedará empurpurado con mi ardiente sangre...! ¡No, no: los dioses no dejarán impune este crimen: moriremos, sí, pero ha de venir un vengador... un hijo nacido para ser matricida... él cobrará la muerte de su padre! ¡Fugitivo, errante por extrañas tierras, arrojado de su propia patria, pondrá el remate al cúmulo de los infortunios de su linaje! ¡El grito suplicante de

su padre tendido en su sangre lo ha de empujar hasta el fin! ¡A qué llorar por mi propio infortunio? Vi a Ilión caer destruida: hicieron de ella lo que quisieron... Veo ahora a los destructores caer a su vez con esta infausta suerte por decreto divino! ¡Adelante, ya voy a enfrentarme con la muerte...! ¡Solemne fue el juramento de los dioses! ¡Puertas del Hades, yo os saludo en estas puertas... concededme que reciba yo un golpe certero y sin agónica demora cierre mis ojos, mientras mi sangre dulcemente se difunde en la tierra!

Coro.—¡Oh mísera mil veces y mil veces discreta; oh mujer, larga fue tu predicción! Pero si estás segura de tu fatal destino, ¿cómo vas cual ternera empujada por los dioses al altar como víctima?

Cas.—No hay ya escapatoria, extranjeros, ¿qué puede hacer un tiempo más?

Coro.—Pero el valor del tiempo último es de excesivo precio.

Cas.—La hora llegó: ¿qué ganaría la fuga?

Coro.—Sábelo bien: tu osado corazón es tu ruina.

Cas.—¡Nadie de los dichosos oye estas palabras!

Coro.—Pero morir con gloria es una gracia dada al mortal.

Cas.—¡Ay, por tí, padre, y por nobles hijos...! (Hace ademán de entrar y retrocede).

Coro.—¿Qué cosa es? ¿Qué miedo te retrae?

Cas.—¡Ay, ay!

Coro.—¿Qué pavor es ese? ¿Qué pavor te domina?

Cas.—A crimen huele esta mansión y a sangre derramada.

Coro.—¿Cómo no? ¡Es el olor de las víctimas que arden ante el ara!

Cas.—¡Es cual hedor que sale de una tumba!

Coro.—Dices bien: no es de perfumes sirios.

Cas.—¡Voy pues... voy a llorar entre los muertos mi muerte y el destino de Agamemnon. Basta de vida! (Va a entrar y vuelve a retroceder).

¡Ah, extranjeros... No, no tiemblo ahora, cual tiembla el ave ante el zarzal hirsuto...! Daréis el testimonio cuando una mujer muera para pagar con su sangre la muerte de otra mujer y cuando por un hombre traicionado por su esposa otro hombre también

muera! Dadme este don de hospitalaria bondad ahora que marchó a la muerte!

Coro.—¡Ay, infeliz... cómo deploro tu destino dictado por los dioses!

Cas.—Una vez más habré de hablar: No es el lamento funeral mío el que cantar intento. Voy a imprecicar al sol, iluminada por su luz en mis horas postreras: ¡lo mismo mis verdugos que aquellos que me venguen paguen juntos la deuda por la muerte de una misera esclava, tan fácil de ser muerta...! (Entra al palacio y la puerta se cierra).

Coro.—¡Oh triste condición de las cosas humanas...! Si son prósperas, se esfuman como sombra; si son infaustas, son borradas como por una esponja! ¡Se perdió la imagen para siempre! Y me duele en el alma más esta fortuna que la primera.

Semicoro.—De la dicha los mortales jamás se sienten satisfechos... nadie quiere desecharla de su casa y decirle con el dedo enhiesto: "¡No entres más...!"

Vedlo ahora: Este hombre logró de los dioses la dicha de anadar la ciudad de Priamo. De regresar a su casa paterna con los honores plenos en sus hombros... Y ahora él va a pagar la sangre que sus padres vertieron y ha de morir él mismo, después de haber muerto tantos, y por su muerte habrán de morir otros.

¿Puede haber un mortal entre los mortales que haga alarde de haber nacido dichoso cuando oiga estas mudanzas del destino?

Se oye en el interior un grito de Agamemnon

Ag.—¡Ah, herido soy de muerte!

Coro.—¡Ah... calla...! ¿Quién se queja de mortal herida?

Ag.—A¡y... otra vez... una segunda herida...!

Coro.—¡Lo creo... es el crimen... el rey ha sucumbido... esos eran sus lamentos...! ¡Demos voces... al pueblo convoquemos... tomemos las determinaciones que convengan!

Corista 1.—Pienso que es urgente gritar al pueblo... ¡Venid, al palacio!

Corista 2.—También yo creo que debemos entrar con toda prisa

y aprehender a los asesinos.

Corista 3.—¡También yo... lo más pronto... sin vacilaciones...!

Corista 4.—¡Tiento... más tiento... pueden ser los preludios de una usurpación... va a tiranizar la nación...!

Corista 5.—Pero nos divagamos en demoras... ¡ellos no, con afán se preparan a sus fines... no están dormidos por cierto!

Corista 6.—¡Yo no sé qué decir... antes que obrar, deliberar...!

Corista 7.—Lo mismo pienso yo... ¿quién con palabras puede resucitar a un muerto?

Corista 8.—¿Y solamente por vivir un poco más de tiempo vamos a consentir que estos nos dominen, tras haber mancillado este palacio?

Corista 9.—No: es insufrible... Antes morir... Mejor fortuna es el morir que estar sometido a la tiranía.

Corista 10.—¿Pruebas tenemos? ¿Los lamentos sólo? ¿Quién asegura que muerto es el rey?

Corista 11.—Bien dicho... pero debe uno asegurarse. ¡Una cosa es enojarse y otra ser convencido!

Coro.—De acuerdo con esto. Sepamos cuál ha sido la suerte del atrida.

Se abre la puerta. Clitemnestra sale y lleva en la mano el velo ensangrentado. Se ven en el fondo los dos cuerpos yacentes de Agamemnon y Casandra.

Cl.—Muchas palabras dije de acuerdo con la hora en que yo hablaba: no tengo en decir lo contrario ni pudor ni pena. Es el medio mejor para atrapar a un enemigo y echarlo en las redes fingirse lleno de amistad: así no puede retroceder ante la trampa que la desdicha le pone delante. ¡Cuanto tiempo suspiré por esta hora; al fin llegó; fue mi venganza! Fue como lo tramé. Le di el golpe. No puedo negarlo. No pudo huir, no pudo esquivar la muerte... Una red, como si fuera un pez, puse ante él: ropa de maldición y de infortunio: no pudo salir de ella. Dos golpes le asesté: dio dos gemidos y sus miembros todos se descoyuntaron... cayó por tierra

al fin y, cuando hubo caído, le di la tercera herida: ¡era ofrenda de voto al Zeus de los abismos, salvador de los muertos...! Cayó el miserable y vomitó el alma: saltó hasta mí su sangre negra y me ha cuajado de gotas al darle la final puñalada... ¡cuán gratas, cuán amables, para mí más que el rocío que envía Zeus para mudar la flor en fruto...!

Este el hecho es, senado de Argos. ¡Plázcaos o no os plazca, me vanaglorio de él! ¡Ah, si pudieran hacerse libaciones sobre un cuerpo difunto ahora sería el tiempo de derramarlas con la mayor justicia sobre el de este hombre: sus crímenes hacían rebosar la copa de la maldad en este palacio: regresó y la bebió de un solo trago!

Coro.—Pasmados estamos de tu desvergüenza y osadía... ¡alabarte tú misma y manchar con tus labios al esposo que mataste...!

Cl.—Tratáis de ver en mí a una mujer sin juicio... Pero tengo el corazón que no tiembla: tenéis de ello buena experiencia. Y, ¿a mí qué? ¡Me reprobáis, me aprobáis? ¡Es lo mismo!... Este es Agamemnon, mi marido; esta mi diestra lo ha dejado muerto. Obra de buena artista. Así las cosas son. (Señala el cadáver y queda mirando impávida.)

Coro Est.—¿Qué veneno, oh mujer, maléfico, sacado de frutos de la tierra; qué brebaje traído del oleaje del mar has bebido? ¿Tener audacia tal para perpetrar este infando sacrificio y para desafiar las maldiciones del pueblo? ¡Ah, lo hiciste sin fuero, lo mataste sin temor! ¡No tienes ya derecho a la ciudad: el odio implacable de los ciudadanos te persigue!

Cl.—¡Ahora me condenas al destierro y al odio de Argos y a la maldición del pueblo... y contra él jamás alzaste la voz! Injusto infame: contra todo derecho, cual si fuera una ovejuela tomada del rebaño, mata a su propia hija —¡la hija de mis entrañas tan queridas!— ¡para acallar los vientos de Tracia! ¿No era a él a quien hubiera convenido arrojar de esta ciudad que con sus crímenes había mancillado? Ahora sí: cuando sabes apenas lo que he hecho, te conviertes en implacable juez. Pero yo te lo digo: ¡me amenazas! Bien está: hago lo mismo. Pongamos la fuerza por medio; si venes, serás mi amo... si yo venzo, por que tal es el fallo de un dios, aunque tardíamente por tu vejez llegarás a saber lo que es prudencia.

Coro Ant.—¡Alma altanera y orgullosa tienes... despectivas palabras profiere tu boca...! ¡Delirando está tu mente nutrida por el crimen que te mancha... en tus ojos mismos horrenda brilla la sangre en gotas. Es necesario... despreciada de todos, privada de todo amor, has de pagar sangre con sangre!

Cl.—¿Oyes ahora también la recta norma de mis juramentos? Juro por la justicia que esta ha sido venganza por mi hija inmolada: por Ate, por la Erina, yo he matado a este hombre por movimiento suyo y para su honra. No ha de visitar jamás este palacio la menor vislumbre de zozobra, mientras encienda el fuego de mi hogar Egisto y sea para mí, como lo ha sido antes, un corazón y una mente bien dispuesta. Este es el amplio escudo que guarda y defiende mi confianza.

Allí yace inerte el que fue baldón de mí, mujer desdichada, cuando era las delicias de las Criseidas allá en Ilión... ¡Allí está la cautiva también la que profería oráculos, la vidente...! ¡Fue su consorte en el lecho, la concubina que yació con él en la travesía de los mares... ha sido fiel: también ahora comparte su sueño...! ¡Tienen el destino que merecieron ambos! ¡Sabéis ya cómo cayó él! ¡Ella, emulando al cisne, moduló su final endecha fúnebre y se tendió amorosamente junto a él...! ¡Qué bien hizo mi marido de traerla: vino a ser el punto que sazónó mi venganza!

Coro Est. 1.—Ay. ¿Qué muerte ha de venir? ¿Rápida, sin atarnos en el lecho y que traiga consigo el sueño de la Moira que nadie interrumpe? ¡Muerto es el guardián amante de esta mansión! ¡Por una mujer sufrió innumerables infortunios y a mano de una mujer ha sucumbido!

Coreuta.—¡Ay, Helena, de juicio desprovista: una eras, y muchas, innumerables, son las vidas que en Troya aniquilaste!

Coro.—¡Hoy has llevado a término tu hazaña: has cortado una flor, has vertido una sangre que lavarse no puede! La discordia obsedía esta mansión: ¡una discordia que exigió la muerte de un esposo!

Clit.—No invoques de la muerte el necesario destino, abatido como estás por la presente obra. No inculpes a Helena como ruina de un hombre, como autora de mil muertes de Dánaos y como fuente de incurables infortunios.

Ant. 1.—¡Grande, grande eres, genio que esta mansión infestas, tu encono es pesadumbre sobre esta casa y sobre los hijos de Tántalo! ¡Oh, siempre te has servido de mujeres de almas broncas y fuertes para lograr victoria desgarrando mi corazón! ¡Está como un cuervo sobre este cadáver, adversario insaciable, entona su canto altanero en que se jacta de su triunfo!

Coreuta.—¡Ay, Helena, de juicio desprovista: una eras, y muchas, innumerables son las vidas que en Troya aniquilaste!

Coro.—¡Hoy has llevado a término tu hazaña: has cortado una flor, has vertido una sangre que lavarse no puede! ¡La discordia obsedía esta mansión: una discordia que exigió la muerte de un esposo!

Clit.—No invoques de la muerte el necesario destino, abatido como estás por la presente obra. No inculpes a Helena como ruina de un hombre, como autora de mil muertes de Dánaos y como fuente de incurables infortunios.

Ant. 1.—¡Grande, grande eres, genio que esta mansión infestas; tu encono es pesadumbre, sobre esta casa y sobre los hijos de Tántalo! ¡Oh, siempre te has servido de mujeres de almas broncas y fuertes para lograr victoria desgarrando mi corazón! ¡Está como un cuervo sobre este cadáver, adversario insaciable, entona su canto altanero en que se jacta de su triunfo!

Coreuta.—¡Ay, Helena, de juicio desprovista: una eras, y muchas, innumerables son las vidas que en Troya aniquilaste!

Coro.—¡Hoy has llevado a término tu hazaña: has cortado, cortado una flor, has vertido una sangre que lavarse no puede! ¡La Discordia obsedía esta mansión: una discordia que exigió la muerte de un esposo.

Clit.—Corrige ahora tu boca, tu error: llamas grande al genio de esta progenie nutrido con la sangre de sus venas. El fomenta en nuestras entrañas la sed de sangre que nunca se sacia: no se cierra una herida, cuando ya otra está sangrando!

Coro.—¡Grande, grande es el genio que en esta casa reina y sus rencores están llenos de encono: lo has recordado ahora!, memoria amarga de una cadena de infortunios intolerables. ¡Ay, ay, así lo quiere Zeus: sin su voluntad nada se inicia y nada llega a término! ¡Qué hay en el mundo que sin Zeus acontezca? ¡Hay alguno de los hechos de esta casa que no sea obra de un dios?

Coro.—¡Ay, ay, mi rey! ¿Cómo lloraste? ¿De un corazón que te ama qué palabra sacar? ¡Tu cuerpo yace allí: en una tela de araña: has exhalado el alma, con sacrilega muerte!

¡Ay de mí, en lecho indigno yaces, yerto al golpe de daga de doble filo, traidoramente movida por la mano de una esposa!

Clit.—¡Piensas que esta obra es mía! ¡No, no lo es: yo no soy la esposa de Agamemnon! ¡Bajo la apariencia de una esposa de este

muerto, ha sido el genio antiguo, el vengador indomable del cruel anfitrión Atreo! ¡Está vengando la muerte de dos niños con la de este hombre!

Coro.—¡Ah! ¿Con que inocente tú? ¿Qué testigo hay?, y ¿cómo?, ¿cómo? El genio funesto de este linaje bien pudo ser tu cómplice. ¡El negro Ares se complace cruel en hacer que corra la sangre de los deudos a mano de otros deudos y vendrá el día en que la sangre de los niños quede expiada!

Cl.—No indigna, no sacrilega fue su muerte: es lo que pienso yo. ¿Quién si no él introdujo la muerte traicionera en esta casa? El hizo que mi hija, que era hija suya, mi llorada Ifigenia, fuera tan cruelmente inmolada. La suerte que dio a ella es la que él merecía. . . . No se sienta orgulloso allá en el Hades: muere a hierro que lo desgarró: con hierro desgarrador dio él la muerte.

Coro Est. 3.—No estoy en mí: en mi congoja la razón no me asiste. . . . ¿Al derrumbarse esta mansión, a dónde volveré los ojos? Me estremezco, tengo espeluzado el cuerpo ante la lluvia torrenciosa de sangre que hace que se derruya esta casa, ¡ya no es gota tras gota: es una tempestad desatada! ¿Es que la vengadora justicia aguza su puñal aún contra estas piedras para castigar un nuevo crimen?

Coro.—¡Oh, tierra, tierra. . . me hubieras tragado antes de que mis ojos pudieran ver el yerto cuerpo tendido en la tina de plata. . . ! ¿Quién va ahora a sepultarlo? ¿Quién entre lágrimas va a cantarle la endecha final de los muertos? ¿Serías capaz de hacerlo tú? ¿Tendrás la osadía, oh mujer, de acompañar a la pira con lamentos al marido que tu mano asesinó? ¡Buena forma de pagar un crimen con un servicio de amor! ¡Eso fuera el mayor de los ultrajes!

Coro.—¿Quién será el que llorando teja el elogio fúnebre del varón que los dioses protegían? ¿Quién con alma sincera va a llorar sobre sus despojos?

Cl.—¡No te toca el oficio de arreglar los funerales. . . ! Yo lo maté: yo le he de hacer el oficio fúnebre. ¡Y nadie de esta casa coreará mis lamentos! ¡Ah, sí. . . mi Ifigenia dulcísima. . . ha de salir, cumpliendo con su deber, a recibir a su padre allá en las riberas del río del eterno dolor torturante. . . ella vendrá a abrazarlo. . . ella lo recibirá con un beso!

Coro Ant. 3a.—¡Hay ofensa por ofensa: nadie puede dar el fallo final! ¡Al que quita, le quitan. . . el que mató, ha de caer a mano violenta. . . ! Tal es la ley mientras Zeus en el trono se sostenga: "Al que hizo mal, el pago justo". ¡Norma divina es! ¿Quién, en-

tonces, de esta mansión expulsará la semilla execranda del crimen?... ¡La odiosa venganza está pegada con indestructible liga a este linaje!

Cl.—¡Ahora sí que la verdad has proclamado... también yo quiero cambiar juramentos al genio de la raza de Plistene. Duro es de sufrir el hecho presente, me resigno... pero ese genio maléfico quisiera al fin dejar este palacio... irse a otra progenie para seguir inspirando los crímenes familiares...! De esta casa quiera la parte menor de los bienes... con tal que logre echar de su recinto la locura de cometer crímenes domésticos.

Echa lejos la daga. Llega Egisto con sus soldados. Se pone enhiesto ante el cuerpo de Agamemnon.

Egisto.—¡Grato fulgor de un día que la justicia porta! Puedo decirlo ahora: ¡hay dioses que castigan a los mortales y que velan sobre los hombres! Las Erinas tejieron el velo y en él quedó enredado este hombre... ¡Yace allí inerte y cómo me complace! Está pagando ya las perfidias de un padre... Atreo fue su progenitor, y rey de este palacio. El disputó el poder a mi padre Tiestes... lo diré claro... su propio hermano era. De esta ciudad lo expulsó y lo despojó de su hogar... Vino el misero impetrando de Atreo un rincón en el hogar: no quería ser asesinado ni mancillar el suelo de sus padres... Ah, pero Atreo, el criminal padre de este hombre, finge un festín de grata rememoración y en él ofrece como vianda la carne misma de sus hijos... Toca los pies y las manos toca... come el manjar funesto que nadie conocía... ¡Ruina perpetua para su raza toda! Lo sabe al fin, y llora y gime en vano y rueda bajo la mesa, vomitando los manjares funestos. Al fin se da cuenta de su crimen horrendo y clama y pide sobre los Pelópidas un duro y cruel destino, una pena interminable. Con el pie hiere el desdichado la copa y la mesa y clama en paroxismo de dolor: "Así perezcan todos los de la progenie de Plistene..." Esa es la causa de que lo veas ahora yacer sin vida en tierra. Esa es la causa de que yo ordenara castigar este crimen.

Hijo decimotercio de mi padre, con él marché al destierro. Era yo niño, yacía yo aún en la cuna... Pero he crecido ya... y la justicia me ha traído y he podido dar con este hombre en su mismo hogar... Yo soy, yo soy el que toda esta trama urdió, yo tejí los nudos en que quedó deshecho... ¡Dulce y grata es para mí la muerte misma ahora que veo cumplida la justicia...!

Coro.—Egisto, que ante el infortunio hagas alarde de altivez, no lo alabo... Dices que tú eres el autor de la muerte de este hombre, que tú maquinaste su ruina... lo que yo digo es que tu cabeza no quedará impune —¡sábetelo muy bien!— ante las iras del pueblo...

él te abrumará con sus maldiciones y también con sus piedras...!

Eg.—Y ¿eso me dices tú? ¿Tú que estás sentado en la fila postrera de los remadores? ¿Quién manda es el de arriba! ¡El que viaja en el puente! Lo vas a saber pronto: duro es para los viejos de tu edad aprender a ser discreto. ¡Qué buen oficio hacen para educar, aun a los viejos, los grillos y el hambre! ¡Son medicinas de mágico efecto! ¡Lo quieres ver? ¡Lo tienes a tus ojos! ¡No descoces contra del gorguz: puede ser que te claves y te cures!

Coro.—¿Eso me dices tú, mujercilla en los hechos? En casa te estuviste a que tornaran los viriles hombres de la batalla y, tras mancillar el lecho de un varón verdadero, le tramaste la muerte a todo un capitán del ejército.

Eg.—Esas palabras te producirán lágrimas. Tienes lengua contraria a la de Orfeo... con sus cantos él hacía correr en pos de sí todos los seres: y tú con tus ladridos provocas el encono... Ya las cadenas te darán cordura: de la cárcel saldrás muy amansado.

Coro.—¿Con que he de verte rey de Argos, a ti que urdiste la muerte de este hombre, y no tuviste ni mente ni mano para ejecutarla?

Eg.—¡Ese el ardid fue... propio de una mujer es obrar con dolo discretamente! Yo no podría: era un viejo enemigo sospechoso. Ahora con las riquezas de este hombre voy a intentar el mando en la ciudad. ¿Alguien se me rebela? ¡Lo ato al yugo!... Ya no ha de haber aquí potros que bien hartos de cebada recalcitran... ¡el hambre unida a las tinieblas los hará mansos!

Coro.—¡Cobarde...! ¿Por qué con tu mano misma no mataste al hombre? ¡Una mujer, abominación de los dioses y execración del pueblo fue la que lo hizo alevé...! Ah, en algún sitio alienta Orestes aún... ¿no ha de venir un día bajo la suerte fausta y matar a estos dos impunes homicidas?

Eg.—... ¿Con que eso dices y eso piensas? ¡Lo verás! Guardias amigos; ¡esta es la hora!

Coro.—¿Ah, sí? En guardia todos: ¡espada en el puño!

Eg.—Yo también con la espada: ¡hago frente a la muerte!

Coro.—¡Morir tú dices... falle la fortuna!

Cl.—Detente, amor, amado más que a nadie; no acumules desdichas a las que ya pesan sobre nosotros... Basta de males ya... no los acrecentemos; no derramemos más sangre... Entrad todos. Tú a tu mansión; vosotros, oh ancianos, a vuestra propia morada. A cada uno lo ha fijado el destino. Ya nada hacer ni nada sufrir que sea doloroso. Fue lo que debió ser. Ojalá que estos males sean bastantes: ¡cesarian nuestros lamentos! Rudos han sido los azotes que el genio de esta casa descargó sobre nosotros! Es el juicio de una mujer: vosotros sabéis si lo escucháis.

Eg.—¡Y baldonarme a mí sus lenguas insolentes... alzar su voz para decirme dicerios... Por paciente que un gobernante sea, tolearlo no debe!

Coro.—¡Jamás será posible que Argos adule a un malvado!

Eg.—Pero yo te daré la respuesta en el futuro... nunca es tarde...

Coro.—Cierto que no... ¿Pero, si un dios guía acá a Orestes?

Eg.—¡Ya lo sé... los desterrados se alimentan de esperanzas!

Coro.—¡Adelante: florece... huella la justicia y macúlala: ¡el poder ahora está en sus manos!

Eg.—¡Ya pagarás muy dura la pena de tu rebelde insensatez!

Coro.—Marcha osado... imita al gallo en sus alardes junto a tu gallina!

Cl.—No te preocupes de sus vanos ladridos. Somos amos tú y yo de este palacio: impondremos el orden.

FICHAS DE CONTROL DE LA UNIDAD V

Ficha No. 1

I.—INSTRUCCIONES:

Lee cuidadosamente la ficha I y responde a las siguientes cuestiones:

1.— Escribe el nombre del lugar de donde era originario Esquilo.

2.— Menciona el epitafio escrito en su tumba.

3.— Cita las batallas en que participó como soldado.

4.— Escribe cuándo ganó Esquilo su primer triunfo escénico.

5.— Anota el número aproximado de las obras que escribió y el título de las tragedias que han sobrevivido.

Ficha No. 2

I.—INSTRUCCIONES:

Lee la ficha 2 y responde a las siguientes cuestiones:

A.—Contesta acertadamente:

1.—¿Qué innovaciones llevó a cabo Esquilo en el teatro?

2.—¿Cuál es la función del coro en la obra de Esquilo?

3.—¿Cuál es la temática que priva en todas sus obras?

4.—Mencione el asunto que trata Esquilo en Los Persas.

5.—¿Qué es una trilogía?

B.—Relacione las dos columnas escribiendo en el paréntesis de la derecha la respuesta correcta.

- 1.— El tema es la derrota de Jerjes en la batalla de Salamina. () Prometeo Encadenado.
- 2.— Conflicto de las hijas de Dánao, huyendo de sus primos. () Coéforas.

3.— Guerra entre Eteocles que defiende la ciudad de Tebas que es atacada por su hermano Polinice y seis jefes aliados. () Siete contra Tebas.

4.— Hermano de Electra que en complicidad con ésta y por consigna de Apolo mata a su madre. () Los Persas.

5.— Titán que roba el fuego del cielo para favorecer a los mortales. () Las Suplicantes.

Ficha No. 3

I.—INSTRUCCIONES:

Lee la ficha 3 y coloque en la línea de la izquierda el número o números que den la respuesta.

Esquilo tomó el asunto de la Orestíada de:

- 1.—Temas tebanos.
- 2.—Temas troyanos.
- 3.—Temas mitológicos.

Atreo odió a su hermano Tiestes porque:

- 1.—Sedujo a su esposa.
- 2.—Arrebató su reino.
- 3.—Peleó contra él.

Agamenón para aplacar a los dioses:

- 1.—Les hace libaciones.
- 2.—Desiste de ir a la guerra.
- 3.—Sacrifica a su hija Ifigenia.

La culpa de la maldad de Atreo la heredan:

- 1.—Orestes y Electra.
- 2.—Agamenón y Clitemnestra.
- 3.—Tántalo y Filiceno.

Toda la acción de la Orestíada dependerá de:

- 1.—El destino implacable.
- 2.—La conducta de Agamenón.
- 3.—La guerra.

Ficha No. 4

I.—INSTRUCCIONES:

A) Lee detenidamente la obra de Agamenón y contesta dando tu opinión personal.

1.—Escribe un análisis sobre Clitemnestra y júzgala como:

a) Madre _____

b) Esposa _____

c) Mujer _____

d) Reyna _____

2.—Escribe un análisis sobre Agamenón y júzgalo como:

a) Guerrero _____

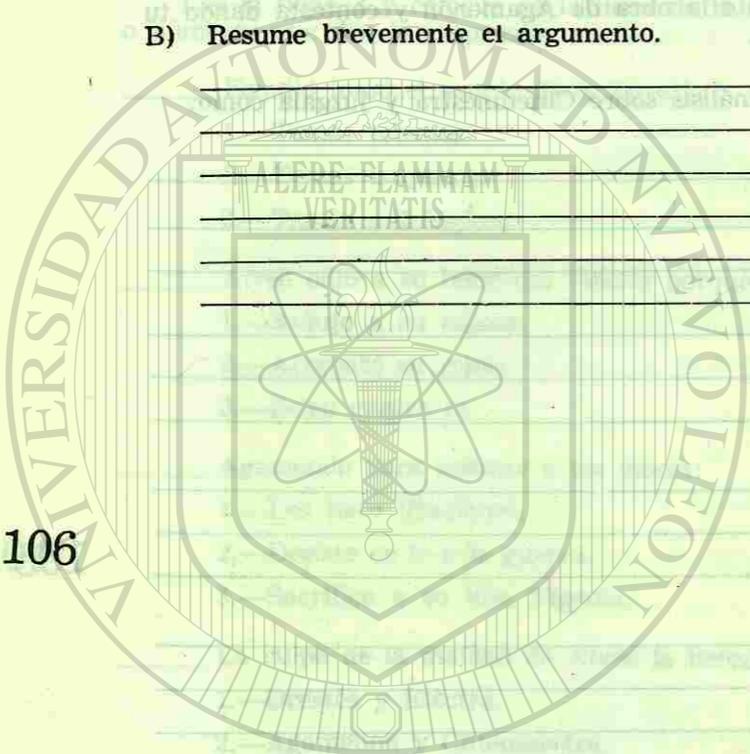
b) Padre _____

c) Héroe _____

d) Esposo _____

e) Hombre _____

B) Resume brevemente el argumento.



106

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE B

Unidad VI

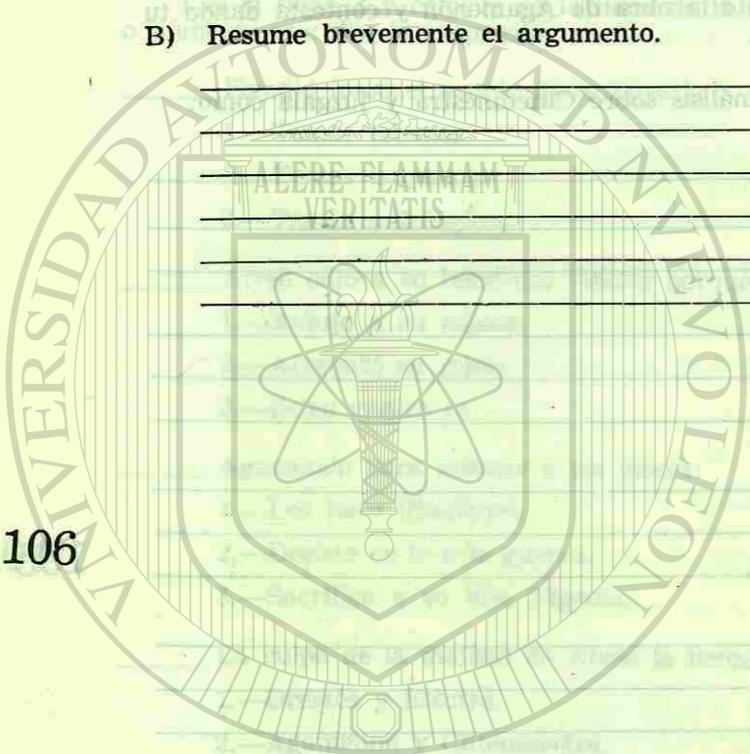


SOFOCLES

109

e) Hombre _____

B) Resume brevemente el argumento.



106

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

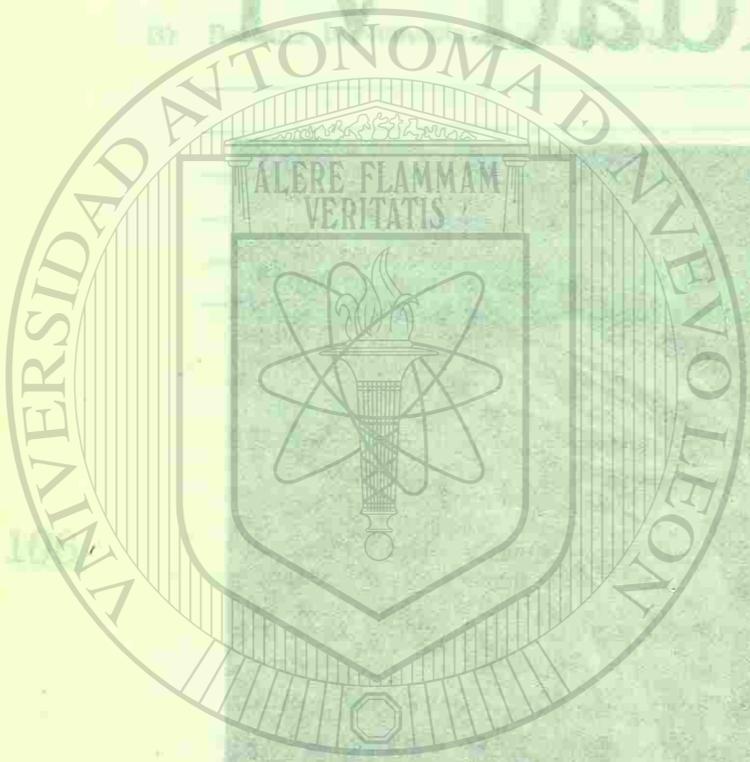
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

Unidad VI



SOFOCLES

109



1.—Datos biográficos

Sófocles nació en Colono, cerca de Atenas, allá por el año 497 A.C. Perteneció a una distinguida familia y recibió la esmerada educación propia de la aristocracia ateniense; su padre era fabricante de armas, cargo que en Atenas era casi honorífico. Existen dos rasgos característicos de la infancia de Sófocles que nos dejan ver su concepto de la tragedia: El primero, su cariño hacia la ciudad que lo vio nacer; el segundo, su esmerado entusiasmo educativo, destacando sobremanera su sensibilidad en el terreno musical, llegando al punto de dirigir coros de muchachos jóvenes.

Según la leyenda, Sófocles intervino en un coro de niños que celebró el triunfo de la famosa batalla de Salamina (480 A.C.), en la que había participado Esquilo, día en que justamente nacía Eurípides. Así quiere la leyenda por medio de lazos providenciales, vincular a los tres grandes trágicos griegos, características psicológicas que distinguen a este pueblo.

En cuanto a su vida política, Sófocles fue presidente del Tesoro del Imperio y ya anciano fue uno de los diez consejeros del gobierno de Atenas. Al referirnos a su valor literario, diremos que fue muy admirado. Desde el año 468 A.C. cuando Sófocles presentó una obra en el mismo concurso en que tomaba parte Esquilo, obtuvo el primer premio; se dice que venció en 24 ocasiones en certámenes clásicos literarios, obtuvo siempre los primeros lugares ganándose el título de "poeta favorito" entre sus conciudadanos. Supo deslindar perfectamente su vida pública de su actuación artística.

Se unió en matrimonio con Dicóstrata y se habla de dos amores posteriores de los que tuvo tres hijos. Su hijo Ifón lo acusó ante los tribunales de haber perdido la razón pero Sófocles demostró su lucidez magistralmente recitando un fragmento de "Edipo en Colono" actuación por la cual el tribunal falló a su favor en el acto.

Se afirma que murió a los noventa años en el 406 A.C. Si en vida fue admirado como genio o héroe, luego después de su muerte fue venerado como un semidios por su pueblo. Hasta la propia crítica de sus contemporáneos lo consideró como superior a Esquilo; Eurípides acepta la supremacía de Sófocles y hasta los poetas cómicos y satíricos hablaban con respeto de este trágico.

2.—Obra Literaria de Sófocles

Muchos críticos opinan que la obra literaria de Sófocles es consecuencia de la de Esquilo, sólo que su punto de vista respecto a la tragedia difiere bastante, en todas las tragedias de Sófocles como veremos a continuación, está presente el pecado de hybris o exceso, que inexorablemente es castigado por el destino o por los dioses.

La estructura externa de la tragedia es renovada por Sófocles al introducir un tercer actor pudiendo así desarrollar mejor el argumento, pasando el coro a ser medio de descanso o de intermedio entre las escenas. Otro acierto de este trágico fue el desglosar las trilogías y tetralogías dándoles un argumento independiente.

Los héroes de las tragedias de Sófocles son mucho más humanos que los de Esquilo, aunque menos grandiosos; creó el teatro de conflicto y pasiones armonizando el principio de la acción con la voluntad humana. Dio al lenguaje dramático más naturalidad y belleza. Se le atribuye el haber inventado la escenografía y haber reducido en quince el número de los miembros del coro.

En todos sus dramas, Sófocles se muestra religioso, sin rebelarse a sus ideas divinas como Eurípides. Se cuentan entre sus obras, unas ciento veinte, cuyo material como en la obra de Esquilo está tomado de la leyenda heroica. De toda su obra solamente siete piezas han llegado hasta nosotros: tres pertenecientes al ciclo tebano (Antígona, Edipo Rey, Edipo en Colono); una perteneciente al ciclo de los atridas (Electra); y las restantes, de valor aislado (Ajax, Filoctetes y Las traquinias).

3.—Leyenda de Edipo

De las siete tragedias ya mencionadas hemos escogido "Edipo rey" por considerarla una de las más profundas y humanas; en ella como en ninguna otra se habla de un Dios castigador, justiciero, ante el pecado de Hybris. En Edipo rey se cumple la profecía del oráculo por encima de la voluntad humana, llegando Edipo a convertirse de un rey glorioso en un proscrito; maldito por los hombres y los dioses.

Una de las leyendas más interesantes y sombrías de la mitología griega es la leyenda de Edipo y le toca precisamente a Sófocles darla a conocer en sus dos tragedias: Edipo rey y Edipo en Colono

El oráculo había revelado a Layo, rey de Tebas y esposo de Yocasta, que en caso de nacerles un hijo, éste mataría a su padre. Poco tiempo después tuvieron un niño y Layo temiendo la profecía, hizo exponer al recién nacido en el monte Citherón. Un pastor se apiadó del niño y recogiéndolo se lo llevó a su amo Pólipo, rey de Corinto, quien adoptó a Edipo haciéndolo pasar por su propio hijo. El oráculo revela a Edipo que matará a su padre y que cometerá incesto con su madre, convencido de que Pólipo y Mérope son sus padres huye de Corinto. En un cruce de tres caminos se encuentra con unos viajeros que lo provocan y reacciona dando muerte a Layo, sin saber que era su padre. Edipo se dirige entonces a Tebas donde descifra el enigma propuesto por la Esfinge, salvando a la ciudad de terribles desgracias, asume entonces el trono de Tebas y se casa con Yocasta.

Cuando comienza la obra ya se ha cumplido el oráculo y entonces... bueno, para qué privarte del placer de saberlo por tí mismo, te invitamos joven alumno(a) a deleitarte con esta bellísima tragedia que fue representada, según se cree, hacia el año 430 A.C.

EDIPO REY

Escenario

Tebas. Palacio real. Altar de Apolo Licio. Sacerdote de Zeus y un grupo de niños con ramas de olivo.

Personas

Edipo, rey de Tebas.

Yocasta, su esposa y viuda del rey Layo..

Creón, hermano de Yocasta

Tiresias, vidente oficial de la ciudad, anciano y ciego, guiado por un lazarillo.

Sacerdote de Zeus.

Un mensajero.

Un pastor, que fue siervo de Layo.

Un paje del palacio.

Antígona e Ismene, hijas de Edipo y Yocasta, aún niñas.

Coro de ancianos.

Grupo de suplicantes.

Pajes, criados, pueblo.

EDIPO REY

Edipo.—¡Hijos, progenie renovada del remoto Cadmo! ¿Qué mueve esta reunión? ¿A qué esas suplicantes disposiciones? Pos-trados en tierra, con ramos de oliva... ¡y toda la ciudad saturada del perfume de los sacrificios del incienso y, en toda ella, lamentos y clamores!

¿Qué es? —me dije yo—. Pero en lugar de que los mensajeros me dieran razón, he preferido venir en persona. Aquí estoy. Soy Edipo. Todo el mundo celebra su gloria.

Se dirige al sacerdote. A ti, anciano, te toca darme razón. ¿Qué motiva esta humillada situación por tierra? ¿Algo teméis? ¿algo anheláis?

¡Ah, si de mí depende remediarlo: tened por dada la ayuda! ¿Qué duro fuera yo si ante este cuadro no me llenara de con-mise-ración!

Sacerdote.—Vamos, lo digo. Rey, rey de mi patria, Edipo. ¿Ves qué edad tienen los que aquí están congregados? Están ante el altar. Unos son niños débiles, ave-cillas que el vuelo alzar no pueden. Otros, son viejos, por la anciana tormenta rendidos, como soy yo, sacer-dote de Zeus, y aun así. Acá está la gallarda flor de los pubescen-tes, y luego, todos, todos sus vasallos. En esta plaza, todos agrupa-dos cabe el altar. Y otros allá ante el templo de Palas, o al lado de la tumba del agorero Ismeno.

Turbión de males pesa sobre esta ciudad. Está abrumada ya. Oleaje de sangre la sumerge. No puede alzar cabeza entre las tur-bulentas ondas. Los frutos de la tierra, en sus mismos tallos se agos-tan. Los rebaños que van por las praderas paciando, caen yertos ante la muerte. Y lo más duro y cruel: el germen humano ator-menta a las madres, pero no es fecundo.

Un numen que arde en fuego contra la ciudad pugna. La des-truye, la anonada. Es la tremenda Peste. Queda vacía y silenciosa la tierra de Cadmo y el Averno se enriquece de lamentos, de gemi-dos interminables.

No, no intentamos ni yo ni estos hijos asimilarte a los dioses. Pero sí te juzgamos el primero de los hombres. El que conoce, co-mo nadie, los alternantes cambios y mudanzas de la vida humana; el que sabe también de las misteriosas y secretas determinaciones de los dioses. Llegas apenas a Cadmos y nos libertas del tremendo tributo que a la horripilante encantadora dábamos. Nada sabías, no habías buscado informes, nada te habíamos dicho. Te guiaba un dios —eso se pensó, eso se dijo— te guiaba un dios, y nos salvaste la vida.

También ahora a tí venimos. Edipo amado de todos, Edipo po-deroso: venimos a tí suplicante todos. ¡Debes hallar para nosotros un remedio! Recibas de los dioses el consejo, o te lo dé un hom-bre... nada importa. Sabe el hombre regir, si ha sufrido, y el que en fortuna adversa ha visto su vida atormentada, ese es el que pue-de remediar los males ajenos.

¡Oh, el mejor de los hombres: esta ciudad restaura! Tú mismo te aprovechas de tu obra, si nos defiendes, serás, como fuiste, un salvador, un defensor. ¿Qué dijeran, si no? ¿Que nos alzaste para sumergirnos! La patria consolida; la ciudad afirma. ¿Qué feliz fue tu actividad antaño: que ahora se renueva. Reinan sobre hombres: esa es la grandeza de un rey! ¿Quién quisiera reinar en un desier-to, desolado y sin hombres? ¡Un fortín, una nave, nada son si no el vivir de hombres les da vida!

Ed.—Hijos que compadezco: ya lo supe. Conozco vuestros ma-les, conozco la incierta fortuna. Sufrís, sufrís es cierto. Los males se acumulan sobre vuestras cabezas. Y nadie habrá que sufra más de lo que sufro yo. Vosotros, cada uno, su propio dolor saborea: el dolor propio solo. Pero en mi alma el dolor de todos se ama-driga: el vuestro, el de la patria, el mío.

¡No despertáis a un hombre que sueño domina! Ved que he llorado mucho, he cavilado larga y profundamente mil proyectos, mil medios... y ansioso y angustiado, sigo buscando.

Tras mucho meditar, hallé un remedio, y ya lo puse en obra. Al hijo de Meneceo, que es mi cuñado Creón lo envié a la Pitia mansión de Febo para que consultara al oráculo acerca de lo que hay que hacer, qué determinación tomar para alcanzar que la ciu-dad sea salva. Y han pasado los días bien medidos para que él de su comisión regresara y estoy afanado pensando lo que puede haber sucedido. Pero él regresará. Cuando regrese un perdido sería yo, si no pusiera en obra lo que el dios haya dicho.

Sac.—¡Al buen dicho tuyo: ya me dan la noticia: Creón regre-sa!

Ed.—Ah, rey Apolo, que su mensaje sea afortunado para salvar a la ciudad: ¡su rostro radiante ya lo dice!

Sac.—Dulce será, yo creo; bien lo pregona su semblante: ¿a qué, si no, esa corona de florido laurel que lo ciñe?

Ed.—Muy pronto lo sabremos. Tan a la medida está que ya mi voz puede ser por él oída.

Príncipe, mi cuñado, hijo de Meneceo, ¿qué nuevas traes para nosotros de parte del dios?

Entra Creón.

Creón.—¡Nuevas felices! Digo muy bien: los males más infaustos, si hallamos medio de contrarrestarlos, en buena dicha llegan a trocarse.

Ed.—¿Qué dice ese lenguaje? Nada conforta, tampoco nada aumenta el afán tu modo de expresarte.

Cr.—¿Lo digo ante todos? ¿O entramos al palacio? ¡Dispuesto a hablar estoy!

Ed.—A todos habla. Son sus angustias las que oprimen mi alma más que las propias mías.

Cr.—Hablaré, entonces, lo que del dios he oído. Nos impone Febo riguroso el mandamiento de que arrojemos de esta ciudad una mácula que la infesta. Que no dejemos que medre, porque terminará por ser incurable.

Ed.—¿Qué medio impone? ¿De qué mal se trata?

Cr.—Echar fuera asesinos. O hacer que muerte por muerte se pague. Una sangre vertida es la fuente de todos estos males.

Ed.—¿Muerte de quién el oráculo señala?

Cr.—Fue Layo, nuestro rey de antaño, oh príncipe. El gobernaba antes que tú en esta ciudad ejercieras imperio.

Ed.—Lo oí decir. A él jamás lo vi.

Cr.—Murió él. Y ahora el dios nos urge a que, sin miramientos, con dureza se castigue a los matadores.

Ed.—¿En qué región habitan? ¿Quién puede husmear la pista de tan viejo crimen?

Cr.—Dijo el dios que aquí están. Lo que se busca, se halla. Lo que se deja, perdido queda.

Ed.—¿En su casa, en el campo, en tierra lejana? ¿Dónde fue asesinado Layo?

Cr.—A recibir oráculos divinos —dijo él— partía. Se fue y jamás regresó.

Ed.—¿Algún mensajero, algún compañero de camino no vio los hechos? ¿El pudiera darnos informe!

Cr.—Es que murieron todos. Uno sólo quedó. Pero tan dominado por el espanto que jamás ha podido darnos informes, sino es de un solo dato.

Ed.—Y, ¿ese cuál es? De uno se puede deducir todo. Un leve principio es ya base para la esperanza.

Cr.—Ladrones, así dijo, le salieron al paso y le dieron la muerte. No sucumbió a la fuerza de un brazo, sino al empuje de una gaviilla.

Ed.—Un ladrón, si no tenía ya paga aquí, ¿cómo podría haber osado cometer tal crimen?

Cr.—Hubo quien lo pensara. Pero, ya muerto Layo, nadie hubo que se echara a cargo el vengar su muerte. ¡Era tanta nuestra zozobra...!

Ed.—¿Zozobra? ¿Cuál? ¿Tan grande que impidiera hacer justicia al rey mismo muerto? ¡Hundido el trono no hubo quien lo amparara!

Cr.—La Esfinge de cantos enigmáticos y falaces, esa fue. Nos hizo que mejor atendiéramos a lo del momento presente, dejando en el silencio lo que el misterio había envuelto en sombras.

Ed.—Tomaré el asunto otra vez desde el principio. Febo ha hecho su recta acción. Tú otro tanto. Bien ha sido buscar esta forma de hacer justicia al muerto. El dios y tú hallarán en mí al vengador. No, no lo hago por amigos remotos: lo hago por mí mismo. Quien a él asesinó a mí mismo puede exterminarme. Debo echar fuera esta mácula. No por el rey muerto, por mí mismo pugno.

Ea, niños, ya. Rápidos levantaos de esas gradas y llevaos los ramos suplicantes. Un hombre vaya y reuna al pueblo todo de Cadmos. Haré yo cuanto pueda. Un dios me asista y venzo, o pe-rezco.

Entra Edipo a su palacio.

Sac.—Levantémonos, niños. Eso que dice el rey era el motivo de nuestra plegaria. Febo que ha enviado tales enseñanzas, venga cual salvador de nuestros males y cual poder que hace huir la peste.

Llega el Coro de quince ancianos.

Coro. Est. 1.—¡Dulce palabra de Zeus que de la Pito rica a esta nuestra ciudad llegas! ¡A esta Tebas la famosa! Mi mente hundida en espanto empuja a mi corazón. Oh dios de las horas negras, oh Delio de los cantares ¿qué respuesta trae tu oráculo? Me estremezo de terror, ante tí, dios de la salud. ¿Qué vas a imponer a nuestros hombres? ¿qué don nos vas a pedir? ¿Harás que lo ya olvidado, a vivir torne otra vez?

¡Habla, Palabra inmortal, hijo de la Aurea Esperanza: di tu oráculo!

Ant. 1.—A tí primero yo clamo, oh hija de Zeus, Atena inmortal. Y a la reina de esta tierra, tu hermana Artemis, la que tiene solio en medio de nuestra plaza. Y a tí también Apolo lanzador de dardos.

¡Ah, los tres a un tiempo sed defensa, sed amparo, triples en vuestra ayuda! ¡En tiempo antiguo cada vez que una desdicha se tendía sobre esta ciudad, lanzábais fuera de los confines la mala peste y la ruina ardiente!

Es ahora cuando debéis repetir vuestra piedad.

Est. 2.—¡Ay, ay, misero de mí... males sin número tolero. Se atormenta el pueblo con la peste, y no halla mi pensamiento un medio para exterminarla. Ya los frutos no medran en la tierra antes opulenta; ya los dolores de las madres van resultando infecundos. Y vuelan hacia el Averno mis hijos uno tras otro, cual las aves fugitivas en su vuelo sin rumbo. El dios del remoto poniente está en acecho para recibirlos!

Ant. 2.—¡Con innúmeros muertos la ciudad se aniquila. Yacen en tierra sus hijos, sin que haya compasión. Nadie por ellos llora. Las jóvenes esposas al altar se refugian, las madres de canosas ca-

bezas se atumultan en lloro. Y todas lloran sus tremendos infortunios. Surge vibrante y luminoso el peán, pero en acorde de dolientes ayes. ¡Hija de Zeus, sálvanos: tú cuyo rostro, al proteger sonríe!

Est. 3.—El bronco Ares, sin escudo ni lanza, hoy se ensaña batallador contra nosotros. Me acosa, me aniquila. Haz que ya retroceda, que se aleje de esta ciudad con la mayor presteza, que el violento vendaval lo arrebate. Vaya a remotas playas, ya a la desolada de Anfítrite, ya a los inhóspitos riscos de tormentoso Tracio...

Cuando la noche llega, si el día perdonó algo, ella, cruel, a destruirlo se apresura. ¡Ven a nosotros, padre Zeus, dueño solo del arco fulgurante, ven y con un solo tiro, acaba con sus males!

Ant. 3.—¡Oh, Licio dios, oh defensor Apolo... Salgan ya de tu arco los dardos invencibles. Ve por delante frente al enemigo. Dardos también Artemis, que con ellos destruye centelleante en los cerros de Licia. Venga también el de los rizos de oro, Baco el triunfante, rubicundo y bello, él que en orgías se place, él que a todos en locura enciende, llegue y sus bacantes, las errabundas Ménides, hasta nosotros vengan. Alce radiante antorcha contra los turbios númenes que nos destruyen, que sea para todos los adversos, baldón y oprobio.

Sale Edipo. Oye los versos últimos del Coro.

Ed.—¡Es lo que pides? Lo que pides yo haré que se vea cumplido. Oye mi designio, atiende y cumple lo que yo he de decir. Si el medio de salvarte pones en práctica, tendrás que ser liberado de todos los males.

Voy a hablar ante todos. Nada se de los hechos, nada de las versiones que acerca de ellos corren. Hoy soy un ciudadano, como todos. Nada tuve que ver con ese delito. Ni la mínima noticia tuve de él. Ea, pues, yo mando que todos los que esta ciudad de Cadmes habitan atiendan:

El que sepa quién fue el autor de la muerte de Layo, hijo de Lábdaco, preséntese y declárelo. ¡Vive el culpable aquí? Hable y se le hará una concesión de indulgencia. Nada la ciudad, ni en castigo, ni en venganza habrá de hacer en su contra. No sólo el silencio que calla, sino la gratitud que premia: eso tendrá.

Ah, pero si en callar se empeña, si temeroso oculta, ya a sí mismo, ya a un amigo suyo, yo mando en tal caso terriblemente:

Sea el que fuere, en este territorio, sobre el cual ejerzo el imperio, nadie le diga palabra, ni le deje asociarse a los sagrados ritos,

ni siquiera a las abluciones lustrales. Quiero y mando que todos a ese sin piedad lo expulsen, de su propia mansión, de la ciudad entera. El, él es ciertamente la causa de nuestra horrible peste. Eso el oráculo de Delfos manifiesta. Ya veis cómo me propongo vengar al muerto y vengar el derecho del dios.

Y el asesino, si obró solo, o si obró con cómplice, lleve una vida dura, cruel e intolerable. Maldito y desdichado para siempre.

Y si él en mi casa mora, o si yo, sabiendo lo que es, lo acojo, vengan sobre mí todos esos males que para él auguro.

Todo esto ruego que miréis vosotros para que sea cumplido. Hacedlo por el dios, hacedlo por la patria, que sucumbe desprovista de frutos, dejada en el olvido por los dioses.

Lo manda un dios, pero si no lo mandara, os tocaría a vosotros urgir vindicta. ¡Murió el varón más recto, el rey tan bueno! ¡hay que hacer las pesquisas para descubrir al asesino! Ahora yo impero en su lugar, yo tengo el poder que antes tuvo, tengo su mismo tálamo y a su consorte misma. Tuviéramos los hijos por comunes, si a él no se le hubiera negado descendencia. ¡Aun en eso la fortuna le fue adversa! Me hago por todo eso el defensor de Layo, tan al grado de lucha como si hubiera él sido mi padre. Todo medio habré de poner en juego, buscaré con afán hasta no descubrir al culpable. ¡Mató al hijo de Lábdaco, hijo que fue de Pilodoro, y este del remoto Cadmo, y en el tronco supremo, su padre fue Agenor.

Dioses, a vosotros apelo: si alguno rehusa seguir mis mandatos, ni frutos en sus campos, ni hijos en sus mujeres habréis de concederles. Lo abata la peste, los mate un infortunio más potente.

Y vosotros, ch habitantes de Cadmo, que secundéis mis órdenes, seais siempre asistidos por la Justicia, amparadora y aliada, y los dioses todos os cubran perpetuamente de bienes.

Corif.—Solemnes imprecaciones son tus palabras, oh rey. Yo también habré de hablar en el mismo elevado tono. Yo el regicida no soy, ni sé dónde él pueda hallarse. Dilucidar el asunto toca a Febo que ha mandado que se busque al asesino. El lo habrá de descubrir.

Ed.—Justamente. ¿Pero hay mortal alguno que pueda forzar a los dioses a hacer lo que ellos no quieren?

Corif.—Segunda insinuación formulo.

Ed.—Y si una tercera hay, dí todo, sin demora.

Corif.—Rey del oráculo es Febo, rey del oráculo Tiresias. Es lo que tengo sabido. ¿Por qué no acudir a él, para que descifre el misterio? ¿Te parece, rey?

Ed.—Tampoco he descuidado ese medio. Ha tiempo que envié a traerlo por indicación de Creón, mediante dos emisarios. Me admira que aún no haya llegado.

Corif.—Y otra cosa no hay. Sí, algunos vagos rumores, algunas viejas hablillas...

Ed.—¿Cuáles son? Cuido de todo lo que se diga.

Corif.—Que murió dicen a manos de caminantes.

Ed.—También lo he oído. Pero al que vio eso, ¿quién lo ve ahora?

Corif.—Por poco temor que tenga, si llega a saber tus amenazas, no tardará en presentarse.

Ed.—A quien no espantan obras, menos teme palabras.

Corif.—Vaya. Tenemos ya a quien pueda descubrirlo. He aquí al divino vidente, el único de los hombres que de nacimiento tiene el don de la verdad.

Llega Tiresias llevado por un niño y con dos criados de Edipo.

Ed.—¡Oh Tiresias, que todo lo comprendes, lo mismo aquello que puede decirse, que lo que el labio humano no puede pronunciar; los misterios del cielo, y los de la tierra. Ciego eres pero miras en qué amarga dolencia la ciudad se halla abatida. Tú eres, príncipe, el único que salvarla y protegerla puede.

Febo responde a nuestra pregunta —lo sabrás acaso por mis enviados— que el medio seguro y único de dar fin a esta triste plaga es descubrir y dar muerte a los que a Layo asesinaron, o si no, al menos lanzarlos fuera de esta tierra.

No nos niegues tu ciencia: ya sea que del vuelo de las aves, ya sea que de otra fuente la saques. Da tu saber profético y salva, primero, a tí, después a la ciudad y a mí por fin. Salva de esta mácula del asesinato a todos. En tu poder estamos: el más bello de los trabajos es ser útil a otros en lo que uno tiene y en lo que uno puede.

Tiresias.—¡Ay, ay: terrible es el saber cuando el que sabe de ello no aprovecha. Bien lo sabía, pero lo había olvidado. De tenerlo presente, acá no hubiera venido!

Ed.—¿Eso qué es? ¿Te pesa haber venido?

Tir.—Deja que torne a casa. Harás bien a tí mismo, me lo harás a mí. Insisto y te lo ruego.

Ed.—Ni dices lo acertado, ni a la ciudad muestras amor, a ella que te dio el ser, si no nos das respuesta.

Tir.—Advierto que tú mismo tampoco hablas lo justo. No quiero errar también y me retiro.

Ed.—¡No, por los dioses, no! No te vayas, sabiendo lo que sabes. Rendidos todos a tus pies lo pedimos.

Tir.—Es que todos estáis desatinados... ¡Nunca habré de revelar mis desdichas, por no decir las tuyas...!

Ed.—¿Qué dices? ¡Lo sabes y no hablas! ¿No te das cuenta de que callando nos traicionas a nosotros y arruinas la ciudad?

120 Tir.—No quiero a mí causar dolores, y tampoco a tí mismo. ¿Por qué en vano me arguyes? ¡Nada de mí lograrás saber!

Ed.—¡No! ¡Malvado el más malvado: a una roca pusieras en enojo...! ¿Con que no dices nada? ¿Terco y pertinaz te mantienes?

Tir.—¡De ira me inculpas...! ¿Y la tuya? ¡Tiene en tí su mansión y a mí me censuras!

Ed.—¿Quién no se enojara, cuando oyera las palabras que dices? ¡Ese modo que tienes de ofender a la ciudad!

Tir.—¡Ya llegará la adversa suerte, sea que yo hable, sea que calle!

Ed.—¿Llegará? Dilo luego. Aquí y al punto.

Tir.—Ni una palabra más proferiré. Obra cual quieras. Enójate con la ira más vehemente que puedas.

Ed.—Vaya, vaya... en mi enojo ya voy percibiendo que tú fuiste el autor de estos hechos, que tú los llevaste a obra, no por

tu mano, sino por mano ajena. Ciego eres, que si ojos tuvieras, afirmarías que tú fuiste y sólo tú quien el delito perpetró...

Tir.—¿De veras? Oye ahora, ten atención a lo que digo. Todo lo que tú dices contra el culpable, cae sobre tí. No, ya tú hablar no puedes, ni a éstos, ni a mí. Sábelo bien. Esta tierra está manchada por la infamia de un culpable. Y el culpable, eres tú.

Ed.—¡Tales son tus palabras ante mí, atrevido! ¿Piensas que has de librarte de mis manos?

Tir.—Me siento libertado. La verdad nutro en mí y en ella fio.

Ed.—¿Verdad de quién has aprendido? ¡Ese tu arte mendaz, no!

Tir.—¿De quién? ¡Tú me obligaste a que hable sin quererlo!

Ed.—¿Hablar qué? Repítelo, quiero oírlo mejor.

Tir.—¿No lo entendiste antes? ¿Me fuerzas a que hable?

Ed.—No sé de cierto qué dijiste. Dilo otra vez.

Tir.—Ese asesino que buscas, ese asesino, eres tú.

Ed.—Ah, no dirás dos veces ese insulto. No te alegrarás de ello.

Tir.—Y más diré, para que más te arda.

Ed.—Dí cuanto quieras... no sabes lo que dices.

Tir.—Verdad pura digo. No lo piensas, y vives unido a los seres que más se aman. Y ni siquiera te das cuenta de la infamia en que vives.

Ed.—¿Tú estás pensando que vas a seguir con tus ofensas sin recibir castigo?

Tir.—¡Claro: la verdad tiene sus fueros!

Ed.—Los tiene, sí; menos para ti, ciego miserable, ciego del alma, como de los ojos. Ciego del alma, ciego del oído.

Tir.—¡Pobre de tí... sobre tí estás amontonando todos los dicterios que van a llover sobre tí! Todos habrán de vilipendiarte de cuantos están presentes. Ni uno solo quedará sin hacerlo.

Ed.—Noche perpetua nutre tus pupilas. Ni a mí, ni a nadie que de ojos disfrute podrás dañar.

Tir.—No te impone el Destino que caigas bajo el golpe de mi mano: Apolo bien lo sabe, él de mil recursos tiene el tesoro. El te dará tu pago.

Ed.—Toda esa trama quién la planeó, ¿Creón o tú?

Tir.—No Creón fue: tú fuiste el autor de estas desdichas.

Ed.—¡Riquezas, mando, ciencia de las ciencias...! ¿de qué sirven? La vida envidia nutre solamente. Todos atisban, todos están en acecho. Hambre de mandar tienen. Este imperio la ciudad puso en mis manos, sin yo buscarlo. Y Creón espera, anda tramando, anhela hacer que yo caiga. El que se dice amigo... Y como vanguardia envía a este vidente loco y trapacero, pura engañifa, que no busca sino el lucro de sus ojos cegados... Cegados para el uso, pero bien abiertos para el interés.

Vamos hablando claro. ¿Con qué demuestras tú que eres vidente? Estaba aquí la Esfinge, que con mil cantos enigmáticos a los ciudadanos perdía, ¿diste norma de salvación a los ciudadanos? ¡Verdad es: no para todos era resolver esos enigmas! Era necesaria ciencia. Ciencia profunda... ¿cantos de aves? ¿un dios asistente? ¡No, hombre! Y vino Edipo, vine yo... el ignorante, el inculto y eché abajo los artificios de la Esfinge. Y nada les pedí a las aves, y ahora tú piensas echarme abajo y acaso crees que algún día vas a estar muy sentado a la derecha de Creón, rey ya de Tebas.

¡No. Les va a ser difícil y les va a costar muy cara esta mi repulsa! Yo, si no fueras como eres un anciano, como parece, azotara tu rostro para que adviertas tu falsedad.

Corif.—Bien nos parece a todos: si aquél habló sin tino, también tú, Edipo. Y, ¿eso qué importa? Lo que importa ahora es que se cumpla lo que el oráculo manda. El dios nos urge. Hay que ver cómo lo acatamos.

Tir.—Rey eres, no lo niego. Pero somos iguales en derecho de hablar. Déjame que conteste. Tengo también poder y derecho. Yo no estoy sujeto a ti: estoy sujeto a Apolo. Y no soy de los que sirven como favorecidos a Creón. Oye pues lo que diga:

Te burlas de mí por ser ciego. Tú, tú sí ves. Pero no ves en qué desgracia vives. Ni dónde vives ni con quién cohabitas. ¿Sabes de quién naciste? En la tierra, en el Hades, repugnante serás a quien te mire. Doble azote tendrás: el de una madre, el de un padre también. Fuera de esta tierra habrán de expulsarte. ¡Terrible cosa: hoy miras: un día ya no verás... serán tus ojos perpetuas tinieblas. Y, ¿a dónde irás? ¿Qué tierra podrá pisar tu planta? ¿Qué puerto

habrá, qué monte Citerón a que te acojas? ¿Qué ayes de dolor ha de repetir el eco, cuando adviertas tu boda, esa boda de males que es núcleo de tormentas que tú soñaste dichas! Y mayores infortunios aún que harán iguales a tí y a tus hijos.

Eso... eso... y ahora sigue insultando a Creón, sigue vilipendiando mis predicciones. Ten por seguro que ningún hombre jamás será azotado por el Destino como lo serás tú.

Ed.—¿Es posible sufrir que oigamos estas cosas? ¿No llega a lo excesivo? ¡Fuera, malvado! ¡Nunca más a esta casa retornes! ¡He dicho: Fuera!

Tir.—¡Nunca hubiera venido, si tú no me obligaras! ¿Quién me llamó?

Ed.—Y yo, ¿sabía acaso que tú tales locuras ibas a proferir? Cierto, si lo supiera, ¿iba yo a llamarte?

Tir.—¡Loco, necio... muy bien, así me juzgas! ¡No fue el juicio que de mí hicieron tus padres!

Ed.—¿Mis padres? ¿Quiénes? Detente, ¿yo de quién soy hijo?

Tir.—Este día te da vida y también te da muerte!

Ed.—¿Enigmas siempre? ¿Voces veladas siempre? ¿Cuándo hablas claro?

Tir.—¡No que eres el más diestro para descifrar enigmas!

Ed.—¡Echame en cara, si te place: de eso nació mi grandeza!

Tir.—¡Esa fue la ventura desdichada que te hundió en la ruina!

Ed.—Esta ciudad salvé... ¡nada me importa!

Tir.—Muy bien; vámonos, niño, veme guiando.

Ed.—Vete, bien que te lleve. Estando aquí me enojas; si te vas, yo descansaré. No me has de causar penas.

Tir.—Dicho quedó y ya parto. Y agregó la razón de haber venido acá. No me amedrenta tu enojado rostro. Tú no podrás arruinar mi vida. Voy a decir de nuevo.

Tú ha tiempo indagas quién fue el asesino de Layo. El está aquí. Es un advenedizo que adquirió domicilio entre nosotros. Vamos a ver muy pronto que no es advenedizo: es nativo de Tebas. Y cuando sepa el hecho, no va a sentir alegría. El que ahora ve, será ciego; el que ahora es poderoso en riquezas, va a ir a mendigar su pan a tierras extrañas, apoyado en un pobre bastón. Se va a ver pronto que es hermano de sus propios hijos, y también su padre. Y de aquella de quien él nació, es al mismo tiempo hijo y consorte, y para su padre, usurpador de su esposa y matador suyo.

Ya está: no hay más. Piensa en lo que acabo de decir. ¿Dirás que miento? ¡No: sería negar mi calidad de vidente!

Se va Tiresias. Entra Edipo al palacio.

Coro. Est. 1.—¿Quién es, quién es el que señala de Delfos el Oráculo desde la roca enhiesta? ¿Quién, el que, con manos empapadas en sangre, pasó de lo tremendo que decirse no pueda a cosa más tremenda que ningún labio proferirá?

¡Vengan, lleguen ahora los caballos indómitos, hijos de la tormenta, que llega el hijo de Zeus, con arsenal de rayos y relámpagos, y en pos de él caminan presurosas las Moiras y las funestas dioses de la venganza y de la muerte!

124

Ant. 1.—Desde la altiva cumbre del Parnaso que nieves amon-tona, salió la voz vibrante y poderosa. Manda que se rebusque la huella del homicida, a quien nadie conoce. El está por ahí, bajo una arboleda sagrada, o ambula enloquecido por los hirsutos riscos, cual si fuera un toro sin manada, maldito en sus pisadas, maldito en sus bramidos. No quiere que a él lleguen oráculos sagrados que de Delfos provienen, allí donde se arraiga el ombligo mismo de la tierra. ¡Vienen ya, aunque él no quisiera, van en torno de él haciendo giros!

Est. 2.—Espantoso es, sí, espantoso el temor que me infunden los agüeros del sabio vidente. Creer en ellos no puedo; tampoco desecharlos!

No sé qué decir puedo. Vuelo entre la esperanza y los temores. Nada miro detrás, nada delante de mi vida.

¡Pues, qué relación entre los hijos de Lábdaco y el linaje de Pólipo? ¡Nada hay en el pasado, nada hay en el presente, que atar pudiera vínculos entre ellos! ¡He de dar un fallo adverso contra Edipo por rumores? ¡Sentada está su fama! y, ¿cómo defender a los descendientes de Lábdaco, contra el asesinato?

Ant. 2.—Zeus y Apolo, sí, son concedores plenos de la verdad y perciben todo lo referente a los mortales, ¡pero que entre los hombres un adivino sepa más que yo!, ¿podré admitirlo? ¡No tiene la verdad un juicio único! Un saber a otro saber supera. Un hombre vence a otro hombre en conocimientos. Mientras yo claras no mire las pruebas; mientras plenamente apodícticas no sean, no puedo dar asenso a las acusaciones que formulan los que aquí han pregonado los delitos.

Cierto es que vino la doncella con alas y él dio inapelable demostración de que salvaba a esta ciudad augusta. ¡Por eso yo en mi mente nunca a él pudiera imputarle maldades!

Entra Creón por el lado derecho.

Cr.—Señores ciudadanos: he tenido noticia de que el rey Edipo contra mí ha formulado cargos calumniosos. No puedo yo sufrirlo y a eso vengo. Pues si en el infortunio del presente sospecha en mí culpa alguna, sea en mis palabras, sea en mis hechos, ¡acabe ya el límite de mi vida! ¿A qué, si se me infama, he de vivir? ¡No es una simple inculpación esta: es ruina sin igual el que me vituperen de malvado, malvado a la ciudad y malvado ante los seres que yo amo!

Corif.—¿De ira nació quizás el vituperio: no brotó de razones de la mente!

Cr.—¿No se ha afirmado que por mis instigaciones dio falsas profecias el vidente?

Corif.—Verdad es; se dijo... pero no sé cuál fuera el sentido de eso.

Cr.—¿De ojos en equilibrio, de mente en su juicio proviene esta grave acusación en contra mía?

Corif.—Eso no sé. Lo que mis amos hacen no lo veo. El mismo viene aquí, sale de casa.

Edipo sale del palacio.

Ed.—¿Conque eres tú! ¿cómo aquí vienes? ¿Osas pisar mi suelo? ¡Tú, el asesino que a mi vida atenta, tú el ladrón que ambicionas mi solio...! Dilo, di, por los dioses: ¿Qué te figuras que hay en mí? ¿Impotencia? ¿Incapacidad de discurrir? ¿Qué hay para que así me trates? ¡No iba yo a descubrir tus artimañas... tus engaños, tu loca ambición! ¿Crees que no puedo castigarlos? Loco eres, sí, cuando intentas escalar un trono usurpado. Son poder o riqueza los únicos que triunfan.

125

Cr.—Debes hacer lo que yo diga. Calla. Hablaste ya. Serás juez de mis dichos, pero óyelos primero.

Ed.—Hábil en el hablar tú, pero yo tardo en comprender. Duro y malévolo hacia mí te descubro.

Cr.—Eso, eso ahora es lo que debes oír.

Ed.—Eso, eso es lo que no debes negar, que eres un malvado.

Cr.—¿Crees que basta tu altivez? Si no tienes razones en que fundarla, andas descaminado.

Ed.—Crees que tú puedes hostigar a un allegado, sin dar el pago de castigo, eres el que anda fuera de camino.

Cr.—Te concedo razón. Dígase que es justo lo que dices. Dame a conocer ahora de qué delito me acusas.

Ed.—¿Fuiste tú o no quien dijo que debía venir aquí el santo adivino?

Cr.—Y en el mismo dictamen persevero.

Ed.—¿Qué tiempo hace que Layo...

Cr.—¿Layo qué? ¿Qué le pasa? ¡No sé adonde vas!

Ed.—...murió en muerte violenta?

Cr.—¡Según; pueden ser muchos y largos años que ya corrieron.

Ed.—¿Y en ese tiempo era ya el adivino quien ejercía el oficio?

Cr.—¡Sabio y diestro y amado, como ahora mismo!

Ed.—¿Y en ese tiempo hizo mención de mí?

Cr.—Ante mí nunca y acaso en forma alguna.

Ed.—¿Es que no hicisteis averiguaciones acerca de la forma en que cayó el difunto?

Cr.—Se hicieron, sí. ¿Cómo no? ¡Nada se logró saber!

Ed.—¿Y cómo no declaró ese sabio lo que ahora proclama?

Cr.—¡Eso no sé! Lo que ignoro, lo callo.

Ed.—Algo sabes y vas a decirlo, si no has perdido el juicio.

Cr.—Di qué; si lo sé, te lo digo.

Ed.—Lo que sabes es que, si no se hubiera puesto de acuerdo contigo, no me atribuyera la muerte de Layo.

Cr.—¿Dices eso? ¡Allá tú lo sabes! Ahora van mis preguntas, como vinieron las tuyas.

Ed.—Pregunta cuanto quieras. Nada podrás sacar tocante al asesino.

Cr.—Va pues. ¿Estás casado con mi hermana, sí o no?

Ed.—¿Cómo negarlo. Cierto es lo que preguntas!

Cr.—¿Eres o no el rey por derechos de ella? ¿Sois iguales?

Ed.—Lo que ella quiere, yo también lo quiero.

Cr.—¿Y no soy yo también el tercero en el mando?

Ed.—Eso, eso te denuncia como traidor amigo.

Cr.—Pues eso no. Piensa conmigo un momento. ¿Quién hay que quiera reinar en zozobras, si puede dormir tranquilo con el poder en sus manos? Yo, lo digo por mí — y lo dirá todo hombre en sus cabales— prefiero reinar a llamarme rey.

Cuanto yo necesito de tí lo tengo todo. Y nada me afana. Si rey yo fuera, tendría que preocuparme al extremo. Y, aun así, ¿crees tú que yo prefiera un trono cercado de congojas a una vida libre, sin penas y sin afanes? ¡Sí, soy un mentecato, pero no llega a tanto mi necesidad! Bien quisto soy de todos, todos a mí se rinden, y el que algo lograr quiere de tí, a mí se acerca. Eso basta para que lo obtengan. ¿Me juzgas tan insensato que yo dejara esta situación para adquirir la que está cargada de angustias? Para no ser traidor basta tener la cabeza en su lugar. Ni me placen estos pensamientos, ni tengo trato con quien los abrigue.

Hay un modo de salir de dudas. Envía al santuario Pitio a quien pregunte al dios, que solicite un oráculo: él dirá si he sido un mentecato. Y si entonces hallas que el agorero y yo nos hemos puesto de acuerdo, dame la muerte. Y eso será por dos condenaciones: la que tú hagas y la que yo desde ahora estoy haciendo.

Pero infamarme por pura sospecha, darme el baldón de traidor, sin pruebas no lo tolero. Injusto es lo mismo tener por malo al justo, que venerar como justo al malvado. ¡Un amigo perder, si es leal, es una tragedia, tanto como si la vida misma se perdiera: si él se pierde, se pierde la vida!

Te va a enseñar el tiempo. Es el único que da a conocer quién es el hombre honrado, pero, para saber quien es un traidor, con un día basta.

Corif.—Bien hablaba este, para quien huya del error. Dar un fallo de prisa expone a mil errores.

Ed.—Si hay un traidor en las sombras camina para asestarme el golpe, y va de prisa; de prisa tengo que ir para esquivar sus tiros. Me quedo quieto, inactivo, me da su golpe y yo quedo en el inútil vacío.

Cr.—¿Qué pretendes, en fin? ¿Vas a desterrarme?

Ed.—¡Eso no: poco es. Voy a matarte: ¿cómo destierro?

Cr.—Di siquiera por qué me aborreces.

Ed.—¿Vas pensando en que eres culpable? ¿Que obedecer no quieres?

Cr.—Cierto, pues te veo loco.

Ed.—¡Pero en lo que me atañe!

Cr.—Y ¿en lo mío por qué no?

Ed.—¡Ah, no: tú traidor eres!

Cr.—Y, ¿si nada entiendes?

Ed.—Al rey se le obedece.

Cr.—A un rey; no a un tirano.

Ed.—¡Ciudad, ciudad, ahora!

Cr.—También la ciudad es tan mía como tuya.

Corif.—¡Alto, príncipes: oportuna sale la reina! Ella podrá calmar esta contienda.

Sale Yocasta y se coloca entre Edipo y Creón.

Yocasta.—¡Ah desdichados, ¿gritar y discutir con tal ardor por una nada? ¿No os hace sentir bochor el ver que la tierra está en agonía y levantáis así contiendas íntimas? Tú regresa al palacio. Tú, Creón, a tu casa. No una bicoca cauce infortunos!

Cr.—¡Tu esposo, él fue, oh hermana! Ese Edipo que inventa mil agravios en mi contra. Y dos caminos fija: o desterrarme, o matarme.

Ed.—De acuerdo: es que lo he descubierto en una trama para quitarme a mí la vida con traición alevosa.

Cr.—¡No, y no! Maldíganme los cielos si algo hice de lo que me imputas.

Yoc.—¡Cree por los dioses, tú, Edipo! ¡Respetar el juramento y a mí que estoy presente, respétame también! ¿Y qué ante los demás? ¿No te refrenas?

Corif. Est.—¡Oye la voz, rinde la voluntad, oh rey: te lo estoy rogando!

Ed.—¿Que debo yo rendir la voluntad? ¿En qué?

Corif.—Considera a ese hombre: ya no es un niño y ahora por sus juramentos es más grande.

Ed.—¿Te das cuenta de lo que pides?

Corif.—Me doy.

Ed.—¡Di qué quieres!

Corif.—Tu allegado es. Lo ampara un juramento. ¿Cómo acusarlo por vagas sospechas?

Ed.—Tú a tu vez, piensa. Eso que solicitas, significa mi muerte, o mi destierro de esta tierra.

Coro.—¡No, no: tomo por garante el primer dios entre todos los dioses: al Sol invicto! ¡Que muera yo deshecho, aborrecido de dioses y hombres, en la forma más dolorosa y macabra, si tal pensamiento ha entrado en mi mente!

Pero el dolor de mi patria me recuece en amargura el alma: ella se va extinguiendo en mil males, y peores son los que ahora se intentan.

Ed.—¡Aléjese este... nada me importa morir en todos modos, nada ser expulsado de la ciudad con oprobio! ¡Tu palabra me ha herido: las de él, no! Doquiera que se aloje, será aborrecido.

Cr.—Resuelves, te decides, pero tu odio perdura. Dominado de la ira, eres insufrible. Gente cual tú es la que a nadie atormenta más que a su propia alma.

Ed.—¡Como sea, vete. Ya queremos paz!

Cr.—Me alejo, ya me alejo. ¡Si me conocieras! Para estos, soy el mismo.

Sale Creón.

Corif.—¿Señor no piensas que hay que llevar al rey adentro?

Yoc.—¡Debo saber qué ha sucedido!

Corif.—¡Palabras simples, vanas suposiciones, pero, cuando es infundado, todo nos ofende!

Yoc.—¿Se debe a los dos?

Corif.—Exacto.

Yoc.—Y, ¿qué asunto era ese?

Corif.—¡Ya basta, basta! Mucho sufre la tierra para que agredamos: deja eso en paz.

Ed.—Hombre de seso dices ser y ¿te das cuenta a donde quieres llevarme? ¿Nada te interesa ya? ¿Tan duro has hecho el corazón?

Coro.—Príncipe, ya lo he dicho. Y no una vez. Si de tí me desviara un solo instante, sería el más loco, el más insensato.

De tí fue la liberación, sería el más loco, el más insensato. de hundirse en el naufragio. Y ahora eres acaso el único que puede guiarla como buen timonel.

Yoc.—Por los dioses, también a mí declárame, oh príncipe, la causa de tu enojo tan intenso.

Ed.—Voy a decirlo: a ti sobre todos venero. Es la causa Creonte y lo que contra mí ha urdido.

Yoc.—Di todo, si es prudente, dí el proceso de los hechos.

Ed.—¡Declarar sólo que yo soy el matador de Layo!

Yoc.—¿De sí mismo lo dice? ¿De otro recibió el dicho?

Ed.—Trajo acá un adivino pervertido. El bien se cuida de nada declarar.

Yoc.—Ten buen cuidado de no preocuparte de esta inculpación.

¿Adivinos? ¡Engaño! ¡No hay hombre que vaticinar pueda! Voy a darte una prueba bien precisa y bien breve.

Pues bien, le llegó a Layo cierta vez de parte, no de Febo, sino de quienes le sirven, un vaticinio. Que era destino suyo que muriera de un hijo suyo en mí engendrado.

Y a Layo es fama pública que sucumbió a manos de unos forajidos extranjeros, en un sitio en que convergen tres caminos. Y el hijo que tuvimos, no bien cumplido tres días, cuando Layo mandó que lo arrojaran a una montaña desierta tras haberle ensartado los pies con un garfio de hierro.

Te vas ya dando cuenta qué mal quedó el oráculo de Apolo: ni el niño fue asesino de su padre, ni Layo, cual temía horrorosamente, fue matado por mano de su hijo. ¡Así de cierto son los oráculos! Luego en nada los tengas, que cuando un dios necesita que algo se realice, él mismo lo revela sin tardanza.

Ed.—¿Qué vuelo azota mi alma vagabunda, qué revuelta agitada invade mi mente, oh mujer, cuando te oigo!

Yoc.—¿De qué congoja te ves forzado a recapacitar?

Ed.—Acabo de oírte decir que Layo sucumbió en donde convergen tres caminos...

Yoc.—Eso se supo entonces, eso se dice ahora.

Ed.—¿En qué punto preciso del país se realizó el hecho?

Yoc.—La tierra es Fócida, y el lugar preciso es donde el camino de Delfos se une con el de Dáulide.

Ed.—¿De eso qué tiempo hace?

Yoc.—Puntualmente días antes de que tú tomaras el trono de esta ciudad se difundió en ella la noticia.

Ed.—¡Ay, ay, Zeus, qué has decretado hacer de mí?

Yoc.—¿Qué pesadumbre invade tu alma, oh Edipo?

Ed.—No preguntes aún; más bien dime qué aspecto tenía Layo, en qué edad se hallaba...

Yoc.—Alto, cual nieve comenzaban a ponerse sus cabellos: su figura no distaba mucho de ser cual la tuya.

Ed.—¡Misero de mí... yo, yo, —lo estoy pensando— me maldije a mí mismo hace momentos!

Yoc.—¿Qué has dicho? Oh rey, me domina el terror si veo tu rostro.

Ed.—Desmaya mi alma horriblemente con sólo pensar que el adivino sí veía y muy bien. Una pregunta más: deshacerás mis dudas.

Yoc.—Pavor se apodera de mí, pero pregunta: diré la verdad que yo sepa.

Ed.—¿Cómo iba? ¿Solo? ¿Con muchos acompañantes, cual a un alto sujeto conviene?

Yoc.—Por todos, cinco, un heraldo entre ellos. Una carroza conducía a Layo.

132

Ed.—¡Ay, diáfano cual el día...! Pero, mujer, ¿quién vino a dar la noticia?

Yoc.—Un criado de la casa, el único que sobrevivió de todos ellos.

Ed.—¿Y ahora vive? ¿Se halla en esta casa?

Yoc.—No. Cuando regresó y vio que te habías entronizado, y vio morir a Layo, vino a rogarme besando mi mano que lo dejara ir al campo a pastorear rebaños. "Así, decía, cuanto más lejos de la ciudad, mejor". Dejé que se fuera. Digno era el hombre de eso y más, aun siendo esclavo.

Ed.—¿Regresar puedo acaso y lo más pronto?

Yoc.—Claro que puede, pero, ¿por qué con tanto anhelo su presencia?

Ed.—Oh, mujer, me temo que he hablado demasiado. Quiero verlo a toda costa.

Yoc.—Vendrá, seguramente, pero, oh príncipe, ¿acaso no me rezco saber qué te atormenta?

Ed.—¿Cómo negártelo? Mi angustia es tal hoy que pierdo toda esperanza. Y, ¿qué mejor confidente podría tener que tú para confiarle mis temores y mi angustia en tal infortunio?

Pólipo de Corinto fue mi padre; mi madre, fue Mérope, de la Doria. Era el primero entre los ciudadanos yo allí, hasta una incidencia que bien valía ser atendida, pero con el ardor con que a mí me impresionó. Un hombre en un festín, cuando ya se llegaba a término, ya ebrio él, me dijo que yo era un hijo adoptado por mis padres. Me dio gran desazón esta noticia y apenas pude dominarme ese día. Al día siguiente me puse a urgir en alegatos a mi padre y madre sobre lo cierto o falso del asunto. Se airaron ellos contra el que había proferido tal aserto. Por el momento me dejaron satisfecho. Pero el pensamiento de aquel dicho me punzaba el alma a la continua y más y más se me clavaba en el corazón.

A ocultas de mi padre y de mi madre partí a Pito, y allí Febo nada me respondió tocante a mi pregunta. Pero dio una tremenda profecía, insufrible de oírse. Que subiría yo al lecho de mi propia madre, y de ese trato engendraría yo una prole abominable para todos los hombres, y que yo habría de ser el asesino de mi propio padre. No bien oíeste monstruoso anuncio, me di a la huida, alejándome del rumbo de Corinto, guiado por las estrellas. Irme lejos, muy lejos, donde estos vaticinios no pudieran cumplirse: tal era mi anhelo.

133

Y así errando llegué hasta el sitio en que tú afirmas que fue muerto el rey. ¡A tí, mujer, toda la verdad he de decirte! Cuando en mi caminata llegué al sitio donde convergen los caminos, dí de manos a boca con un heraldo y luego con una carroza en que era conducido un hombre al correr de los corceles. Un hombre en todo semejante al que tú me has descrito. El heraldo al principio y en seguida el anciano me querían sacar del camino con violencia. Arrebatado de ira yo doy un golpe al que me echaba: Me ve el anciano y queda detenido hasta que yo llegué y cuando estoy a tiro, da contra mí, sobre de la cabeza, furioso azote con su fuede de dos puntas. ¡Cuán caro le costó! Como un relámpago lo hice caer de espaldas con mi bastón que le asesté certero. Quedo en medio del carro. Lo maté al punto y maté a los otros.

¿Qué hombre habrá más infeliz que el que a tus ojos tienes, si aquel extranjero era pariente de Layo? ¿Podrá haber más aborrecible que él a las deidades? Si tal, nadie, nadie, ni ciudadano, ni extraño a esta ciudad podrá acogerme en su casa, ni dirigirme siquiera la palabra. Todos deben echarme de su hogar. ¡Bien veo ya que yo ha poco al maldecir al asesino, me estaba maldiciendo a mí mismo! ¡Yo mismo he decretado mi propia expulsión del país! ¡Yo profano a su propia esposa, cuando la tomo en mis brazos, en estos mismos brazos que a él le dieron muerte...! ¿Puede haber hombre

más infame? ¿Puede existir un ser más colmado de impureza? ¿Huir debo, tengo que ir al destierro... y ya no podré nunca ver a mis seres amados, y ya no podré nunca pisar el suelo de mi patria! ¿Ah, si yo regresara a ella me expondría a contaminar el lecho materno, matar a Pólipo que me crió, que me engendró...!

¡Ah nadie negar puede que un dios nefasto y adverso ha decretado contra este infeliz hombre este cúmulo de desgracias! ¿No, no, oh sacra majestad de los dioses, nunca vea yo ese día! ¿Morir mil veces antes, perderme a la vista de los mortales, antes de ver la mácula horrenda sobre mí!

Corif.—¿Nos aterra, oh príncipe, todo esto! ¿No te rindas, conserva la esperanza: oye primero al criado que ha sobrevivido!

Ed.—Esa es la chispa de esperanza que me resta: oír lo que el pastor diga: fuera de eso, nada.

Yoc.—¿Pero, si viene, qué lograr esperas?

Ed.—Voy a decirte. Si dice las cosas al igual que tú, yo no entro ya en el problema.

Yoc.—¿Y qué palabra mía te ha preocupado?

Ed.—“Forajidos”, dijiste a los hombres que lo mataron. Si el pastor declara que fueron varios, ya no soy yo. Uno no es muchos. Pero si afirma que el asesino viajero era uno solo... ¿probado está el delito que me abruma!

Yoc.—Eso él propaló ante todos. Nadie desmentir puede. Y eso ha repetido siempre la ciudad entera. Todos lo oyeron, no solamente yo. Pero demos por caso que diga algo diferente, nada prueba con eso. El oráculo dijo que Layo moriría a manos de un hijo suyo. Eso afirmó Loxias. ¿Cómo va a ser su hijo el que lo mata, si su hijo había muerto mucho antes? Así que desde ahora nada me importan oráculos, y no deberé atender ni los primeros ni los últimos.

Ed.—Piensas muy bien. Pero, con todos, manda a alguno que traiga acá a ese campesino. Y que no tarde.

Yoc.—Mando por él de prisa. Pero entremos a casa. Basta que a tí te agrade para que yo lo quiera.

Entran ambos al palacio.

Coro.—Est. 1.—¿Haga la Moira que por siempre guarde yo la pureza integral, tanto de obras, como de palabras! ¿Leyes sublimes

que en la altura imperan rijan y hagan que sean rectas todas! En los cielos nacieron y el Olimpo es su único padre. No les dio el ser ningún hombre; no habrá de dominarlas el sueño del olvido. ¡Un dios grandioso en ellas hay: nunca envejece!

Ant. 1.—¿El orgullo excesivo alimenta al tirano! El orgullo, si llega a desbordarse de infatuada grandeza y ya no atiende a lo útil y no lo justo cuida, sube y se encumbra a la altura más elevada, pero desde allí se despeña en un profundo y apretado abismo!

¡Hagan un dios que la ciudad tenga luchas que elevan, combates que dan gloria y jamás de ellos esté falta! ¿Y ese dios mismo sea el auspicio y el guía!

Est. 2.—Pero si hay alguien que, engreído en su orgullo, en palabras o en obras vulnera a la Justicia, desdeña a las deidades en sus templos, ¿venga sobre él la Moira incontrastable que su soberbia abata! El se lo ha merecido, que sólo ansia ganancias criminales, sin retroceder ante el crimen mismo y al sacrilego despojo de los dioses llega y tiende su mano a lo que es intocable.

¿Alguien habrá que pueda jactarse de que, bajo el peso de tales delitos, guardar puede su vida incólume al iracundo azote de los dioses?

Si esa conducta tolerable fuera, ¿qué fin tiene que yo celebre ahora los ritos santos con danzas sacras?

Ant. 2.—¿No ya no habría de ir al onfálico templo que centra la tierra, ni al santuario de Abe, ni al mismo Olimpo, si todos los humanos no se rinden a marcar con su dedo la ruta de lo recto!

¡Oh Zeus, supremo gobernante del cosmos, si tal eres en hecho, como lo eres de nombre, no dejes que a tus ojos el mal se oculte, ni a tu poder inmortal se sustraiga!

¡Por tierra ruedan ahora los oráculos de Layo! ¡Ya nadie tiene a Apolo por digno de honores: todo lo que es divino!

Sale Yocasta con dos criadas que llevan flores, vasos de perfumes, y una corona de laurel y se encamina al altar de Apolo.

Yoc.—Magnates de esta tierra: me vino el pensamiento de ir a los santuarios de los dioses para ofrecer con mis manos estas guirnaldas y estos perfumes. Oprimido de amargura está el ánimo de Edipo en fatal exceso. Ya no tiene tino para discurrir acerca del porvenir, teniendo en cuenta lo pasado. Quien de desdichas hable, ese es el que lo domina.

Nada pueden con él mis exhortaciones, por esto acudo a ti, oh Licio Apolo, como que eres el sostén nuestro tan cercano. Vengo en plegaria a ti, traigo estas ofrendas y estos anhelos. Que haya una purificación de toda mácula. Perdidos en un mar de zozobras y temores estamos todos al ver destrozado por el pavor al que de esta ciudad rige el gobernalle.

Llega un mensajero.

Mens.—Señores, ¿me diriais en dónde se halla el palacio de Edipo rey de esta tierra? Y, mejor ciertamente, en dónde se halla él mismo. Lo sabréis acaso.

Corif.—Este es el palacio y él dentro se halla, oh extranjero; esta dama que miras, madre es de sus hijos.

Mens.—¡Feliz sea siempre y con felices viva, ya que es tan perfecta consorte de aquél!

Yoc.—¡La felicidad para ti, extranjero: tu fineza lo exige! Pero, di, ¿a qué vienes? ¿Qué noticias reportas?

Mens.—¡Dicha para esta casa y también a tu esposo, oh señora!

Yoc.—¿De dónde vienes? ¿Qué es lo que dices?

Mens.—Yo vengo de Corinto. Lo que voy a decir te será grato. Acaso un poco triste...

Yoc.—¿Qué puede ser? ¿Cómo tiene doble eficacia?

Mens.—Hacerlo rey de la tierra del Istmo han convenido los habitantes. Así se supo allí.

Yoc.—¿Qué pues? ¿Ya no reina Pólipo?

Mens.—No. La muerte reina en él ya en su tumba.

Yoc.—¿Qué dices! ¿muerto es Pólipo?

Mens.—Si no digo verdad, el muerto sea yo.

Yoc.—¡Esclava, pronto, corre, comunica al rey estas noticias!

Sale una criada.

¡Oh designios de los dioses! ¿Cuán ocultos sois! Temeroso de

matar a ese hombre ha tiempo Edipo huyó de su patria, y ahora ese hombre ha muerto, rendido a su destino, no por mano de su hijo.

Llega Edipo.

Ed.—¡Oh mi mujer amada, Yocasta noble ¿a qué me haces venir fuera de casa?

Yoc.—Oye qué dice este hombre y observa al oírlo en lo que vienen a quedar los oráculos divinos.

Ed.—¿Ese quién es? ¿Qué me dice?

Yoc.—Proviene de Corinto: trae la noticia de que tu padre Pólipo ya no existe. Muerto es.

Ed.—¿Qué dices, extranjero? Tú mismo decláramelo.

Mens.—Declarar debo, en principio exactamente. El sucumbió a la muerte.

Ed.—¿Fue por traiciones? ¿Fue por enfermedad?

Mens.—¡A viejos cuerpos leve peso rinde!

Ed.—La enfermedad, según entiendo, pudo acabar con él.

Mens.—Y la edad larga que sobre él pesaba.

Ed.—¡Vaya, vaya, mujer!, ¿aún habrá quien dirija la vista al pítico santuario, o al vuelo de las aves y sus graznidos? Proclamaban que yo habría de matar a mi padre: ¡Muerto ya, reposa bajo tierra! ¡Y yo acá lejos ni siquiera he tocado el acero! ¡Ah...! ¿y si murió de pena por estar yo ausente? ¡Eso también hubiera sido darle muerte! Una cosa es segura: Pólipo ya está en el Hades y se llevó consigo como carga los pretendidos oráculos.

Yoc.—¿Qué tiempo ha que te lo estoy diciendo!

Ed.—Lo decías, pero yo estaba cautivado por el temor.

Yoc.—Desde ahora es preciso no poner en ellos nunca el pensamiento.

Ed.—¿Y el lecho maternal no ha de temerse?

Yoc.—¿Qué ha temer el hombre, si está bajo el dominio de los hados? ¿Si nada con certeza puede prever? Lo mejor es vivir sin preocuparse, cada uno como pueda. Además, ¿por qué angustiarte por bodas con la madre? ¡Muchos las tienen: en sueños se unen maritalmente con sus madres! Pasa mejor la vida quien de estas necedades hace burla.

Ed.—Bien aprobará todo lo que dices, si no estuviera viva la que me dio a luz. Pero como vive, fuerza es que todo yo lo tema, por bien que tú hables.

Yoc.—¡Buen argumento...! ¿qué me dices de tu padre en el sepulcro?

Ed.—Bueno, consiento; ¡pero ella vive y temo...!

Mens.—¿De qué mujer estáis hablando tan temida?

Yoc.—De Mérope, anciano, la esposa de Pólipo.

Mens.—Y, ¿por qué ha de inspiraros esos temores?

Ed.—Por un divino oráculo espantoso.

Mens.—¿Cabe decirse? ¿Ha de guardarse en secreto?

Ed.—Oh no. Pues declaró Loxias un día que yo habría de casarme con mi propia madre y enrojecer mis manos con la sangre de mi padre. Es tal la causa de que yo viva lejos de Corinto y ha mucho tiempo. Buena ha sido mi suerte, pero ¡es tan dulce ver de nuevo los ojos de sus padres de uno!

Mens.—¿Por sólo esos temores andas desterrado de tu patria?

Ed.—¡No quiero, anciano, ser asesino de mi padre!

Mens.—¿Por qué, señor, no ha acabado tu ansiedad? De buena gana vine para serte provechoso.

Ed.—Cierto y tu recompensa será digna.

Mens.—¡Lo que más me movió a que viniera es la esperanza de que a tu lado yo sacara en mi tierra gran ventaja!

Ed.—Es que no he de volver a casa de mis padres.

Mens.—Ay, hijo mío... bien se percibe que no te das cuenta de lo que estás diciendo.

Ed.—¿Cómo, anciano? ¡Por los dioses, decláramelo!

Mens.—Si por esa razón temes tornar a tu hogar...

Ed.—¡Sí: temo que resulte verídico Febo!

Mens.—¿Macularte recelas con volver a tus padres?

Ed.—Eso, anciano; ese es el temor que me obsesiona.

Mens.—Debes saber, entonces, que sin razón lo temes.

Ed.—¿Cómo que no? ¿No soy yo su hijo acaso?

Mens.—Nada tuyo era Pólipo en cuanto al linaje.

Ed.—¿Qué dijiste? ¿No era él quien me engendró?

Mens.—¡Tanto te dio la vida como yo!

Ed.—¿Cómo? ¿No eres extraño, no era él mi padre?

Mens.—Ni te engendró él, como no te engendré yo.

Ed.—¿Hijo me llamó siempre; hijo, cómo no serlo?

Mens.—Mira, príncipe: tú fuiste un don que mis mismas manos le hicieron.

Ed.—¿Y cómo había de amarme tanto, siendo hijo de otro?

Mens.—Es que estaba antes dolorido por no tener hijos.

Ed.—¿Cómo me diste? Tú me habías comprado? ¿Me encontraste acaso?

Mens.—Te encontré en un boscoso vallecito del Citerón.

Ed.—¿Por qué andabas por esos parajes?

Mens.—Apacentaba mis rebaños remontados.

Ed.—¿Eras pastor, entonces, y andabas trashumando por un salario?

Mens.—¡Ah hijo, y fue entonces cuando pude salvarte la vida!

Ed.—¿Qué mal sufría yo cuando tú me tomaste?

Mens.—Tus pies ahora pueden rendir el testimonio.

Ed.—¡Ay de mí, cierto es; deformados los tengo... y de mucho tiempo atrás, ¿cómo lo explicas?

Mens.—Yo te quité unos garfios que tus pies traspasaban.

Ed.—¡Ah dolorosa ofensa de mi infancia: aún conservo las señales!

Mens.—¿De esa triste eventualidad te dieron nombre!

Ed.—Di, por los dioses, ¿mi padre, mi madre quiénes fueron?

Mens.—Eso no supe. Tiene que saberlo el que te entregó a mí.

Ed.—¿Luego de mano de otro me tomaste? ¿No me tomaste tú?

Mens.—No. Otro pastor te entregó a mí.

Ed.—Y, ¿ese quién es? ¿No puedes dar más clara la noticia?

Mens.—Uno de los de Layo, era su nombre.

Ed.—¿Del rey que señoreaba en esta tierra?

Mens.—Muy cierto. De él era un pastor.

Ed.—¿Vive aún? ¿puedo verlo?

Mens.—Eso, mejor que yo, lo sabréis vosotros (al Coro).

Ed.—¿Hay entre los presentes quien conozca al pastor? ¿Vive en los campos o se aloja en la ciudad? Dadle a entender que llegó la hora de aclarar todo esto.

Corif.—Pienso que no es distinto del que ha tiempo pedías que se presentara. Pero aquí está Yocasta. Ella lo diga.

Ed.—Mujer, tú sabes si es el mismo el que ha momentos quería llamar, ¿ese es el que dicen?

Yoc.—¡Sea o no sea, qué? Deja en paz todo. Ningún caso hagas de cuanto aquí se ha dicho; no pienses en tonteras.

Ed.—Pues no: llega el momento. Con tales signos definir yo quiero lo que a mi origen toca.

Yoc.—¡No, por los dioses...! Si amas tu vida, no lo intentes. ¡Basta ya de dolores!

Ed.—No temas, no receles. Aunque resulte yo tres veces esclavo, de tres esclavos descendiente, nada te agravia a ti.

Yoc.—No prosigas, te ruego: convéncete!

Ed.—No quedo convencido, si no aclaro hasta no saber la verdad.

Yoc.—Te doy lo que es discreto, te digo lo mejor.

Ed.—Eso mejor que dices me exaspera hace tiempo.

Yoc.—¡Ay, infeliz, que nunca descubrieras quién en verdad eres!

Ed.—Vaya uno luego y traiga a ese pastor. Ella, quede gloriosa en su riqueza y en su linaje altivo.

Yoc.—Ay, ay, infeliz una y mil veces. ¡Ya para tí no tengo otro nombre! ¡Eso para siempre y por vez última...!

Yocasta se mete al palacio violentamente.

Corif.—¿Qué pasa, Edipo? ¿Por qué la señora, plena de amargo encono, súbitamente huye? ¿Ese silencio en que ahora se encierra puede estallar en males!

Ed.—¡Estallen los que fueren! ¡Tengo que requerir sobre mi origen, por misero que sea! Ella se cree rebajada porque me juzga de baja estofa. ¡Como mujer, siempre lo excelso sueña! Hijo soy de la Suerte, la Suerte generosa que tanto bien me ha dado, ¿cómo avergonzarme de ella? De esa madre nací. Los años mis hermanos han hecho de mí, a un tiempo, un pequeño y un grande. De tal modo nacido, no quisiera ser otro del que soy. Saber de quién procedo no mudará mi ser.

Coro. Est.—Si vidente soy y en verdad soy listo, yo juro por el Olimpo que mañana en el plenilunio he de celebrarte, oh Citerón,

como cuna de Edipo, y más: como su padre y su madre. Han de danzar allí los coros por los dones que a mi rey hiciste. ¡Oh Febo el aclamado con alaridos, has que sean gratos a ti estos deseos!

Ant.—¿Quién, hijo, entonces, quién te dio a luz? ¿Quién de las Ninfas que no mueren, fecundada por Pan, que las montañas cruza errabundo, y ella lo hizo tu padre? ¿O alguna amada de Loxias: para él todos los campos y los prados le son muy gratos? ¿O fue el señor que en Cilene domina? ¿O fue Baco divino que las cumbres habita el que te obtuvo, traicionero y sagaz, de mano de una Ninfa del Helicón, él que en las montañas con las Ninfas se entrega a salaces juegos?

Llegan dos esclavos conduciendo al viejo pastor.

Ed.—Fuerza es que lo suponga, ancianos; yo jamás he visto, al pastor que ahora veo. Debe ser el que espero. Igual es en vejez a este mensajero. Los que lo traen son mis servidores. Pero tú mejor que yo puedes saberlo: lo habrás visto hace tiempo.

Corif.—Tenlo por cierto. Lo conozco bien. Sobre otro alguno era pastor fiel a Layo.

Ed.—Ahora te pregunto a tí, mensajero de Corinto, ¿de éste hablabas?

Mens.—El es. Lo ven tus ojos.

Ed.—**Al recién venido:** Ahora tú, anciano. Mirame aquí y responde lo que yo te pregunte. ¿Fuiste de los siervos de Layo?

Siervo.—Siervo y no adquirido. En su casa nació.

Ed.—¿En qué tareas te gastabas la vida?

Sier.—Lo más de mi vida se me fue en pastorear.

Ed.—¿Y en qué región principalmente tenías tus apriscos?

Sier.—En el Citerón algunas veces; otras en lugares diferentes.

Ed.—Y a este hombre que hoy miras, ¿lo viste alguna vez? ¿lo conociste?

Sier.—¿Haciendo qué? ¿Qué hombre dices?

Ed.—Al que miras ante tí. ¿Trataste con él alguna vez?

Sier.—Puede ser... los recuerdos son lentos en venir.

Mens.—Oh rey, nada te asombre. Yo con prudencia voy a despertarle los recuerdos. Bien sé que tiene en la memoria cómo en aquel remoto tiempo en las laderas del Citerón andábamos juntos, él con sus dos rebaños y yo con uno. Fue tres veces que pasamos el estío en esa región, y cada vez, seis meses, desde la primavera hasta el día en que inicia su viaje el Arturo. Cuando llegaba el invierno, él se iba a los apriscos de Layo y yo me iba a mis propios rediles. ¿Es así o no, tú, como lo he dicho?

Sier.—Dices verdad... mas, ¡pasó tanto tiempo!

Mens.—Un paso más: ¿recuerdas que en cierta ocasión me diste un niño, para que yo lo prohijsara como mío?

Sier.—¿Y eso a qué? ¿A qué fin van tus historias?

Mens.—Ese es el punto. Amiguito, ese niño de entonces... es este rey.

Sier.—¡Desgraciado, te callas o te pego!

Ed.—Anciano, ¡quieto: tus palabras son las que habrían de azotarse, no él!

Sier.—¿Qué, oh el mejor de los reyes, en qué te ofendo?

Ed.—Nada dices del niño por quién te preguntan...

Sier.—¡Ese habla sin tino, y además se esfuerza en vano!

Ed.—¿No hablas de buena gana? ¡Hablarás entre lágrimas!

Sier.—¡Oh por los dioses...! ¿a un viejo hacer violencia?

Ed.—Pronto. Las manos a la espalda y bien atadas.

Sier.—¡Ay desdichado de mí... ¿por qué, por qué? ¿Qué es lo que saber quieres?

Ed.—¿Le diste el niño de quien se está hablando?

Sier.—Lo dí... ¡mejor me hubiera muerto en ese día!

Ed.—Pero morirás hoy, si no hablas lo que debes.

Sier.—¡Mal por doquiera; si hablo, también muero!

Ed.—Ese hombre, bien se ve, quiere escabullirse.

Sier.—No y no. Ya lo digo. Yo lo dí. Lo dije ha poco.

Ed.—¿De dónde lo tomaste? ¿era tuyo o ajeno?

Sier.—Mío ciertamente no: de otro lo recibí.

Ed.—¿De qué ciudadano? ¿De qué hogar?

Sier.—¡Por los dioses, oh rey, ya no preguntes más!

Ed.—Perdido estás, si vuelvo a preguntarlo.

Sier.—¡Nació en casa de Layo!

Ed.—¿Era un esclavo? ¿Era del rey pariente?

Sier.—¡Ay de mí... me abismo en el espanto, si pienso en que lo diga!

Ed.—Y yo también, si lo oigo. Pero debe oírse.

Sier.—¡Se decía que era hijo de él... Nadie mejor pudiera declarar lo seguro que tu esposa que está dentro!

Ed.—¿Luego ella te lo dio?

Sier.—¡Eso, oh rey!

Ed.—¿Y para qué fin?

Sier.—¡Que yo lo aniquilara!

Ed.—¿Al que dio a luz? ¡Infame!

Sier.—Temerosa de oráculos divinos.

Ed.—¿Cuáles?

Sier.—Se afirmaba que él tenía que dar muerte a su padre.

Ed.—¿Por qué, entonces, lo diste a este anciano?

Sier.—¡Me sentí lleno de lástima por el niño, oh rey! Yo tuve la certeza de que él lo llevaría a su país de donde era. Pero él le salvó la vida. Hizo muy mal. Si eres tú en verdad el que él dice, ¡sabe que eres el más desdichado de los hombres!

Ed.—¡Ay, ay... ¡Todo resultó verdadero! ¡Oh luz: es la vez última que te miro! Bien probado quedó que yo soy hijo de quien nacer no debiera. Me uní en nupcias con quien era ilícito. Y dí la muerte al que nunca matar podría.

Entra fuera de sí al palacio.

Coro. Est. 1.—¡Ay raza de mortales: nada en vosotros veo sino una nada que vive en un instante!

¿Hay algún hombre, hay algún hombre que logre un grado acaso de la felicidad? ¡Todo es una apariencia: brilla, se alza, reluce y se abisma en las sombras para siempre!

¿Eres un paradigma de la vida humana, Edipo sin ventura: cuando veo el fin de tu fortuna, ¿cómo llamar podría feliz a alguno de los mortales?

Ant. 1.—¡El, que voló tan alto; él, que dominó fortunas y riquezas; él que feliz se creyó...! ¡Sí, Zeus, él había acabado con la doncella mágica de curvas garras, él logró mantener nuestra ciudad como una fortaleza que desafía a la muerte!

¿Edipo, yo te proclamo, yo te alabo y bendigo, tú nuestro rey has sido, y en esta Tebas augusta tienes la mayor fama!

Est. 2.—¡Y ahora, ¿quién más mísero, quién con mayor abrumadora carga de infortunios? ¡En un punto de la cumbre de la dicha, precipitado al abismo de la infamia y el dolor!

¿Edipo amado y grande...! ¡Posible fue: en el mismo tálamo entró el padre y el hijo por puerta de desdichas! ¡Un puerto fue para ambos el mismo regazo! ¡Y el seno de una madre por largo tiempo pudo tenerte a ti en amor, habiendo de él salido!

Ant. 2.—El tiempo todo mira y todo lo descubre. El solo abominar pudo una boda que no era boda, sino sacrilegio. En un mismo nudo estuvieron el padre y el hijo. El que recibió vida, en la misma mujer que se la había dado, sembró también la vida.

¡Ay, ay, raza de Layo... nunca te conociera, nunca en tus ojos hubiera yo puesto los míos! ¡Lamentos y ayes, gemidos y llanto... ¡nada más, sino eso me queda!

Decir lo justo debo: tú enalteceste mi cabeza, y tú también la abates hasta el polvo. Tú mis ojos ahora para la dicha cierras.

Sale del palacio un siervo.

Sier.—Nobles, magnates sin igual de esta tierra... ¡Vais a ver lo que nunca, vais a oír lo que jamás pensasteis ver y oír! ¡Duelo y llanto sin freno tendréis que levantar, si seguís fieles a la raza de Lábdaco!

Pueden el Istro y el Fasis unidos en uno verter aquí sus aguas: no lograrán con ellas lavar y extirpar la mácula que este palacio satura. Vais a verla lucir siniestramente y muy en breve. ¡Máculas bien sabidas, máculas voluntarias...! ¿qué hay que más torture que el mal que cada uno con su resuelta voluntad se busca?

Corif.—Dignos de llanto sin término eran ya los infortunios que hemos conocido, ¿qué males nuevos anunciarnos puedes?

Sier.—Decir una palabra será decirlo todo: todo lo sabes: ha muerto la noble Yocasta.

Corif.—¡Ay, infeliz de ella...! ¿quién pudo darle muerte?

Sier.—Ella se la dio misma. De lo más cruel no soy testigo. Pero lo sé por quien lo vio. Tú también saber debes esta amarga desdicha.

Cuando encendida de ira, con frenético paso, entró a las estancias interiores, corrió furiosa al aposento en que el tálamo yace. Mesaba sus cabellos con locura. Entró, cerró, comenzó a dar alaridos. Llamaba a Layo que ha tanto tiempo murió. Hacía memoria del pasado, del hijo que engendraron en nefando día. Ese que al padre habría de dar la muerte; ese que a ella había de hacer que diera como fruto unos hijos que hijos ser no pueden. Y llorando en furor, gritaba al tálamo en donde tuvo un hijo de su esposo e hijos de su hijo.

Tal es la historia. Su fin no lo conozco. Gritó por otro lado Edipo, y ya no pudimos, por ir a él, mirar cómo acababa aquel lamento de desesperada amargura.

Edipo vagabundo por todo el palacio gritaba a voz en cuello que le diéramos una espada, que trajéramos arrastrando a su presencia a esa mujer: mujer, que ya su mujer no era, sino el campo feraz donde él tuvo la vida y por su propia obra la tuvieron sus hijos. Tal era su frenética locura rabiosa que un dios, hay que pensarlo, empujaba sus ímpetus, regía sus pasos.

De repente alzó más la fuerza de su grito y, como si alguno lo empujara, se abalanzó contra la puerta de la cámara nupcial. Rompió el cerrojo, quebrantó las tablas, rajó la aldaba y se precipitó dentro del cuarto...

Allí estaba la reina suspendida y ondulando en la cuerda atada por el nudo que ella misma formó. Ahorcada, ahorcada por sus manos mismas.

La mira el rey, lanza dolientes gritos, suelta la cuerda, y el cuerpo cae por tierra dando un tumbo ruidoso. ¡Ay, dolor, ay dolor, lo que miramos! Dos broches de oro tenía ella en su ropaje. Los arrebató Edipo y con veloz empuje se los clava en sus mismos ojos, mientras exclamaba:

“¡Ojos, no veréis más ni el mal que sufro, ni el crimen que cometo! ¡Dormid la muerte de la noche eterna y las tinieblas podrán defenderos de ver lo que no quise ver jamás, y tampoco aquello que tan anheloso ver ansiaba!”

Mil veces repitió tales lamentos, y, entre tanto, se abrían ensangrentados sus párpados y su sangre escurría entre la barba y las mejillas, y él alzaba las manos en convulsión tremenda. Bien en breve la sanrge, de roja se tornó en negra, que como capa de ignominia se apelmazó a su rostro.

¡Así en un punto a dos azota la desgracia: común era su crimen, común fue su infortunio: el varón y la mujer en el mismo abismo rodaron juntamente! ¡Ayer la dicha, para los dos unidos, dicha que parecía ser verdadera en sumo grado: hoy la desventura, el gemido, la muerte, la ignominia, la desdicha, sin nombre y sin medida... todo infortunio se reunió en ellos, sin que uno solo falte!

Corif.—¿Tiene ahora el infortunado alguna liberación de sus males?

Sier.—Con grandes voces clama que las puertas sean abiertas y que entre alguno y traiga ante todos los descendientes de Cadmo al patricida y al de su madre... ¡Ah, yo decir no puedo los horrendos dicitrios que él profiere! Habla como quien se dispone a ir al destierro, y que ya vivir no puede bajo este techo que él mismo colmó de maldiciones. Inválido quedó, y necesita un apoyo y un guía. ¡El negro mal que cayó sobre él nadie podría soportarlo!

Vas a verlo al momento. Ya las puertas se abren, ya los cerrojos suenan. El espectáculo que ofrece a los ojos es tal que, aun el peor enemigo tendría que verter lágrimas.

Sale Edipo apoyado en un paje, con toda la cara llena de sangre y va trastavillando hasta llegar a la escena.

Coro. Corif.—¡Tremenda vista que se ofrece a los hombres... la más terrible que pude ver en mi vida...! ¡Infortunado!, ¿qué locura se apoderó de tí? ¿ué maléfico numen se echó en furioso ímpetu salvaje en tu contra, ya cuando estás caído bajo el azote implacable de la Moira?

¡Ay, ay, infortunado, si ni siquiera verte puedo cara a cara, cuando estoy tan ansioso de decirte tanto y de preguntar tantas cosas, de examinarte detenidamente: tal es el temblor pavoroso que en mí produces!

Ed.—¡Ay, ay, ay... infeliz soy! ¿A qué rumbo de la tierra habré de huir en mi desdicha? ¿A dónde dirigir mi voz, que no quede perdida en la sombra del silencio? ¡Ah numen maligno a qué punto llegaste!

Corif.—¡Tremendo para verlo, tremendo para oírlo!

Ed. Estr. 1.—¡Oh tinieblas, oh de engañosos giros negra nube, sobre mí te agravas, no puedo resistirte, y todo me trituras y haces polvo!

¡Ay de mí, ay de mí: otra vez que punzante aguijón de tortura has penetrado en mi agudo, recuerdo de mis males!

Corif.—¡Quién asombrarse puede que, perdido en ese oleaje de infortunios hoy, de doble desdicha te sientas herido: la que padeces y la que recuerdas!

Ed. Ant. 1.—¡Ay, amigo tú, el único me restas, y aún a mi lado perseveras! ¡Aún llegas a ser tolerante con un pobre ciego!

¡Ay, ay, aunque verte no puedo, tu voz muy bien conozco: no es posible dejarte en el olvido!

Corif.—¡Horrible es lo que hiciste! ¿Cómo osaste destruir tus pupilas? ¿Qué maléfico numen avasallador pudo?

Ed. Estr. 2.—¡Apolo fue, Apolo, amigos, quien funestos, sí, funestos infortunios hizo míos, muy míos! ¡Pero mi propia mano, esta mi mano, los descargó sobre mí mismo, desdichado! ¿Por qué había yo de ver, si para el que ve, nada dulce había que ver pudiera?

Corif.—¡Tal cual lo dices es!

Ed.—¿Qué ver había para mí que fuera amable? ¿Qué había que oír que placer me diera, amigos míos?

¡Sacadme ya de aquí... pronto, muy pronto! Al monstruoso enemigo abominable, a los dioses el más aborrecible, a los hombres el más funesto, echad fuera de aquí!

Corif.—¡Maldito al igual por tu infortunio que por haberlo conocido: cómo anhelara yo que no lo hubieras sabido jamás!

Ed. Ant. 2.—¡Hubiera perecido aquel que un día me levantó del prado y desprendió los garfios que sujetaban mis pies, y en esta forma me arrancó a la muerte y me dejó vivir! ¡Favor funesto que hacer no debiera!

¡Hubiera entonces muerto yo, y no fuera lo que soy hoy: tortura de mí mismo y de los míos!

Corif.—¡Ese al igual fuera mi anhelo!

Ed.—¡No a mi padre jamás matado hubiera, ni fuera para los hombres el desposado con quien le dio el ser!

¿Qué soy ahora? ¡Un hombre sin los dioses, hijo de los impíos, el que engendró otros hijos, nacidos del mismo seno del que él había nacido!

¡Y si algún mal existe, más antiguo y horrible que estos males, ese tiene que ser herencia de Edipo!

Corif.—No sé cómo juzgar tu acción rectamente. Mejor fuera que hubieras muerto y no que vivas ciego.

Ed.—No me digas que estuvo mal hecho lo que hice y ya no trates de hacerme reflexiones. ¿Para qué eran mis ojos, si al bajar al Hades, encontraba a mi padre y a la desdichada madre mía, podría ver acaso, con esos ojos, su propio semblante? ¿Yo con crímenes que exceden a aquellos que se pagan con la horca? ¿Eran acaso esos ojos para ver a los hijos que nacieron en esta forma execrable? ¡No, estos mis ojos ya no podrán ver nada de eso! ¡Yo mismo he hecho imposible esta vista, yo, que fui el más excelente hombre de Tebas, cuando puse la ley de que todos echaran de sus hogares al malvado, al que los dioses declaraban infame, al que era hijo de Layo! ¿Podría ver a los ciudadanos con ojos inmutables, yo que con mis crímenes arrojé la peor mancha sobre ellos? ¡Nunca jamás! ¡Ojalá que de igual modo hubiere yo podido tapiar mis oídos, fuente por donde fluyen los sonidos al alma! ¡De esta manera, ni oyera

voces, ni contemplara la luz...! ¡Dulce es para la mente vivir sin el contacto de los infortunios de afuera!

¡Oh, Citerón, ¿por qué me acogiste? ¿por qué, si me recibiste, no me mataste al momento, para que nunca jamás revelara a los hombres de dónde había yo procedido!

¡Oh, Pólipo, oh Corinto y aquella antigua casa que llamé pater-na, aunque sólo fuera de nombre... nutristeis en mí una hermosura, bajo la cual iba medrando un maligno tumor de maldades: se abrió el tumor y he venido a ser descubierto el más infame de los infames!

¡Oh tres caminos, oh secreto valle y el encinar que ciñe los tres caminos que convergen! ¡Vosotros visteis caer la sangre que era la de mi padre y la que bebisteis ávidos! ¡Ya olvidasteis lo que ante vosotros hice? ¡Y sabéis lo que hice, cuando acá llegar pude?

¡Ah, bodas, bodas... de vosotras floreció mi vida y luego en nuevas bodas por mí la disteis a otros! Y el mundo mirar pudo en nefanda mezcla padres, hermanos, hijos todos un mismo ser a un tiempo, y vírgenes, esposas, madres unidas en una sola... lo más infame que los hombres vieron! ¡Pero no ha de decir el hombre lo que no le es lícito hacer!

150

Una vez más lo imploro: haced lo que os pido, con la mayor pri-sa llevadme a un sitio oculto, dadme la muerte, arrojadme a los ma-res, o a un sitio tan lejano, donde los hombres no puedan volver a verme. ¡Por los dioses, lo imploro, y haced la gracia de tomar a un infeliz...! Nada temáis: no hay nadie que pueda acumular el peso de tantos males. El único soy yo.

Corif.—Llega oportuno para oír tus ruegos Creón. El te dará el consejo y la ayuda que requieres. El queda como único guardián de esta tierra, cuando tú has faltado.

Llega Creón con personas de la ciudad.

Ed.—¡Ah, misero de mí!, ¿qué decir puedo a este? ¿Podrá con-fiar en mí, cuando tan duramente me mostré cruel con él?

Cr.—¡No he venido, oh Edipo, para hacer mofa de tu infortunio, ni menos para reclamarte por tus dicterios de hace poco. (A los que vienen con él): Ahora vosotros: si no acatáis a los hombres, respec-tad siquiera la sagrada luz del Sol que todo llena de vida. Cubrid, ocultad ya esa mácula que ni la tierra ni la santa lluvia, ni la luz de los cielos puede sufrir. Cuán pronto podáis, metedlo al palacio. Sólo los de una familia pueden ver y oír sin baldón los males de los miem-bros de ella.

Ed.—Por los dioses te ruego que me oigas: contra toda espe-ranza has hecho morir mis congojas, oh tú el mejor de los hombres, ante el más infeliz y detestable de todos los mortales. Atiende a lo que diga: no es para mí, sino para tí el bien.

Cr.—¿Qué es lo que anhelas con tanta insistencia?

Ed.—¡Lo más pronto que puedas échame de este país... vaya yo a dar tierras donde ningún mortal hablarme pueda!

Cr.—Lo haría yo, si antes no fuera necesario consultar a un dios qué debo hacer. Tenlo por cierto.

Ed.—¿De un dios? ¡Pero él ya publicó su dictamen: morirá el patricida, morirá el impío! ¡Yo, que perdido estoy!

Cr.—Tal fue su fallo, cierto. Pero en la tremenda situación en que estamos, deber es preguntar cuál ha de ser la forma de conducta.

Ed.—¿Y así por un desdichado harás aún consultas a los dioses?

Cr.—Sí, porque tú también conocerás con certeza qué disponen los dioses.

Ed.—Quedo convencido. Pero voy a rogarte ahora que tengas en cuenta mis últimos deseos.

Allá en el interior de este palacio, está ella tendida, yerta por la muerte: haz las exequias que a tu afecto te sugiera. Dale un se-pulcro. Es tuya. Cumple con tus deberes.

Y, por mí, por mí, ¿qué? Que nunca, mientras viva, mi patria tenga la ignominia de que yo habite dentro sus murallas. Pero deja que viva en las montañas. En ese Citerón, que fue la cuna y hoy ha de ser la tumba de Edipo. ¿No en vida me lo asignó mi padre, consintiendo en ello mi madre? ¿Que allí me maten muertos, ya que vi-viendo yo, matarme intentaron! ¿Qué bien lo sé: habrá dolencia, no habrá infortunio alguno que acabe con mi vida... ¿no hubiera muer-to entonces, cuando infante, si el destino no me tuviera señalado para ser el más desdichado de los hombres en su mayor infamia? ¡Obre la Moira en mí como le plazca!

Ahora mis hijos: Creón, no te afanes por ellos. Varones son for-mados: ellos miren que necesiten, de dónde sacan viva. Pero mis hi-jas... ¡Ay mis dos infortunadas hijas... Jamás el pan comieron sin que yo en la mesa junto a ellas estuviera, que tenían a gloria y dicha comer del mismo plato la parte que les dejaba yo... ¡Cuidalas, ama-

151

las, defiéndelas! Último favor pido: deja que yo las toque con mis manos, deja que por vez final las acaricie y que lllore sobre ellas por nuestros infortunios. ¿No eres un noble príncipe, nacido de un linaje sin mancilla? ¿Deja que vengan ellas y mis manos las toquen como antes... Me haré la ilusión de que las veo...!

Se oye en el interior llanto de niñas.

¿Qué es, qué es? ¡Ah, por los dioses: oigo llorar... ¿son mis dos hijas? ¿No me oyó Creón? ¿No me tiene lástima y me envía lo más amado? ¡Mis dos hijas! ¿Es verdad lo que digo?

Cr.—Dices bien. Yo soy quien te las trae. Un ligero consuelo para tí que las amabas tanto.

Llega Creón trayendo a las dos niñas.

Ed.—¿Tuya la dicha sea y que los númenes malignos contra tí no se ensañen y te hagan siempre prosperar!

¡Hijas, hijitas mías, ¿en dónde estáis? Acercaos a estas manos hermanas de las vuestras. Debéis el don a ellas de gozar de esos ojos. Estos ojos hoy muertos, os dieron los ojos, sacados de la misma fuente de donde yo había salido. Ciego estaba ya entonces, y no supe lo que hacía.

Llorar es mi consuelo, cuando ya no puedo veros; llorar por el destino cruel que os han de dar los humanos. Vida amarga ha de ser la que os espera. ¡Ir a reuniones de la ciudad, tomar parte en una fiesta universal, intentar asistir a un espectáculo... ¡no, ya no! De todo eso seréis excluidas.

Y ha de llegar el día en que esperéis la mano que os conduzca al tálamo nupcial. No habrá ninguna. ¿Qué hombre habrá que se atreva. Ay, hijas mías, quién ha de querer soportar la pesadumbre de destruir su vida, como quedó desecha la de vuestros padres? ¿Falta algún crimen? ¡No, están aquí todos juntos! Vuestro padre asesinó a su propio padre; se unió en maridaje con la misma a quien debía la vida y de esa infausta unión, el fruto sois vosotras! ¡Vosotras que nacisteis de la misma fuente de donde él había brotado!

¿Así ha de haber quien vuestra boda anhele? ¡Nadie, hijas, nadie! Solas para siempre, en perenne y estéril retraimiento iréis llevando a costas el fardo insoportable de vuestras vidas!

Ah, Creón, hijo de Meneceo: tú quedas como el único padre. Ella y yo muertos estamos ya. ¿Dejarás que tus sobrinas vayan por

ese mundo mendigando?, ¿dejarás que sucumban, sin dejar un refoño de su sangre, que es la tuya?... ¡No midas su desgracia al tenor de la mía inigualable! Ten compasión de ellas: niñas y abandonadas, sin otra mano que las pueda apoyar, si no es la tuya.

¿Me lo prometes, Creón? Tiende a mí tu diestra.

Creón da la derecha a su cuñado.

Y, ahora a vosotras, hijas. ¡Si discreción ya por la edad tuviera, qué cosas os diría! Y nada más: impetrad de los dioses vivir en norma austera y moderada y tener un destino menos infausto que el de este padre que os dio mísera vida.

Cr.—Bastó al dolor y al llanto: entra a la casa ahora.

Ed.—He de obedecer, aunque no es nada grato.

Cr.—Todo a su tiempo bueno es.

Ed.—¿Pido antes de marcharme...!

Cr.—Habla, dílo, sabrélo.

Ed.—Destiérrame de esta ciudad.

Cr.—Me estás pidiendo lo que a un dios le toca.

Ed.—Para los dioses soy odioso ha tiempo.

Cr.—¡Ya! Obtendrás lo que has pedido.

Ed.—¿Luego das tu palabra?

Cr.—Lo que yo pienso no lo digo en vano.

Ed.—Sácame ahora de esta casa.

Coro.—¡Vamos: deja las niñas!

Ed.—¡No, no... a ellas no me las quites!

Cr.—¡No quisiera ya hacer en todo tu voluntad: cuando tuviste poder tu vida fue una serie de fracasos!

Salen las niñas hacia el gineceo. Edipo entra al palacio y el Coro inicia su final canto.

Coro.—Habitantes de mi patria Tebas; mirad a Edipo hoy. Fue el más perito en resolver enigmas, pudo llegar a ser el más alto de los hombres. El que lo miraba sentía envidia por su dicha y su altura.

Y ved a qué abismos lo precipitó el ruedo del Destino.

A quien no ha visto aún la luz del final día, jamás le llaméis dichoso. Dejad que vaya al seno de la muerte, sin haber gustado la amargura del dolor de la vida.

FIN

FICHAS DE CONTROL DE LA VI UNIDAD

Ficha No. 1

I.—INSTRUCCIONES.—Después de leer el tema 1 de Sófocles, da respuesta a las siguientes preguntas, escribiendo en cada línea una de las palabras que aparecen en el recuadro.

Edipo en Colono, poeta favorito, Colono,
Eurípides, 406 A.C.

- 1.—Lugar de nacimiento de Sófocles _____
- 2.—Título que la sociedad impuso a este trágico _____
- 3.—Obra con la que Sófocles demuestra su lucidez ante un tribunal _____
- 4.—Continuador de Esquilo y Sófocles _____
- 5.—Año de muerte de Sófocles _____

II.- Instrucciones: Subraya la respuesta correcta.

- 1.- Ejemplo de la sensibilidad que Sófocles tenía hacia la música.
 - a) tocaba instrumentos.
 - b) cantaba como solista.
 - c) dirigía coros de jóvenes.
 - d) componía melodías.
- 2.- Cargo político que alcanzó Sófocles.
 - a) presidente del Tesoro del Imperio
 - b) secretario real.
 - c) ministro de confianza.
 - d) consejero favorito.
- 3.- ¿En cuántas ocasiones venció Sófocles en certámenes literarios?
 - a) 20.
 - b) 24.
 - c) 34.
 - d) 40.

4.- Esposa de Sófocles.

- a) Yocasta.
- b) Clitemnestra.
- c) Dicóstrata.
- d) Efigenia.

5.- Sófocles después de su muerte fue venerado como un ...

- a) héroe.
- b) genio.
- c) dios.
- d) semidios.

Ficha No. 2

I.—INSTRUCCIONES.—Lee detenidamente el tema 2 y luego contesta las siguientes cuestiones.

1.—¿Cómo se le llama al pecado castigado por los dioses o el destino? _____

2.—Menciona algunos cambios que Sófocles introduce en la estructura interna de la tragedia _____

3.—¿Qué otras innovaciones en la tragedia se deben al ingenio de este autor? _____

4.—Anota el nombre de las tres tragedias de Sófocles del "ciclo tebano" _____

5.—¿Qué tragedia pertenece al "ciclo de los atridas"?

6.—¿Qué opinan muchos críticos de la obra literaria de Sófocles?

II.- Instrucciones: Investiga en la biblioteca los siguientes términos. Estudia el glosario.

a) estásimo. _____

b) párodo. _____

c) coro. _____

d) escenografía. _____

e) trilogía. _____

f) tetralogía. _____

Ficha No. 3

I.—INSTRUCCIONES.—Estudia el tema 3 de esta unidad e intenta hacer un breve resumen de lo que entendiste de la Leyenda de Edipo.

Ficha No. 4

I.—Instrucciones.—Lee el tema 4 y de acuerdo a su contenido relaciona las dos columnas anotando en la línea de la derecha el número que corresponda.

- | | | |
|--|--------------|-------|
| 1.—Anciano sabio que era ciego por el que se conoce el origen de Edipo. | Yocasta | _____ |
| 2.—Madre y esposa de Edipo. | Haber nacido | _____ |
| 3.—Revela a Edipo que matará a su padre y que tendrá hijos con su madre. | La Esfinge | _____ |
| 4.—Lugar a donde se dirige Edipo cuando lo expulsan de Tebas. | Tiresias | _____ |
| 5.—Unico delito cometido por Edipo. | Colono | _____ |
| 6.—Presenta un enigma que es descifrado por Edipo. | Oráculo | _____ |
| 7.—Rey de Tebas, padre de Edipo. | Layo | _____ |

158

II.- Instrucciones: Ayudado por tu maestro y tu equipo, responde las siguientes cuestiones tomando como base tu lectura de Edipo Rey.

- 1.—Género Literario. _____
- 2.—Especie Literaria. _____
- 3.—Epoca Histórica. _____
- 4.—Epoca Literaria. _____
- 5.—Forma Rítmica. _____

6.—¿Qué opinas muchos críticos de la pluma literaria de Sófocles?

CREATIVIDAD

Una joven que como tú, estudió con afán de superación constante, logró escribir este poema después de leer esta obra de Sófocles.

EDIPO REY

*Hijo extraño
de tus padres concebido
qu a la muerte
te arrojaron indefenso
por la horrible
profecía que existía
del Oráculo
sobre tu nacimiento*

*Por terrible
ironía del destino
sin saberlo
a tu padre diste muerte
libras a Tebas
del tributo de la Esfinge
rey te aclaman
y la viuda es tu consorte.*

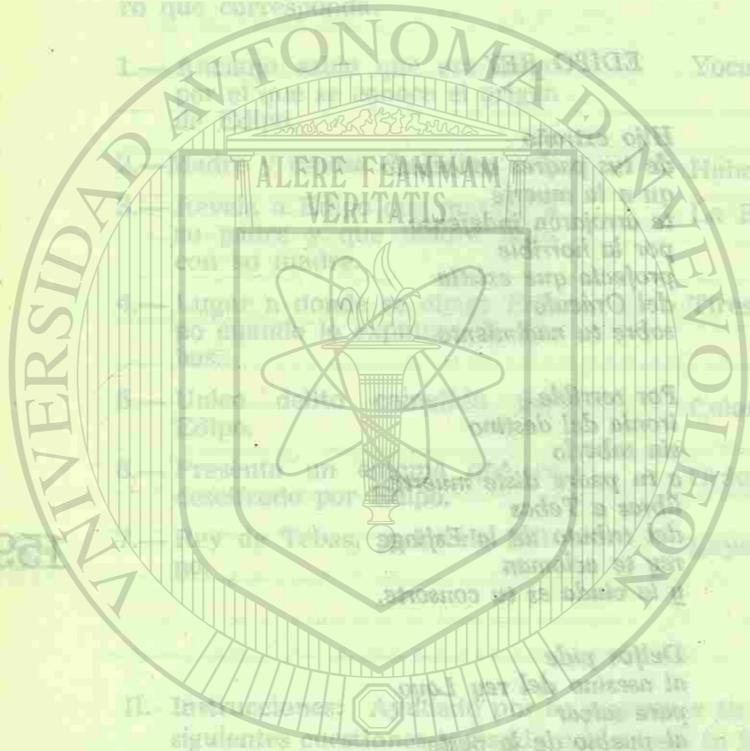
*Delfos pide
al asesino del rey Layo
para salvar
al pueblo de la peste
y al descubrir
Tiresias el enigma
no puedes
soportar tu triste suerte.*

Bertha Laura Rangel N.

159

1. Con el mismo tema ¿podrías realizar un pequeño cuento?
- 2 Te agradaría tener la oportunidad de escribirle a esta tragedia un final diferente. Realízalo.

EURIPIDES

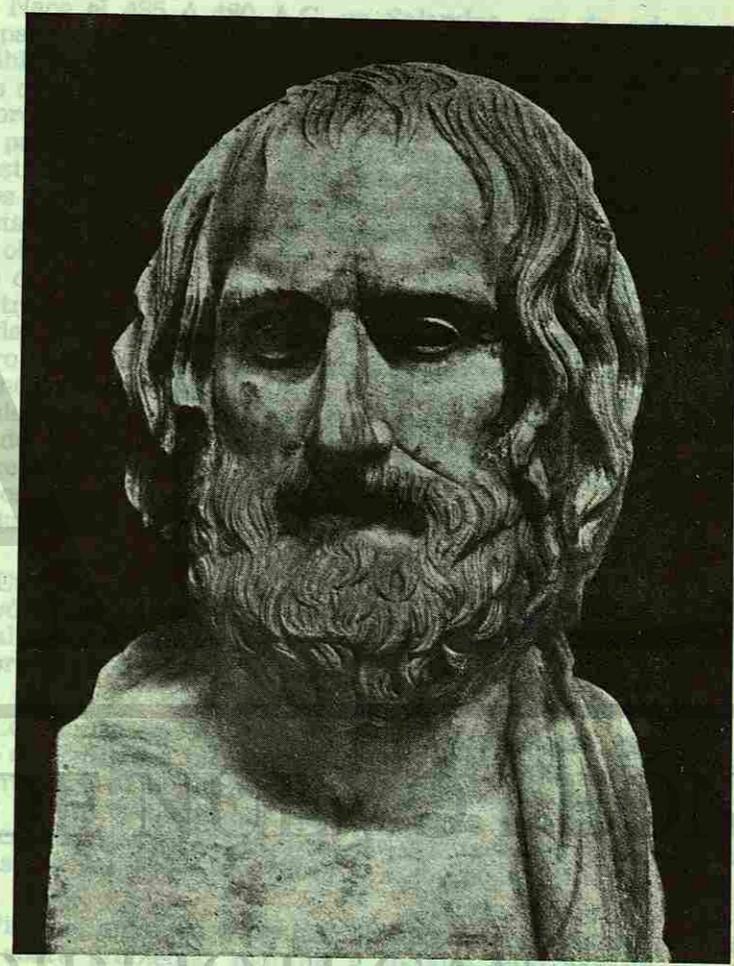


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE TOLUCA

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

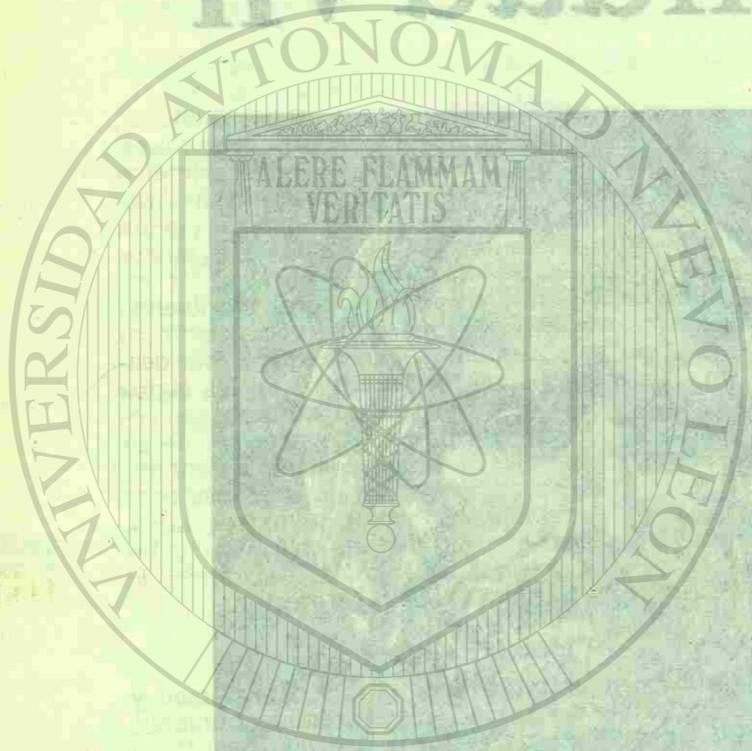
Unidad VII

1.—Vida de Eurípides



Redujo el coro, introdujo niños en la escena y creó personajes femeninos de gran personalidad. Se le considera el poeta del pueblo. Escribió cerca de noventa obras, entre ellas tragedias, comedias y satyras. Temas troyanos y de leyendas.

EURIPIDES



UNIDAD VII

EURIPIDES

1.—Vida de Eurípides

Nace el 485 ó 480 A.C. en Salamina, era de origen modesto; sus padres Mnesarco y Menesarquides eran vendedores de legumbres. Recibió la educación de todo joven ateniense pasando los primeros años de su infancia en una finca de su padre. Fue discípulo de Anaxágoras y compañero de Protágoras y Sócrates. La leyenda cuenta que pasó recluido un tiempo en una cueva de Salamina. Los gustos de este autor lo inclinaron hacia la filosofía y luego hacia el teatro. A los veinticinco años hizo representar su primera obra, escribiendo constantemente aunque sólo obtuvo el premio cinco veces; es raro que obtuviera menos premios que Esquilo y Sófocles pero que después de muerto los haya superado. Eurípides a través de los siglos nos transmite diecinueve tragedias que superan en número las conocidas de los otros dos trágicos. Es probable que la novedad de su teatro y de sus ideas no hallara un eco favorable entre sus contemporáneos; los comediógrafos lo atacaron sobre todo Aristófanes pero al mismo tiempo estimaban demasiado sus obras; tuvo tres hijos, uno de ellos publicó sus obras para beneplácito nuestro. Eurípides muere el 406 A.C. en Macedonia y según la leyenda, fue devorado por los perros al salir de la casa de Arquelao, su protector.

2.—Su obra

Eurípides, acorde a los pensamientos de su época, transformó y renovó la tragedia dando más importancia a las reacciones humanas que al destino. Ya no es éste sino las pasiones, las que dirigen al hombre a un fin fatal.

Los temas son los mismos de sus antecesores; pero los personajes de Eurípides pierden heroicidad y son más humanos. Eurípides investigó al hombre medio, provisto de las más diversas pasiones y en una realidad que llegó a veces a lo vulgar. Fue por esto muy criticado en su época, pero las generaciones siguientes, más influidas por las ideas filosóficas lo comprendieron.

Pinta el amor, la venganza, el odio, la angustia del hombre; escribe sobre problemas morales y sociales muy parecidos a los de nuestra época.

Redujo el coro, introdujo niños en la escena y creó personajes femeninos de gran personalidad. Se le considera el poeta del pueblo. Escribió cerca de noventa y dos obras de asuntos diversos, de temas troyanos y de leyendas.

Se conservan sólo diecinueve: El Cíclope (drama satírico), Alcestes, Medea, Los Heráclidas, Hipólito, Andrómaca, Hécuba, La locura de Heracles, Las Suplicantes, Ion, Las Troyanas, Ifigenia en Tauris, Electra, Helena, Las Fenicias, Orestes, Ifigenia en Aules, Bákides y Reso.

3.—Leyenda de los Argonautas

Jasón, rey de Yolcos en Tesalia fué despojado de su trono por su tío Pelias. Jasón intentó recobrarlo pero su tío le exigió que fuera a la Cólquide a conquistar el Vellocino de Oro, despojo de un carnero sacrificado, custodiado por un dragón y en poder de Ayetes.

Jasón aceptó el compromiso. Mandó construir la nave Argos, de cincuenta remos. Convocó a los mejores jefes y soldados. Reunió a varios héroes famosos entre los cuales se encontraba Orfeo, el famoso poeta y músico de Tracia, quien con su lira y sus cantos había de entretener a los viajeros y los ayudaría a superar los peligros de la expedición.

Medea, hija de Aetes, rey de la Cólquide, sirvió de guía a los argonautas. Hera, por medio de Afrodita, hace que Medea se enamore locamente de Jasón. Como Medea era hechicera sugirió a Jasón los medios de vencer a los toros que custodiaban el Vellocino de Oro; el rey lo conquistó y huyó del país. Medea huyó junto con él y se dirigieron a Tesalia. Ahí Medea convenció a las hijas de Pelias de que rejuvenecieran a su padre pero para vengar a Jasón hace que ellas le den a beber un brebaje hecho de hierbas. El rey muere. Es por esto obligada a abandonar el país y se refugió en Corinto con Jasón. Allí vivió con él donde cobró fama de malvada.

Eurípides tomó el asunto de esta leyenda y escribió Medea. Realiza la lectura del texto y consulta en el glosario o en el diccionario las palabras que no entiendas. ¡Buena suerte!

MEDEA

Escenario

Casa de Medea en Corinto. Palacio de Creón a un lado.

Personas

Creón, rey de Corinto.

Medea.

Su nodriza.

Ayo de los dos hijos de Medea.

Jasón.

Egeo, rey de Atenas.

Un mensajero.

Coro de mujeres de Corinto.

Sale del palacio y va hablando la

Nodriza.—¡Ah, si nunca la nave de Argos llegara a Colcos, pasando entre las Simplégades, que envuelve bruma azul...! ¡Si nunca hubiera en las llanuras del Pelión rodado a tierra el pino enhiesto! ¡Si nunca se armaran los brazos robustos de aquellos héroes que fueron en pos de la presa del vellocino de oro para darlo a Pelias...! Nunca Medea, mi ama, hubiera navegado hacia el país de Yolcos, nunca hubiera ido loca por el amor de Jasón, nunca hubiera sido relegada a Corinto con su esposo y sus hijos, por haber persuadido a las hijas de Pelias a matar a su padre.

Era su anhelo estar siempre en acuerdo con la gente del lugar en que se había refugiado, y tener un solo pensamiento con Jasón. ¡No hay salvación más firme para una esposa que no tener un ápice de divergencia con su esposo!

Pero ahora... ¡ahora! Todo le es enemigo, y la hace perder lo más amado. La traicionó a ella, y traicionó a sus hijos Jasón, enlazándose con una regia boda; se casa con la hija de Creón, señor absoluto de este país.

¡Ah, pobre Medea: sin ventura, en verdad! Cuando se vio vilipendiada, alzó vibrantes voces y recordó los juramentos, la unión de las manos, símbolo sumo de la unión perpetua, puso a los dioses como testigos de esta forma con que Jasón ha pagado su abnegada conducta!

Y ahora está allí tendida... sin alimento, entregado su cuerpo al dolor, agotando su tiempo entero en lágrimas, desde que se dio cuenta de la injusticia de su marido. No alza los ojos, siempre fijos en el suelo. Emula de una roca, émula de las olas que azotan, nada oye, nada entiende de lo que sus amigos quisieran decirle.

De tiempo en tiempo alza su cuello de dolor de nieve y llora en silencio a su padre amado, llora su tierra perdida, llora su casa que ella dejó para seguir al pérfido que ahora la traiciona.

Ahora, por fin, con la experiencia entiende el mal que se hace dejando la tierra patria y el dulce suelo de sus padres: ¡se lo ha enseñado el infortunio. ¡Odia a sus mismos hijos... ni siquiera quiere poner en ellos los ojos!

¿Qué va a hacer? ¡Yo lo temo: algo nuevo proyecta! La conozco. En su ira es arrebatada; no se arredra ante mal ninguno, si lo padece. La conozco y me estremezco... ¿No vaya a ser que ella misma se clave una daga por los hígados? Irá y se tenderá a hurtadillas en su mismo lecho. ¿No vaya a ser que con golpe audaz mate al rey y a su esposo? ¿O acaso una desgracia mayor? Es tremendo su enojo. Quien la halla irritado nunca vencerla puede.

Ah, pero los niños llegan de jugar. ¿qué les importa a ellos el dolor de su madre? Alma de niño dolores no ama.

Llegan los dos hijos de Medea acompañados de un viejo esclavo.

Ayo.—Anciana servidora de mi ama, ¿qué haces aquí a la puerta solitaria, lamentando tus males? ¿Qué pasa, que Medea tolera estar sola sin ti?

Nodr.—Oh anciano que resguardas los pasos de los hijos de Jasón... ¿Qué dura es para los esclavos que comprenden el infortunio que hiere a sus amos! El golpe da en ellos, pero el corazón del siervo lo siente. Tan abatida estoy por mis angustias, que sentí el deseo de venir a contar a cielos y tierra los dolores inmensos de mi alma.

Ayo.—¿Es que la desdichada no acaba de gemir?

Nodr.—Feliz ilusión fuera... comienza apenas... ni al medio ha llegado.

Ayo.—¡Loca... si es que se puede hablar así de los amos... ¡Nada sabe aún de sus nuevos males!

Nodr.—¿Algo hay, anciano? No me lo recates.

Ayo.—Nada. Me arrepiento de haberlo dicho.

Nodr.—Por tu barba lo pido: nada me ocultes, a mí tu consier-va. ¿Hay que callarlo? ¡Callo: nada chistaré!

Ayo.—Algo he oído fingiendo que no oía. Un día me acerqué a la fuente de Pirene, en donde los ancianos jugaban a los dados. Se decía que Creón, el amo de esta tierra, había dispuesto que esta mujer y sus hijos vayan echados fuera de Corinto. Será o no será: yo no lo sé... En cuanto a mí, quisiera que no fuera.

Nodr.—¿Y ha de consentir Jasón en que sus hijos sean así tratados, aun cuando haya perdido la estimación de la madre?

Nodr.—¡Perdidos somos entonces: a viejos infortunios hemos de agregar este nuevo!

Ayo.—Al menos, calla. No es tiempo aún de que la señora lo sepa. Queda tranquila y no chistes palabra.

Nodr.—¡Niños, oíd qué tal se muestra para vosotros vuestro padre... No, que no muera, que mi amo es, pero bien se declara ser enemigo de los suyos!

Ayo.—Y, ¿quién de los mortales no lo es? ¿Ahora te das cuenta de eso? Todo hombre se prefiere a sí mismo sobre los demás; unos lo hacen con recta justicia, otros puramente en busca de su provecho... Lo ves aquí: nuevos amores hacen a este padre perder la ternura para sus hijos.

Nodr.—Hijos, entrad. Bueno resultará todo. Y en cuanto a tí, mantente en guardia, lo más que puedas y no precipites a una madre a la desesperación. Ya la ví clavar en los hijos una mirada de fiereza como anhelosa de algo tremendo. Bien sé que no se aplacará su cólera hasta no descargarla sobre alguno. ¡Que lo haga en enemigos y no en seres amados!

Se oye en el interior a Medea que canta.

Medea.—¡Ay misera de mí, acribillada de males! ¡Ay de mí, ay de mí...! ¿Cómo morir no puedo?

Nodr.—¡Eso es, niños amados: vuestra madre agota su corazón, agita su ira! Entrad presurosos a la casa. No os pongáis ante sus ojos, no os acerquéis a ella. Guardaos de su bronca indole, de su natural abominable, en su indómito furor. Entrad al palacio y de prisa, hijos míos!

El ayo y los niños entran.

Patente está: esa nube de gemidos que sube va a descargarse en tempestad de arrebatadas iras. ¿Cómo va a resistir su alma salvaje jamás domada y esas entrañas orgullosas tuyas el zote del infortunio?

Med. (dentro).—¡Ay de mí, sufro desdichas, ay de mí, grandes sin medida! Tengo que llorar a gritos... (ve a los niños pasar): ¡Ay hijos detestables de una madre infeliz...! ¡Así con vuestro padre y toda esa mansión fuerais aniquilados!

Nodr.—¡Ay pobre de mí, ay infeliz! ¿Qué parte tienen esos niños en las aberraciones de su padre? ¿Por qué los has de aborre-

cer? ¡Ah, niños...! ¡Cuánto me duele veros padecer, abismada como estoy en amarguras! Temibles son los fallos de los reyes... a nadie, a casi nadie tienen que acatar y en tantos son dominadores que fácilmente se hacen inmutables en sus caprichos! ¡Cuánto mejor es vivir en un nivel modesto! Yo, por mí, tenga la fortuna de envejecer lejos de las grandezas, en paz amable y segura. El medio recto es ya amable con su mismo nombre y logra la victoria. Nada de provecho da el hombre lo excesivo... Tener mucho lo único que alcanza es un torbellino de males forjados por el destino.

Entra el Coro.

Coro.—Oí la voz, oí el clamor de la infortunada hija de Colcos. Aún no alcanza la paz. Oh anciana, di. Bajo la casa de doble puerta gemidos oí, y tengo lástima. Y no estoy con placer al oír los dolores de una casa que yo amo, oh mujer.

Nodr.—¿Casa? ¡Ya no lo es... desvanecida fue! A él lo retiene el lecho de una hija del rey y a mi señora en su solitario retrete la va matando la vida el dolor: no hay palabra amiga que pueda apaciguar su alma.

Med.—(Dentro): Ay de mí: mi cabeza traspase una llama del cielo!... ¿qué provecho hay para mí en vivir? ¡Ay, ay... venga sobre mí la muerte, desate ya y destruya esta vida de múltiples desdichas!

Coro, Estr.—¿No la escuchaste? ¡Oh Zeus, oh tierra, oh luz...! ¡Pobre esposa doliente y en qué forma clama! ¿De dónde a ti ese ardor de amores conyugales... vana y sin fortuna? Espera, que la muerte vendrá sin remedio. ¿Para qué impetrarla con plegarias? Va tu marido en pos de nuevo lecho. Verdad es. ¿Qué ganas con aborrecerlo? ¡Para ti hay un juez que ha de juzgarlo y ese juez, es Zeus! ¡No llores, pues, en excesivo llanto por un esposo pérfido!

Med.—(dentro): ¡Gran Zeus, reina Temis... percibís qué padeczo... ¡con solemnes juramentos me enlacé a un odioso marido! ¡Ah, que yo pueda un día hacer trizas a él y a su nueva esposa, y hacer aficos aun este palacio! Apenas vengaría la ofensa que me han hecho.

¡Padre, mi padre, oh mi ciudad, qué lejos de vosotros hui con vergonzosa fuga, después de haber matado a mi hermano...!

Nodr.—Oís cómo clama, habéis percibido sus gritos. Invoca a Temis que garantiza votos, y a Zeus que protege los juramentos, como creen los mortales! ¡Poco será lo que hay que poner en obra para calmar las iras de mi ama!

Coro Ant.—¿Cómo lograr que venga a nuestra vista, que escuche nuestras palabras? Acaso acalle el furor que su corazón abruma y en su mente impone pesadumbre. No falte el anhelo mío de ayudar a mis amigos. Entra al palacio, hazla salir. Muestra amistad y háblale dulcemente. Y eso, pronto: no vaya a ser que se anticipe a hacer males adentro. Desbocado está ya su enojo.

Nodr.—Eso haré, pero temo y estoy dudosa de que haya de vencerla. Te doy a complacer echando en mí el trabajo. Y aunque ella mira a sus servidores con los ojos ardientes de una leona recién parida, cuando va a ella con palabras amables. ¡Locos, yo llamo locos y mentecatos a los de antaño, que erraron del todo al inventar para las bodas cantos, festines, juegos y alegrías... y para el dolor, ¿qué? ¿Hay liras que lo aquieten? ¿Hay cantos que lo amortiguen? Y del dolor, nace la muerte, nace la tremenda convulsión que derrumba los palacios y extingue los progenies. ¡Eso debían los hombres haber inventado: curar el infortunio con el canto! ¿Qué se gana con sonoros cantares en los festines, con voces de retumbante son? Basta el banquete mismo: si bueno es, deleite es de los hombres.

Se va la nodriza.

Coro. Epodo.—Oí la lamentosa queja, con mil gemidos y grandes sollozos. Alaridos de pena, de infortunio sin fin... una mujer que llora por un esposo pérfido a su lecho! El dolor que la azota la hace gritar a Temis, hija de Zeus, del juramento fiadora. De la lejana costa del otro extremo la hizo venir acá por las nocturnas olas hasta la grande Hélade... con difícil acceso el estrecho surcó!

Se presenta Medea en la puerta del palacio. Con ella viene la nodriza.

Med.—Mujeres de Corinto, vedme aquí. Del palacio salgo para que no me censuréis. Muchos mortales conocí altivos —unos de propia vista, otros de extraña tierra— que llenos de soberbia a nada se ajustan. Otros hay, empero, que dóciles y apacibles, pueden vivir una tranquila vida. ¡No está la justicia en los ojos de los hombres! ¡Qué de veces, sin llegar al fondo de las almas, sienten aversión para alguno que en nada les dañó! Y eso solamente por ver el exterior.

Preciso es que el extraño se entremeta en los asuntos de la ciudad en donde reside. No obra prudente el que, siendo habitante de una comunidad, orgulloso ofende a los que en ella viven, porque no los conoce.

¡Pero a mí... lo que ha ocurrido en mi vida me está partiendo el alma... deshecha estoy... nada es ya para mí la vida... mi

anhelo único es morir, amigas mías!

¡Todo era él para mí —qué bien lo he sabido— y es el más nefando de los hombres el que es mi esposo!

De cuantos seres tienen alma y pensamiento somos las mujeres los más desdichados. Primero hay que gastar grandes caudales por lograr un marido. Ya lo tenemos. Hay que hacer de él un déspota de nuestro cuerpo. De los males quizá el mal más duro. Y el punto más difícil: ¿será bueno o malo? No se concede a las mujeres repudiar al esposo, ni desatar el vínculo nupcial. Y vengamos a las novedades de ahora. Es preciso ser adivino para saber, sin que nadie nos lo haya enseñado, cómo ha de tratarse al que comparte nuestro lecho. Bien puede ajustarse a nuestra manera de ser: es la dicha de las dichas. Llevará el yugo conyugal de buen grado. Pero, si no... ¡mejor la muerte!

Quando un varón se hastía de la vida hogareña, se sale fuera a disipar su enfado. Va con algún amigo, va con sus camaradas. Y, ¿nosotras qué? ¡Un solo ser hay en quien tenemos que poner los ojos!

Sí, lo sé. Dicen que nosotras pasamos la vida seguras en el hogar, sin pena, sin peligro... y ellos, van a la guerra, combaten con la muerte a la vista. ¡Mal piensan! ¡Tres veces en el frente de batalla, y no parir un hijo!

Basta. Ni a tí ni a mí cuadra esta manera de hablar. Esta tu ciudad es, aquí tu hogar paterno está guardado. Vida sin turbación, amigos a tu agrado. Pero yo... ¡Yo solitaria, sin patria, expuesta a los excesos de un marido que me robó cual presa de guerra en una tierra extraña...! ¡Yo, sin madre, sin hermanos, sin padre a quien ir a tomar amparo, cual barca en el ancla... lejos, muy lejos de él de mis desgracias!

¿Qué quiero ahora? Lo que quiero es: que yo halle un camino para vengarme del agravio que ese esposo me ha hecho, y vengarme también de aquel que dio a la hija en desposorio y de ella misma. Y en cuanto a tí, que calles como muerta.

A temores propensa es la mujer siempre. No quiere luchas, se espanta del acero... pero, ¡que no le toquen el lecho conyugal; no hay entonces un alma más sedienta de sangre!

Corif.—¡Eso haré! Con toda justicia castigarás al esposo, oh Medea. No me asombra que llores tu desgracia. Pero... mira... viene allí Creón, el señor de esta tierra. Nuevas disposiciones viene a anunciarte.

Llega Creón con sus séquitos, y con su cetro en la mano.

Creón.—A tí, mujer tétrica, a tí esposa enloquecida, a tí hablo. Medea: Sal de esta tierra, vete lejos, llévate a tus hijos. Y cuanto más pronto, mejor. Estoy aquí para intimarte esta orden, pero no entraré a la casa real antes que tú hayas cumplido mi mandato. Tengo que verte salir de los dominios de este reino.

Med.—¡Ah, muerta soy. Se cumple mi destino. Se han quitado la venda los que me aborrecen...! ¿Qué refugio me queda? Pero, oh Creón, dime: ¿Qué delito cometo, para que así me expulses?

Creón.—No usaré reticencias. Te expulso porque temo que dañes a la hija con un mal sin remedio. Tengo muchos fundamentos para creerlo así. Hábil y diestra eres en hacer maleficios, y estás despechada por haber sido despojada de tu lecho nupcial. Rumores tengo de que tú te propones vengarte de mí, que dí a mi hija a tu esposo, y de él mismo, y de su esposa. ¡No, no quiero ser quien sufra tal cosa: me prevengo antes echándote de esta tierra! Es mejor, oh mujer, que ahora me procure tu odio que no más tarde lamentamente con inútiles lágrimas mi debilidad en tolerarte.

Med.—¡Ah, ah... Creón, no es ahora la vez primera! —¡Mil veces son!— en que mi fama me aporta males! ¡Cuán conveniente es que el varón que nació sensato haga que no resulten sus hijos demasiado sabios! Saber mucho les consigue fama de haraganes y se concilian el odio entre sus conciudadanos. Si das a los tortuosos ciencias nuevas, resultas un inútil y no un sabio. Y si hay quien te considere superior en saber a los que pasan por sabihondos, te verán en la ciudad como un ser ofensivo. ¡Esa mi suerte fue! Lista soy y sé algo. Entonces, para unos odiosa soy: inactiva, sin fruto; para otros, perojudicial y mala. ¡Y no sé lo que debía saber!

Pero tú recelas de mí, oh Creón, temes que haga algún perjuicio... ¡No, no soy de esa índole, —no tiembles ante mí, oh Creón— para que pienses que puedo dañar a los príncipes! ¡En qué me has hecho injuria? Distes a tu hija a quien te dictó tu voluntad. A mi marido lo odio. Pero pienso que tú has obrado discreto. Y ahora no guardo rencor por su dicha. ¡Cásense, sean felices, pero deja que yo habite en esta tierra. Callaré ante la injusticia que me han hecho, nos ha vencido uno más poderoso, que yo!

Creón.—¡Qué dulzura de hablar para quien te oye! Mas no me fio. Yo temo que en el fondo de tu alma trames algo terrible. Una mujer que rápida se excierba —lo mismo diré de un varón— es más fácil de esquivar que aquella taimada que guarda silencio. ¡No se hable más, por tanto! ¡Vete en seguida! Es inquebrantable mi mandato. Cualquiera ardid que maquines no conseguirá que tú te quedes entre nosotros. Tú eres mi enemiga.

Med.—(Se echa a los pies del rey y abraza sus rodillas): ¡No, por tus rodillas, por la recién casada!

Creón.—Palabras pierdes: a mí no me convences.

Med.—¿Aunque te ruegue vas a desterrarme?

Creón.—¡No te amo más a tí que a mi casa!

Med.—¡Ah, patria mía... cómo tu memoria hoy me asedia!

Creón.—También es lo que más amo, exceptuados mis hijos.

Med.—¡Ay, ay... qué grave mal a los mortales nace de los amores!

Creón.—¿Quizá... Eso depende de los vuelcos de la suerte!

Med.—¡Oh Zeus, no evada tu poder el autor de mis infortunios!

Creón.—¡Arrástrate, insensata, y libérame ya de penas!

Med.—Penas son mías; de penas no estoy falta.

Creón.—¿No de grado? Por fuerza las manos de mis siervos han de hacer que acates.

Med.—No, Creón, no... te lo ruego... no así!

Creón.—Es lo que buscas tú... bien se ve... es necesario, oh mujer.

Med.—Vamos a huir... no es eso lo que pido, lo que ansío conseguir.

Creón.—¿A qué resistes? ¿Por qué no te ausentas?

Med.—Deja que aquí yo pase un día al menos... he de preparar el destierro... tengo que procurar nutrimento a mis hijos... ¡su padre no se cura de ellos! ¡Ten lástima de ellos! Padre eres tú también... tienes que ser compasivo!

Por lo que a mí toca, nada me importa el destierro... lloro por ellos, deploro su infortunio.

Creón.—¡No tiránicamente obrar suelo, aun cuando tener respeto a alguno me ha producido males! Veo, mujer, que estoy erran-

do, pero serás oída. Ah, empero, te hago saber: si el sol del día de mañana luce sobre tí y sobre tus hijos en esta tierra, y no ya alejada de nuestros confines, morirás. Dicho está el fallo: ya no quedará incumplido. Quédate un día, ¿qué puedes en un día? Nada harás de tus maleficios en contra de nadie.

Se va Creón.

Corif.—¡Miserable mujer! Ay, ay, infortunada, qué cumulo de males sobre tí... ¿a do los pasos tornas? ¿A qué huésped te diriges? ¿Hallarás algún día una casa, una tierra, que te rediman de desdichas? ¿En qué vórtice inevitable de desgracias te han arrojado los dioses!

Med.—¡Malaventura por doquier me cerca! ¿Quién podría negarlo? Pero no será así del todo, no tan fácil lo creas. ¡Aún luchas se reservan a los novios, no leves penas también a los suegros! ¿Puedes pensar que yo hubiera halagado a ese hombre alguna vez, si no tuviera en ello un artificio para lograr provecho? ¡Jamás le hubiera hablado, jamás lo hubiera yo tocado con mis manos! ¡Tonto, insensato se ha mostrado: pudo frustrar mis planes arrojándome al punto del país, y me ha permitido permanecer aquí un día aún! Ese día me basta: en un solo espacio de la luz veré muertos a tres enemigos: al padre, a la hija, a mi marido.

¿Cuántos recursos tengo para hacerlo, pero estoy indecisa, oh amigas mías! ¿Incendiar la cámara nupcial? ¿Clavar una acerada daga en sus espaldas, entrando recatada, y sagaz mientras ellos están agobiados por el sueño? Algo hay que me retrae, si soy aprendida cuando voy entrando y llevo mi ardid en acción, seré objeto de mofa con mi muerte de esos mis adversarios. Mucho mejor es ir en línea recta: darles veneno para que perezcan: en eso diestra soy.

¿Sea así...! y, ¿luego? Muertos quedaron... y, yo, ¿a dónde me dirijo? ¿A qué ciudad? ¿A qué huésped que me dé un jirón de su tierra para morar allí? ¿Quién podrá defenderme? ¿Quién será mi amparo? ¡Ninguno hay!

Y un brevísimo tiempo que queda: si hallo algún refugio, engañosa, en silencio me arrojaré al asesinato, pero si la suerte me es contraria, aun cuando haya yo de morir, mataré a los dos con esta espada y con toda osadía haré lo más fuerte.

Y por Hecate, numen a quien venero antes que todos, ella que es mi patrona y habita en las intimidades de mi cámara, nadie habrá que se goce dando a mi corazón tormentos! ¿Qué amargas nupcias, qué lúgubres festejos de boda, qué amargo enlace conyugal, y qué amarga huida mía de esta tierra estoy preparando!

¡Ea pues, Medea, no dejes a un lado ninguno de tus hábiles medios, al poner en obra tus planes y al desplegar todas tus artes! ¡Ahora al tremendo hecho: es el momento del valor! ¡Ves lo que estás sufriendo: no puedes seguir siendo el objeto de la risa en las bodas de un Jasón y los descendientes de Sísifo... ¡Tú, tú que eres de noble progenie y descendes del mismo Helios! ¡Tú que tienes la ciencia de los artificios! ¡Ah, si para el bien nacimos incapaces las mujeres, de todos los males somos las más diestras artífices!

Se retira al fondo, mientras canta el

Coro. Est. 1.—Los sacros ríos retornan a sus fuentes: la justicia y todo hacia el caos se revierte. Para los hombres hay ya sólo engaños y la fidelidad a los dioses ya no se mantiene firme.

Voces públicas harán que vuelva a ser glorioso mi renombre. Viene ya el honor para la raza femenina: ya no tendrá la fama mujeril tacha de infausta.

Ant. 1.—La musa de los antiguos poetas ya no proseguirá pregonando mi perfidia. Febo el que empuja las dulces melodías, no concedió a mi alma el canto al son de liras. Si yo pudiera, un canto contra la felonía de los varones hubiera de entonar. Corriendo el largo tiempo ha acumulado innumerables hechos en contra de ellos, como en contra nuestra.

Est. 2.—Tú, desde el hogar paterno con el corazón enloquecido te lanzaste al vuelo, cruzando el doble escollo de las marinas rocas: de entonces moras en extraña tierra. Y hoy sin varón quedaste, el tálamo perdiste, oh desdichada, y al fin de esta tierra vergonzosamente eres expulsada.

Ant. 2.—¡Se perdió el valor del juramento: ya no hay honor que respetarlo pueda en esta Hélade inmensa... ¡al viento se voló! ¡Y para tí, infeliz, no existe hogar paterno en donde puedas ir cual quien se acoge al puerto! Más potente que tú, otra reina ha adquirido la soberanía de esta mansión.

Llega Jasón.

Jasón.—No es esta la vez primera en que quedo convencido de que la cólera no refrenada es un gran mal. ¡Mil veces lo he visto! Para tí hubiera sido tan provechoso quedarte en esta tierra, con sólo que te plegaras a los dictámenes de los más poderosos. Pero, no: ¡tus necios alegatos te fuerzan a salir de ella! Eso a mí nada importa: no ceses de proclamar que Jasón es el hombre más malvado. Pero has hablado contra los que imperan y ganas mucho con que solamente te fuercen a salir de este país. Yo siempre estuve tentado

de apaciguar la cólera de los reyes airados y que tú te resolvieras a quedarte. Pero tú no refrenaste tu locura, siempre profiriendo malos dichos contra los que mandan. En consecuencia, serás expulsada. Y a pesar de esto, yo no olvido a los que me aman, por eso he venido aquí, mujer, para atender a que no salgas sin recursos para tí y tus hijos y de nada estés falta. ¡Cuántos males acarrea consigo el destierro! Y aunque tú me aborrezcas, yo jamás podré tener alma mal dispuesta contra tí.

Medea se ha ido acercando y clava rencorosa la mirada en él.

Med.—¡Cumbre de los malvados! —¡Ah, impotente soy para ofenderte en otra forma que con mi débil palabra!—. Vienes a mí, vienes a mí hecho odioso en extremo. Y no a mí sólo, a los dioses, a los hombres todos! ¡No es valor, no es confianza verles el rostro a los que se ama, cuando se les ha tratado con villanía. Es la peor de las humanas bajezas, la más enorme: desfachatez pura!

Pero, no... ¡hiciste bien en venir: yo desahogaré mi alma, colmándote de oprobios y me has de oír atormentado! Y voy a enumerarlo todo, comenzando por lo primero.

Testigos son los griegos que contigo iban embarcados en la nave Argo: yo te salvé. Ibas enviado a someter al yugo a aquellos toros que respiraban fuego y, a sembrar en el campo aportador de muerte. Y de aquel dragón... ¿no fui yo también quien de él te salvó? El sin rendirse jamás al sueño, con las volutas horripilantes de su cuerpo cercaba el vellocino de oro. Yo lo maté y alcé para tí la luz de la victoria. Yo misma, yo infeliz... por seguirte traicioné a mi padre, traicioné a mi hogar y fui contigo a Yolcos de Pelión, más con alma encendida que con mente discreta, y maté a Pelias, con la más abominable de las muertes, a manos mismas de sus hijas y así te liberé de todo miedo.

¡Y arrojas sobre mí estos infortunios a cambio de todo ello, oh malvado entre los malvados, y me has traicionado buscando un nuevo tálamo... ¡hijos tienes, que si fueras sin hijos, conviniera yo en que los anhelaras en una nueva boda! ¡Fiel a los juramentos... ¡murió esa fe! Y ni siquiera sé si aún crees en que los dioses rigen el mundo que rigieron siempre, o hay nuevas leyes, nuevas normas, nuevos númenes! Lo que sí sé es que tú me fuiste infiel y obraste hacia mí con felonía.

¡Ay, mano diestra mía que tantas veces oprimiste, ay rodillas que tantas veces como testigos dabas...! ¡Toda esperanza quedó desvanecida ante la obra de un pérfido!

Silencio largo. Prosigue.

Vamos, ahora como a un amigo quiero preguntarte. Bien sé que nada puedo esperar de tí. Te hablaré sin embargo, te haré preguntas, y al hacerlas quedará patente la vergonzosa conducta tuya.

¿A dónde voy ahora? ¿A la casa paterna, al suelo nativo? ¿Si los traicioné yo para seguirte! ¿Iré a la casa de las infelices hijas de Pelias? ¡Bellamente habrán de acogerme en su palacio, tras haber matado, por mí, a su padre!

Esa es la cosa. A los que me amaban en el hogar me hice enemiga, y estoy en guerra con aquellos a quienes perjudiqué sin causa, solamente por tí. ¡Es ahora mi suerte envidiable para muchas de Grecia: tú les pones la muestra: tengo en tí un admirable marido, muy fiel...! ¡A, infeliz de mí! Y he de abandonar esta tierra, sin embargo, solitaria, y única yo para mis solitarios hijos... ¡Qué gala de alabanza para un novio que va a la boda... que la madre de sus hijos, que sus hijos mismos vayan errantes mendigando... y a ella debes la vida!

¡Ah, Zeus, Zeus... pudiste tú dar a los hombres capacidad para distinguir el oro verdadero del falso y no lleva cada uno una marca sobre su cuerpo para distinguir los malvados de los rectos!

Corif.—Cuando el que ama contra el amado se enoja, ira espantosa es e incurable.

Jas.—Debo, según yo pienso, no hablar necedades. Voy a plegar mis velas oh mujer, para hacer que mi nave, bajo el gobernalle de mi mano, escape de la desenfrenada parlería que tortura tu lengua.

Te estás jactando de tus servicios. Yo te diré que a Cipris debo ser salvo en mi viaje. Ella y ella sola, sin otro dios ni hombre, pudo sacarme incólume. Tienes mente aguda y no hay necesidad de hacer larga plática para yo narre en qué forma te hirió Eros con sus ineludibles dardos para que a impulso del amor me libertaras. Pero no insistiré en ese punto. Sea lo que fuere, sea como fuere, me ayudaste. No me pesa de ello. Pero tú, como paga de tu obra salvadora, has recibido más de lo que diste. Voy a explicarlo. Primero, estás en la Hélade, en lugar de una tierra de salvajes. Has llegado a saber qué significa la justicia y qué es vivir bajo leyes y no al capricho de la fuerza. Cuanto griego ha conocido tus habilidades te alaba y has logrado fama. ¿Quién iba a hablar de tí siquiera, si aún moraras en aquellos extremos de la tierra? No, para mí no quiero, ni oro en la casa, ni una bella melodía para el canto, supe-

rior a la de Orfeo, si nadie hay que conozca y alabe. Eso tengo que decir yo de mis acciones. Tú me llamaste a esta discusión.

Ahora vamos a la boda que estás burlando ha tiempo y de la que te lamentas. Mi boda con la hija del rey. Pues voy a probarte que esa unión la hago por cuerdo, por discreto y al fin por ser amante de tí y de tus hiojs. ¡No, no te excites, calma!

Llegué hasta acá de Yolcos, agobiado de funestas desgracias... ¿qué mejor fortuna fuera para mí casarme con la hija del rey, siendo como era un mísero vagabundo? No es —como tú reprochas— por hastío de tu lecho conyugal, ni por el ardor de codicia hacia una nueva esposa, ni por tener una prole numerosa —con los tuyos me basta y no estoy descontento—, nada de eso es. Lo que yo intentaba, y esto es lo fundamental, era tener una vida sin penas, con todo lo suficiente en abundancia, sin miseria, sin necesidad. Bien conozco que del pobre huyen todos, aun los amigos. Y también, para dar a mis hijos una formación digna de su prosapia y darles nuevos hermanos a los que de tí nacieron. Todos serían iguales, todos en la misma condición y así, apoyada en esta progenie, fundar mi dicha.

¿Tú para qué quieres hijos? A mí me importa que los que viven sean útiles a los que han de venir a la vida. ¿Fueron malos mis planes? Tú los aprobaras, si no ardiera la privación de mi lecho conyugal. ¡Ah, mujeres, pensáis que todo anda en regla cuando la cama nupcial está sin peligro! ¡Ay, si algún contratiempo, si una mala fortuna toca esa cama, todo resulta malo: lo más bello, lo más útil y provechoso, os es adverso...! Preciso fuera que los mortales procrearan hijos de otro modo, sin que hubiera raza de mujeres, y entonces los hombres no verían mal alguno.

Corif.—Bien hablaste, Jasón, pero pienso yo —y lo digo sin faltarte al respeto— que obraste injustamente al ser infiel a tu esposa.

Med.—(en monólogo): En mucho de muchos de los mortales soy discordante. Para mí el que es sabio en hablar, pero es injusto, se hace deudor de más crecida pena. Fiado de su destreza en paliar sus errores, obra malvadamente y osado en sí, delinque... ¡Pero, no, no es tan sabio!

Se vuelve a Jasón:

—¡Tú, a tí hablo: No me vengas ahora a hacerle el fantasioso y elocuente, prodigando palabras sin tino. Te vence sólo una palabra mía. Debieras tú, si no fueras malvado, hacer esas bodas con mi aprobación, y no sin que hablaran los que te aman.

Jas.—¡Claro, lo hubieras aprobado, tú, que ahora, al saber mi enlace, no acabas de reprimir tu cólera!

Med.—No te dominaba ese pensamiento. No, era que temías haberte enlazado a una extranjera y llegar a viejo sin una boda gloriosa.

Jas.—Sábelo ya por fin: no por mujer apetecí la boda con hija de rey. Lo dije y lo repito: fue solamente para salvarte a tí y salvar a mis hijos y para que, siendo hermanos de reyes, tuvieran protección debida.

Med.—¡Nunca sea para mí una vida dichosa dolorida, ni un caudal que el alma me desgarre!

Jas.—¿Por qué no mudas de parecer? ¿Por qué no te muestras más discreta? ¡Nunca la abundancia de bienes fue para nadie funesta, y en la dicha no hay que pensar en el infortunio!

Med.—¡Ensoberbécete! Tienes do guarecerte. Yo, yo, en cambio... ¡solitaria he de huir de esta tierra!

Jas.—Tú lo buscaste. A nadie más acuses.

Med.—¿Qué hacer? ¿Voy a casarme ahora, a traicionarte voy?

Jas.—¡Decir dicterios contra los que gobiernan!

Med.—También para tí son; también tu casa alcanzan.

Jas.—Ten por sabido. Yo más no discuto... Pero, si piensas que para tí y para los niños te dé alguna asistencia en su destierro, dilo al momento. Daré con amplia mano lo que se requiera, he de enviar a los huéspedes eventuales la marca de su pacto para que te reciban. Si te niegas, loca te muestras. Oh mujer, doma tu ira y todo será en bien.

Med.—Ni tus huéspedes quiero, ni de ellos he de servirme. Tus donaciones conserva. Nada me des. De hombre malvado ningún don es útil.

Jas.—Pues yo a los dioses por testigos pongo. Bien quería para tí, bien para esos niños. No quieres bienes, renuente los rechazas... ¡te han de alcanlar los males!

Med.—¡Vete ya...! te avasalla el anhelo de la nueva esposa... no dures ya tan lejos de su mansión. Goza de tus bodas. Tal

vez, tal vez —si los dioses lo quieren— va a ser tu boda tal que habrás de repulsarla!

Se va Jasón.

Coro. Est. 1.—Cuando Eros domina las mentes humanas y llega al exceso, ya ni buena ni mala fama los inquieta. Y si Cipris se acerca cautelosa a nosotras, no hay dios igual en sus placenteros dones.

¡Señora, nunca pueda ir en mi contra tu arco de oro y lanzar su saeta que, clavada en el alma, enardece el sediento deseo del amor!

Ant. 1.—Ame yo la discreta continencia —el don más bello de los dioses— y nunca en sus ardores Cipris me abraza por extranjero lecho, ni por disputas interminables que amargan el alma. Haga ella que los tálamos en paz regulen sus consorcios gratos y tenga con mirada de hondo alcance la recta medida del convivir de las esposas.

Est. 2. Med.—¡Ah, patria, ah casa mía... que nunca fuera yo una desterrada que ha de pasar la vida en vagabunda marcha, pobre y hambrienta, sin hallar más que amargos dolores! ¡Venga, venga la muerte, y nunca ese día brille: ponga a mis días término! Nada igualarse puede a la pena que sufre el que vive lejano de su patria.

Ant. 2.—Viéndolo estamos. No me contó otro la historia de que hablo ahora. No tu ciudad, ni tus amigos te compadecen en la más dura suerte.

¡Malhaya el ingrato que a sus amigos en el infortunio no dé el amor y les entregue la llave de su corazón mismo! ¡Nunca será mi amigo!

Llega Egeo por la derecha, en ademán de viajero.

Egeo.—Salve, Medea. No hay más bello saldar que dirigir a los que amamos.

Med.—Salve también a tí, hijo de Pandión, Egeo. ¿De dónde llegas a esta tierra?

Eg.—Acabo de dejar el viejo santuario de Febo.

Med.—Y, ¿qué hacías en el centro de la tierra por el dios visitado?

Eg.—¡Germen de hijos que con ansia anhelo!

Med.—¡Por los dioses, ¿hasta hoy sin hijos has pasado la vida?!

Eg.—Sin hijos somos, por capricho de un numen.

Med.—¿Casado no eres? ¿Con tu esposa no vives?

Eg.—No del tálamo estamos privados.

Med.—Y, ¿qué Febo te dijo tocante a hijos?

Eg.—Sapientísimo es su oráculo para que el hombre lo comprenda.

Med.—¿Lícito es conocer el dicho del dios?

Eg.—Cierto, como que exige una mente sabia.

Med.—¿Qué te dijo? ¿Puedo oirlo? Decláralo.

Eg.—Me manda no soltar el pie que del odre sale...

Med.—Y eso ¿antes de qué?, ¿de qué país viniendo?

Eg.—Antes de retornar al hogar paterno.

Med.—¿Y qué causa has tenido para llegar a esta tierra navegando?

Eg.—Cierto Piteo hay aquí, rey de Trezenia.

Med.—Hijo, dicen, de Pélope, y muy venerador de los dioses.

Eg.—A ese quiero comunicar el oráculo del dios.

Med.—Como que es sabio varón y muy perito en eso.

Eg.—Y para mí el más amado de los huéspedes.

Med.—¡Buena fortuna entonces, que tu deseo se cumpla!

Eg.—Y, ¿tú por qué con vista tenebrosa, y cuerpo macilento?

Med.—Ah, Egeo, es mi marido el más perverso de los mortales.

Eg.—¿Qué dices? Hazme saber confiada tus amarguras.

Med.—Me ofende injusto Jasón, sin tener causa en mí.

Eg.—¿Qué te hizo? Decláralo más explícitamente.

Med.—A otra mujer tomó para que nos rija.

Eg.—¿No se avergüenza de haberse atrevido a tanto?

Med.—Sábelo bien: hoy soy una afrentada, cuando ayer fui su amada.

Eg.—¿Lo dominó el amor, o se hastía de tu lecho?

Med.—Inmenso amor... ya no fiel a quien le ama.

Eg.—¡Mal ahora tenga, si cual dices, es tan malo!

Med.—Busca para esposa prole de reyes.

Eg.—¿Se la da quién? Completa tu historia.

Med.—Creón, el que esta tierra de Corinto rige.

Eg.—Buena razón para sufrir te queda, oh mujer.

Med.—¡Perdida estoy y de esta tierra me expulsan!

Eg.—¿Y quién? Nuevo infortunio me dices ahora.

Med.—Creón me destierra de Corinto.

Eg.—¿Jasón lo deja? ¿Tampoco lo alabo!

Med.—De palabra no lo hace, pero su mente lo sostiene. Ahora yo te lo ruego, por tu barba, por tus rodillas, ve cual te lo suplico... ¡Comasión, compasión para esta infortunada... y no me dejes desamparada sin tierra a donde acogerme sin amigos que me amparen. Recíbeme en tu tierra, en tu casa, en tu hogar! ¡Que te otorguen los dioses los hijos que anhelas y que tú mismo mueras dichoso! No sabes el hallazgo que en mí haces. Yo puedo hacer, que tus hijos sean muchos, yo sanaré tu mal: bien conozco los medicamentos para ello.

Eg.—Por muchos motivos puedo y quiero concederte esta gracia. Los dioses en primer término; luego, los hijos que codicio y tú prometes que de mí serán engendrados, que es el más grande anhelo a que mi ser todo se inclina. Esto es lo que resuelvo: si vienes a mi tierra, te daré amparo, como que mi norma es la justicia. Eso sí, ten entendido que yo no he de llevarte, pero si tú vas a acogerte, y llegas a mi mansión, estarás en seguro y a nadie he de entregarte. A tí salir de este país te toca: yo a mis huéspedes no debo dar motivo de queja.

Med.—Eso será. Pero quiero la fe de tu palabra y en todo me sentiré dichosa de tí.

Eg.—¿No fías en mí? ¿Qué temor abrigas?

Med.—Confianza tengo. Pero la casa de Pelias y Creón me aborrecen. Da juramento de jamás consentir en que ellos me arrebatén de tu reino, porque tú habrás de defenderme. Que si no me lo juras por los dioses, bien puede ser que de ellos te hagas amigo y a sus ruegos enviados por mensajeros cederás acaso. ¡Yo soy una impotente mujer: ellos tienen riquezas y fausto real!

Eg.—¿Gran previsión expresas, oh mujer! Te place así, no me opondré a hacerlo. Buena excusa mostrar podré a tus adversarios. Tu causa más segura ha de quedar. ¿Dí, por qué dioses juro?

Med.—Jura por la tierra, y jura por el Sol, padre de mi padre, y por la entera raza de los dioses.

Eg.—¿Qué cosa haré y qué dejaré de hacer? Dí.

Med.—Que tú jamás de su suelo has de expulsarme, y que si hay algún enemigo mío que intente arrebatarme, tú no lo dejarás, mientras estés vivo.

Eg.—Juro por Gea, y por la luz radiosa de Helios y por los dioses todos que haré como pides.

Med.—Basta. Pero si faltas, ¿qué pena te imprecas?

Eg.—La que toca a los mortales que hieren la religión.

Med.—Vete feliz. Todo en bien se confirma. Y he de llegar yo misma a tu ciudad muy en breve. Sólo espero ejecutar lo que pretendo y lograr lo que anhelo.

Corif.—(A Egeo que sale): ¿Que el príncipe guía de los caminos, hijo de Maya, te conduzca a tu casa y veas cumplido el deseo

ferviente que te obsesiona. Oh Egeo, bien has mostrado que eres un noble para mí.

Med.—¿Zeus, justicia de Zeus, fulgor de Helios! Oh amigas mías, ahora espléndida victoria habremos de alcanzar sobre nuestros contrarios. Hemos entrado ya por el camino recto. Ahora esperanza brilla: ha de venir la pena sobre mis enemigos.

Este varón por donde nos oprimía la tormenta ha aparecido como puerto de nuestros ahelos: en ese puerto ataremos las amarras de nuestro navío. Iremos a la ciudad y a la fortaleza de Atena.

Voy a decirte ahora todos mis propósitos. Escucha lo que diga: no es para provocar deleite.

Despacharé a uno de mis servidores a buscar a Jasón. Le rogaré que se digne venirme a ver. Cuando haya venido le diré blandas palabras: cómo esas cosas me placen y que está muy bien lo que dispone: sus bodas reales, que me son traidoras, y que son provechosas y gratas resoluciones las tuyas. Entonces le rogaré que mis hijos permanezcan aquí. No es que yo intente abandonarlos en tierra de contiendas, dejándolos en manos de enemigos, sino que haré que engañosamente maten a la hija del rey. Los enviaré llevando en sus manos dones a la novia, con la súplica de que no los haga salir de esta tierra. Un sutil velo y una corona de oro cincelado. Y si ella toma y se reviste el velo, horriblemente perecerá y todo aquél que a esa joven toque. Tales son los ingredientes maléficos con que yo he de untar esos dones.

Y ahora he de mudar de expresiones. Tengo que sollozar por la obra que ha de realizarse en seguida. Hemos de cumplir nuestro destino. Mataré a mis hijos: nadie habrá que pueda arrebatármelos. Cuando haya yo arruinado la casa toda de Jasón, saldré del país, huyendo de la muerte de mis amados hijos y del horrendo crimen que en ella habré perpetrado. ¿Cómo vivir aquí pudiera, amigas mías, siendo ludibrio de mis enemigos?

¡Sea así, sea así! ¿Para qué me sirve vivir? ¿Ni patria, ni casa, ni dónde acogerme en el infortunio me queda ya! ¡Grave error cometí, al abandonar la casa paterna, embaucada por las palabras de un hombre griego! ¡Ah, pero ha de pagar lo que me debe, si un dios me auxilia! Los hijos en que mí tuvo, no ha de volver a verlos vivos y de su nueva esposa no tendrá hijos: mal fin va a tener ella por obrar de mis venenos. Nadie me juzgue débil, nadie cobarde, ni demasiado paciente... ¡soy lo contrario: para los enemigos, implacable; toda alma de bondad para los amigos! Vida gloriosa sólo de esto nace.

Corif.—Ya que tal plan nos has comunicado, yo quiero al mismo tiempo ser a tí útil y a las leyes que rigen a los hombres dar apoyo firme: ¡abstente de hacer eso!

Med.—¡No hay otro camino... y tú tienes razón de hablar así: no sufres lo que sufro!

Corif.—¡Pero, mujer, matar el fruto de tu seno!

Med.—Nada hay que más devore el corazón del esposo.

Corif.—¡Y ser así tú la más desventurada de las mujeres!

Med.—¡Sea así! Ya basta. Sobran todos los razonamientos.

Se vuelve a una criada:

—Ve a llamar a Jasón. Tú eres a quien confío todo asunto de confianza. Nada de mis designios comuniques, si mujer como eres, además a tu señora estimas.

Sale la criada.

184

Coro. Est. 1.—La prole de Erecteo fue de remoto tiempo muy dichosa. Hijos de dioses bienaventurados, mantienen en su dominio sacra región jamás domada, y su alimento es la más luciente discreción y juicio. Viven al dulce aliento de un aire sin sombras y con gracia se mueven en la tierra misma donde la rubia Armonía dio a luz a las nueve Musas, Pierides sacras.

Ant. 1.—Desde las bellas linfas del Cefiso, dicen que Cipris saca las brisas delicadas y refrigerantes que al país besan. Y ella con su guirnalda perpetua de bien olientes rosas despacha a los Amores a que sean el cortejo de la Sabiduría y fomentadores de las virtudes todas.

Est. 2.—¡Cómo, entonces, aquella ciudad de sacros ríos, región en que los amigos hallan su paz y su alegre morada, iba a acogerte a tí, la asesina de niños, la sin piedad, la infame madre? ¡Recapacita en la herida a los niños, recapacita en el crimen que te abruma! ¡A tus rodillas nos abrazamos para rogarte, cuanto hacerlo podemos, no mates a tus hijos!

Ant. 2.—¡De dónde sacarás tú la osadía y el fuerte brío para que tu mano misma ejecute lo que tu mente idea? ¡Podrás, al ver a los niñitos, reprimir el llanto, destino fatal de quien los asesina? ¡No, no podrás dejar caer la mano enardecida de furor, cuando los

veas caídos de hinojos suplicantes ante tí, ni tu osadía ha de mojar en sangre tu derecha!

Llega Jasón con la criada.

Jasón.—Me lo pides y vengo. Aunque adversa te muestras, no he de faltar en esto: he de oírte, mujer, con atención. ¿Qué nuevo asunto de mí pretendes?

Med.—Yo te ruego, Jasón, que perdones lo que ha poco proferí. Sé tolerante de mis arrebatos, ya que tantas muestras de amor nos hemos dado. Yo conmigo misma me puse a reflexionar y a censurarme: “¡Miseria!, ¿qué locura es la tuya? ¿Por qué me he de oponer a justas decisiones? ¿Tratar como enemigos a los que en esta tierra tienen el mando? ¿A mi esposo, que en favor nuestro pretende llegar a bodas con la hija de un rey? ¿Dar hermanos a mis hijos? ¿Debo reprimir mis enojos! ¡Bienes son de los dioses y yo contra ellos me rebelo! ¿No tengo hijos? ¿No somos ellos y yo gente sin patria, sin amigos?”.

Tras estas reflexiones me dí cuenta de mi insensatez y de la vanidad de mi alma irritada. Y ahora todo apruebo: has obrado con juicio al buscar este enlace... la necia he sido yo, cuando debiera secundar tus propósitos y colaborar a su realización, servirte en el lecho y agasajar a tu joven esposa lo mejor que pudiera. Pero somos lo que somos, y no es malo lo que digo, mujeres y no más. No debes por lo mismo imitar mis desaciertos, ni oponer niñerías a mis niñerías. Convengamos en todo. Oramos como locos entonces. Y ahora, nuevas resoluciones me gobiernan.

Se vuelve a los niños:

—Hijos, hijitos míos, venid; dejad ese aposento. Salid a saludar a vuestro padre, a tratar con él en unión de vuestra madre. Y con ella olvidad la enemistad que le habíamos mostrado. Todo está en paz, ha cesado la ira. Tomad su mano derecha.

¡Ay infeliz de mí, cuando traigo a la mente mis secretos infortunios! ¿Vais a vivir así tan largo tiempo para tender esos brazos? ¡Miseria, me dominan las lágrimas y el temor me repleta el alma! Al mismo tiempo que he dado fin a mi contienda con vuestro padre mis ojos rebosan en llanto.

Corif.—También de mis ojos brota un raudal de lágrimas: no vaya a lamentar yo ahora un mayor infortunio.

Jas.—Esto de ahora alabo y de lo anterior no lamento. Mujer, bien lo sé: tienen que irritarse las mujeres, si su marido otra mujer

185

escoge. Pero mudaste el corazón. Fue necesario tiempo para que comprendieras lo que más te conviene. Hecho de una mujer discreta. Y a vosotros, niños, no olvida vuestro padre: con el auxilio de los dioses hará para vosotros una situación próspera que os mantenga en salvo. Pienso que un día seréis con vuestros hermanos magnates en Corinto. Creced: el resto toca a vuestro padre procurarlo y a los dioses propicios. ¡Ojalá yo os mirara llegar a plena juventud, superiores en todo a mis enemigos!

Y tú, mujer, ¿a qué ese desbordado llanto que empapa tus blancas mejillas? ¿Por qué no acoges con gozo mis palabras?

Med.—Nada es. Pienso en mis hijos.

Jas.—Ten confianza: yo por su suerte velo.

Med.—Confío, no dudo de tus dichos. Mas la mujer es débil y nació para las lágrimas.

Jas.—¿Por qué tan sin medida lamentas a estos niños?

Med.—Yo los dí a luz. Tú anhelabas su vida y yo compasiva dudaba si iba a ser o no realidad tu deseo.

186

Pero tornemos a nuestro asunto. Una parte te he dicho; debo declarar lo demás. Pues es el beneplácito del rey que yo salga de esta tierra, yo bien entiendo que es lo que me conviene. Me ven adversa y fuera una carga para tí y para ellos en esta casa. Debo partir al destierro. Pero para que los niños sean educados bajo tu mano, pide a Creón que no disponga que ellos salgan de esta tierra.

Jas.—No sé si acceda él, pero debo intentarlo.

Med.—Ruega a tu esposa que ella sea quien de su padre lo alcance.

Jas.—Cierto que sí. Yo tengo por seguro que la persuado.

Med.—Si es que una mujer cual todas ellas. Y yo misma te ayudo. Voy a enviarle regalos que sobrepasen en hermosura a cuantos han visto los hombres de ahora. Bien sabido lo tengo. Un velo finísimo, una corona de oro cincelado que los niños han de llevarle. ¡Ea, pronto. Traiga acá esos dones un siervo!

Ella va a hallar en tí la dicha y miles de dichas, al compartir su lecho con un varón tan excelente y a gozar ahora de estos regalos que son herencia del Sol, padre de mi padre, para sus descendientes.

Toma del criado los dones y los entrega a los niños:

—Tomad, niños, en vuestras manos estos dones nupciales. Llevadlos a la feliz esposa hija del rey: dones son dignos de que se le envíen.

Jas.—¿Por qué, oh insensata, despojas tus manos de ellos? ¿Piensas acaso que está falta la casa del rey de mantos; crees que no hay oro? Guárdalo, no los des. Si mi mujer me juzga digno de ella, a mí preferirá a los dones todos. De eso estoy cierto.

Med.—No eso tú a mí: dones aun a los dioses doblegan, dice el adagio. Y para los mortales es más el oro que muchas palabras. ¡Ella está bajo el favor del destino: a ella la favorece ahora algún dios! ¡Es la nueva reina!... ¡Por evitar el destierro de mis hijos diera yo mi vida, no solamente el oro!

¡Ea, niños, a la suntuosa mansión. Id a rogar a la nueva esposa de vuestro padre, señora mía, suplicadle que no os envíen al destierro y entredagle estos dones... Pero ha de recibirlos ella con sus propias manos! Id, velozmente id, y regresad a vuestra madre a traerle la feliz nueva de que ha logrado lo que ansía.

Entran los niños con el ayo y Jasón va tras ellos.

187

Coro. Est. 1.—¡No tengo ya esperanza de que vivan los niños: su vida ya se extingue; a la muerte caminan! ¡Novia infeliz: al recibir los dones, va a recibir su ruina! ¡Esa desgracia de la diadema de oro que con sus do manos colocará en su rubia cabellera será la que la empuje al Hades!

Ant. 1.—¡El encantador aspecto y el reluciente brillo la moverán a que revista el velo y tome la diadema de oro cincelado... y esa ropa nupcial la llevará al Averno! ¡Es trampa de la muerte, es red en que la Moira hace caer a la desdichada: la tremenda necesidad de morir no ha de evadirla!

Est. 2.—¡Oh esposo desgraciado, yerno de reyes ser quisiste, anhelante de grandeza y eres el criminal que a tus hijos mismos procuras, sin saberlo, muerte y ruina y a la esposa la más fatal destrucción! ¡Infortunado, ignoras lo que ha urdido en tu contra la Moira!

Ant. 2.—¡Me atormenta también el alma tu dolor, oh madre infeliz que serás matadora de tus hijos para vengarte de la injuria que su padre te hizo para gozar de un nuevo tálamo!

Llega el ayo con los dos niños.

Ayo.—Señora, quedan libres del destierro tus hijos, y la regia novia ha recibido tus dones en sus propias manos. La paz vino para tus hijos.

Ah, ¿y qué te abruma ahora de tristeza, cuando la buena fortuna te sonríe al fin? ¿Por qué vuelves la cara y no quieres escucharme?

Med.—¡Ay, ay de mí!

Ayo.—No concuerda esa conducta con las gratas noticias.

Med.—¡Ay, una vez más, ay!

Ayo.—¿Qué? ¿Habré dado mala noticia, pensando que era buena, y sin saberlo?

Med.—Tu noticia es noticia; no te reprendo.

Ayo.—¿Y bajas los ojos y te sueltas en lágrimas?

Med.—Mucho hay que llorar, anciano: eso los dioses y yo en mi locura hemos tramado.

Ayo.—¡Ten confianza... alguna vez tus hijos te han de hacer regresar a esta tierra...!

Med.—Otros antes haré que entren a tierra, yo la infeliz.

Ayo.—No eres la única tú que de los hijos privada queda. Toca al mortal llevar con buen ánimo las vueltas de la suerte.

Med.—Eso haré yo. Pero ahora entra y atiende a los niños cual sueles cada día.

¡Hijos, ah, hijos míos: ya tenéis patria, ya tenéis morada. Allí, sin mí, dejada a mi infortunio, viviréis siempre ya. Pero, sin madre. Y yo para otra tierra he de huir, antes de ver que pasáis vida feliz, antes de ver que tomáis el lecho nupcial, antes de haberlo preparado yo misma, llevando en mis manos las lámparas felices de himeneo! ¡Ah, desdichada, hasta dónde llegó mi terco orgullo! ¡Para eso os crié, para eso pasé penas y para eso me desgarraron los dolores al daros la vida! ¡Pobre infeliz: pensaba en vosotros tener mi esperanza: para mi vejez seriais amparo; para mi muerte, manos pías

que dieran sepultura! ¡Lo que más ambicionan los mortales! ¡Dulce ilusión perdida! De vosotros lejana, arrastraré una vida plena de dolor y desolación. No para vosotros ha de haber ya madre en quien clavéis los ojos... ¡cuán diferente va a ser vuestra vida!

¡Ay, ay, ¿por qué en mí estáis fijando la mirada? ¡Hijos, por qué reís con esa risa, para mí más dura que la muerte?

¿Qué hago, mujeres, qué hago? Mi corazón desfallece cuando me encuentro con la luminosa mirada de mis hijos... ¡No puedo más! ¡Adiós proyectos de antes... voy a llevarme fuera de este país a mis hijos...! ¿Por qué ha de ser que, para herir a su padre con el infortunio de estos niños, haya yo de sufrir dos veces la misma amargura? ¡Eso no; yo no! ¡Adiós, planes antiguos!

Mas, ¿qué me pasa? Voy a ser irrisión de mis enemigos y ellos van a quedar sin castigo? ¡Hay que tener osadía! ¡Flaca y débil así rindo mi alma a muelles pensamientos!

Hijos, entrad a casa. Ese que no debe presenciar mi sacrificio, que vea el futuro. No flaqueará mi mano.

¡Ah, ah... corazón mío, no tú! ¡No llegues a consumir tal crimen! Deja que vivan, desdichada; sé indulgente a tus hijos... ¡Vivan lejos de tí; aún así serán tu dicha!

¡Nunca, por los dioses que en el Hades imperan, esos que ejercen la venganza implacable, nunca de mí se diga que yo dejé a mis hijos a las burlas y desdenes de mis enemigos! ¡Mueran, fuerza es que mueran y es urgente que yo que les dí la vida, les dé también la muerte. Todo me empuja a eso: retroceder no puedo! Inevitable es.

Ella, la novia, ya con la diadema en su cabeza y su galano manto, va a perecer: bien lo sé yo. También yo marchó. También les dejaré una funesta dádiva al partir al negro infortunio. Les diré adiós.

Vengan acá mis hijos.

Salen los niños:

—Dad vuestra diestra, niños. Quiero estrecharla yo vuestra madre.

¡Amadísima mano, amadísima boca, linda figura y porte de mis hijos! Felices sed, pero allá abajo... aquí vuestro padre ha arreba-

tado la dicha de que gozar pudisteis... ¡Dulce abrazo, delicada piel, suavísimo aliento de mis hijos! ¡Entrad, entrad! No puedo veros ya: me abate el dolor. Bien lo sé, lo estoy palpando: será un horrendo crimen el que yo intento... pero mi furor se sobrepone a mi juicio. ¡Ah, es la ira la fuente de los mayores males para el hombre!

Medea queda en silencio viendo hacia la puerta en espera de noticias.

Coro. Est. 1.—Medité muchas veces en hondos pensamientos y en temas más altos que parece competir a mi sexo femenino. Pero también tenemos las mujeres una Musa que trata con nosotras en saber profundo—no todas, cierto es, una entre mil acaso—y también la creación de la poesía no es remota a nosotras.

Ant. 1.—Y digo que el mortal que nunca supo lo que es engendrar hijos es mil veces más feliz que el que produjo prole. Como hijos no tiene, ignora si son ellos dicha a sus padres, o dolor, y faltó de ellos, también de muchos males vive libre.

Est. 2.—Pero quien vio en su casa la gallarda floración de hijos veo a qué congoja vive atado mientras su vida dura. Primero, cómo criarlos, luego cómo dejarles sustento para su vida y al fin incierto, que presagiar no puede, si serán buenos, si serán perversos.

Ant. 2.—Y ahora el mal postrero, el que menos soportan los mortales, voy a recordar. Obtuvo para el sustento gran fortuna, a plena juventud los hijos llegan, su alma es discreta, su corazón recto... pero el destino fiero los lanza al Hades; la Muerte los arrebató volando con sus cuerpos.

¿Al mortal qué aprovecha tener grata progenie, si a los dioses plugo infligir este nuevo tormento que a los otros supremamente excede?

Med.—Amigas ha tiempo que la suerte va rodando y tengo avidez de saber qué pasó allá en el palacio. Pero ya veo venir a un criado de Jasón. Viene acezante, ¿qué nueva desdicha nos reporta?

Mensajero.—¡Medea la que perpetra este hecho infando que toda ley rompe, huye, huye... como lo puedas, ya en marino carro, ya en terrestre conducto!

Med.—¿Huir? ¿Por qué? ¿Qué suerte me lo impone?

Mens.—¡Muerto es el rey y muerta la princesa hace un instante... y es su mente obra de tus venenos!

Med.—¡Linda palabra dices: de hoy más serás para mí uno de mis bienhechores, uno de mis amigos!

Mens.—¿Qué dijiste, mujer? ¿Estás en juicio, o la locura te domina? El regio hogar profanas, y ahora te gozas de esta nueva, cuando debieras estremecerte.

Med.—También para eso que tú dices respuesta tengo. Pero no te exaltes. Dime, amigo, ¿y cómo fue su muerte? Dos veces con ello me acrecerás la dicha, si es que murieron ellos con el mayor tormento.

Mens.—Llegan los niños, tu doble progenie, con su padre y entran a la regia mansión. Al mismo tálamo son introducidos. Nos sentimos felices los que tus males deplorábamos. Todos captan la noticia de que al fin tu esposo y tú han hecho las paces. Pasó el disturbio.

Uno la mano besa, otro, la rubia cabellera de tus niños. Yo por mi parte jubiloso los sigo hasta la misma cámara nupcial. La princesa, que hoy en tu lugar veneramos, antes de haber visto a los niños, tenía la mirada tierna fija en Jasón. Cuando ellos entran, cubre su rostro, y vuelva la cabeza, con disgusto de que ellos hayan llegado. El esposo hacía esfuerzos para apaciguarla y hacer que se esfumara su enojo. "¿Vas —le decía— a ser hostil a los que me aman? Aquieta tus enojos. Vuelve tu rostro acá. Llama amigos a aquellos que lo son de tu esposo. Recibe esos dones y convence a tu padre a que si me ama, no destierre a estos niños".

Vio ella el manto y ya no se opuso. Todo lo otorga al novio. Y antes de que salieran ellos del palacio, tomó el manto para ponérselo. Luego ornó su cabeza con la diadema de oro, frente a un espejo, enamorada de su propia belleza. Se levanta del sillón, se echa a andar por la casa, e iba lentamente mirando su hermosura y admirando sus atavíos.

Pero, de repente... ¡qué terrible vista se ofrece a nuestros ojos! Muda de color, retrocede vacilante, toda ella temblorosa y busca con ansia un asiento en qué dejarse caer para no rodar por tierra.

Una anciana esclava piensa que es una acometida del espíritu de Pan, o de alguno de los dioses, y alza su grito ella lamentando y rogando. No, ya la hija del rey echaba blanca espuma por la boca. Inyectados sus ojos, se revolvan inciertos, la sangre huía de su cuerpo y ella atronaba el aire con clamores.

Corren todas las criadas. Unas, a casa de su padre; otras, a la de su reciente esposo. Todas llevan la triste novedad de su acciden-

te misterioso y se oyen en todo el palacio pasos de carrera y voces de terror.

Ya hubiera el que corre en la pista alcanzado los seis pletros en el estadio y llegado a la meta... ella gemía con apretados ojos y ya casi sin vida.

Doble era el mal que la torturaba. De la diadema de oro que ceñía sus sienes, brotaban llamas, y el velo diáfano que los niños le ofrecieron, iba devorando las carnes nevadas de su cuerpo.

Se levantó presurosa de su silla, corrió toda hecha llamas, y agitando a un lado y otro su cabellera para que la corona cayera a tierra. No, no caía. Estaba como soldada a la cabeza. Al fin se derrumbó ella misma sobre la tierra, dominada por su infortunio. Nadie conocerla pudiera, si no es acaso el ojo de su padre. Ya los ojos habían perdido su forma; deformado totalmente estaba su semblante. De lo alto de su cabeza escurría su sangre, mezclándose a las llamas, y de sus huesos, émulo de las teas de pino, se iba desprendiendo, trozo tras trozo, sus calcinadas carnes. El veneno obraba y mirarlo era espantoso. Y ante esa vista horripilante todos rehuimos tocarla, pues su destino era la mejor lección para nosotros.

192

Entró su padre de repente, desconocedor de su desgracia. Y se arrojó al momento sobre su amada muerta. Daba grandes lamentos, clamaba y entre lágrimas decía: ¡Hija, hija infeliz!... ¡Quién de los malos númenes ha osado tal destino decretar para ti? ¡Dejas a un padre abandonado y marchas a la tumba! ¡Muera, muera contigo, amada hija...!

Su lamento cesó. Incorporarse quiso. No pudo ya desprender su anciano cuerpo. Como la hiedra que al laurel se aferra, prendido estaba al velo diáfano. Cuanto más esfuerzos hacía por levantarse, tanto mayor era la fuerza con que se sentía atado a la vestidura de su hija. Y, al impetu con que trataba de erguirse, iban cayendo a pedazos sus carnes dejando desnudos los huesos. Se rindió a su suerte y él sin ventura exhaló el alma; ¡no pudo superar su infortunio!

Yacen allí difuntos, lado a lado, la hija y el viejo padre... ¡triste desventura que pide a gritos lágrimas!

No a mí toca decirte qué has de hacer para quedar sin pena. El castigo ha de venir a su vez sobre ti.

¡Ah, cuántas veces he reflexionado y a decirlo me atrevo: Sombra es la vida humana, y los que creen ser sabios, los que indagan hondas cuestiones son los que más duras heridas del destino reci-

ben! ¡No hay entre los mortales hombre feliz ninguno: puede ser que acumule riquezas en torno suyo y a los otros supere... Pero, ¿está allí la dicha?

Se ausenta el Mensajero.

Corif.—Quiso el destino hoy —¡así parece!— echar sobre Jasón males sin cuento, merecidos acaso. ¡Hija de Creón infeliz: cuánto tu desgracia deploro: ya llegas a las puertas del Hades por aceptar el enlace con Jasón!

Med.—Resuelto, amigas, tengo ya el asunto. Y lo voy a poner en obra apresuradamente. Mato a mis hijos y de esta tierra huyo. No a otras manos más hostiles dejo la obra. Yo les di vida; yo tendré que matarlos.

¡Ah, desdichado corazón: esfuerzo... ¿a qué temblar antes estos horrendos hechos, si necesarios son? ¡Mano infeliz, empuña, empuña ya la espada, deslízate cual sierpe hacia la dolorosa red que tu vida detiene! Deja la cobardía, no razones que tus hijos son tan amados y de ti recibieron la vida. Por un día breve olvida que son tuyos, y cuando los hayas matado, llorarlos puedes... ¡Amados fueron siempre: yo siempre fui infeliz!

Se lanza al interior de la casa.

Coro. Est.—¡Tierra, diosa Tierra; rayos de Helios esplendentes: ved a esta mísera mujer antes que su mano se enrojezca con la sangre de sus propios hijos, esos que ella misma dio a luz!

De tu áurea raza, oh Sol, son ellos brote... horrendo fuera que la divina sangre cayera por tierra a manos de un mortal.

¡Luz, nacida de Zeus, deténla, refrena su furor, arrójala de esta casa, a ella, la desdichada, la sanguinaria Erina que el espíritu del mal viene azuzando!

Ant.—¡Ah, fue vana la amarga tarea de tu doliente parto; vanos tus esmeros maternos con que fuiste la raíz de esta prole, tú que dejaste lejos las rocas escarpadas de azules tintes en las Simplégadas! ¡Desdichada de ti...! ¿De qué locura de ira fuiste dominada? ¿Cómo pudo el odio sustituir al amor dentro de tu alma? Cuando el mortal su propia sangre vierte, al matar a un pariente, abrumadora infamia sobre él pesa. Y contra ellos que sus propios consanguíneos matan se alza un turbión de desgracias a la medida de sus crímenes. De los dioses tan dura sanción viene.

193

Se quejan dentro los niños.

Niños.—¡Ay, ay...!

Coro. Est.—¡Oyes la voz, oyes a los niños? ¡Ah, mujer sin ventura, ah, desdichada!

Primer niño.—(dentro): ¡Ay, ¿qué haré yo? ¿Dónde huir de las manos de mi madre?

Segundo niño.—¡Oh, amadísimo hermano, no lo sé!... ¡Vamos a morir!

Corif.—¡Entramos a la casa? ¿Evitamos el crimen? ¿Salvamos a los niños?

Niño primero.—¡Sí, por los dioses... venid a salvarnos... ¡es el momento!

Niño segundo.—¡Ya el filo está sobre nosotros, la daga nos amenaza!

Corif. Ant.—¡Ah miserable...! ¿Roca o hierro eres para quitar la vida con tus mismas manos a aquellos hijos a quienes tú la diste?

Una mujer hubo antaño —¡fue una sola!— que dicen ella misma mató a sus hijos.

Primer coreuta.—Ino, bajo locura con que los dioses la hirieron, lo hizo al ser expulsada del sacro recinto, por el celo de la esposa de Zeus!

Corif.—Y fue a precipitarse en el mar por el asesinato de sus hijos y murió al morir ellos en el mismo infortunio.

Segundo coreuta.—De la orilla se arroja y con ella a los dos al mar entrega.

Corif.—¡Hay algo más tremendo de escucharse? ¡Ah, bodas, bodas, oh femíneo lecho... qué cúmulo de males habéis acarreado a los mortales!

Entra Jasón precipitadamente.

Jas.—¡Ea, mujeres! Las que estáis cercanas a la puerta de esta casa. ¿Está dentro esa Medea, la que horrendo crimen ha cometido? ¿Se puso acaso en fuga? ¡Así puede esconderse bajo tierra,

o en vuelo alzarse a la región del más remoto éter, ha de pagar a fuerza el delito que cometió contra la casa real! ¿Irá a escapar impune, tras haber matado a los soberanos de esta tierra? Pero yo no vengo a eso: vengo a buscar a mis hijos: a ella que la busquen y castiguen los ofendidos. No vaya a ser que quieran en los míos vengar el crimen de la madre.

Corif.—¡Ay, infeliz, no sabes a qué abismo de infortunios has venido! Jasón, si lo supieras no proferirías tales palabras!

Jas.—¿Qué hay, pues? ¿Intenta acaso a mí también matarme?

Corif.—¡Muertos tus hijos son a manos de su madre!

Jas.—¡Ah!... ¿Qué dices? ¡Oh mujer, me matas!

Corif.—Acaba de entenderlo: tus hijos ya no existen.

Jas.—¿En dónde los mató? ¿Adentro? ¿Afuera?

Corif.—Abre esas puertas: verás el asesinato de tus hijos.

Jasón se abalanza a las puertas y dice a gritos:

Jas.—¡Pronto, esos cerrojos, oh criados, quebrantad las chapas, quebrad las puertas...! ¡Dos males veré a un tiempo: muertos mis hijos y a la culpabre para ajusticiarla!

Como nadie responde, trata de forzar la puerta. Se abre ésta de repente y aparece Medea en una carroza de que tiran dragones alados. En el fondo se ven los cadáveres de los niños.

Med.—¿A qué ese estrépito? ¿Por qué golpeas las puertas? ¿Buscas los cuerpos de tus hijos?... ¡Allí los tienes! ¡A mí me buscas!... ¡Déjalo! ¿Quieres algo? Decláralo. Pero tu mano no tocarme podrá. Ni ahora, ni nunca. Helios, el padre de mi padre, me dio este carro en que a salvo estoy de mis enemigos.

Jas.—¡Odio del mundo, mujer infame: te odian los dioses, te aborrezco yo, te execra el mundo entero! ¿No tembló tu mano al hundir el puñal en el corazón mismo de tus hijos? ¡Tú les diste la vida y tú también a mí mataste, al matarlos a ellos! ¡Y aún estás viva, y aún al sol y a la tierra miras...! ¡Muere, maldita, muere! Hasta hoy quedo en mi juicio: loco fui un día cuando de tu casa de pueblo salvaje te traje a la Hélade! ¡Malvada, traicionas a tu pa-

tria! Un maléfico numen que te asiste fue el autor de toda esta obra. Sí, tú matas al hermano junto al altar y te lanzas conmigo a la marina travesía en esa nave Argos de brillante popa. Es el principio de tus proezas. Te casaste conmigo; me diste hijos, engendrados en el lecho nupcial y allí nacidos... y ahora los matas! ¡No, jamás hubo en Grecia mujer tal! Hice mal prefiriéndote a ellas. Y me uní a una mujer salvaje... ¡No, leona fiera, más fiera que Escila del Tirreno!

¡Pierdo el tiempo injuriándote: mil lenguas no bastarán y tu desfachatez es dique a toda injuria! ¡Mueras de mala muerte, seas perpetuo baldón, impudente y malvada, hoy ya cubierta con la sangre de asesina de tus mismos hijos!

Y yo, ¿qué haré? ¡Llorar mi infortunio! ¡Ya no lecho nupcial, ya no los hijos que había engendrado y nutrido...! ¡Los perdí para siempre; verlos, hablarles ya no podré más!

Med.—¿Cuánto decir pudiera a tus palabras! Pero, bien sabe Zeus, el padre universal, lo que por tí hice y cómo tú me has pagado. No era posible que tú y tu consorte —esa por quien me dejás— disfrutaran de dicha, con irrisión de mí.

196

No era posible que Creón, tampoco, el que te dio a la hija y a mí me desterraba de esta tierra, quedara sin castigo. Y ahora, di cuanto quieras: llámame leona, llámame Escila del Tirreno... ¡yo dí a tu corazón golpe por golpe!

Jas.—¡Tú también estás sufriendo, tú también partícipe eres de mi desgracia.

Med.—Dices bien. Mas el dolor me es grato. Tú reír no puedes.

Jas.—Hijos, hijos míos. ¡Qué madre tan indigna habéis tenido!

Med.—¡Ah, hijos: cómo pudo ser vuestra ruina la locura de un padre!

Jas.—¡No fue mi brazo el que les dio la muerte!

Med.—¡Fue tu orgullo rebelde, fue tu nueva boda!

Jas.—Y al amor de tu lecho inmolaste a los hijos.

Med.—¿Piensas tú que es asunto leve para una mujer?

Jas.—Si es discreta, es verdad. Para tí es malo todo.

Med.—¡Estos no viven ya: te habrá de herir perpetuamente el hecho!

Jas.—¡Vivos están y pesan como venganza sobre tu cabeza!

Med.—Saben los dioses quién empezó el daño.

Jas.—Y saben también ellos la negra hondura de tu alma.

Med.—¡Me hostiga! ¡Aborrezco tu amarga diatriba!

Jas.—¡También la tuya yo... fácil es dar ya fin!

Med.—¿Y cómo? ¿Qué he de hacer? ¡También lo ansío!

Jas.—¡Sepultaré a mis hijos, les haré sus exequias!

Med.—No, tú no: yo con mi propia mano les daré sepultura.

Voy a llevarlos al santuario de Hera, diosa de la sacra colina. Nadie de sus enemigos podrá allí remover la tierra para profanar su tumba. Y en esta tierra de Sísifo se han de instituir fiestas anuales para expiar su tremenda muerte. Y yo me voy a la tierra de Erecteo a compartir mi suerte y mi morada con Egeo el hijo de Pandión.

En cuanto a tí, justo es que perezcas con desastrosa muerte relativa a tu maldad. Una astilla de la nave Argo herirá tu cabeza... ¡Ese sea el fin de tus nefandas bodas!

Jas.—¡La Erina vengadora de tus hijos y la Justicia tu vida destruyan!

Med.—¿Hay dios que te oiga? ¿Hay funesto numen, a tí perjuró, huésped sin recato?

Jas.—¡Fuera, maldita, verdugo de tus hijos!

Med.—Entra a tu casa... sepulta a tu esposa.

Jas.—Voy allá... mas sin hijos... ¡mis dos hijos!

Med.—Aún no has llorado lo que es justo... ¡Espera la vejez!

Jas.—¡Amadísimos hijos!

197

Med.—¡Fueron para su madre, no para ti!

Jas.—¿Por eso los mataste?

Med.—¡Para hacerte infeliz!

Jas.—Hijos, mis hijos... ¡Bese yo vuestros labios, estreche vuestros rostros!

Med.—¡Ahora los llamas, ahora los evocas...! ¿Y cuando los rechazaste?

Jas.—¡Ah, por los dioses, deja que siquiera palpe su suave cuerpecito!

Med.—¡No será: palabras vanas son las tuyas!

Se va Medea en su carro.

Jas.—¡Mira, Zeus, escucha cómo me trata esta mujer infame, matadora de sus hijos, esa leona feroz!

¿Qué me queda ya sino llorar a mis hijos? Clamar a los dioses. ¡Nada más! ¡Séanme testigos ellos: primero me los mata, después me impide aun tocarlos y darles sepultura! ¡Cuán mejor hubiera sido que yo no los engendrara, para verlos sólo perecer a tus manos!

Se aleja Jasón con la cabeza rendida.

Coro.—Lentamente va saliendo mientras canta:

Zeus de todas las cosas tiene en el Olimpo el régimen: muchas veces los dioses obran lo inesperado. No se cumple lo que era esperado, y a lo nunca pensado un dios lo hace efectivo. Tal es lo que hoy sucede.

FIN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

FICHAS DE CONTROL DE LA VII UNIDAD

Ficha No. 1

I.—Instrucciones.—Lee la vida de Eurípides en esta unidad y subraya la respuesta correcta.

1.— Ciudad de donde es originario Eurípides:

a) Salamina b) Delfos c) Corinto

2.— ¿Cuántas tragedias de Eurípides llegaron hasta nuestros días?:

a) siete b) nueve c) diecinueve

3.— Cómico que atacó en forma mordaz a Eurípides:

a) Menandro b) Plauto c) Aristófanes

4.— ¿De quién fue discípulo este excelso autor?

a) Pitágoras b) Anaxágoras c) Protágoras

5.— Año de muerte de Eurípides:

a) 406 A.C. b) 450 A.C. c) 480 A.C.

Ficha No. 4

Instrucciones.—Frente a las siguientes aseveraciones anota la palabra falso o verdadero según corresponda.

- 1.— Medea fue una mujer repudiada por ser extranjera y ultrajada en su amor por Jasón _____
- 2.— Medea aceptó la boda de Jasón con resignación por el bienestar de sus hijos _____
- 3.— Medea representa la pasión, la venganza, el ultraje, el odio y la crueldad _____
- 4.— La hija de Creón muere de amor por Jasón _____
- 5.— Jasón representa al hombre solo, sin descendencia y encarna la frustración humana _____
- 6.— Medea antepone el amor de sus hijos al amor de Jasón _____
- 7.— Medea es madre y esposa ejemplar _____
- 8.— Medea representa la tragedia de la mujer _____
- 9.— Jasón al casarse de nuevo sólo quería lograr una vida mejor, sin penas y sin miserias _____
- 10.— Medea era una hechicera _____

202

II.- Instrucciones: De la tragedia "Medea" contesta las siguientes preguntas:

- 1.- ¿Dónde se llevan a cabo las escenas? _____
- 2.- ¿Cómo comienza la acción? _____

- 3.- ¿Por qué Medea se encuentra sumida en una gran desesperación? _____

- 4.- ¿Quién llega a notificar a Medea una orden de destierro y por qué? _____

- 5.- ¿Qué justificación da Jasón a Medea por su nuevo matrimonio? _____

- 6.- ¿Qué respuesta da Medea a la ayuda económica que Jasón le ofrece? _____

- 7.- ¿Qué amparo le ofrece a Medea, Egeo, rey de Atenas? _____

- 8.- ¿Qué se propone Medea en su afán de venganza? _____

- 9.- ¿Qué regalos ofrece Medea a la princesa Glauca? _____

- 10.- ¿Qué planes destructivos lleva a cabo Medea para realizar su venganza final? ¿Cómo reacciona Jasón? _____

202 A

CREATIVIDAD

Una estudiante después de leer esta tragedia de Eurípides, se inspiró y escribió este poema.

MEDEA

*Medea, amante esposa
abandonada a tu suerte,
Eurípides te hizo tragedia
y de dolor tu alma muere.*

*Dejaste tanto dolor
por donde fuiste pasando
a tu hermano asesinaste
y a tu padre has traicionado.*

*Y todo fué por amor,
¡Jasón te hizo tanto daño!
te utilizó en su ambición
y después te hizo un lado.*

*La ambición de tu marido
fué causa de tus problemas,
pero tu venganza fué
la sanguinaria tragedia.*

*A tus dos hijos mataste
y a la esposa del amado,
matando así tus entrañas
tu alma también se ha enterrado.*

Bertha Laura Rangel N.

1. ¿Podrías tú hacer algo parecido?
2. Serías capaz de componerle música al poema?
3. ¿Cómo crees que se resolvería este problema en la actualidad?

GLOSARIO

ACTO — Cada parte en que se dividen las obras del género dramático. Un acto consta de escenas y a veces de dos o más cuadros o actos menores.

AFRODITA O VENUS — Diosa del amor, de la fertilidad y de la belleza.

AGORA — Asamblea o reunión que se celebraba en las plazas públicas de las ciudades griegas.

ANAXAGORAS — Filósofo griego de la escuela jónica.

ANTAGONISTA — Personaje opuesto al protagonista con el que entabla una lucha originando la tensión dramática.

ANFITHEATRO — Lugar destinado a los espectáculos públicos.

AREOPAGO — Cuerpo del consejo de Atenas formado por nobles y ricos cuyas funciones eran juzgar delitos de sangre.

ARGOS — Monstruo que poseía cuatro ojos, fue dado a "Io" como vigilante.

ATICA — Natural de Atenas. Uno de los cuatro dialectos de la lengua griega.

CESURA — Tipo de pausa que se hace después de cada uno de los acentos rítmicos del verso.

CLIMAX — Momento culminante en la tensión dramática.

COLQUIDE — Región del este del Mar Euxino al sur del Cáucaso, patria de Medea.

COMEDIA — Especie del género dramático de tono ligero, festivo, satírico o jocoso y de final alegre.

CORO — Personaje colectivo de la tragedia griega que dialogaba con los actores en representación del pueblo, la opinión, la conciencia.

CRETA — Isla del Mediterráneo oriental al sureste de Grecia. En ella floreció la rama más antigua de la civilización griega en contacto con la egipcia.

DEIDADES — Ser divino o esencia divina.

DELFO — Población situada en las estribaciones del Parnaso. Lugar sagrado más antiguo de Grecia y centro de gran influencia política y cultural.

DEMOSTENES — Orador y político ateniense. N. 384 A.C.

DIONISOS —

DIONISO

Un dios que proviene con suma probabilidad de Tracia y tuvo un auge maravilloso en tierras griegas. Sus mitos se entrelazan con los antiguos dioses y su naturaleza, a pesar de ser muy divulgada, es oscura.

Aunque es tenido comunmente como el numen de la embriaguez y el dulce entusiasmo que provoca el vino, lo cierto es que preside toda exaltación, de cualquier orden, particularmente la religiosa.

Se elaboraron mitos y celebraciones para ajustarlo a la vida helénica. De esos damos los fundamentos:

Su nacimiento es ya oscuro. Se da por padre a Zeus, pero la madre varía entre Démeter, Semele, Io, Dione o Persefone, con quien el dios se unió tomando la forma de serpiente, y aun se menciona a Lete.

La historia que corría en Grecia era más o menos así: Zeus se enamora de Semele y va a buscarla en forma de un mortal ordinario. Pero los celos de Hera no duermen. Se disfraza con el aspecto de una vecina de Semele y le va a decir que el amante debe declarar su identidad. Ya estaba aquella grávida de seis meses.

Semele sigue el consejo y pide a Zeus su identificación. Se niega él. Se irrita y lanza un rayo que acaba con Semele. Pero Hermes salva al niño. Lo va a enquistar en el muslo de Zeus donde termina los tres meses que le faltaban, y al fin nace. De ahí dicen que deriva su nombre: Dioniso: el que sale por doble puerta. Hijo de Zeus, por tanto, entra en la categoría de los grandes dioses.

Hera no descansa. Manda que el niño sea muerto pero viene Rea a rescatarlo y lo restaura en su total integridad.

Acude también Persefone y lo toma a su cargo. Lo lleva a Atamas rey de los Orcomenos. Su mujer lo educa en la parte dedicada a las niñas, vestido como ellas.

Hera se venga enloqueciendo a Atamas y a su mujer.

Por mandato de Zeus, Hermes va transformar al niño en cervatillo. Lo lleva a las ninfas Macris, Nisa, Erato, Bromia y Baque. Les da el cargo de cuidar aquel cervatillo. Lo alimentan con miel y por el dios sumo las eleva a la calidad de estrellas. Son las Hiadas, aunque varpia la leyenda en cuanto a ella (vid Hiadas).

Hallándose en esa región, que es el Monte Nisa, fue donde inventó Dioniso el vino.

Llega a la adolescencia y tiene especial belleza entre femenina y masculina. Hera reconoce en él a un hijo de Zeus y lo vuelve loco.

Se dedicó a andar vagando por todo el mundo, acompañado de Sileno, que había sido tutor de su niñez, y un grupo de Sátiros y Ménades. Llevaban todos el tirso, que se describe abajo. Y guirnaladas y cadenas de hojas de hiedra y de vid.

El tirso que es como distintivo suyo y de sus celebradores es una vara o bastón ligero, ceñido de hojas de parra y de hiedra y con un remate cónico. Probablemente un símbolo fálico. Lo llevaban no solamente el dios, sino sus acompañantes y en las celebraciones de sus ritos los que tomaban parte en ellos.

Además llevaban puñales, serpientes, e iban dando grandes mugidos como de toro.

El primer sitio que visitó fue Egipto, de ahí pasó a Libia, sigue su expedición a la India y plantó viñedos por todas partes.

Al pasar por Frigia Rea, que en algunas versiones es su madre, lo purificó de las muertes que había hecho en sus expediciones y su locura y lo inició en los misterios.

Se encaminó a Tracia, luego de combatir furiosamente.

Dióniso fue aceptado por los tracios y desde ahí fue a su tierra la Beocia y a su ciudad Tebas. Allí invitó a las mujeres a que se unieran a sus danzas báquicas, pero el rey Penteo se negó a admitirlo y se burló de él, al ver su figura juvenil y aun femenina. Dióniso enloqueció a las mujeres, entre ellas a la misma madre del rey Agave.

En Orcomenos invitó a las hijas de Minias, llamadas Alcítoe, Leucipe y Arsinoe, a que se unieran a sus celebraciones. Ellas se negaron, aunque había aparecido en figura de jovencita. Entonces el dios se fue mudando en león, en toro, en pantera y las volvió locas.

Vino Hermes a ellas y las mudó en pájaros, aunque hay la versión de que el mismo Dioniso las transformó en murciélagos.

Después de dominar totalmente a Beocia emprendió su gira por las islas del Mar Egeo. Llegó luego Dioniso a Naxos. De Naxos fue a Argos.

Cuando hubo difundido su reino por todo el mundo, subió al cielo y se sentó en un trono al lado de Zeus. Desde entonces se cuenta entre los Doce Grandes Dioses. Hestia le cedió su asiento en la mesa.

Ya en esta calidad bajó al Hades por el camino de Lerna para pedir a Persefone que dejara libre a su madre Semele.

Zeus la aposentó en un sitio de preferencia y Hera tuvo que someter su cólera.

207

DITIRAMBO — Poema lírico breve en honor al Dios Dioniso o Baco.

DRAMA — Especie dramática intermedia entre la comedia y la tragedia.

EOLIA — País del Asia antigua.

EPISODIO — Según Aristóteles: nombre dado en la tragedia griega a las escenas habladas intercaladas entre el centro del coro.

EPOPEYA — Narración extensa de asuntos heroicos donde interviene lo maravilloso, puede ser mitológica, histórica, alegórica y religiosa.

EREBO — Mansión de los muertos.

ERINIAS — Espíritus destinados a castigar a los hombres por sus delitos, especialmente los de sangre.

ESPARTA — Ciudad de Grecia fundada por los dorios hacia los siglos X o IX sobre los restos de una antigua población.

FEBO O APOLO — Dios de las Bellas Artes. Tipo de la belleza masculina. Nombre del sol en sentido figurado.

HEFESTOS O VULCANO — Dios del fuego y de todo lo que con él se relaciona.

HERA O JUNO — Esposa de Zeus, compartía el cielo con él.

HERODOTO — Historiador griego del siglo V A.C. llamado el "Padre de la Historia".

HESIODO — Poeta griego que con Homero dan origen al género épico con fondo didáctico.

HIPOCRATES — El más famoso de los antiguos médicos griegos, llamado el "Padre de la Medicina".

ILISO — Río de la antigua Grecia en el Atica. En sus orillas se elevaba un altar dedicado a las musas.

JONIA — Nombre que se aplicó al Atica en la Grecia antigua y después a la costa mediterránea del Asia Menor. Recibió su nombre de los Jonios.

LEITMOTIV — Motivo central que se repite en una obra.

LEYENDA — Narración que con el tiempo pasó a designar toda composición que partiendo de un fondo histórico ha sido deformado por elementos fantásticos introducidos por la imaginación popular.

METRO — Medida, número de sílabas de un verso.

NOCHE — Hija de la Oscuridad y el Caos, hermana del Día, del Aire y el Erebo.

PALAS O ATENEA — Diosa de la inteligencia.

PAN — Representa el principio vital tanto en la conservación como en la propaganda. Protector de la poesía pastoril. Se popularizó en Atenas a raíz de la batalla de Maratón, porque los persas huyeron aterrorizados, llenos de pánico.

PAUSA — Descanso brevísimo que se hace al recitar o leer y que tiene por objeto hacer posible la respiración, el ritmo general, la velocidad y sobre todo, la comprensión de los oyentes.

208

- PEBETERO** — Perfumador. El que tiene cubierta agujereada.
- PELEO** — Rey de los Mirmidones, esposo de la diosa Tetis y padre de Aquiles.
- POEMA** — Composición poética casi siempre en verso.
- POLINICE Y ETEOCLES** — hijos de Edipo, maldecidos por éste.
- POSEIDON O NEPTUNO** — Dios de los mares y las fuentes.
- PRECEPTIVA** — Tratado normativo de la retórica y poética.
- PROLOGO** — Del latín PRO-antes y LOGOS-discurso. Discurso antepuesto a la obra.
- PROTAGONISTA** — Personaje principal de una obra.
- PROTAGORAS** — Principal representante de la antigua sofística griega, considerado como el más ilustre de todos los sofistas.
- QUIOS** — Isla situada frente a la península Eritrea.
- RAPSODIA** — Cada uno de los cantos en que se dividen las epopeyas griegas.
- RIMA** — Correspondencia de sonidos entre dos o más versos a partir de la última vocal acentuada de cada uno. Puede ser Consonante y Asonante.
- RITMO** — Sucesión de sonidos y pausas de cierta duración que al combinarse producen un efecto estético en el que escucha.
- SAFO** — Poetisa griega, compañera de Alceo cuya obra está inspirada en el afecto hacia los jóvenes que la rodeaban.
- SALAMINA** — Principal ciudad de Chipre.
- SATIRA** — Especie que pertenece al género didáctico en prosa o en verso cuyo fin es censurar, ridiculizar a personas, instituciones, clases sociales, épocas, etc.
- SICILIA** — Isla colonizada por Fenicios y después por los griegos.
- SOCRATES** — Filósofo griego, nació en 469 A.C. y murió en Atenas el 399 A.C., fundador de la Filosofía nueva.

- TEBAS** — Ciudad en el extremo este de Beocia, la más importante en la Grecia central.
- TEOGONIA** — Generación y descendencia de los dioses del paganismo.
- TESOLIA** — Distrito al norte de Grecia.
- TETIS** — Nereida reina del mar, esposa de Peleo.
- TETRALOGIA** — Conjunto de cuatro obras dramáticas ligadas por los personajes o por la leyenda en que estaban basadas. Generalmente se componían de tres obras trágicas y un drama satírico.
- TRAGEDIA** — Especie perteneciente al género dramático, de origen griego, que surge de los ritos a Dionisio en cuyo honor se sacrificaba un macho cabrío en medio del canto. La tragedia se caracteriza por su final casi siempre funesto o fatal.
- TRILOGIA** — Conjunto de tres obras trágicas del mismo autor, relacionadas entre sí por el argumento o por los personajes.
- ZEUS O JUPITER** — Padre de los dioses. Autor de la luz, de la lluvia y del rayo.



JUAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN